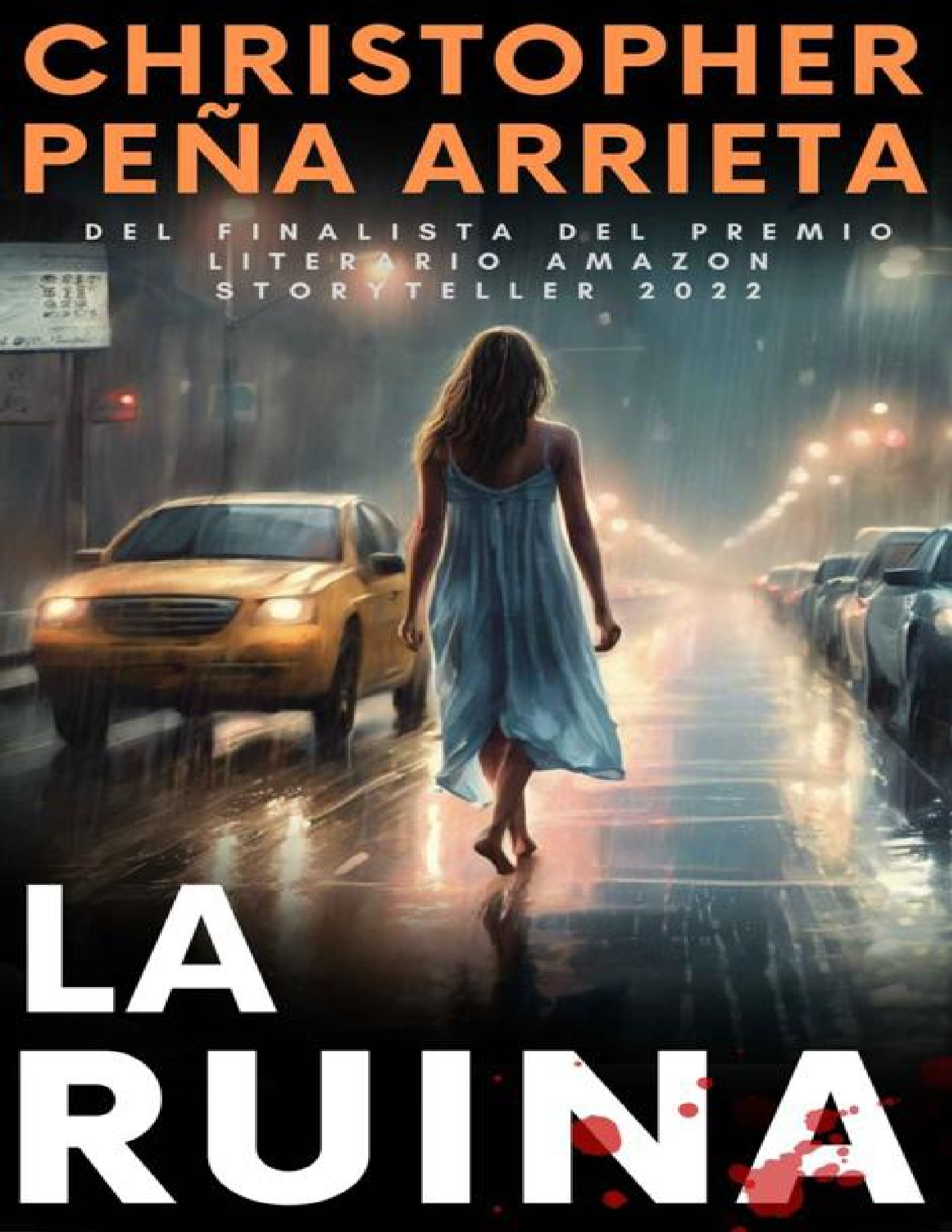




CHRISTOPHER PEÑA ARRIETA

DEL FINALISTA DEL PREMIO
LITERARIO AMAZON
STORYTELLER 2022

LA RUIINA

La Ruina

Relatos

Christopher Peña Arrieta

Copyright © 2024 Christopher Peña Arrieta

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Cover design by: Christopher Peña Arrieta

Printed in the United States of America

*A mis lectores, con mucho cariño.
Gracias por tanto. Gracias por todo.*

Contents

[Title Page](#)
[Copyright](#)
[Dedication](#)
[LA RUINA](#)
[SIN DAÑOS A TERCEROS](#)
[POR NADA DEL MUNDO](#)
[LA INICIACIÓN](#)
[PIEL DE LOBO](#)
[LA CONVERSIÓN DEL BUENO](#)
[EL PRECIO DE LAS COSAS QUE PERDEMOS](#)
[EL OJO DE AGUA](#)
[LA SOMBRA](#)
[Agradecimientos](#)
[Books By This Author](#)

LA RUINA

Por Christopher Peña Arrieta

SIN DAÑOS A TERCEROS

1

Desperté con el sonido de la alarma de mi celular y un pequeño papel apretado en mi puño cerrado.

El olor a galleta era abrumador.

Extendí la palma de mi mano y la misma leyenda, en el papel de la galleta de la fortuna que había quebrado con el puño me aseguraba que todo estaría mejor.

Miré el teléfono y pude constatar la fecha.

¡Madre mía! Eran dos años después de mi suicidio. Es decir, dos años del día en que me arrojé del piso trece de mi departamento. Esto había dejado de ser un recuerdo y era algo desconocido por mí.

Durante toda la mañana, rebusqué en el departamento donde me encontraba. Era un departamento si no minimalista, sí vacío. No austero; vacío. Como un Airbnb. Atemporal, apersonal. Comí comida instantánea que encontré en la despensa. Vi la televisión con afán de entender mi realidad y traté de pensar si tenía algún remanente de recuerdos que e explicaran lo que sucedió tras mi supuesto suicidio y la actualidad en este ahora.

Sonó un timbre.

Sonó, varias veces, un timbré.

Detecté que era el interfón.

Vi a un tipo que me pareció conocido en la pantalla de la cámara de la entrada; pero en vez de hablar con él, o darle entrada, me eché para atrás. Minutos más tarde sonó el timbre de la puerta.

Una y otra y otra vez.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién, cabrón? ¡Yo, Manuel! No me digas que se te olvidó nuestra cena.

Abrí la puerta, entre temeroso y consternado. Él se hizo paso a través de ella y entro.

—No mames, Fede. Aún no te has ni bañado.

Instintivamente volteé al reloj de la cocina. 19:30.

—Disculpa, no me siento bien.

Él, el tal Manuel, me miró, se me acercó tanto a la cara que por un momento pensé que me besaría y yo fruncí el ceño, hice no sé qué mueca y me eché para atrás.

—Sí te ves mal. No te preocupes, pedimos pizza y platicamos aquí. Porque no te bañas y te espero mientras pido la cena y preparo la mesa.

Obedecí como un autómatas. Me metí a bañar, en agua hirviendo, y luego me fui en toalla al cuarto a vestirme mientras el idiota ese se burlaba de mí. Me vestí, jeans y playera de cuello en V, negra. Unos puma negros y salí a su encuentro.

La pizza ya había llegado, Manuel, sea quien fuera, pidió una rústica de las Pizzas Plaza. No dijo nada; yo no hablé tampoco. Sirvió una copa de tinto para él, otra para mí y, sobre ambos platos, puso una rebanada de pizza como si supiera dónde estaba cada cosa, los platos, las salsas...

Moría de hambre.

Comí como naufrago rescatado, sin pena cogí una rebanada más, y otra.

Manuel se reía.

—Mira, Fede. Lo siento mucho, pero tendremos que hablar sobre tu próximo libro.

—¿Mi próximo libro?

—Sí, intenté hablar con la editorial; pero me dijeron que no quieren otro.

—...

—Fue un no rotundo. Es más, según unas cuentas todas raras, pero que honestamente les creo, creo que ni siquiera han salido a mano con el adelanto que te dieron al firmar el contrato.

Yo no tenía ni puta idea de lo que me decía. Tenía una cara de espanto y una mueca esquizofrénica que hizo a Manuel intentar consolarme. Yo le seguí el juego porque no entendía lo que me pasaba; o quizás, más bien sí, lo entendía perfecto ya que esto venía después de mi suicidio, es decir, esto no podría recordarlo como fue; porque técnicamente no lo había vivido. ¿O sí?

—Es un no rotundo para otro libro de ficción. Está quemado. Estás quemado.

—¿Cómo que “estoy quemado”?

—Cabrón, tú sabes.

—No. No sé. ¿Cómo que “estoy quemado”?

—El libro, nadie te lo va a publicar. Punto.

—No entiendo...

—Pu's sí, *brother*; después de tu chistecito, valió madres. Lo siento. Intenta otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Sí, sí. Otra cosa. Inténtalo. Algo más...

—¿Algo más...?

—Sí. Intenta otra cosa.

—...

—...

—Otra cosa tipo... ¿Otra editorial? —pregunté tanteando.

—No. No. Estás quemado. Ninguna editorial te va a publicar después del fracaso editorial con tu primer novela y el pedote que se armó con la segunda.

—Mierda... —ahora era un novelista; malo, al parecer. Y con problemas en el gremio.

—...

—Esas novelas están quemadas, ¿otras sí?

—Mira, te quiero un chingo. Estás muy loco, nunca te entendí, pero te quiero como a uno de mis hermanos y siento, sé muy bien que es como si fuéramos familia. ¿Vale? Nuestras madres son como hermanas y tú y yo... Si tienes otra cosa —dijo poniéndose en pie—. Vas y lo checamos.

—Manolo... ¿Guerrero?

Manuel me miró estupefacto.

—¿Sí...?

No pude continuar, era él.

¡Era el hijo de la amiga de mi mamá, el pequeño cabroncillo que me cagaba de pequeños, el que murió en un trágico accidente carretero cuando su hermano menor estaba al volante.

No pude continuar, pero me levanté como activado por un resorte y lo abracé con todo mi cariño resumido en aquel momento.

—Estás vivo...

—Y tú eres un *zombie* en el mundo editorial, estás muerto, pero aún caminas entre nosotros. Si se te ocurre algo, lo revisamos. Lamento las malas noticias.

Yo le sonreía como un idiota, con lágrimas contenidas en los ojos.

¿Cómo es que estaba vivo?

—Tú mamá, ¿cómo está?

—Ah sí... —dijo lento, con un dejo de tristeza en la mirada— Ya está bien, sólo fue un resbalón

bajando medio entonada de tanto brandy, por las escaleras de la casa de tu mamá. Ya le dije que no chingue, que ya no están en edad de enfiestar; pero ya las conoces.

—¿En casa de mi mamá?

—Sí, Fede. Ya sabes, el fin fue 28 y todos los 28 de agosto se juntan desde que por tus pendejadas no pudimos ir a la boda de la prima de mi madre —y echó a reír.

—¿Por mis pendejadas?

—...

—¿Cómo que por mis pendejadas?

—Bueno, ¿estás muy susceptible o qué?

—...

—El día de la boda de la prima de mi madre, ¿recuerdas?, cuando te presentaste en casa de mis padres. No sabíamos qué hacías ahí, nosotros íbamos casi de salida, te acuerdas, ¿no?

—¿El día de la boda?

—Mira si serás cabrón, ¿en serio me vas a hacer recordar aquello?

—...

—El día de la boda, Fede. Llegaste sin previo aviso, mamá te dejó pasar en lo que le llamaba a tu mamá para que te fuera a recoger porque salíamos a Querétaro. Yo te dije algo que te ofendió y te me aventaste a los golpes, todo descolocado. Pinche loco. Obvio no me dejé. Rodamos por el suelo y, la verdad es que yo también me desconecté, quizás más de lo adecuado —ríó— y cogí una esfera de cristal macizo, un recuerdo de no sé que viaje de mis padres y te lo reventé en la cara. ¿Recuerdas?

—Mierda, sí —dije mientras los recuerdos se materializaban en mi mente permitiéndome verlos como una película en mi interior al tiempo en que él me lo platicaba, como una película muda narrada en voz en *off*—. Cuando viste que te habías pasado, dejaste la esfera en el suelo y me diste cachetadas para que volviera en mí; pero no regresaba, ¿no?

—No, Fede, estuvo muy cabrón. Me diste un susto de muerte, literalmente. Nos lo diste a todos... Se lo dimos a todos. Mamá acudió por el ruido y al vernos echó a correr escaleras arriba; teníamos un vecino paramédico. Bajó de inmediato y te intentó reanimar.

—...ocho minutos...

—Ah, ¿sí que te acuerdas? Ocho minutos, más o menos, según el paramédico, estuviste muerto.

—Pero cuando el paramédico se rendía, tú me intentabas bombear sangre presionando mi corazón sin detenerte.

—Sí, ¡pero la respiración de boca a boca, esa sí te la dio él, eh! Luego, del piso de abajo llegó un doctor, el que no cree que hubiera pasado tanto tiempo; pero justo cuando se puso en cuclillas a un lado, como si salieras desde el fondo de una alberca te incorporaste de golpe, respirando hondo y, como acto reflejo, según el doctor, aunque yo creo que más bien es tu pinche lado salvaje, cogiste la esfera y me la sorrajaste en la cara. Toda la tarde nos la pasamos en el hospital, a ambos nos cocieron las cejas, ocho puntos... Por tu culpa, pinche Fede salvaje, todos los 28 se reúnen para compensar la pachanga perdida y el comienzo de nuestra amistad. Todo es gracias a ti, cabroncillo de mierda —dijo riendo—, y pensar que me caías tan mal.

—¿Por mi culpa?

—Bueno, güey. Ambos nos asalvajamos. Y mira, quién iba a decir que después de aquello nuestras madres nos hubieran encerrado el resto del fin de semana para que nos acabáramos de matar o para que nos volviéramos amigos.

—...No... esto no puede ser... Debería estar muerto... ¿no?

—Me caías muy mal, pero después de lo de la esfera, yo ya no tenía ganas de matarte —dijo

riendo.

—Mira, está bien... Hay una posibilidad para que sigas escribiendo. Hablando de cosas importantes ahora. La verdad es que no te lo quería decir hoy, quería que se te ocurriera a ti. Sé que no te va a gustar, pero es la mejor manera de tener billete rápido. Ve mañana a la editorial. Nos juntamos con ellos, me dejas hablar a mi y avanzamos. Sin muecas y con lana en los bolsillos. ¿Te late?

—Entonces, ¿tu mami fue a ver a mi mamá, a su casa, este fin?

—¿Me estás escuchando?

—Sí, sí, mañana en la editorial. ¿En cuál editorial?

Manolo rio, salió de lo que parecía ser mi departamento y yo, tan pronto se hubo ido, llamé a mamá, marqué el mismo número telefónico de siempre.

Dio tono...

Dio tono...

Dio tono...

—Hola, amor, ¿cómo estás?

—¿Mamá...?

—¡Claro! Quién esperabas que contestara, ¿Alicia Silverstone?

—Pero... ¿Cómo.../

—Tengo identificador de llamadas, bobo. ¿Todo bien, amor?

—¿Te puedo ir a ver?

—Ahorita no —dijo riendo, alegre—. Ya va a comenzar mi telenovela. ¿Todo bien?

—Sí, sí...

—Comemos mañana, si quieres.

*

Salí de las oficinas del Grupo Editorial Goose & Gridiron, con un profundo asco.

Vomitó al dar la vuelta en la esquina de la calle.

Carajo.

Ni un día completo en esta puta nueva vida y ya me sentía preso.

Me había cerrado las pinches puertas de la publicación editorial; siendo que ahora, tras mi fracaso final en las ventas en mi trabajo anterior y al no poder trabajar con el amigo con quien trabajaba antes de tomar la decisión de matarme, me vi orillado a escribir el drama de mi vida. Desempleado y habiéndolo perdido todo, viviendo como refugiado en casa de mi madre, junto con mi hermana y mamá, mi depresión me hizo encerrarme en mi habitación durante meses mientras escribía una novela de ficción autobiográfica que nadie pensó que fuera mi vida e hice, entonces, de la escritura mi nueva profesión.

Todo lo que avancé, sin saber lo mucho que seguramente me había costado, había dado un vuelco tremendo y me impactaba de frente a la cara.

Maldita sea...

Y lo peor, me vetaban por muy bueno, y no por malo.

Soy un imbécil. Fui... O seré, yo ya no tengo idea.

Me metí a dos concursos literarios, importantes, y, contra toda probabilidad, gané ambos, de diferentes editoriales, quemándome con la que publicó mi primer novela que, aunque según muy buena, nadie compraba, y con la competencia. Ahora ninguna quería esta nueva obra.

Soy un pendejo... Fui...

Caminé largo...

Las oficinas de la editorial estaban en Presidente Masaryk y para tranquilizarme, para pensar qué más hacer, decidí andar hacia el metro Polanco. Como desdibujado, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y mi portafolios de cuero colgando de mi hombro al costado como bandolera, anduve por las calles musitando mis reflexiones. Un pinche loco más.

<<Otra cosa. Buscamos otra cosa>> Recomendó el muy cabrón del editor...

Dicho sea de paso, la reunión con la editorial había salido sumamente mal. Tenía un par de novelas alucinantes, según dijeron, y mi agente, Manolo Guerrero, no paró de elogiar, de presentar como verdaderas obras de arte, pero que, aún cuando gustaron mucho, me avisaron que no se animarían a publicar la ganadora por mi estrategia desleal a la casa editorial que me brindó la confianza para despegar.

Al parecer, las ventas de la primer novela, más mi actuar fraudulento me estaban cerrando las puertas.

Manolo rogó una nueva oportunidad con un tercer libro que, por supuesto, no tenía.

Ellos no se iban a animar a publicarme nada más; al parecer nada más, nunca más, “No se animarían” habrase visto tal contestación pocos huevos.

<<Los fraudulentos no venden.>> Me dijeron.

Manolo logró bajar la temperatura incandescente del lugar y, más calmados todos, reconocieron que mi primer novela era una obra de arte...

<<Seguramente será reconocida como la joya que es en un futuro próximo; pero en nuestra realidad actual, no se vende.>>

Yo me eché a reír por aquello de la realidad actual pensando en la puta pesadilla de muertes y encarnaciones que llevaba sufriendo y ellos lo tomaron como una burla ofensiva a su argumentación.

Manolo volvió a interceder y nos atacaron.

<<Tu libro no se vende porque es muy complejo de entender, muy artístico. El arte no vende, tu narrativa poética no vende.>>

<<¿Cómo no va a vender? Eso claro que vende.>> Dijo Manolo. <<Métense a Youtube, a LinkedIn, a Facebook y verán un chingo de posteos con frases y fragmentos de narrativas poéticas.>>

<<Sí, claro. Pero estás hablando de Benedetti, de Poe, inclusive de Coelho. Nadie quiere arriesgarse a un nuevo autor con una narrativa poética con una trama compleja. Nosotros lo hicimos por ti —me dijo— y perdimos. Y a pesar de ello nos jugaste desleal. Haciendo eso a un lado, la gente ya no quiere pensar, quiere sentir/>>

<<Pues eso hacen los libros de Federico —contestó Manolo—, inspiran, invaden, repercuten en emociones, recuerdos y...>>

<<Y pensamientos —concluyó el editor—. La gente quiere emocionarse, sí, pero con *thrillers* alucinantes, con historias vertiginosas con desenlaces trepidantes. ¡Con *zombies*!>>

Quise golpear la pared con el mero recuerdo. Incluso, con el deseo beligerante efervescente dentro de mi ser, quise aprovechar aquel momentáneo aislamiento y, en la estación completamente vacía del subterráneo, golpear la pared. Pero no, nomás faltaba que me puteara la mano por... pendejo...

¿En qué momento había ingresado al metro?

Además, fue todo tan vergonzoso. Mamá me llamó.

<<¿Es verdad lo de las noticias, mijito?>>

—¿Qué de las noticias, ma? —pregunté saliendo, después de despedirme de Manolo, negándome a que me diera aventón, cuando vio que no venía en mi auto; ni sabía que tenía auto.

<<Que te descalificaron de dos concursos de lo de tus libros.>>

—¿Qué?

<<Ponle en las noticias. ¿Es verdad?>>

Por miedo, le colgué.

Revisé.

Entendí la situación. Puse el noticiario en mi celular y ahí estaba Olga Ricci en un en vivo, la conductora estelar de Antes que todo: Noticias, informando que el Consejo Federal de Cultura y Artes Literarias, en rueda de prensa, me descalificaba y me llamaba tramposo públicamente por haber concursado en dos premios literarios simultáneamente y con la misma obra y haberlos ganado. El Premio Internacional de Ficción Poética Charles Baudelaire y el Concurso Iberoamericano de Poesía Narrativa Juan de Dios Peza. Tenía no mucho que había sido mencionado como uno de los finalistas del Charles Baudelaire y eso además de visibilidad, le dio un empujón malhabido a mi carrera; según decían. La editorial se había intentado poner en contacto conmigo, pero al parecer tuve una crisis emocional, me dio pánico o algo así y no les contesté. Me mandaron un mail felicitándome y diciéndome que negociarían con el Consejo para que ellos fueran quienes editaran el libro si resultaba ganador; pero que si no ganaba, que ellos, igualmente, querían publicar mi novela. Sin embargo, la misma exposición que les abrió los ojos, apagó mis esperanzas pues los jueces del Juan de Dios Peza reconocieron el título de mi obra Viendo a Garrick y mi seudónimo: Richard Upton Pickman. La cosa la escalaron y los organizadores de ambos concursos se comunicaron y elevaron el tema hasta el Consejo Federal de Cultura y Artes Literarias y se tomó la determinación, en una junta, dicen, muy alebrestada, que me descalificarían de ambos concursos.

Al parecer había mucha gente a favor de mi obra y hablaban de lo magnífico de la novela; pero otros muchos estaban completamente ofendidos por mi desvergonzada falta de respeto ante los concursos, los organismos gubernamentales que los expedían, ante la cultura, el arte, y la comunidad lectora.

Las redes sociales eran un hervidero, ni siquiera por curiosidad me metí.

Madre santa...

Me sentí acabado.

Le mandé un WhatsApp a mi *dealer*; cinco años sin consumir, al menos cinco antes de mi suicidio; los mismos cinco putos años de declive en mi carrera comercial y los que se le sumaron en mi ausencia paseando por mi vida pasada, y los iba a echar a la cloaca sólo por cometer un error... que ni cometí en realidad y ni me tendría que afectar de hecho. Pensaba que debería estar sumamente feliz de que mamá no estuviera muerta, de que, al parecer, sí intervine en la vida de los Guerrero y no perecieron en el trágico accidente.

Igual, busqué al maloso.

El *dealer* no me contestó; el WhatsApp era de alguien más, una chica que vendía lencería en el centro. Sin embargo, pinche vida, te da lo que pides. Me llegó un mensaje de un número desconocido.

<<Qué pasó, rey. Vi las noticias. ¿Quieres algo para amortiguar los golpes que te están cayendo?>>

Era él, mi *dealer*.

<<¿Chícharo?>>

Lo ví en una callecita detrás del Ángel de la Independencia, le dí los mil cuatrocientos y él los tres gramos, algo tranqui.

<<¿Está buena?>>

<<¿Qué pasó, rey? Pura pinche orina de gatito.>>

Me reí.

Nomás de oír aquello, el sabor amargo en mi paladar pareció estar ahí y las narinas se me antojaron infestadas de la caspa del diablo. Corrí a un callejón oscuro, detrás de avenida Reforma, a espaldas, más o menos, de la Embajada de los Estados Unidos y puse un poco de polvo en el dorso de mi mano y, a discreción, inundé mi nariz de coca. Luego puse más y sorbí hasta sentir como si la caspa del diablo ametrallara mi cerebro desde adentro.

Después, con la carga del furor en la recámara de mi mente, me fui hacia mi departamento.

Compré, antes de entrar de nuevo al metro, una botella de Jim Beam para contrarrestar el acelere y ¡Fuego! le di un trago largo antes de guardarlo en mi bandolera e ingresar al metro...

Me sentí vertiginoso.

Me sentí derrotado, pero feliz al mismo tiempo.

Me sentí el peor de los fracasados con la mejor oportunidad en las manos.

Siempre intentando mejorar, obteniendo muchas nuevas oportunidades y siempre escogiendo la autodestrucción ante todo, sorbía los mocos que se me habían agüado en la nariz. Las fuerzas me fallaban y el corazón me retumbaba en el pecho con tal descontrol que juré que me moriría; y así, así así, no se me antojaba morir. Pero, escondido en el rincón del último vagón del subterráneo, volteando hacia la pared, volví a poner coca en el dorso de mi mano, e inhalé.

Era como sentir pequeños Charlie Sheen en el interior de mi nariz, customizados como su personaje en Pelotón, disparando hacia mi cerebro taratatatatata taratatatatata taratatatatata Lo podía sentir, los podía sentir, pequeños Charlies, dentro mío, disparándome taratatatatata taratatatatata y riendo y llorando al mismo tiempo: taratatatatata Mi corazón hacía fuerte Pum pum... Pum pum... Pum pum... Pum pum... Pum pum... Pum pum... Pum pum... Pum pum... latía con tal contundencia que sin pensarlo dos veces, me levanté del asiento, me hincué y le rogué a Dios que me perdonara y que me salvara la vida.

Recuerdo haber orado desesperado; como no lo hice suicida.

Dios, si me salvas la vida, prometo no volver a meterme coca.

Recordé a mi exjefe Flavio... él me enseñó a inhalar coca.

El caos en mi interior era desbordante y la culpa inmanejable.

Fui al interior más oscuro de mi ser, entre tantos recuerdos, con tantas vidas paralelas y busqué la calma en la redención por alcanzar, al tiempo que respiraba hondo y me imaginaba que no debería haber modo de morir, después de todo era un suicida que no acababa de finalizar su vida. Me aterró que en esta ocasión si muriera; que La Muerte y El Tiempo vinieran por mí cuando por fin lo que deseaba era vivir, y vivir bien.

Y encontré lo que buscaba, alcancé la Paz. Me apacigué al entender que la vida que vivo no es mía y que me puede ser quitada o mantenida; y pensé que debía hacer algo más grande con mi vida que yo mismo.

Un pellizco interior arremetía dentro de mi pecho, directo en el corazón. Pum pum... Pum pum... Pum pum... Pum pum... Pum pum... Pum pum... Pum pum... Pum pum... Y yo sentí que, por fin, me moría.

¡PERO YA NO QUERÍA MORIR!

PUM PUM! ¡PUM PUM! ¡PUM PUM! ¡PUM PUM! ¡PUM PUM! ¡PUM PUM! ¡PUM PUM!

¡PUM PUM! Al final, rezando sin descanso y sin poder dormir, sin darme cuenta, el metro se pasó de la estación en la que me bajaba, de la última estación y se fue directo a unos hangares subterráneos.

A pesar de ya no tener cocaína, estaba tan, pero tan agotado que me dormí en la oscuridad de mi presidio fortuito.

Pasaron las horas y todo amainó.

Prometí que todo cambiaría, al despertar. Ahora sí, quería vivir. Sonreí trémulo al saber que Manolo estaba vivo, ¿qué habría sido del Gordo Chaga? Mamá no murió sin mí y eso me hizo llorar. ¿...Y mi ex Kyoko? ¿Y mi hijita muerta? ¿Y mi hijita nonata?

Se lo prometí a Dios y me lo prometí a mí, cada minuto de mi existir valdría mi peso en oro. Y nunca más abandonaría a los míos. Es más, defendería a los míos ante cualquier circunstancia; así como dicen que defendí la vida de los Guerrero, por más que ellos no se hubieran enterado que los salvé. Así viviría, salvando a los demás, para salvarme a mí.

Dios... ayúdame.

Le iba a pedir que me sacara del hoyo en que me había metido por tramposo; y digo, tras tan buenos resultados con El Jefe, quién no querría empujar un poquito más la balanza a su favor; pero después comprendí que el no morirme debía significar algo más allá de mí y decidí no pedirle, nunca más a Dios que me diera nada; sólo que me pusiera donde hubiera algo, y yo me encargaría del resto.

Dios, no me des; pero ponme donde hay.

No me salves de nada ni de nadie; sólo de mis pésimas decisiones.

Y fue, entonces, que me aventuré a entender que estaba sufriendo a lo pendejo; qué carajos importaba que una pinche editorial no me publicara, qué tanto necesitaba el reconocimiento, si lo verdaderamente importante era que mamá no había muerto aún, que los Guerrero seguían vivitos y coleando, que tenía los pulmones repletos de oxígeno y que, sin ningún problema, podía salir adelante de ésta, ¡de todas, chinga!

Desmoralizado y, otra vez en el puto metro, con trescientos pesos en mi cartera, y un billete de veinte, una moneda de diez y tres de peso en los bolsillos, decidí que el resultado no había sido malo; que quizás había sido el momento de entender que debía moverme de la derrota a...

Sí... A otra cosa.

—¿Un thriller, eh...? —susurré despacio, y, como lamiendo cada letra de cada palabra—. Un vertiginoso y trepidante thriller...

Pero un thriller debe llevar una secuencia lógica narrativa, ciertos giros de tuercas y un mapa de realización y la novela que dicen que hacía no parecía así. Además, que yo supiera, nunca había escrito nada. Tendría que leer mis dos libros y hacer otra cosa.

No creí, ya pensando fríamente, poder hacer algo así.

Quizás llegaba a este punto en esta vida en el momento justo en que acababa lo que yo no sabía hacer, para hacer algo nuevo; o algo viejo...

A ver, si escribiera una novela de suspenso, me haría bolas. Mi cerebro tendría que estar al tiro para no perder detalle de todo cuanto mis dedos escribieran y las cosas, las pistas, los personajes y sus intenciones y todo lo demás, debería estar fríamente calculado.

No.

Está muy cabrón. No.

Pero, quizás una de terror.

El miedo siempre espanta, es primario y es una emoción que puede detonarse con ciertos clichés. Podría, sin ningún problema, escribir una novela corta de terror que impacte.

Si yo fuera escritor de novelas de terror narraría la historia de/

En eso, noté que el metro avanzaba y emergiendo de la oscuridad de la cueva arquitectónica de los hangares, se detenía justo en la primera estación de la línea de Barranca al Rosario.

Por instinto me bajé. No me sentí en calma, hasta que el último vagón desapareció en el túnel del otro lado. Miré el reloj a la mitad de los andenes: las 5:05.

Seguía completamente vacío, sin nadie en el andén y, entre los durmientes de las vías, tres ratoncitos iban de un madero al otro, de un lado de la vía al otro, como los soldados de las películas bélicas que avanzan entre los escombros de una ciudad bombardeada.

Si yo escribiera novelas de terror escribiría que una invasión zombie arremetía contra la ciudad y que, por ejemplo, el protagonista, un político... No, un asistente de una política. De una candidata a diputación... Sí, algo así..., escribiría que un chico, el asistente particular de una senadora sale de un elevador y encuentra la ciudad vacía.

Suspiré hondo...

¿Cómo va a ser posible que este compadre salga de un elevador y ya esté vacía la ciudad...?

¡Un maremoto!

Pero... ¿cómo? Mientras más absorto en mis pensamientos, emocionado y divertido en mi historia, el sonido de unos pasos extraños me alerta.

Suip.

Suip.

Suip.

Suip.

Suip.

Eran unos pasos lentos y solemnes.

Volví la vista a la única persona que estaba a mi lado en aquel andén y vi a una sombra sin rostro. El efecto de su gorra y el cuello levantado de su chamarra, hacían inescrutable sus facciones. Suip. Suip. Suip. Él caminaba de forma extraña y más a prisa, como de puntillas, hacia mí y yo, lentamente, comencé, sin saber por qué, a intranquilizarme. SUIP. SUIP. SUIP. Como salido de mis pesadillas, un ruido estruendoso reventó en mi oído, al tiempo que un golpe de aire me empujó hacia la pared del andén.

Era el metro que llegaba a toda velocidad.

Producto de mi imaginación estimulada, de reojo, antes de recomponerme, miré los vagones del subterráneo llegando a toda prisa envueltos en llamas. Una exclamación de sorpresa salió insoslayablemente de mi boca al tiempo que los ojos fulgurantes del tipo del andén, el tarado que vi en el hospital, me miraba desde la oscuridad en su rostro, impertérrito. La anciana, sigilosa en ropas deportivas lo alcanzó. Me recompuse y me paré frente al metro que ni ardía ni tenía nada extraordinario más que sus vagones atestados de gente... a las cinco de la mañana...

Nadie bajó del convoy y la anciana del andén junto con el tarado, se subieron empujando entre la masa de viajeros que ya no cabía hasta que, sostenido del marco de la puerta con las yemas de los dedos y empujando con las nalgas en un movimiento de cadera hacia el interior, se hicieron espacio en el transporte subterráneo obligando a los demás a adoptar nuevas posturas y permitir que las puertas se cerraran.

Y así lo hicieron.

Una vez cerradas las puertas, el convoy pitó y el metro emprendió su marcha a una velocidad inverosímil, levantando del suelo del andén basuras de envolturas y páginas de periódicos.

De, periódicos...

Un poco más calmado, recordé a mi personaje.

A raíz de un accidente espacial, un satélite basura, inservible, que vaga por el espacio sideral, desorbitado, choca con un meteorito y estallan, provocando una onda expansiva que empuja varios satélites fuera de funcionamiento que se van impactando con otros y con otros y que

generan una reacción en cadena que culmina haciendo estallar una Estación Espacial Internacional de iniciativa privada proyectando objetos espaciales hacia la tierra y, debido a un efecto por el sobrecalentamiento global, oculto por los gobiernos, el desprendimiento polar generado por la caída de cuerpos celestes de manera consecutiva por semanas, deshielan los polos, incrementando el nivel del mar, y liberan bacterias, hongos y virus prehistóricos que se adaptan sin dificultad a la actualidad de nuestra era; entonces, resulta que un agente microbiano prehistórico, el que eliminó a algunos antepasados del hombre de manera radical y contundente, muta y se mejora a sí mismo infectando el cerebro humano en la parte más antigua, la reptiliana, dominando su mente, nublando y volviéndoles autómatas gobernados bajo el único fin de subsistir a toda costa reproduciéndose, con base únicamente en el contagio y proliferando bajo cualquier circunstancia.

No... creo que es mucho...

En piloto automático, me bajé en Mixcoac para hacer la conexión con la línea dorada en dirección Tláhuac. Para mi sorpresa, la línea estaba vacía. Iluminada, pero tan vacía que mi caminar repercutía en un eco estridente por todos lados. Llegué al andén y no había ni un alma.

Unos siseos interrumpieron mis pensamientos.

Espantado, asomé por todos lados sin encontrar nada a mi alrededor.

El metro estaba vacío de nueva cuenta. Miré el reloj, 5:23

Sonreí.

Al final quizás sí, tal vez, después de todo la idea de mi historia me iba gustando.

Un estruendo, como de una placa de metal cayendo me sobresaltó y yo reí a carcajadas del pinche susto que me metió aquel ruido. Saqué mi teléfono para apuntar en la aplicación de notas esta idea. Sin saber por qué, miré las barritas de recepción, notando que no tenía nada.

Anoté lo que llevaba pensado.

No bastaba.

Hacia falta algo más... vertiginoso...

El chico sale y la ciudad está vacía, pero no del todo. Un oso que, probablemente escapó del zoológico, un oso famélico, lo empieza a perseguir hasta que en un encuentro sangriento, el hombre domina a la bestia y él lo desmiembra y se cubre con sus pieles y come su carne. Luego, vagando por la ciudad, encuentra unas latas de gasolina Zippo y unos mecheros y ¡domina el fuego!

<<Arghhh...>>

Esta vez el ruido sí me espantó. Asomé a los confines de las direcciones de las vías, pero no ví nada más allá de los andenes. Decidí, mejor, salir del metro e irme en taxi. El metro me pareció inseguro; y eso que mamá siempre me dijo que en caso de terremoto, me resguardara, de ser posible, dentro del subterráneo. Anduve desandando mis pasos hasta la salida, sólo para encontrarme las puertas del metro cerradas por una verja metálica, con una gruesa cadena y un gran candado.

—¡HOLA! —nada—. ¡HOLA! ¡NECESITO SALIR! ¿HAY ALGUIEN?

Nada.

Plac.

Escuché aquello, como el sonido de las luces de las oficinas al activar el switch para apagarse.

Plac. Plac. Plac.

Las luces de las escaleras de salida se apagaron.

—¡HOLA! ¡NECESITO AYUDA! —Plac. Plac—. ¡AYUDA!

Nada.

Todo fue un aparatoso silencio y una oscuridad tan envolvente que me sentí completamente abandonado.

Mi personaje —pensé— buscaría refugio en el metro.>> A lo lejos, abajo, vislumbré el leve destello de una luz.

—¿¡HOLA!?

Caminé a prisa, imaginé que sería una lámpara; pero eran las luces encendidas de los andenes.

Mi personaje buscaría refugio en el metro y encontraría ahí a unos sobrevivientes completamente trastornados que hubieran reconstruido una sociedad que recordase mucho a las culturas medievales y liderados por... su jefa... la Senadora.

Plac. Plac. Plac.

Las luces de los andenes se apagaron y sólo quedaron encendidas las luces dentro de los túneles. Unas luces cilíndricas de colores azules y rojas que no alumbraban nada, sino, me imaginó, servían, únicamente, para denotar las paredes de los túneles.

Unos siseos comenzaron a escucharse.

—¡AHHH!

El grito escapó antes de que pataleara el suelo donde pisaba al sentir algo que me tocaba. Unos ruidos, como garritas, repiquetearon en mis pies, en medio de la oscuridad. Sin dudarlo ni un segundo, haciendo acopio de una valentía que jamás hubiera creído ser capaz de manejar, alumbré con la linterna de mi teléfono y miré una colonia de ratas que pasaba entre mis pies escapando de algo de entre los túneles hacia la salida de la calle de donde venía.

<<Arghhh...>>

Unos sonidos guturales hicieron eco del lado del túnel en dirección a la Estación del Rosario y, alumbrando hacia allá, sólo pude ver unas siluetas malformes que se encaminaban hacia mí a pasos lentos pero constantes.

<<ARGHHH...>>

Sin saber en qué estaba pensando, me eché hacia las vías y corrí desesperado por entre los durmientes hacia la dirección contraria, hacia Barranca del Muerto mientras gritaba, sin emitir un sólo ruido, de pavor; al tiempo que una oscuridad absoluta me engullía...

Mi celular sonó.

—¡Bueno! —contesté desesperado.

<<Me acaban de llamar de la editorial, quieren ofrecerte un contrato por un nuevo libro... pero no te va a gustar cuando te cuente de qué.>> Dijo Manolo.

Esto seguía siendo el infierno. Y la soledad. Y el silencio. Y el frío. Y el hambre.

Un fortísimo olor a galleta, galleta de la fortuna me invadió el olfato...

Hazlo mejor, papi. Escuché dentro de mis pensamientos. *Hazlo mejor, papi, y todo va a estar bien.*

2

Tres años después de mi suicidio.

Mayo del 2023, viernes 12.

Llegué en Uber a los estudios Churubusco, me identifiqué en la entrada y me hicieron esperar en una cabina de seguridad. En no más de cinco minutos, un chico sonriente con un *walkie-talkie* en la mano llegó por mí y me encaminó entre los andadores que rodeaban cada set, que más que sets parecían bodegas separadas por caminos y jardines. Daban más la impresión de ser unas bodegas del gobierno que unos estudios de televisión.

—Es aquí, Fede. Pasa.

Me extendió la mano, señalando la entrada a un complejo de concreto y en el interior unos pasillos con ventanales que daban al foro del noticiero me permitían ver a Olga Ricci, la famosa periodista ítalo-mexicana, conducir un segmento de su programa. Dimos una serie de vueltas en los laberínticos pasillos y el chico me volvió a abrir una puerta, la del camerino que me correspondería aquella tarde y me indicó que en breve vendría la maquillista.

Dos minutos después, tocaron a mi puerta.

—¿Federico Bouzas?

Le sonreí.

—Sí...

Ella me alargó su mano para saludarla.

—Hola, Fede. Es un gusto conocerte, yo seré tu maquillista.

—Muchas gracias.

—Bueno, la verdad es que no hay mucho qué hacer.

—¿Tan mal me ves?

Ella se ruborizó de inmediato.

—¡No! ¡No, al contrario! Estás guapísimo.

Yo eché a reír y la pobre sólo pudo ocultar su cara entre sus manos.

Media hora más tarde, el mismo chico que me recogió en la entrada vino por mí y me llevó al set.

En el foro, esperamos a que Olga terminara de dar una noticia sobre un auto bomba que estallaron unos terroristas del Ejército de Liberación Insurgente Armado en el interior de la República, ya luego mandó a comerciales. En la pausa para los anuncios, y mientras otra maquillista la atendía, el chico me acomodó al lado de ella, más o menos a metro y medio y, sin siquiera voltear a verme, ya que le estaban dando los últimos ajustes a su *look*, me saludó con una linda cortesía.

—¡Hola, Fede! No sabes qué contenta estoy de tenerte aquí conmigo, con nosotros.

—Hola, Olga —dije sonriéndole sin que me viera, un poco nervioso—. Es todo un honor estar aquí contigo.

Ella se separó un poco de la maquillista y fue entonces que me volteó a ver y me regaló una sonrisa fulminante; a partir de ahí, era suyo. Olga tenía, como Medusa, una mirada que, en mancuerna con sus labios y ese par de comisuras que se plegaban y alzaban al sonreír, te volvía de piedra, te hacía un autómatas bajo su hechizo y yo, debo confesar, no fui la excepción. Literalmente caí encantado en sus redes.

La entrevista sucedió amena, en su mayoría, a pesar de que Olga nunca fue, nada más, una presentadora sino una cazadora. Ella era periodista de campo, se metía a las vecindades donde gente mala y sin escrúpulos tendía redes de pornografía infantil; se metía hasta el más oscuro rincón y con su fiel camarógrafo reportaban desde la tela de la araña. Accesaban a los psiquiátricos a entrevistar criminales desequilibrados, lograba permisos para internarse en las entrañas carcelarias para investigaciones con gente que pugnaba condenas en los centros de readaptación y no obtenía, nunca, un no por respuesta. No los aceptaba, más bien.

—Y dime, Fede: ¿En verdad pasó así?

Me le quedé mirando, estaba acostumbrado a esa pregunta, quizás formulada de otras formas, pero en realidad era la misma pregunta.

<<Vamos, Olga, esa pregunta me la hacen todos>> Pensé.

—Sí... —contesté arrastrando la sílaba de mi escueta afirmación—. Sí, Olga; lamentablemente

eso fue lo que en verdad sucedió con la muerte de Flavio Ajuria.

El año pasado, Luisa y mi ex jefe habían terminado en un hospital agarrándose a cachetadas con la muerte. Luego, ella fue trasladada a la prisión femenil de Santa Martha Acatitla acusada de homicidio en grado de tentativa.

—Y... ¿cómo descubriste la verdad?

Quise decirle que mi existencia se había vuelto un apremiante anhelo de aferrarse a la vida; que había intentado fulminar mi existencia y que la Vida misma me había obligado a continuar. ¿Cómo? Es que aún no lo sé. He sospechado de todo, desde las tonterías más arbitrarias como la experiencia simulada hasta una fusión mística entre el Eterno Retorno y las teorías religiosas de reencarnación. Pensé incluso, escribir un libro: Una vida, muchas muertes. Pero aún no entendía qué carajos era por lo que pasaba mi vivir experimentando mi existir, mi ser... Y luego, vino a mí, como una revelación, la única constante en todo esto. Porque claro que intenté dilucidar todo esto. Claro que sospeché. Claro que pensé, deseando existir luego. Y en esos análisis supuse que podía “revivir” mi vida y hacer cambios no tan fundamentales con el fin de evolucionar en mi mismo, de involucionar. Pero cuando Manolo Guerrero hubo sobrevivido, todo ello fue un castillo en el aire que estallaba y se mantenía de todas formas. En mis regresiones vitales habían cambios leves y otros fundamentales, repercusiones inimaginables y cambios de estructura en todo lo que yo conocía. Perdí gente, recuperé gente. Deshice eventos, gané momentos. La vida, las vidas, no me salían debiendo. Hice una balanza mental y entendí que muy probablemente esto que me pasa no terminará sólo porque yo quisiera ponerle un punto final a esos puntos suspensivos de la vida. Que por más que yo determine ponerle detenimiento a mi existir, la vida le cuele una esperanza por abajo y esto no para.

¿La vida, mi vida, tiene final?

Yo creo que sí; porque, después de todo, tuvo un principio. La cosa importante es que quizás no sea ni cuando ni como ni porque yo quiera. Como si la vida fuera un Leviatán indomable que no acepta sugerencias ni copilotos.

¿Me estaban reconstruyendo un órgano mientras me ponían La película de mi vida?

Pues puede ser, yo qué sé.

Lo único que entendí poder dominar fue, mi anhelo de vivir, sin importar cómo sea mi existir. Ya no quiero morir, ni tampoco continuar, sólo tengo el pecho lleno de aire y un par de pies que no terminan su andar.

Mientras existir sea obligatorio, vivir será mi mejor empresa.

Le podría decir a Olga, entonces, que cuando hube superado mi ondita autodestructiva, decidí aprovechar las circunstancias de mi vida tal y como se me presentaba en esos momentos y lo único que hice fue vivir. Y, en ese vivir Luisa y Flavio, acercados por mí, por mi ausencia, por mi deterioro, por el pretexto mío se volvieron más y más unidos hasta volverse una familia concisa.

—Luisa y yo... fuimos... muy cercanos. Yo conocía a Flavio... él fue mi jefe, mi amigo y... y... y algo no cuadraba. Simplemente era una acusación estúpida. Luisa no podría, bajo ninguna circunstancia, haber intentado matar a Flavio.

—Luisa fue tu novia, ¿no?

Contuve el aliento, las luces en el plató me inundaron por dentro de una luminiscencia que me hizo recordar, a *grosso* modo, esa Luz tan resplandeciente, tan blanca, que me envolvió al arrojarme de mi departamento.

—Federico, ¿Luisa fue tu novia?

—No.

—Flavio fue tu jefe, pero también fue quien terminó agarrándose a golpes contigo por ella, porque fue por ella, ¿no? Luisa ¿él y tú...? Ustedes tres eran amigos, ¿no?

Vivir, sin lugar a dudas, cuesta muchísimo trabajo; uno tiene la certeza de merecer compasión y apoyo y el favor de los otros, de los suyos, pero quizás no.

Tal vez nos hayamos olvidado que nuestra cualidad bestial de ser simples mamíferos en una jungla de asfalto permanece en estado de latencia y lo que socialmente catalogamos como una traición, un fraude, una mentira, no es más que la prioridad de otro por encima de nosotros. Aquello, la traición, la mentira, el fraude, tal vez no son más que nuestras prioridades sobre los demás, y la importancia que les damos. El Estado Natural al que Hobbes se refería, el contrato social aniquilado por nuestro derecho natural a no perecer mientras vivimos de la mejor manera posible. Por eso, de buenas a primeras, tu mejor amigo se acuesta con tu mujer, por eso de buenas a primeras, acorralado, un mecanismo cavernícola de supervivencia acusa a tu cuate de la fechoría que tú hiciste para poder salirte con la tuya; por eso, de buenas a primeras, están ellos, allá; y nosotros, acá.

—Flavio y Luisa fueron novios; luego él y ella... rompieron, Luisa y yo seguimos siendo amigos, y, como resultado de muchos factores que nos descolocaron a ambos, tuvimos un *affair*. Un error. Después, cada quien continuó su vida y luego yo tuve, como puse en el libro, mi relación más importante, perdí a mi madre y/

—¿Tú madre? ¿Tú madre murió?

Mierda, olvidaba que mamá estaba viva ahora.

—No, lo siento, no lo dije bien. La madre de mi hija murió para mí y yo para ella; al menos como pareja...

—¿Por qué el brinco, Fede?

¡¿QUÉ!?

—¿Qué?

—¿Por qué un libro, Fede?

Hace un año, la tragedia llamó a las puertas de mi vida de nueva cuenta, de la vida de todos nosotros. Anuar dijo que había encontrado dónde se ocultaban Luisa y Flavio. Flavio había recaído en su adicción a las drogas y arrastró consigo a Luisa, sin importarles en esos momentos que ella se encontraba embarazada. Su tío, sus padres y el resto de la familia y amigos los habían estado buscando por cada motel que pudieron y no descansaron hasta que Anuar encontró al *dealer* de Flavio y lo amenazó enterrándole una navaja en la entrepierna, al tiempo que le apuntaba con una muy pequeña pistola la barbilla. <<Ya valiste verga, pinche Anuar.>> Pero él no sólo no se dejó intimidar por el *dealer*, sino que dio un paso más adelante, encajándole más, un poquito nada más, la navaja y, logrando hacer un pequeño y superficial corte en la entrepierna, un chorro de sangre comenzó a mancharle el pantalón, como si se estuviera orinando, pero el color era distinto, oscuro, y el olor no era el de la sangre, mencionó semanas más tarde Anuar, era más bien férreo y toda la suma de aquellos factores logró que el narquillo se paniqueara y rajara el escondite de Flavio a quien, supuestamente, le había ido a entregar mercancía la tarde anterior.

—Te seré completamente honesto...

—Por favor, Fede.

Hice una pausa, viendo el programa fue algo menos de dos segundos, pero en ese momento me pareció una eternidad, no es que no supiera qué decir, ni cómo, era sólo que mi voz no se dignaba a salir de mi cogote.

—Mira, Olga, tras la publicación de mi primera novela, mi editor me informó que no habría una

siguiente edición; que, prácticamente, yo le debía dinero a la editorial... y luego, por haber participado y ganado dos concursos con la misma historia, pues imagínate. Bueno, tú sabes eso. Diste la nota.

—Lo recuerdo, pero no sabía que la editorial te hacía terrorismo contractual ¿En serio te trataron así?

Le sonreí, me encantaba contar esta parte de la historia, era como saldar un poco las cosas con ese cabrón de la editorial.

—En verdad. Cuando firmé el contrato con ellos, el primero, me dieron un adelanto de regalías, no era mucho, pero me daba la oportunidad de dejar mi empleo y dedicarme a escribir, cosa que hice. Luego, hice una segunda novela que, en vez de dársela a la editorial para su valoración, como ya todos saben, la metí en dos concursos de manera simultanea y ganó ambos, descalificándome y cerrándome las puertas editoriales. Ya no supe qué más escribir, nadie quería mi segunda novela, y, para colmo, veía cómo mi primer libro desaparecía de las estanterías, pero para ser reacomodada en los libreros y luego al fondo de los estantes. A veces entraba a alguna tienda de libros y pedía por mi novela y no lo ubicaban, tecleaban en su catálogo y sonreían satisfechos: <<Sí señor, claro que tenemos en existencia.>> Me la daban y veía el precio tapado por una etiqueta roja de descuento del cincuenta por ciento. Algunos días la compraba, por vergüenza; otras veces sólo miraba el libro y se los devolvía. Mi editor y mi agente me preguntaron si estaba escribiendo algo más y yo mentí, diciéndoles que sí. Me miraron serios, me dijeron que lo dejara de escribir y me sugirió mejor escribir un manual de ventas.

—¿Un manual de ventas?

—Un manual de ventas, Olga. Al final, yo había sido un excelente vendedor en mi trabajo antes de publicar mi primera novela y ellos lo sabían. Me dijeron que las obras de no ficción siempre vendían más que las novelas y que podría explotar mi experiencia como cerrador para hacer ese manual. Incluso me dieron el título: Manual definitivo del cerrador cara a cara.

Ella me sonrió, condescendiente y luego, impulsada por una fuerza interior, la del éxito compartido.

—Y ahora, tus dos novelas, la primera y esta tercera y más reciente son un *hit* de ventas, ¿qué sientes al ser uno de los pocos mexicanos en el listado de libros más vendidos del New York Times?

Suelto, sin querer, una carcajada.

—Es una locura, Olga; una maravillosa locura.

Ella ríe conmigo.

—Fede, tengo que ponerme un poquito dura, incisiva más bien, con lo siguiente: ¿Siempre supiste quién desencadenó la muerte de tu mentor?

—¿Mi mentor?

—Sí, la muerte de Flavio, siempre supiste quién fue el asesino.

Yo, aunque siempre le estaré agradecido a Flavio por enseñarme todo lo que sé de ventas, nunca lo consideraré mi mentor. Aún así casi siempre me dejé guiar, casi siempre hasta la pelea que nos separó.

—Mi mentor era, para mí, en realidad, Anuar. Flavio fue mi jefe y uno de mis mejores amigos. Lo quise y lo admiré mucho; pero su tío era para mi otro nivel.

El foro entero enmudeció, o quizás esa fue mi impresión.

Luego, Olga arremetió:

—¿Sabías quién había atentado contra tu amigo?

—No.

—¿No?

—De ninguna manera, pero sí que sabía quién no, y Luisa no había sido.

—Fede, ¿es verdad que tú y ella se acostaron y que por eso Flavio y tú se pelearon?

—...

—Federico, discúlpame, es sólo que quiero entender todo lo que has escrito, quiero descubrir y mostrarle a la gente por qué tu libro esta en la lista del New York Times, quiero dar muestras claras de los componentes que han hecho que tu primer libro haya dejado de ser un fracaso editorial y se haya convertido en una de las novelas más vendidas en el país... Quiero que la gente entienda cómo es la historia que le permitirá a tu segunda novela, aún habiendo sido quemada en la industria editorial, sin siquiera haber salido a la luz, ser revalorizada para su lanzamiento el próximo año. Quiero que la gente te conozca, de verdad, a ti.

Me sentía como un boxeador contra las cuerdas.

—Luisa fue mi mejor amiga/

—Pero te acostaste con ella.

—Sí...

—El bebé, es de... ¿No es tu bebé?

—No.

—¿Cómo sabes?

—Es igualita a él.

—Ustedes eran muy parecidos, ¿verdad? Los confundían como familiares, ¿cierto?

—...

—Lo pones en tu libro...

—Es cierto, pero su cara/

—¿Le han hecho pruebas?

—¡No, claro que no! Es hija de él.

Olga se detuvo, respiró, me permitió respirar a mí y, cuando tuvo la certeza de que no implotaría, me preguntó:

—¿Eres feliz con el resultado de todo esto?

—...

—Federico...

—Claro que no, Olga. Mi amigo murió.

—Pero/

—Te estoy contestando: mi amigo murió y dejó a mi mejor amiga viuda y embarazada.

Nada hay, en todo esto, nada que pueda proporcionarnos algo de felicidad.

3

<<En persona tienes apenas 15 segundos para una primera impresión que te ayude a vender. 15 segundos y nada más. Al teléfono, sólo 3 segundos. Hazlo bien, tienes sólo una oportunidad con cada cliente ¿Lo entiendes?>>

<<Sí, jefe.>>

<<No me digas jefe, dime Flavio.>>

<<Entendido.>>

<<Muy bien. Toma tu cartera de clientes, tu *pitch* de ventas y llama.>>

<<¿Ya?>>

<<Ya.>>

<<¿Ahora mismo?>>

<<¡Claro que ahora! Es tu trabajo, levanta el puto teléfono y marca.>>

A principios del 2022, algunos meses después de haberme convertido formalmente en escritor, y con mi primer fracaso editorial a cuestas, una historia de muertes y encarnaciones que nadie me creería si lo platicara en un bar, por ejemplo, y la vergüenza de haber fallado de forma pública, mi editor y amigo me había pedido que escribiera, en vez de una novela, que era lo que en verdad quería escribir, aunque no tuviera una puta idea sobre qué ó cómo hacerlo o de qué trataría; un libro que sirviera como un manual de ventas para personas desesperadas que, al no encontrar trabajo, tuvieran que coger una tabla de salvación, la tabla de salvación por excelencia en el desempleo, y comenzar a vender productos o servicios para subsistir en lo que las cosas se acomodaban de la mejor manera.

Yo, antes de ser escritor, antes de piratear camisas de marca, antes de intentar suicidarme o más bien de haberme suicidado sin el éxito esperado, había sido vendedor, y uno muy bueno.

Durante mi época de universitario, caí profundamente enamorado de una chica hermosa, hermosa de verdad: Vanessa Ayala.

Dios... qué mujer.

Estaba tan, pero tan enamorado de Vanessa que decidí que quería compartir el resto de nuestras vidas juntos. No fue algo espontáneo, claro; fue un pensamiento, más bien una sensación, casi casi un sentimiento progresivo que se fue adueñando de mi voluntad. No era bonita, pero era muy guapa, con un *sex appeal* que causaba un fulgor en quienes la mirábamos. Tenía el cabello lacio, oscuro. Ojos cafés, claros. Y una nariz más bien fea y grande que, en su conjunto con aquellos labios rosas y su mirada de ángel te robaban el alma.

Al principio, nuestro enamoramiento fue total.

Nos conocimos en La Carlota, el bar a lado de la universidad.

Mis amigas se habían vuelto amigas de las chicas del equipo de *tocho bandera* y estaban celebrando una victoria fulminante contra el equipo femenino de la Anahuac. El equipo de mujeres de Los Gansos Salvajes de la UIC habían derrotado sin misericordia a las chicas de los Leones de la Anahuac del Sur. Llegué junto con mi mejor amigo al bar e, inmediatamente, mi amiga nos hizo un hueco en una mesa atestada de chicas sudadas y en ropas deportivas super pegaditas. Nos incorporamos en el espacio que quedaba mientras mi amigo me explicaba que en ese bar sólo ponían rolas de Bunbury.

—¿De quién?

—No mames, Fede: Bunbury, el vocalista de los Héroes del Silencio...

Ofendido por mi ignorancia musical, mi amigo hizo un comentario sobre mis gustos poperos y se volteó para tomar unas cervezas de la cubeta metálica que las contenía, sobre la mesa, a lado de los chicharrones con salsa picante que hacían las veces de botana.

—Yo tampoco lo conocía —dijo una chica a mi lado, riendo con timidez.

Volteé a verla y, por vez primera, me perdí en su mirar. Vanessa era muy atractiva, a pesar de no ser la más guapa de la mesa; había sólo que mirarla, sólo debías descubrirla y *boom*, caías.

Me reí.

Vanessa y yo estuvimos platicando todo ese tiempo, bebiendo poco y conociéndonos mucho, mientras el resto se emborrachaba. Unas dos horas después, la capitana del equipo, con la voz barrida por el alcohol, la instó a ya irse a clase.

—¿A clase? —preguntó con claras muestras de no quererse ir.

—Tenemos exposición, güey...

No hubo forma de convencerlas de quedarse y yo, por más ganas de no dejarla ir, sin ser capaz de pedirle su teléfono por miedo a molestarla y perder eso tan hermoso que habíamos construido

con la espontaneidad de nuestra charla, de nuestro *momentum*, decidí en un acto de cobarde caballerosidad, sólo ofrecerme a acompañarlas caminando a la puerta de la universidad. Todos se rieron ante mi absurda iniciativa y, de cualquier forma, nos encaminamos cinco de las chicas del equipo, Vanessa y yo a la entrada del campus. No recuerdo de qué hablamos en el trayecto, ni siquiera recuerdo haber abierto la boca, pero claro que recuerdo que tras despedirnos, y notando que ella esperaba que le pidiera su celular, darnos el beso del adiós, en la mejilla, con ella insatisfecha y yo con una terrible ansiedad producto de mi falta de coraje para pedirle lo que deseaba, una promesa de más instantes juntos. Ingresaron a la universidad, yo me di la media vuelta y eché a andar hacia La Carlota y, justo cuando terminaba de asumir mi derrota y planeaba cómo pedirle a mi amiga que me consiguiera su número, Vanessa me alcanzó y me confesó que le había gustado mucho platicar conmigo y que si quería, podíamos quedar luego para un café o unas chelas.

Yo le dije, sin poder ocultar mi felicidad, que sí.

Ella me anotó su teléfono en la palma de mi mano y nos despedimos fundidos en un abrazo que pareció durar mucho y que, sin embargo, se nos hizo tan efímero como doloroso en su final. Entré victorioso al bar y mi cuate me instruyó en la magnificencia de Bunbury mientras me cantaba la chispa adecuada y yo temblaba ante la frase “Y ahora estás en mi lista de promesas a olvidar...” Sabiendo que habiendo encontrado a Vanessa ahora había obtenido, también, el riesgo de perderla.

Salimos.

Salimos y comenzamos a andar.

Nos fuimos conociendo como novios.

La primera vez que estuvimos a punto de hacer el amor, yo la contuve y le dije que no. No quería darle la impresión que sólo la quería para coger ya estaba harto de lastimar a las mujeres con las que me acostaba. No teníamos ni dos semanas de andar, nos habíamos quedado solos en mi casa, en casa de mi madre y una cosa llevó a la otra: <<Quiero tenerte dentro de mí.>> Me dijo jadeante cuando nuestros labios no podían detener los besos y nuestras manos recorrían toda la geografía del otro, a partir de la piel de cada uno.

Y yo, profundamente exitado y ardiendo en deseo por ella, entendí la nobleza de mi contención para exaltar nuestro amor. Ella, por su parte, cambió después de aquel día y me enteré, más tarde que la había hecho sentir terrible con mi rechazo.

Al saberlo, ya de noche, salí sin avisar de casa, tomé el metro de la colonia del Valle a Avenida del Taller, por el metro Velódromo y me brinqué la barda de su casa, me colé hasta su cuarto y ya ahí, y después de pegarle un susto terrible y susurrándonos para no ser descubiertos por sus padres ni sus hermanos, tuvimos nuestra primera y acalorada discusión y, luego, la reconciliación ardiente que nos merecíamos.

La amé y la deseé y la quise tanto que las siguientes semanas no nos separábamos para nada. Iba a su casa temprano y la acompañaba a nuestra universidad, la dejaba en la puerta de sus salón y me iba al mío, luego almorzábamos algo en la cafetería y al final nos regresábamos en su coche, pasaba todas las tardes con ella hasta que llegaban sus padres y con la mejor cordialidad que podían, me invitaban a irme a mi casa. Hubo días con suerte en que me invitaban a cenar y luego a irme.

<<¿No se hartan de estar sólo en la casa, sin salir nunca?>> Inquirió su madre. Su esposo la miró como dándole a entender todas las ventajas de estar en casa solos. <<Deberías llevar a mi hija a cenar, o al cine, o al boliche. No es sano que estén todos los días viendo películas en la sala.>>

Y claro que me decían eso. Veíamos cualquier película, hasta dos películas por tarde, bajo una

manta que ocultaba todos nuestros secretos, nuestra profunda pasión y las razones por las que ni cuenta nos dábamos de que nunca salíamos.

Aquella vez, después de cenar con la familia de mi novia, al salir e ir caminando al metro, metí la mano al bolsillo de mis *jeans* y encontré un boleto del metro y 13 pesos. Supe que las cosas no podrían continuar así y decidí que me metería a trabajar para tener el dinero suficiente para invitar a Vanessa a cenar y al boliche y al teatro y así no alarmar a sus padres.

La verdad de las cosas es que tras una entrevista surrealista de trabajo en L'Oréal, conseguí un puesto de Becario en Comunicación instantáneamente... Sí, quizás mentí un poco en la entrevista, y tuve la suerte que justo buscaban un perfil *como el mío*; de hecho, a mi jefe directo, que resultó ser el director de comunicación de todo el grupo en el país, le parecí increíble y, contra todo pronóstico y con mucha buena suerte, en vez de los nervios que mostré la tarde en que conocí a Vanessa, con mi jefe parecía un lobo al acecho.

Y me contrató, inmediatamente.

Al día siguiente ya estaba en mi cubículo en las oficinas de la empresa. Pero como toda mentira, mis fallas sobre lo que en verdad sabía, *versus* lo que dije que era capaz, salieron a relucir de inmediato y el trabajo se volvió un infierno insoportable; aún así, en aquella empresa no tenían corazón para despedirme —y mi jefe fue claro anunciándome que no era lo que le dije ser y que él no me correría pero que había traicionado su confianza—, y como no me despedían y yo por fin contaba con un sueldo que me permitía invitar diario a cenar a mi chica, aunque en realidad más bien nos íbamos a un hotel; y me había vuelto el orgullo de mi suegro quien en todas las fiestas familiares presumía que había buscado y conseguido trabajo sólo para tener billete para invitar a su hija a salir, yo, por más hostilidades, fracasos y frustraciones que viviera en la compañía, sólo fui capaz de renunciar cuando ambos, Vanessa y yo, comenzamos a fantasear con casarnos para poder vivir juntos y nunca jamás separarnos.

En una estúpida aritmética nocturna encontré que los seis mil quinientos pesos que me pagaban en L'Oréal no nos alcanzaban, que mínimo debía de ganar, al menos, diez mil para una renta y unos muebles modestos.

Renuncié y fui a buscar empleo sin descanso hasta que entre al Corporativo Reader's Selections. Para empezar, fui timado desde un inicio, porque yo iba por una vacante inexistente de coordinador de *marketing* y fui embaucado para aceptar una plaza como vendedor por comisiones.

El tipo que me entrevistó, el gerente de ventas, rayaba el piso con el colmillo y se veía un truhán hecho y derecho que me envolvía en su verborrea para intentarme convencer de quedarme como vendedor.

<<Si entras como vendedor y se vuelve a abrir la plaza de *marketing*, será más fácil que te re-coloques.>>

Mentira.

Pinche empresa, ni siquiera tenía departamento de *marketing*.

Pero, luego, tocó el nervio correcto.

<<Si entras con nosotros, Federico, te juro que la vas a armar. Jodido vas a ganar entre 10 mil y 15 mil pesos al mes, los primeros meses.>>

¡Tin. Tin. Tin! Dio en el blanco.

<<¿Me van a pagar entre 10 y 15 mil pesos?>>

<<No, mejor. Tú te vas a pagar eso o más.>>

Al día siguiente me presenté a la capacitación y salió un tipo sumamente elegante, con un traje Armani y unos zapatos Prada que logré identificar porque Vanessa era una fashionista de

corazón y, después de hacer el amor, ponía las televisiones de los hoteles en los canales de moda y alta costura mientras me explicaba las líneas que diferenciaban a cada una de las marcas más refinadas de la industria textil y del calzado. Aquel tipo, Anuar, entró elegante y contundente en mi vida. Era tal su poder gravitacional que sin verlo sabías que estaba en la misma habitación que tú. Su elegancia y su porte te impedían ver sus carencias. Apantallaba tanto que no te dabas cuenta que el cabrón no sabía ni hablar bien.

<<Ya vistes, mijito, porque debes estar perfectamente bien arreglado: Como te ven te tratan. Ahora, váyase a vender y que Dios me lo bendiga.>>

Pfff...

Un puto encantador de serpientes.

Admirable.

Entrañable.

Y un tipo que acababa con todo y cada uno de los seres a su paso. Incluyéndome.

Me quedé ahí, a pesar de las mentiras y las oficinas espantosas porque supe que, si la mitad de lo que decían aquellos locos era verdad, yo lo comprobaría.

Y lo comprobé.

Me hablaban de viajes de convención a Riviera Maya, Los Cabos, Cancún; y me fui. Me hablaron de comisiones constantes y sonantes, y nunca gané menos de 16,000 pesos al mes. Me dijeron que los mejores de los mejores, los tres mejores vendedores, los tres mejores subgerentes, los tres mejores gerentes y los tres mejores directores nos iríamos de convención a lugares paradisiacos, destinos internacionales todo pagado y yo conocí: Grecia, Italia, Suiza, Croacia, Cuba, Costa Rica, Francia, España... todo, todo: vendiendo cursos.

Carajo, estos tipos eran los verdaderos maestros de la venta, los Señores de la mercadotecnia cliente por cliente y los fisicoculturistas del músculo comercial del *face to face*.

Por eso, con toda certeza, mi editor estaba dispuesto a un último intento, mi última oportunidad editorial si lograba migrar de una novela fracasada a un manual de ventas que, sin dudas, sería un *best seller*.

<<Tu infravalorada narrativa, con esa estupenda y única voz, más tu experiencia comercial son una bomba de tiempo esperándote para escribir tu manual de ventas definitivo.>>

A pesar de las negativas de la editorial, logré negociar, junto con mi agente, un adelanto que me permitiera escribir sin hambre —y sin gusto— su pinche manual. Eso sí, dado el fracaso literario que mi primera novela tuvo, me vi en la necesidad de desocupar mi departamento y, con tal de no volver a casa de mi madre, resolví estar en una pequeña casa en un lugar muy económico en el interior de la República.

El pueblito se llamaba Buenavista de Cuellar, en Guerrero.

Vendí mi recién terminado de pagar Cruze 2017 con quemacocos y asientos de piel y con el pequeño adelanto de la editorial y lo que obtuve de mi auto, compré al contado un Aveo 2018 y renté un año una casita de un piso, con jardín, en medio de aquel bellissimo y austero pueblo guerrerense que se erguía humilde pero lindo, entre los verdes cerros.

Por obvias razones, los recuerdos de mi anterior empleo como vendedor, el que colapsó antes de mi suicidio, las enseñanzas de Anuar y Flavio y el abrupto término de nuestra relación, así como mis interacciones vitales con mis momentos del pasado, estuvieron en estado de latencia, ¿los viví? Pues es que ya no sé, probablemente sí, pero había dejado de importarme lo que sí era “real”, dado que lo que verdaderamente importaba era lo que me parecía verdadero a mí.

Sin importar mi futuro, fue ahí, en mi pasado, donde ambos marcarían mi vida enseñándome a vender y yo aprendiendo a vivir.

*

Pasando la mitad del 2022, meses después de la sutil petición de mi agente de hacer el manual que mi editor me exigía, llegué a mi nuevo hogar en un auto al que no conocía y que me hizo dar un par de brincos de susto durante la carretera. Sin embargo, el carro estuvo a la altura y, una vez calado, pude manejarlo como si hubiera sido mío desde siempre.

Llegué a Buenavista emocionado, aquel lugar en verdad le daba al clavo con el nombre. Por donde volteara a mirar, todo era esplendoroso, un verde fulgurante y el azul del cielo era intenso, casi de un tono azul rey que despertaba en mi una pasión abrasadora por querer escribir, más bien, una ficción literaria que comenzaba a borbotear en mi alma y no el obligado manual de ventas que debía para saldar mis cuentas y para generar aquellos ingresos que tanto necesitaba.

Había quemado las naves hacía mucho, o la armaba en grande, o me quedaba sin nada más que un viejo coche de gama más bien popular que sólo me serviría para volver a la Ciudad de México y pedir asilo en casa de mamá.

La casera, la señora Teresita de Jesús, me recibió cariñosa y claramente feliz de tenerme como inquilino.

—Usted es el escritor famoso, ¿verdad?

—Teresita, por favor, habíamos acordado hablarnos de tú, y no soy famoso.

Sonriente, sacó mi novela de su bolsa y me pidió que se la firmara. Honestamente, se me nublaron los ojos.

¿Ah, con que fue usted la que la compró? Pensé; quise bromear, pero ella parecía más emocionada y conmovida que yo y decidí darle, no la importancia que tenía, sino la importancia que ella le daba.

—Será un honor, querida Teresita.

Ella se abochornó y yo le dí su libro firmado, un beso y un abrazo sincero de agradecimiento.

Una vez se hubo ido, y habiéndome entregado las llaves, abrí la casita y descargué las maletas que traía conmigo. Bajo éstas, en la cajuela, 32 copias de mi libro esperaban venderse mágicamente. No sabía por qué las traía, o más bien, no quería reconocer que no se los quise dejar encargados a mi madre cuando le dejé las cosas que desocupé en mi antiguo departamento y que no había forma de traerme para acá. A la mañana siguiente me entregarían un refrigerador y un horno de microondas que mi madre me había regalado luego de enterarse que había malbaratado todas mis posesiones con un comprador de cosas usadas.

La casa de la señora Teresita tenía apenas algunos muebles: un antecomedor, una sala con un sofá y dos sillones, una televisión de bulbos, un DVD, un tocadiscos y una recámara completa con una cama *queen size*. Tenía un refri viejo, que apenas enfriaba, y mi madre se negó a permitirme vivir bajo aquellas circunstancias. <<Amor, ¿y si no enfría bien y te enfermas? Ya ves lo que le paso a tu padre.>> A mi padre no le cayó mal la comida echada a perder por el calor. Lo que aconteció es que sus riñones se descompusieron disminuyendo vertiginosamente su capacidad de trabajo hasta ser inservibles y mortales y, estando, precisamente, aquí, en Buenavista, por fin libre tras 20 años en prisión, no hubo ambulancia que pudiera venir a tiempo ni traslado que pudiera aguantar mi padre. Me enteré por su esposa que estaba muy malo y cogí el coche y me vine disparado hacia acá para encontrar la mano tibia del cadáver en que se convertía mi padre que terminó balbuciendo mi fecha de nacimiento, a manera de mantra, como en un esfuerzo desesperado para no olvidar que en tres días, a partir del día de su muerte, sería mi cumpleaños.

Con el mínimo ánimo, indispensable, para intentar continuar, o empezar, mejor dicho, abrí mi compu y comencé a teclear: *Manual Definitivo de la Venta Cara a Cara: Cierras o Cierras*.

Puse el punto y aparte y me sentí un verdadero estafador. Yo no quería tener nada más que ver con las ventas. A pesar de lo mucho que le debía a la profesión comercial, estaba completamente harto de tratar de convencer a la gente de cualquier cosa. Recordando mi inducción en la empresa, y las lecciones de mi jefe, intenté aterrizar mi *expertise* en aquel estúpido manual: *Capítulo 1: Primeras impresiones.*

Nada.

A pesar de entender qué debía escribir, de saber lo que tendría que explicar, a pesar de recordar mi primer día bajo el mando de Flavio, no era capaz de teclear las letras que construirían la oración que tendría que escribir para rellenar aquellas cuartillas. Derrotado, cerré de golpe el ordenador y cogí uno de los libros que había tenido a bien llevar a mi nueva vida.

Era un viernes de principios de agosto. Una ansiosa tarde de lluvia arremetía contra las ventanas. Contra todas las ventanas. Mientras, al otro lado de una de ellas, viendo hacia la calle desierta, empinada, desahogar un lodazal que se vertía desde los cerros hacia el centro del pueblo, con una taza humeante de café sobre la mesita de lectura y una novela de misterio en la mano, observé cómo las formas acuosas resbalaban por el cristal, al tiempo que un granizo esporádico caía y se retraía, caía y se retraía, como en oleadas impulsadas por un viento siseante que, sin dudas, estaba acalorado, a pesar de todo.

El teléfono sonó.

Lo miré, estaba a unos 2 metros, sobre la mesa de la sala.

El teléfono sonó insistentemente.

Bufé.

Al timbre del teléfono pareció molestarle aquello y sonó más.

Me puse en pie, con un dedo incrustado entre las páginas de un crimen sin resolver y me dirigí para mirar que, en la pantalla, un número desconocido me llamaba. A pesar de no gustarme que me marcaran sin previo aviso, algo en todo el conjunto me alertaba que, si tomaba esa llamada, mi mundo cambiaría nuevamente.

Y claro que cambió. Y claro que tomé la llamada.

—Hola.

<<¿Bueno...?>> La reconocí de inmediato. La mujer por la que perdí a Amelia.

—Hola, Luisa... ¿Todo bien?

<<Está... Él... Dios, Fede..., por Dios... ha muerto... >>

—¿Quién?

<<Fede, ha muerto.>> Sollozos.

—¿Quién murió, Luisa? ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

<<Flavio. Flavio está muerto.>>

—No jodas... ¿Cómo?

<<Fede, te necesito...>>

—Claro, ¿dónde estás? Voy por ti.

<<No puedes, Fede... estoy en la cárcel.>>

—¿¡Qué!?

*

Luisa me llamó desde la cárcel.

Yo la tenía fuera de mi radar desde hacía algunos años. A pesar de querernos tanto, ciertos eventos nos distanciaron para siempre. Aparentemente la familia Ajuria la había denunciado, meses atrás, por intentar matar a Flavio.

Era una locura, Luisa lo amaba a pesar de todo, y él la amaba a su forma.

Era verdad que Flavio era un adicto en recuperación que, de vez en vez, recaía. La primera vez que lo supe recaído, fue una pesadilla y no dejo, incluso ahora, de sentirme sumamente culpable. Flavio fue mi subgerente de ventas.

Fue un verdadero tarado el primer día que nos conocimos. Me recibió casi con flojera o como si fuera un lastre en su vertiginoso desempeño comercial.

Marzo 14, 2005.

Llegué con mucho entusiasmo a mi nuevo empleo.

Tenía un sentimiento raro, sentimientos encontrados, más bien. Estaba muy emocionado de entrar a trabajar al corporativo, tenía muchas dudas sobre lo que podría y lo que no podría lograr y me daba una sensación de estar siendo embaucado. Los muebles, espantosos, de aquella oficina, contrastaban de manera total con la elegancia de nuestro director, el “Licenciado” Anuar Ajuria Diez.

Él llegó a la sala de juntas y, con un porte contundente se ajustó la corbata y nos dio la inducción a la empresa:

—Muy buenos días, mis niños —entre sus niños, habíamos veinte novatos recién “contratados” que íbamos desde los 18, hasta los 65 años—. Quiero darles las gracias por permitirme presentar ante ustedes. Yo, Anuar Ajuria Diez, fui un ejecutivo de la industria de los seguros, era un *broker*, con un despacho propio y ejecutivos a mi cargo. Contaba con una cartera de clientes que me renovaba al año una cantidad que nos permitía, a mi mujer, mis hijos y a mí, vivir de manera comfortable. Luego, un amigo mío, mi mejor amigo... me ofreció entrar a licitar un contrato con el Banco Mexicano de Comercio Exterior y, justo cuando logramos el acuerdo, me jugó chueco y se quedó con todo. Me dejó sin un peso y en tal punto que... que... me dejó sin siquiera para poderle comprar la leche a mis hijos... —este cabrón era muy, muy bueno. Esa era la parte en la que se detenía, ponía las manos sobre la mesa y soltaba un par de lágrimas que dejaba caer con una falsa vergüenza cohibida sobre la mesa, para luego enjugar sus ojos, pasar la mano sobre las gotitas de la superficie, mirar de frente a todos y cada uno de nosotros y, recompuesto, continuar. Eso lo hacía una y otra vez cada semana, en cada contratación—. Pero me presenté, así como se presentan ustedes, en esta compañía y me explicaron que podría generar tantas comisiones como ingresos estuviera dispuesto a recibir. Me volví un adicto al trabajo. Mi primer mes, gané 30 mil pesos —captó, entonces, mi atención de manera total—. A los cuatro meses me volví subgerente de la empresa, ganando de cada comisión de las ventas y de cada venta que generaban los miembros de mi equipo, un porcentaje. A los 12 meses, subí a la gerencia y en menos de dos años, me volví director...

Luego, Anuar nos mostró recibos de pago de los depósitos que la compañía le hacía, nos mostró un video con fotografías de él y algunos miembros de su equipo, entre ellos el que me entrevistó, esquiando en las dunas de Dubai, paseando por Ámsterdam o de crucero por las Islas Griegas y, al final, cerró diciendo que ganaríamos lo que estuviéramos dispuestos a generar, lo que fuéramos capaces de vender, que subiríamos tan rápido de puesto como nuestra ambición nos lo permitiera, ya que para ascender, no necesitabas caerle bien al jefe, ni ser familiar de nadie. Subías de puesto una vez que facturabas 2,500 puntos.

—¿Qué es un punto? —pregunté.

Anuar me miró fijo, me dedicó la sonrisa de zorro que ponía cuando alguien mordía el anzuelo y me contestó con magnanimidad:

—Un punto es igual a \$220 pesos. Muy buena pregunta... ¿Cuál es tu nombre?

—Fede.

—¿Fede?

—Federico Bouzas.

—Señor Bouzas, si usted tiene lo que se necesita, una vez que facture 2,500 puntos, tendrá un equipo a su cargo y, además de sus comisiones, cobrará una sobrecomisión, es decir, una parte proporcional de lo que su equipo de ventas genere —todos en la sala me miraron. Anuar aprovechó para beber un trago de agua y prosiguió—. Ahora los voy a llamar a mi despacho de uno en uno, les voy a asignar a su subgerente quien será su jefe directo, su amigo, su confidente, su maestro. He hecho un estudio detallado de sus perfiles para que, junto con el departamento de Recursos Humanos del corporativo, los pudiéramos asignar con un líder de equipo afín, no los pondremos agua con aceite, sino con quienes sabemos tendrán un mejor vínculo.

En ese instante, dos subgerentes entraron a la sala de juntas, Anuar los presentó y salió de escena; los subgerentes tomaron unos cartones plastificados, unos desplegados publicitarios de los diferentes cursos que la compañía vendía y nos fueron presentando cada uno al tiempo que unos anotaban características y temas en sus cuadernos, mientras otros veían asombrados el contenido de cada uno de ellos y yo estaba impactado de la precisión de todo para mantenernos en estado de latencia y expectantes a lo que nos dieran, a lo que nos indicaran.

El producto, en realidad, éramos nosotros.

Pero, ¿quiénes eran los compradores?

Anuar me llamó, llegado mi turno, mientras los subgerentes nos presentaban un curso de lectura rápida.

Entré a su despacho y se puso en pie, me miró fijo y, sentí, con cierto reto desafiante en la mirada. Asombrado e incómodo, pelé los ojos sin poderme soltar de su saludo y, luego, Anuar relajó la cara, la mano y me indicó con una sonrisa reluciente que me sentara.

—Te presentó a Flavio Ajuria, mi sobrino —dijo mirando atrás de mí, al umbral de la puerta.

Yo volteé y miré a un chico guapo, robusto y de mi tamaño, un par de años, quizás, más grande que yo.

—Hola —dije alzándome de la silla y extendiéndole mi mano.

Él me saludó indiferente, casi casi con disgusto. Tomé asiento, pero Flavio no lo hizo.

—Él será tu subgerente. Flavio, él es —miró mi currículum— Fede Bouzas.

Volteé de nuevo y le sonreí.

Pero mi subgerente a penas y me miró. Anuar le dio mi cartera de clientes, y una impresión del *pitch* de ventas que nos habían dado después de la entrevista antes de llamarnos para decirnos que habíamos sido seleccionados, pidiéndonos que estudiáramos aquel *speech*.

—¿Estudiaste? —preguntó Anuar, frente a su sobrino.

—Sí, claro —contesté determinante, pero nervioso.

Él, Anuar, me sonrió y Flavio quedó serio al umbral, una vez hubo recibido la cartera de clientes potenciales y la copia de la llamada.

—Bueno, Fede, pues bienvenido y mucho éxito, mijito. Estás con el mejor subgerente —yo lo miré y me seguía sorprendiendo su seriedad, volví la vista al director le sonreí—. Que Dios te bendiga.

—Gracias, gracias por la oportunidad, licenciado.

—Dime Anuar.

—Sí, licenciado, muchas gracias.

Él sonrió.

—Ah, Fede...

—¿Sí...?

—¿Te gusta el fútbol?

Flavio bufó, casi imperceptiblemente.

—Eh... No, la verdad no mucho.

Flavio se volteó y echó a andar fuera, hacia su oficina.

—Bueno, tu jefe debutó en los Pumas, en el Azteca, ya luego que te cuente.

—Sí, licenciado, y muchas gracias —repetí mientras, con un gesto, me despedía y echaba a correr para darle alcance a Flavio.

Quién iba a decir que nos convertiríamos en mejores amigos y, luego, años más tarde, que él me iba a medio matar en una golpiza criminal y que luego pelearíamos más fuerte en un pleito que determinaría el término de nuestra amistad y la lejanía con Luisa, su mujer.

Llegamos a un cubículo, una sala más bien, con una mesa al centro, rodeada de ocho sillas de las cuales dos ya estaban ocupadas.

Dos chicos nos miraron. Flavio bufó, otra vez.

—Fede, te presento a Bruno. Él fue mi subgerente.

Bruno, sin ponerse en pie, me sonrió. Yo me acerqué a él y le extendí la mano; entonces ya se paró.

—Bruno Sodi —dijo con sorna.

—Federico Bouzas.

—Y él —continuó Flavio—, es Memo. Ejecutivo de Bruno.

Memo se puso en pie y me extendió la mano. Nos saludamos.

Los cuatro tomamos asiento y Flavio me explicó que la primera impresión cuenta, que jamás se olvida, que éramos como esas arañas saltarinas; que no tejíamos telarañas como aquellos ejecutivos comerciales de las grandes compañías que construían telas elaboradas, sofisticadas, certeras y que una vez terminada su labor, si la prospección era buena, cazarían a través de esa infraestructura.

—Nosotros somos las arañas rastreras de los programas de National Geographic, nos abalanzamos sobre los bichos que nos interesan y ¡BAM! Los apresamos con nuestras 8 patas.

—¿Nuestras ocho patas?

—Sí, Fede. Así como las arañas saltarinas, nosotros tenemos ocho patas. La primera: La primera impresión.

—La primera impresión, ¿es una pata de araña?

—Pues, ¡claro! Imagínate, si yo hubiera venido a trabajar en *jeans*, con una playera del América y con tenis, ¿parecería un profesional de las ventas?

Debo confesar que en aquellos momentos, mi imagen del vendedor era la de un timador, un oportunista que en cualquier descuido te deja algo inservible e indeseado por algo del billete, si no es que todo el de tu cartera.

—Eh, ¿no?

—¡Exacto! Las primeras impresiones, importan. Y mucho. Así que venimos trajeados, venimos con los zapatos boleados y, al llamar, lo hacemos de manera contundente, seguros, dinámicos. Quiero que modules tu voz de tal forma que leas religiosamente esa llamada, sin que parezca leída —miré mi llamada, el *speech* lo tenía en la palma de mi mano—. En persona tienes, apenas, 15 segundos para una primera impresión que te ayude a vender. 15 segundos y nada más. Al teléfono, sólo 3 segundos. Hazlo bien, tienes sólo una oportunidad con cada cliente ¿Lo entiendes?

—Sí, jefe.

—No me digas jefe, dime Flavio.

—Entendido.

Los chicos, que no paraban de vernos, rieron; burlándose de mí, o de los dos. Flavio les regaló una mirada fulminante.

—Muy bien. Toma tu cartera de clientes, tu *pitch* de ventas y llama.

—¿Ya?

—Ya.

—¿Ahora mismo?

—¡Claro que ahora! Es tu trabajo, levanta el puto teléfono y marca.

Acomodé mi llamada impresa al lado del teléfono; luego la base de datos de los clientes potenciales junto a la llamada y, con unos nervios descomunales, marqué al primer contacto. Luego de que diera tono un par de veces, me contestaron.

<<Sí, ¿diga?>>

Mi voz, de pronto, se apagó. Cada frase, cada palabra, incluso, era un acto heroico de una retórica suspendida.

—Hola..., muy buenos días —la voz me salía cortada, rasposa, con unos nervios jamás antes experimentados; nunca me había quedado sin voz—. Tengo... el gusto con ...Martín Ruiz.

<<Sí.>>

—Muy buenos días..., señor Ruíz —el sudor comenzó a chorrear por mi frente y por mi cuello empapándome la camisa—, mi nombre es... Federico Bouzas..., gerente de eventos especiales del corporativo Selections... ¿Nos ubica como empresa?

Los chicos se carcajaban a mi lado y Flavio movía la cabeza en negativa, sumido en una profunda decepción.

Al término de la llamada, solté el auricular como si fuera una serpiente venenosa que me hubiera arrancado del cuello mientras intentaba transfundirme su veneno en una mordedura fatal.

Aterrado, miré a Flavio que se había acercado y que cogía el teléfono y mi cartera de clientes.

—Bueno, al menos lo dejaron terminar el *speech*... —acotó Bruno como disculpándome, pero en realidad fue una burla brutal y tanto él como su ejecutivo echaron a reír.

—No estudiaste la llamada, estúdiala —sentenció Flavio.

Ofendido por las burlas y frustrado por el terrible resultado, con mi orgullo lacerado, determinante, estiré el brazo y le arrebaté el teléfono a mi jefe, luego, cuando él se volteó asombrado, le quité de la mano mi *speech* y le respondí indignado que sí había practicado la llamada. Iba a decirme algo, pero yo ya estaba marcando.

—Hola, muy buenos días. Tengo el gusto con —miré la cartera de clientes— Humberto Sánchez.

<<Sí, él habla.>>

—Muy buenos días, señor Sánchez, mi nombre es: Federico Bouzas, gerente de eventos especiales del corporativo Selections. ¿Nos ubica como empresa? —decidí no esperar respuesta y, dedicándole una mirada de encabronamiento a Flavio, continué—. Somos la misma compañía de la revista cultural Compendios. Pero no le hablo de la revista. Le llamo del departamento de eventos especiales, del área de desarrollo de cursos y diplomados porque nuestro departamento, actualmente, está cumpliendo 56 años de difundir la cultura y el desarrollo profesional en el país. Por tal motivo, estoy a cargo de entregarle a usted, sin costo, uno de nuestros programas, cursos o diplomados...

La llamada fue certera, el gancho, perfecto y el resultado abrasador. Terminé la llamada con una doble alternativa para nuestro cliente, después de ofrecerle gratis uno de nuestros cursos, a cambio de que él pagara otro de menor precio. La intención de la llamada era agendar una cita para mostrarle los cursos, programas y diplomados y que él, como cliente, escogiera el más

costoso de regalos si pagaba el más barato.

—Por teléfono, señor Sánchez, esto es muy complicado, por lo que el día de hoy por la tarde o mañana en la mañana estaré haciendo entrega de estas cortesías. Usted podría recibirme el día de hoy, ¿o prefiere mañana?

<<... Sería mejor el día de mañana...>>

Miré a Flavio con los ojos como platos y los nervios volvieron, aunque en menor medida.

—Perfecto, señor Sánchez, ¿cuál sería el domicilio de nuestra cita? —mientras me daba la dirección, al mismo tiempo Flavio me susurraba al oído que le pidiera las entrecalles, el código postal, y otros datos. Al final, me señaló el último párrafo con mucha insistencia y yo leí—: Perfecto, señor Sánchez, el día de mañana a las 11 de la mañana tendré el placer de conocerlo personalmente. Ah, una última cosa —leí todo al pie de la letra—, en el momento de nuestra reunión y, claro, si los programas cursos o diplomados fueran de su agrado, sí cuento con su poder de decisión, ¿verdad? Es decir que una vez que los haya visto usted pueda darme un sí o un no en el momento de mi visita.

<<Eh..., sí.>>

—Perfecto, señor Sánchez. Lo veo el día de mañana a las 11am. Tenga excelente tarde.

—¡Eso! —dijo Flavio, dando un golpe con el dorso del puño a la mesa.

—¡A huevo! —dijeron los otros dos.

Yo me eché para atrás, sobre mi respaldo, exhalé, me aflojé el nudo de mi corbata y le pregunté a Flavio si podía ir a la tienda por agua. Todos echaron a reír.

Flavio fue mi subgerente de ventas. Y mi amigo. Fue un verdadero tarado el primer día que nos conocimos. Y también un gran impulsor de la persona en que me convertiría. Me recibió casi con flojera o como si fuera un lastre en su vertiginoso desempeño comercial; pero una vez que me hube ganado su respeto, me entregó todos sus conocimientos comerciales hasta lograr lo que siempre buscó, hacerme mejor que él.

Con el paso de los días, el incremento en las ventas que él cerraba con las citas que yo sacaba, la camaradería dio paso a la amistad y nos volvimos muy buenos amigos y, a pesar que yo lo miraba como un mayor, pese a sus dos años más grande que yo, la jerárquica posición y los conocimientos que sin perder oportunidad me brindaba, yo lo miraba como diez, como veinte años más arriba de mí; era, confieso sin vergüenza, una figura paterna.

<<Eres como mi papá, Flavio.>> Dije con voz barrida por el alcohol, desde mi nextel, unos ocho meses después de haberlo conocido, mientras sonaba de fondo el himno del Club América, rola con la que siempre abrían pista en el Hotel, el antro de moda para los sibaritas veinteañeros.

<<¿Cómo?>> Dijo.

Flavio, a pesar de no tomar, nunca evitaba tomar mis llamadas sin importar la hora o el día; y ese viernes a media noche, sábado más bien, yo con un cariño entrañable por mi subgerente, mi guía, siempre le marcaba borracho cuando sonaba el himno del Club América; que era al que le iba, incluso tras haber debutado en los Pumas.

<<Que eres como un padre para mí, Flavio. ¡Gracias por todo!>>

<<Gracias, Fede.>>

Y, tras haber dicho eso, pedirme que me cuidara y recordarme que el sábado teníamos que estar en la oficina a las 9 de la mañana, colgamos. Flavio fue mi subgerente de ventas. Y mi amigo. Y yo no podía entender lo que había pasado; a pesar de haber perdido su amistad, a pesar de verme obligado a distanciarme de Luisa.

Decidí subirme al Aveo y lanzarme para la Ciudad de México.

Miré mi computadora portátil, miré el manual de ventas que no terminaba de arrancar y, como un policía que se sabe pegado a su arma, plegué la pantalla, guardé la compu en mi portafolios, los cargadores del celular y la laptop y, tomando cartera, llaves y demás, salí de la casa, cruzando un pueblo oscuro, apenas iluminado por las luces centelleantes de los postes de sus contadas vialidades y las azules, pero refulgentes ventanas que anunciaban que las familias estaban viendo la televisión. Alrededor nuestro, las sobras de los imponentes cerros enmarcaban una luna que me seguía, procurando mi camino.

4

<<El proceso de ventas debe ser, por fuerza, una línea recta.>>

<<¿Una línea recta?>>

<<Sí, Fede. Si tu esquematizas tu proceso de ventas como una línea recta, siempre llegarás al final.>>

<<No entiendo, Flavio.>>

<<Es muy fácil. Tu proceso de ventas tiene una serie de pasos infranqueables. Una vez que lo entiendes, y que los reconoces, trabajarías como un artesano y no como un artista.>>

<<De qué carajos hablas, Flavio?>> Dije riendo.

Flavio me sonrió, condescendiente.

<<La venta, Fede, es un arte; y nosotros estamos en la profesión más antigua del mundo. Sería muy estúpido y pretencioso querer inventar la venta/>>

<<Pensé que la prostitución era la profesión más antigua.>>

<<¿Y qué hacen las putas?>>

<<Venden su cuerpo.>> Dije y, al instante, entendí fascinado su punto.

<<Cuando tú entiendes que al vender hay que seguir una serie de pasos, te dejas de ver como el vendedor mágico, como el artista genial de las ventas y comienzas a producir cierres de forma masiva. Como las artesanías, cada venta es similar a las otras, no son iguales, tienen sus detallitos que las diferencian, pero dejan de ser una única y exclusiva anécdota, para ser un proceso con resultados comprobados. Tú sigue tu proceso y podrás cuantificar y prever los resultados sin importar las variables.>>

Flavio tenía razón, lo peor que un vendedor puede hacer, es sentirse especial; lo mejor es sólo seguir los pasos del proceso e ir sumando batallas ganadas en el marcador.

Al llegar al centro penitenciario de Santa Martha, me di cuenta, que era un idiota compulsivo. Era de noche y no habría forma de verla, probablemente hasta el lunes. Me di cuenta que había salido huyendo de casa, por no continuar el estúpido manual.

Sin mucho entusiasmo, pensé pedirle asilo a mi madre, pero justo cuando iba a llamarla, un número entrante sonó en mi teléfono. Al ver la foto, dudando, cogí la llamada.

—¿Bueno...?

<<¡Hola, guapo! ¿Cómo estás?>>

—Muy bien, Fátima. ¿Tú?

<<Muy sacada de onda contigo. Me encontré a tu mamá en el supermercado y me dijo que te fuiste a vivir a un pueblucho de Guerrero.>>

—Es un pueblito muy lindo, se parece a Tepoztlán; pero sin turistas europeos. ¿Mamá dijo que era un pueblucho?

Fátima echó a reír.

<<Ay, claro que no. Tu mamá es una linda; pero conociéndote, seguro está espantoso.>>

—No te creas, tengo buenos gustos, eh —dije pícaro mientras miraba las paredes aterradoras de la prisión femenil frente a mí, en una calle no peligrosa, sino lo que le seguía.

Fátima rio.

<<Bueno, no siempre; haz tenido tus deslices.>>

—Pero mis muy buenos aciertos, ¿a poco no?

Fátima y yo fuimos novios. Dos veces. Ella era la chica más hermosa de la universidad y yo, aunque era guapo, no creía, nunca lo creí, estar a su altura, en su liga. Igual, en una salida a las trajineras, recién entramos, bien borrachos todos los del salón de la universidad, Claudia, otra compañera del salón, se me acercó para decirme que Fátima Villa se moría por darme un beso. Ella, la espectacular Fátima Villa era la chica más guapa, la más *snob* y con un cuerpo lindísimo, de princesa de Disney, que le invitaba a uno tener las fantasías sexuales más hermosas y no las más feroces, quería conmigo. Aquella vez la miré, al rededor de su novio y sus amigos, mientras ella me miraba. <<Pero, Clau, está con su novio.>> <<¿Y qué tiene?>> <<¿Cómo que qué tiene? Ni modo que la bese frente a todos, a lado de su novio.>> <<¡No, menso! Claro que no. Tú la besas ahora y te mandan al hospital; pero te lo digo para que sepas.>>

Yo no entendí qué se suponía que debía hacer con aquella información, pero entre risas, en medio de todos, ella me miró, con sus ojos cafés que me penetraban la mirada y, con sus labios rosas, me dedicó una sonrisa fulminante y difícil de olvidar.

El lunes siguiente, me enteré que ella había cortado con su novio, para que yo pudiera animarme a llegarle.

Le llegué.

Fuimos novios de manita sudada, porque yo tenía súper fresca la desaparición de Kyoko, la chica con la que había abortado a mi primer bebé y por la que casi me quedo sin estudiar la carrera. Luego, el viernes de esa misma semana, por medio de una de sus mejores amigas del salón, me enteré que ya había vuelto con él y que me iba a buscar para terminar conmigo.

Me terminó.

Por aquel entonces, eso pudo sumirme en una depresión alcohólica estudiantil; pero justo cuando mi amigo me llevaba a un bar para sacarme el dolor y la frustración, copa a copa; conocí a Vanessa. Luego, pasados los años formamos una linda familia que se deshizo de golpe por una estúpida y trágica decisión, mía. Corté con Vanessa; bueno, más bien ella me dejó y, por azares del destino, y las conexiones de las redes sociales, yo volví con Fátima y la borré de mi lista de promesas incumplidas y la hice mía; la hice mía con una necesidad brutal de fundirme entre sus brazos, de colarme entre sus piernas a la redención de los vencidos.

Después de muchas batallas, y a pesar que nos unía la derrota amorosa de nuestros respectivos matrimonios, nuestra dulce soledad y la profunda atracción que seguíamos manteniendo por el otro, cortamos y continuamos nuestras vidas. Yo tratando de olvidarla para siempre y ella manteniéndose cerca de mi radar, buscando momentos en los que nos volviéramos a compartir la piel en los más religiosos secretismos.

A veces me marcaba y me pedía visitarla.

Iba, cenábamos, bebíamos y nos entregábamos en el más carnal ofrecimiento con el presupuesto magnánimo de un poco de cariño a cambio de éxtasis corporal que, de tanto en tanto, ambos necesitábamos y decidíamos compartir, por no comenzar de nuevo en otra piel, con otras pieles; con nuestros corazones vulnerándose de nuevo con alguien más.

<<Y eso, ¿a cuántas horas está de mi casa, Fede?>>

—Eso está a unas tres horas de tu casa...

<<Mierda...>>

—Pero yo estoy a 30 minutos.

Pude escucharla sonreír.

<<¿Quieres venir a cenar?>>

—Claro.

Me despedí de Luisa con una mirada y con el corazón apretado ante la impotencia. No tenía ni cómo ayudar a mi amiga, ni sabía qué podía hacer; pero entendía que no pararía hasta las últimas consecuencias.

*

Pensé que quizás fuera muy fácil en vez de ir con ella, aparecerme con Amelia.

No. Nada fácil, la verdad.

Estacioné el auto sobre la calle de San Borja, por Nicolás San Juan. En el camino ordené unas baguettes a la sucursal Del Valle de Las Baguettes de la Lagunilla y, tras recogerlas, compré en el Seven Eleven una botella de tinto y un six de Stella Artois.

Me presenté en la entrada de su fraccionamiento y el guardia de la entrada llamó al interfón de Fátima quien, autorizando mi acceso, me alcanzó a mitad del camino.

Me abrazó fuerte y me dio un beso amoroso en los labios. No éramos novios. Tampoco éramos amigos. Nos habíamos hecho sufrir, pero también habíamos aprendido a compensarnos esos dolores con los frutos de nuestros deseos consumados. Y yo, en la secuencia que llevaba, y no en la que viví, tenía años de no verla, desde antes de lo que fueran mis regresiones de la infancia. Me llevó a casa, de la mano, como una elegante loba que arrastra a su presa a lo más hondo de su cubil.

—Los niños están dormidos.

Fátima tenía dos hijos. Uno, el mayor, de unos 10 o doce años, y una pequeña de seis.

Dejé las chelas y las baguettes sobre la encimera de su comida y, mientras ella descorchaba el vino para que respirase y destapaba dos cervezas, yo saqué de sus contenedores las *baguettes*.

—Se ven deli.

Yo le sonreí.

Me alcanzó una cerveza, chocamos las botellas, nos brindamos salud, le dimos un trago cada quien y, luego, ella me quitó la chela, la puso junto a la suya a lado de la botella de vino y se abalanzó sobre mí, mientras nos desnudábamos y ella me arrastraba, jadeante, hacia el sillón de la sala, mordiéndome y arañándome, más de lo sensualmente soportable y yo, empatando, hacia lo mismo. No hubo deseos sutiles consumados; hubo carne y mordidas y gemidos y pieles laceradas y cuando por fin terminó, me agarró con firmeza la cara y, viéndome a los ojos me echó espaldas al sillón, montándome a horcajadas y pidiéndome terminar:

—Ven...

Quería hacerme terminar dentro de ella. Mientras ella me dominaba y mi ardiente deseo por explotar dentro suyo me inundaba, tomé el control y la puse debajo mío, boca abajo, la monté y ella sonreía con lascivia, luego, acomodándome en su interior, empujé mi cadera lo más que pude, mientras con una mano le apesaba el cabello, largo, vasto y ondulado; y con la otra, deslizaba mis dedos por su entrepierna y estallaba mordiéndole el hombro.

Una vez serenados, ella encendió un cigarrillo y se arrebujó contra mi cuerpo.

Después de unos minutos, nos vestimos, volvimos a la cocina y cenamos, mientras ponía en Spotify la *playlist* de las canciones que solíamos escuchar juntos en nuestras noches bohemias de noviazgo.

Nos queríamos; pero eso no bastaba.

Siempre nos faltó algo más que el deseo irrefrenable y el cariño mayúsculo que nos profesábamos.

—¿Y qué haces en la ciudad?

Suspiré.

Suspiré y, luego, tras un trago de tinto, le expliqué que Luisa me había llamado, que estaba en prisión y que quería ver qué podía hacer. Ella levantó la guardia.

—Sí, Fede. Tu “amiga” se volvió una asesina, güey. Qué pinche miedo —yo quise defender a Luisa, pero no tenía ni idea de lo que había pasado.

—No sé, Faty. Luisa no es una asesina.

—Y, entonces, ¿por qué está en la cárcel?

Decidí no librar ninguna batalla al respecto, hasta estar seguro de qué es lo que acontecía. Hasta saber algo más.

A las siete de la mañana, Fátima me despertó con unos amorosos besos en la boca, me hizo el amor y se levantó a preparar café.

Esa era mi señal de despedida; elegante, pero contundente.

Tomamos el café juntos, rápido, pero sin prisas y me despedí como el enamorado que fui de ella, en el pasado, pero con el cariño que sólo una verdadera amistad, con derechos, puede infundir.

Al salir, a las ocho de la mañana, me propuse comprar algo de desayunar y caerle a mi madre para verla, almorzar con ella, bañarme y ponerme algo de la ropa que le di a guardar. Decidí ir a comprar unas carnitas, sabiendo que a mi madre le fascinaban y que ella sólo las comía conmigo, y me dirigí a su casa.

Mamá me recibió con los brazos abiertos, se acababa de arreglar después de su baño y me miraba como si tuviera la necesidad de salvarme.

—Mamá, tranquila. Estoy bien: mira, traje el desayuno.

Pero por más que uno finja demencia, las madres siempre intuyen lo que en realidad pasa.

—Te ves más flaco, amor. ¿Estás comiendo bien?

—Mamá —dije con absoluta resolución—, traje carnitas, no manches.

—“No manches...” Ay, amor, hablas como mecánico.

—También hablo bien, cuando la ocasión amerita. ¿No me dijiste que te encantó todo lo que dije en la presentación de mi libro?

Ella me miró con lástima; aunque sumamente orgullosa de mí. Le daba pavor saberme escritor, le angustiaba que muriera de hambre... y ni las circunstancias ni yo ayudábamos a calmar sus ansias. Era una mujer de sesenta y pocos años, educada en los mejores colegios religiosos de la capital, por los favores que mi abuelo obtenía, hasta que se vio obligada a salirse de la universidad cuando mi padre la embarazó; durante su vida fue instruida para gozar un poco de cultura y una personalidad de servicio al género opuesto, y el género opuesto siempre se aventajó de ella. Hubiera gozado de una clase, si no alta, sí acomodada, pero su cualidad de madre soltera redimensionó su termostato económico, teniendo a la mano sólo las oportunidades, las pocas oportunidades que, en los ochentas, se les brindaba a las mujeres de su clase, en su condición (yo).

Era sumamente divertido verla desayunar tacos de carnitas con total fascinación. Eran su debilidad. Una vez terminamos de desayunar, ella me preguntó qué necesitaba. Al final, de alguna forma, una versión mía, un momento mío en el pasado, o en el futuro, la convenció de dejar de fumar, de cuidar algunos aspectos de su salud y evitó, evité su muerte. Ahora, todo lo que restaba era ganancia.

—Ma, ¿me puedo bañar?

—¿Te quedaste con Fátima? —preguntó con picardía.

Mi mamá y Fátima eran aliadas en el manejo de mi destino, a veces salían a tomar café juntas y discernían, por más que ella y yo no fuéramos pareja ya, cuál era el mejor camino de mi vida, criticando a cualquier pareja que me llegaran a conocer.

Yo le dediqué la más linda de mis sonrisas risueñas y me metí a lo que una vez fuera mi cuarto que, dicho sea de paso, mamá mantenía tal vez no intacto, pero siempre dispuesto a una visita o un retorno mío. Con sábanas limpias, con ropa planchada y con los mínimos aditamentos para el decoro a la altura de su hogar: un cepillo de dientes nuevo, pasta, desodorante, mi loción favorita. Era como si mi madre siempre estuviese esperando el impacto de mi caída. Y yo nunca la defraudaba; si algo sabía hacer era caer, aunque también, volverme a levantar.

Me bañé, nuevamente, en la regadera que me vio crecer y, con una hirviente agua humeante, me relajé lo más que pude, aunque la angustia por Luisa arremetió en mi contra de nueva cuenta y con creces.

Salí, con la toalla alrededor de mi cintura y me fui a mi cuarto.

—No andes descalzo, amor. Y, ¡mira nada más qué flaco estás! No estás comiendo bien, ¿verdad? Dime que no estás tomando esos licuados herbales que anuncia el futbolista ese español super sangrón; Fátima me dijo que estabas en los huesos.

—El futbolista es portugués, y es un crac.

Le sonreí y me metí a vestir al tiempo que la escuchaba marcar y hablar de nuevo con ella. Con Fátima. Salí del cuarto con unos jeans, una playera negra y unas botas estilo minero, negras desgastadas. Lo primero que vi, fue a mamá de brazos cruzados, frente a la puerta.

—¿Qué pasa mamá?

—¿Qué tienes que ver con esa asesina?

*

Era demasiado tarde, haberle contado a Fátima, había desvelado las razones de mi presencia en la ciudad. Mi mamá, aunque siempre cariñosa con Luisa, no podía darse el lujo de apoyarla ciegamente si ese apoyo llevaba como presupuesto alguna especie de peligro para su hijo.

—Mamá —dije con parsimonia—, es Luisa, no es ninguna asesina.

—¿Ah, no? Y, entonces, ¿por qué está en la cárcel? —la misma pregunta, pero con un yo mejor curtido.

—Eso, precisamente, es lo que debo de esclarecer.

—Tú no debes esclarecer nada, amor. Tú debes escribir tu folleto de ventas.

—Manual de ventas, ma. Y, claro, lo estoy escribiendo —dije señalando con el mentón mi portafolios.

—Prométeme que no estás escribiendo una novela de esto.

—¿De qué esto, mamá?

—Pues de la muerte de tu amigo, bueno, de tu exjefe y el encarcelamiento de Luisa.

—¡Claro que no! —dije conteniendo unas carcajadas.

—No es chistoso, Federico. Estoy preocupada por ti. Aléjate de los problemas. Siempre te lo he dicho, pero, ¿qué haces tú? Vas, sin ninguna invitación, directito a ellos.

—Luisa me habló, ma. Ayer.

—¿Para qué?

—No sé. Pero me llamó, quizás pidiendo ayuda.

—¿Te pidió ayuda?

—Pues no, la verdad es que no.

—Entonces, ya está. Voy a llamar al padre Monjarás y pediré una misa por ella. Que Dios la ayude.

—Pero no está muerta, mamá, está encarcelada; y ni siquiera sé por qué.

—Por homicidio.

—¿Cómo sabes?

—Fátima me contó lo que le dijiste y yo le hablé a Virgilio para que, con sus conectes, me dijera qué había pasado.

Virgilio era el ex de mamá, es decir, uno importante. Pudo ser el amor de su vida, pero el muy cabrón le dio baje con una lana, la dejó botada cuando mamá le avisó que estaba embarazada, cuando yo tenía trece años, y no se dejó convencer para el aborto y no intentó ningún acercamiento hasta que mi hermana cumplió tres años, cuando se presentó con un cheque de diez mil pesos y la intención de formar parte de la vida de su hija, Mariana.

Mamá lo rechazó de inmediato, <<Eso no es ni lo de las fórmulas de leche.>>, yo traté de abogar por él, no porque me cayera bien o por que lo quisiera, sino porque nadie mejor que yo sabía lo que era crecer sin un papá y no quería eso para mi hermana, no si este cabrón había, por fin, recapacitado y decidido hacer su función.

Virgilio era todo un personaje; antes de saber que mamá estaba embarazada, le había pedido el auto prestado por unas semanas, disque porque su coche, un Volks Wagen Sedan, un vochito, se había descompuesto. Por supuesto, mamá le prestó su coche y este cabrón se iba a pasear a las distintas dependencias de gobierno donde había trabajado y en la que trabajaba en ese entonces, presumiendo el auto de mamá y dateando con las secretarias. En una de esas, Ángel Goyos, amigo y excompañero de mamá, lo vio subiendo a la secretaria del rector de la Universidad Autónoma de México al Cutlas de mamá y entre beso y beso, Ángel lo sacó a trompadas del auto, le dijo a la chica que se fuera, pero antes obligó a Virgilio a mostrarle los papeles del coche de mi mamá. Una vez que su patanería fue expuesta, mamá y él cortaron hasta que mi mamá perdió el periodo y, cuando le intentó avisar para que juntos tomaran una decisión sobre el futuro, Virgilio le dijo que si muy preocupada, que quizás era mejor preguntarle a su amigo Ángel si no quería hacerse cargo del bebé. La trató de convencer de abortar sin éxito. Tres años después, al intentar recuperar lo perdido, su paternidad, mamá se puso terca con que no; que si no se casaban, al menos de manera legal, Mariana no tendría ni los apellidos de Virgilio ni él derecho alguno sobre mi media hermana.

Por supuesto él se negó; y yo confabulé con él para que la viera a escondidas hasta que muchos meses después, mamá me cachó y, aunque me perdonó al instante cuando me justificué diciéndole que yo no quería que Mariana tuviera las mismas carencias que yo, jamás olvidó mi traición. <<Sí eres un gandul, Fede.>>

Lo bueno de todo esto fue que sirvió para que mamá cediera y los dejara verse. Luego, nos enteramos que era casado, que estuvo casado desde el principio de su relación con mamá, y, en una pesadilla familiar para mi madre que duró unos cuantos años, convinieron que se podrían ver cada quince días, siempre que él aportara para su educación.

En un principio, lo hizo de manera inmejorable, pero luego, empezó a bajar la cantidad del dinero que aportaba, a no poder asistir a visitar a mi hermana y culminó por ser una voz al teléfono que raras veces veía a Mariana y, por supuesto, que aportaba, a regañadientes, lo menos que podía. Cuando mi hermana estaba a punto de comenzar a estudiar la prepa, él sugirió que intentara estudiar en la Prepa 8, o en la Prepa 6 y que él movería sus influencias para que estudiara la carrera que quisiera en la UAM o en la UNAM, universidades en las que él daba

clases de derecho penal. Cuando mamá metió a mi hermana en la prepa de LaSalle, Virgilio se hizo el ofendido y dijo que él no pagaría nada de su preparatoria ni de su universidad ya que no lo tomaban en cuenta para nada.

Y desapareció; otra vez.

Una vez que mi hermana hubo terminado sus estudios universitarios (y ya no había gastos académicos que amortizar) él la buscó y mi hermana retomó su relación, sólo para decepcionarse más y más de él. Aún así, era su padre y ella era consciente que eso era mejor que nada, como en mi caso.

Después de muchos años, cuando mi hermana, una *globetrotter* sin remedio tuvo un problema en Dublín, mi madre acudió con él por ayuda y ambos movieron influencias políticas, recursos económicos y favores internacionales logrando traer a casa a mi hermana quien nunca me dijo qué le había pasado allá y porque se movió cielo, mar y tierra para recuperarla. Después de ello, para mi madre la deuda estaba saldada, toda, y, a pesar de no volverse amigos, mantenían una sana —creo— relación parental sobre mi hermana que no perdía oportunidad para desaparecer del mapa.

Virgilio, en la actualidad, además de ser docente en dos de las más reconocidas casas de estudio públicas del país, era asesor externo del Ministerio Público Especializado. Un organismo descentralizado de la Procuraduría General de la República. Y, para su exaltación personal, constantemente salía en las noticias y en los periódicos dando explicaciones o puntos de vista sobre crímenes y criminales de primera plana. A veces del lado de Dios, y otras tantas con el diablo.

—¿Y qué te dijo ese puto?

Mamá soltó una risita traviesa.

Una vez, cuando el muy imbécil quiso voltearle la tortilla a mamá con lo de dejar de pagar la colegiatura porque no le pidieron su opinión, yo me hice de palabras con él y una cosa llevó a la otra y nos agarramos a madrazos hasta que le pegamos a mi madre cuando ella intentaba separarnos. A partir de ese día no había forma de tenernos en la misma habitación.

—Ay, amor —dijo ya sería—. Está acusada del homicidio del Flavio ese. Me dijo Virgilio que la tenía difícil, que la familia la acusa y que va a ser muy complicado demostrar su inocencia. Me dijo también...

—¿Qué?

—Me dijo también que si necesitabas algo, que él con gusto te ayudaba.

—¿Con qué me va a ayudar ese cabrón...?

—Pues ahorita está muy bien parado con la policía; me dijo que si la quieres ir a ver, que él te puede ayudar —la miré extrañado—. Creo que sabe que fue tu, que ustedes...

Hace años hubo un chisme, un terrible chisme sobre Luisa y yo, sobre que ambos habíamos tenido un *affair*. Esta habladuría no tardó en llegar a oídos de Flavio quien llegó a mi casa a armarme un escándalo marca diablo, borracho y drogado. Nos peleamos; aunque el término mejor sería decir que me partió la cara de forma brutal y ahí continuó el término de nuestra relación.

Aunque yo vivía solo, en ese entonces, al día siguiente teníamos el festejo de los 80 años de mi tía abuela Muñeca y, entre faltar o ir, decidí presentarme de traje y con la cara deformada a trancazos.

Al principio manejé una historia falsa de un asalto, pero con el paso de las copas terminé contando a quienes quisieran escucharme que mi jefe y yo nos agarramos a trompadas; un pésimo robo de protagonismo en la fiesta.

Mamá le contó a Virgilio y, como aún no nos peleábamos él y yo, me ofreció darle una “calentadita” a Flavio. <<¿Una calentadita?>> <<Sí, Fede. Unas, como dicen los polis, pozoleadas para que le baje de cabrón contigo.>>

Por supuesto, me negué.

Él me pidió discreción absoluta sobre su propuesta y yo cumplí.

Los rumores sobre el *affair* habían sido tantos y con tantos estragos que Luisa y yo sucumbimos ante ellos en una ocasión que me llamó para recogerla porque Flavio había bebido, y luego comenzó a drogarse y la golpeó. Nos besamos y sabiendo que el puto chisme había cobrado por adelantado lo que íbamos a hacer, nos acostamos con ternura y deseo. Parecía que no fuera más que un encuentro casual, pero fue más. De alguna forma Virgilio lo supo, o lo leyó en mí, platicando al respecto y fue mi confidente. Me pidió que me cuidara y no pasó, de momento, a más.

—Sabes qué, dile que si me puede ayudar a verla, que por favor lo haga.

Mamá le llamó y, tapando la bocina de su celular me preguntó si podía hoy.

—¿Hoy sábado?

—Dice que si puedes, y quieres, ir hoy; te ayuda a pasar rápido.

—Sí, por supuesto.

Mamá coordinó todo y yo me preparé para volver a Santa Martha.

*

Llegué al Centro Femenil de Reinserción Social antes del medio día. Intenté estacionar el coche en el pequeño estacionamiento, pero me mandaron al carajo. Con un cierto grado de inseguridad, estacioné el auto a unas cuerdas y eché a andar hacia la prisión. Vi una fila con más de un centenar de almas formadas y, con sumo temor de confirmar mis sospechas, pregunté si era la fila para el ingreso.

—Sí, joven. ¿Primera vez que viene?

—Sí —contesté con un sentimiento de dolor que no podía disimular.

La señora, linda, me empezó a explicar que había que hacer fila, que debía pagar cuotas de \$25, \$50, y hasta \$75 pesos por cada norma que me brincara.

—¿Qué normas nos podemos brincar, o cómo?

—Uy, joven. Pues de poder brincar, todas. Pero cada una tiene su propio precio.

Se me quedó mirando a las manos vacías. Entendí su pregunta impronunciada cuando miré que no había una sola persona formada que no trajera bolsas o cubetas y contenedores grandes llenos de guisados, bolsas de botanas, toallas femeninas, papel de baño y muchos artículos de limpieza o de aseo personal.

—Híjole, creo que debí traerle algo.

—Sí, joven. Nosotros los fines de semana, aprovechamos para dejarles comida y pues sus cositas.

No tenía ni idea de lo que hacer.

Ella, viendo mi consternación, me indicó un local, casi casi un puesto ambulante donde uno podía comprar una despensa completa.

—Vaya, joven. Yo le guardo su lugar.

Miré a la familia que se había formado detrás de mí y asintieron dándome chance de separarme de la fila. Caminé al local y, una vez que la señora del puesto terminó de atender a los que habían llegado antes de mí, me preguntó que qué deseaba.

Dios... con cuantas respuestas podría salirle a aquella persona en esos momentos.

—Disculpe, es la primera vez que vengo y no sabía que podíamos meter cosas, me dijeron que usted vende despensas.

—¿Despensas?

—¡Sí!

—Ah sí, joven. Son de a mil quinientos o dos mil pesos.

—¿Y qué tienen?

—Dos *tuppers* con guisados a elegir, medio kilo de tortillas de maíz, tres bolillos, dos sandwiches, una pasta de dientes, un cepillo de dientes, un jabón de barra, unas toallas femeninas, desodorante, dos litros de agua de limón y unos chicles.

—¿Y la de dos mil? —la señora se echó a reír y luego se detuvo de golpe y, con voz seria, me informó que esa era.

—Deme la despensa, por favor —miré al interior de su local y vi un libro sobre el mostrador.

—Son dos mil, joven.

Saqué de mi cartera dos de los tres mil que traía en efectivo, y ella se dio cuenta de cuánto traía en la cartera.

—Joven, va a necesitar más sólo para entrar.

—¿Más dinero?

—Sí, joven, Sólo de mordidas y de cuotas estúpidas por cualquier cosa, van a ser unos \$800, y seguro le querrá dejar algo a su interna, para la semana.

—¿Para la semana?

—Sí, para pagar privilegios.

—¿Se paga por privilegios? —la señora me miró como si fuera, yo, un imbécil.

—Hay que pagar para que no te golpeen tanto, para que no te desconecten los refrigeradores, para que no te toque la comida rancia, para que/

—Ya, ya. Ya entendí... —dije mirando mi cartera—. Sabe dónde hay un cajero por aquí.

—Ay, joven. Me lo van a despelucar si no se pone las pilas. Aquí no vaya al cajero ni de chiste.

Puse una cara de compungido que, aunque la señora me cobró trescientos pesos por transferirle dos mil pesos y que me los diera ella en efectivo, supe de inmediato que no sólo no me estaba estafando, sino que más bien me apoyaba. También le compré el libro que tenía, para que Luisa se pudiera entretener.

—Cuídese mucho, joven.

Me extendió la bolsa de la despensa y yo volví a mi lugar en la fila.

A las tres de la tarde logré llegar al primer filtro donde revisaron lo que le traía a mi interna, me revisaron a mí y me pidieron identificación oficial, me leyeron la huella digital de los pulgares, hicieron una búsqueda rápida en el sistema policial para ver si tenía antecedentes penales y me dieron el acceso a una sala donde me estarían llamando en cualquier momento.

Una hora más tarde, me llamaron y me escoltaron a un salón vacío que olía a orines.

—Encuérate.

—¿Qué?

—Ya oíste, que te encueres.

—¿Por...?

—Para asegurarnos que no ingresas armas ni droga —aún con mi indignación a flor de piel, me hizo sentido la petición y me desvestí.

—Voltéate, pon las palmas de las manos sobre la pared y abre las piernas.

Chasquéé los labios en un asombro incontenible.

—No, cómo cree, oficial.

—¿Cómo que no? —dijo burlón, mientras se ponía unos guantes de látex; instintivamente volteeé al único bote de basura del lugar lleno de guantes usados y un pequeño enjambre de moscas y mosquitos revoloteando.

—No. No. No...

En ese momento, justo cuando el policía parecía estar a punto de obligarme, una estúpida carcajada y un aplauso lento llamaron mi atención hacia el umbral de la entrada al salón.

—Oficial —dijo Virgilio—, no va a ser necesario; a este hombre yo lo respaldo y cuenta con mi total confianza —el ex de mamá se acercó al policía y le puso un billete de \$200 en las manos y luego cogió mi ropa abultada y me la extendió—. Gusto en verte, Federico.

Yo levanté la cara a modo de saludo, mientras me vestía.

—No sabía que estabas aquí, que estarías aquí.

—Vine cuando tu mamá me dijo que sí aceptabas mi ayuda; me hubieras llamado al llegar y te ahorrabas la fila y la encuerada.

Cabron... Pensé.

—Pues ahí para la otra.

—Sí, seguro. Va a estar largo este proceso...

Lo miré extrañado.

—...

—No sabes nada, ¿verdad?

—No. No mucho.

—Me parece que, más bien, no sabes nada —dijo con un tono extraño.

En vez de caer en provocaciones indagué:

—¿Tú qué sabes?

—Mira, acompáñame.

Me terminé de amarrar las agujetas de las botas y le seguí.

Pasamos cuatro filtros más y, en cada uno, iba pagando ciertas cuotas que, a penas, Virgilio me iba explicando. Al final, terminé sentado en una silla blanca de plástico, con una mesa blanca de plástico, este güey a lado y una silla más para Luisa. Un custodio se acercó a cobrarme \$200 más por la mesa y las sillas.

Nos sentamos.

Un policía vino y trajo tres Coca-Colas. Destapó, Virgilio, la suya y bebió.

—Mira, Fede. Tu amiga esta acusada como presunta culpable de intento de homicidio en primer grado. Además, intentó suicidarse embarazada y la familia de su ex no sólo levantará cargos, sino que quieren arremeter con todo contra ella.

—¿Por qué?

—Pues, aparentemente la odian. Parece que Luisa le fue infiel, constantemente, a Flavio y eso lo hizo recaer en las drogas y el alcohol. Tú debes saber bien de lo que hablo —dijo dedicándome una mirada.

—Pues no sé, no sabía nada de esto.

—¿Te puedo preguntar algo? —quise negarme.

—Sí...

—¿Qué haces aquí, Fede?

—Luisa me llamó.

*

Después de más plática insustancial con Virgilio, Luisa llegó y él nos dejó solos.

—Fede...

Luisa me abrazó con desesperación, me olió como una bestia en busca de algo, y se volvió a apretar a mí. Quise separarla, pero me fue imposible y una extraña excitación recorrió mis ansias. Su vulnerabilidad, su derrota, su terrible situación despertaban en mí toda serie de sentimientos. Por un lado, una empatía inalcanzable; no había forma para mí de dimensionar a lo que ella se enfrentaba. Luego, unas ganas estúpidas de protegerla y llevármela conmigo me invadieron de manera descomunal. Después, una tristeza honda por entender que no había forma de rescatarla; no ha corto plazo.

Nos sentamos.

—Luisa, lo siento mucho.

—Fede, me voy a morir —dijo rompiendo en llanto.

—No digas eso, Lu. No digas eso, por favor.

Reparé en su aspecto, tenía el pelo más corto de un lado de la cabeza; las uñas de los dedos en carne viva, mordisqueadas y unas ojeras pronunciadas. Le vi estupefacto la carita maltrecha.

—¿Qué te pasó?

—Del balazo...

—¿Qué balazo?

—¿No sabes nada?

—Virgilio me estaba contando que la familia de Flavio te quiere aquí, que tienes cargos por homicidio y... —Luisa me miró, esperando que continuara, pero no pude decir nada más. Traté, sólo eso, de contener mi llanto, mirándola a los ojos, con un nudo en la garganta y con ganas de poderla sacar de ahí. Ella me volvió a abrazar y ambos lloramos, en silencio. Luego, volvió a olisquearme—. ¿Qué pasa, Lu?

Se separó de mí y con los ojos anegados me dijo:

—Hueles delicioso.

La miré y le sonreí.

Rompí aquel instante agachándome por la bolsa y comencé a sacar todo de ella.

—Traje guisados, y agua de limón y otras cositas —comenté mientras ponía los *tuppers* en la mesa y las botellas de agua.

Ella, en un acto reflejo, se llevó las manos a la boca y luego se abalanzó sobre la comida y bebió del agua como una mujer recién rescatada de una isla desierta.

Después de haber comido, lo inevitable sucedió.

—Lu, ¿qué pasó?

—Es Flavio, ha muerto. Y/ y/ y mi bebé, lo tienen ellos. Por favor, no dejes que le hagan nada.

Luisa había tenido un bebé, en prisión y, luego, la familia Ajuria logró obtener la patria potestad.

—Luisa, ¿qué pasó?

Ella echó a llorar.

—Ay, Fede..., mi hijo; mi pobre hijito...

—Luisa, ¿tú fuiste?

En ese momento, el llanto, el tiempo, la rotación de la Tierra se detuvieron y ella levantó la mirada, emparejándola a mis ojos y me dijo con una seriedad terminante:

—No, Fede. Yo no maté a Flavio Ajuria.

—Cuéntame lo que pasó.

—...

—Luisa, tú me llamaste, estoy aquí, cuéntame lo que pasó.

—Fede, sólo te quería ver antes de...

—¿Antes de qué, Luisa? No jodas, no me espantes. ¿Es verdad que te intentaste suicidar.

—¡No, Fede! Te lo juro. No podría, estaba embarazada; matarme era matar a mi hijito.

—Lo sé, entonces ¿qué pasó?

Luisa me contó que estaban peleando mucho, muchísimo. Qué ya, incluso, habían llegado ambos a los golpes.

—¡Pero estabas embarazada!

—Ya lo sé, pero tú conociste a Flavio, llegado un punto de violencia, él se desconectaba —de inmediato lo recordé encima de mí, moliéndome los pómulos a golpes en la calle, sobre Doctor Vértiz y Matías Romero, mi primer depa. Si no es porque logré arrastrarme, entre impulso e impulso suyo para golpearme hasta esconder mi cara debajo de un automóvil estacionado, seguro me fracturaba las cuencas de los ojos. Mientras, Luisa lo intentaba detener y ella caía al suelo a cada manotazo suyo.

—Luisa, ¿por qué dicen que tú lo intentaste asesinar?

—Es mentira.

—Yo te creo, ¿pero por qué lo dicen?

—Es que, es por... por nosotros. Flavio se enteró que los meses que me fui, los meses que nos separamos viví contigo. Recayó y me obligó a drogarme con él; nos encontraron en un motel, el con una sobredosis encima y yo en una especie de coma luego de recibir un disparo en la sien.

—¿Tú te disparaste?

—No.

—¿Quién te disparó?

—...

—Luisa, ¿quién te disparó? Si no me dices, no puedo ayudarte a salir de aquí —fue entonces cuando Luisa me miró consternada y empezó a reír, frenética.

—¡Yo no quiero que me ayudes a salir de aquí, Fede!

—¿No? Entonces, ¿qué quieres?

—Fede, róbate a Luis.

—¿A tu bebé?

—Fede; róbatelo; esa familia lo va a matar, o lo va a volver loco; o lo va a hacer uno de los suyos.

En ese instante, los guardias vinieron para llevársela.

—Te voy a sacar de aquí, Lu.

Ella me miró desesperada, decepcionada.

—No... ¡No! —se lamentaba— ¡Sólo protege a Luisito!

Cogió, con ansiedad, la bolsa con las cosas, me intentó volver a abrazar, pero esta vez los guardias no la dejaron y la vi que se la llevaban, engullida por una puerta que daba al interior de la prisión donde la locura y la soledad eran las dos únicas caras de la moneda del presidio.

Por la misma puerta vino a mí Virgilio.

Me acompañó a la salida, por el acceso del personal, ahorrándome filtros y procesos, me entregó mi identificación y me ofreció toda la ayuda posible. Le agradecí y justo cuando me iba, Virgilio me dijo algo desconcertante.

—Aléjate de esto, Fede. Aléjate de toda su mierda.

Le iba a decir algo, pero asentí y me fui hacia las calles donde el auto me esperaba. Mientras andaba hacia allí, no pude reprimir una sensación paranoica de que alguien me seguía, al tiempo que iba masticando el consejo del Señor de las Huidas.

<<Debes conocer el producto.>>

<<¿Conocer el producto?>>

<<No repitas todo lo que digo, Fede. Pareces un imbécil.>>

<<No repito todo lo que dices, Flavio.>>

Flavio me miró mientras yo echaba a reír.

<<A veces no sé si eres muy pendejo, o un cabrón demasiado listo.>>

Le sonreí.

<<Tienes que conocer tu producto tan bien, que no haya nadie mejor para explicárselo a los demás. Ni siquiera los diseñadores del producto, ni la dueña de la compañía. Debes ser el mejor presentador de tu producto, de esta forma nunca dejaras de venderlo. Si presentas tu producto de manera formidable, la negociación será menos desgastante.>>

Sobre la calle de Mitla, en la colonia Independencia, se erguía una casa normal que albergó y vio crecer a una familia fuera de lo común. Los Ajuria.

Don Ignacio Ajuria fue un militar destacado que, a pesar de su muy corta edad, batalló y se ganó un renombre durante la primera mitad del siglo XX. En ese mismo periodo, un golpe de suerte —o quizás algo más— catapultó la economía de don Ignacio permitiéndole, meses después del término de su periodo en servicio del ejército, adquirir una casa en la capital del país, casarse con una jovencita de 13 años y empezar una familia muy peculiar.

Cuando los Ajuria enaltecen la memoria de la cabeza de su familia, hablan de un tesoro que don Ignacio trajo consigo de las batallas militares en las que participó, suprimiendo guerrillas. Monedas de oro que decomisaron de un furgón que iba camino a los Estados Unidos y que nunca llegó a su destino. Sea como fuere, después de su servicio en el Ejército, el señor Ajuria no volvió a trabajar y no vivieron mal; es decir, siempre contaron con la mesa puesta y las colegiaturas al corriente. Eso sí, don Ignacio, además de ser muy prolífico a la hora de encargar familia, tuvo una afición constante a la bebida y unas pesadillas que, dicen, despertaba a toda la familia y que, a mitad de la noche, podían oírse sus gritos en medio de la calle. Además, fue muy estricto en la educación de sus hijos, muy intenso para con los hombres, incisivo, quizás y muy determinante con las mujeres. Tuvo cuatro hombres y tres mujeres. Desde la infancia, fue difícil para los chicos quienes, a duros golpes de la vida, y de su padre, lograron, casi todos, sobrevivir hacia la adultez.

Ahí mero, en la calle de Mitla, afuera de la casa de los Ajuria, me encontraba yo. Quería preguntarle a Claudia, tía de Flavio, qué había pasado.

No entendía por qué Luisa estaba tras las rejas, por qué la familia de Flavio la acusaba. Con determinación, salí del auto y fui directo a la puerta de la casa y toqué el timbre.

Unos minutos más tarde, salió Claudia, la única hija superviviente de don Ignacio.

—Buenas/ ¿Federico?

—Hola, Claudia, ¿Cómo estás?

—¿Qué haces aquí? —Dijo seria, echando el cuerpo hacia mi, entre la puerta y el marco de la casa.

—Claudia, me enteré lo que le pasó a Flavio. Lo siento mucho.

Ella recompuso su actitud, de desafiante, su mirada se tornó en una leve mueca de dolor y luego un poco de lástima.

—Gracias, Federico, gracias. Creo que sería mejor que te fueras.

—Clau, tú sabes que yo quería mucho a Flavio; a pesar de todo.

—¿Sí? ¿Sí lo querías, Federico?

—Claro, Clau. Tú lo sabes.

—Yo sólo sé que te acostaste con Luisa, mientras, por el dolor de tu traición, Flavio recaía en las drogas.

—Claudia, las cosas no fueron así. Tú sabes que Flavio había estado recayendo y buscaba cualquier pretexto para... consumir.

—Y tú, muy chingón, se lo diste, ¿no?

—Yo no le di ningún pretexto. Al contrario.

—...

—Claudia, tú me conoces...

—Pues por eso mismo —dijo con rabia— me dolió tu traición, nos traicionaste a todos. Esta familia te abrió las puertas, te abrimos el corazón, te procuramos, te cuidamos, te apoyamos y tú nos pagaste traicionando a Flavio, acostándote con su mujer y destruyendo el equipo de Anuar.

—Claudia, ¿de qué hablas?

—...

—Cuando Flavio recayó, la primera vez que yo lo vi recaer, yo fui el primero en salirlo a buscar a los puntos donde vendían droga, a preguntar en los moteles, a patrullar las calles/

—¡Claro! Y muy chingón, mientras nos hacías esos favores, enamorabas a Luisa, ¿no?

—¡Por supuesto que no!

—No sé... No sé, Federico...

—Pues yo sí sé, Claudia y las cosas no fueron así. Yo siempre quise a Flavio; pero el compró ideas estúpidas sobre mí. Se le olvidaron las cosas que sí pasaron y creyó las estupideces que nunca pudo comprobar.

—Como que te acostaste con Luisa.

—Como eso. Se le olvidó que cuando todos le dieron la espalda en su primer recaída, el único que estuvo ahí, fui yo. El único que fue por él hasta la clínica, en San Miguel de Allende, en camión, fui yo.

—Pues era lo mínimo; tú lo hiciste recaer.

A los seis meses de haber entrado al corporativo, subí de vendedor a Subgerente, pese a todo pronóstico, Flavio no estaba muy contento, ya que él iba a dejar de cobrar, directamente, de mis ventas. Las reglas de la empresa eran muy simples. Tú subías de puesto de ejecutivo de ventas a subgerente si y sólo si facturabas 2,500 puntos. En el mismísimo momento en que facturé los dos mil quinientos puntos, fui directo a la oficina de Anuar y le enseñé el reporte de facturación y le dije que había llegado el momento, que me tocaba el crecimiento.

Lo primero que hizo Anuar fue felicitarme. Me sacó de la oficina y me llevó a la tiendita dentro del mercado sobre la calle de Yácatas, la misma calle donde nuestras oficinas operaban. Ahí, me invitó una Coca-Cola, ya que él no bebía, de hecho era un Alcohólico Anónimo, igual que Flavio. Mientras me decía lo orgulloso que estaba de mí, me planteaba la oportunidad de no tomar el ascenso de inmediato.

<<¿De qué hablas, Anuar? ¿Por qué no lo tomaría?>>

<<Por Flavio.>>

<<¿Cómo?>>

<<No te digo que no lo tomes, ya cubriste tu cuota y es momento —aun recuerdo que en ese mismo instante, mientras él pronunciaba aquellas palabras, yo rebobinaba en mi mente sus frases, exactas, diciéndonos en la contratación que, sin lugar a dudas, una vez alcanzada la meta, nadie se interpondría para que subiéramos de puesto, que no era como otras compañías donde “había que esperar a que el jefe se muriera para subir”, y que ningún hijo ni sobrino nos ganaría el puesto por recomendación—. Pero, lo que sí te digo es que, quizás, quieres esperarte un poco, apoyar a Flavio con las Excelencias y pues hasta te convendría a ti.>>

“Apoyar a Flavio con las Excelencias...”

Las Excelencias eran los reconocimientos a los tres mejores vendedores, a los tres mejores subgerentes, gerentes y directores a nivel nacional. Si tu facturabas cayendo en ese orden, entre los tres mejores de tu puesto, la empresa organizaba una cena para toda la compañía donde las Excelencias pasábamos al centro de la pista de baile, nos daban un micrófono y brindábamos un discurso testimonial sobre cómo le hicimos para ser los mejores de los mejores. Luego, la dueña de la empresa, anunciaba a qué destino exótico, lujoso e increíble viajaríamos los ganadores de aquel año.

Flavio competía por un lugar dentro de los tres mejores subgerentes; si yo subía de puesto mis puntos, mis ventas, ya no le contarían. Esto impactaba de dos formas. La primera, él ya no

cobraría una sobrecomisión, que iba entre el 5 al 8% de mis ventas y, la segunda, que tampoco mis puntos le sumarían, por lo que lo que vendiera, no lo acercaría al destino exótico de aquel año.

Esto lo entendía perfecto; así como lo que me dijeron en mi ingreso, que el dinero estaba en la gente, en tener un equipo y no en la venta *per se*.

<<¿Por qué me conviene a mí?>>

<<Pues si te esperas un poco, entrarás a la siguiente convención como ejecutivo; si, en cambio, este mes subes, entrarás a la convención como subgerente y tu cuota para ir sería mayor.>>

Adicional a las Excelencias, la empresa nos mandaba a todos los demás de viaje a destinos paradisiacos como Cancún, Los Cabos, Riviera Maya, ente otros. Todo pagado. Una semana. Sólo por mantener una cuota promedio de alrededor de 220 puntos facturados por mes; es decir unos \$48,400 por mes, en promedio, como vendedor. Los subgerentes tenían que hacer 1,000 puntos para ganarse su lugar en la convención. Nosotros, los vendedores, cobrábamos un promedio del 10 al 23% de comisiones sobre esas ventas y los líderes de equipo un porcentaje adicional, sus Sobrecomisiones. La tajada por manejar al equipo e instruir a los novatos.

<<Creo que si la armo con mi equipo, podría ser capaz de pagarme el viaje a la playa yo solo.>> Anuar echó a reír y me abrazó de lado.

<<¿Tienes toda la razón!>> Yo le sonreí. Lo admiraba tanto y ahí estaba él, abrazándome y festejando mi ascenso. <<Me da mucho gusto que seas centrado, ambicioso y exitoso. A partir de este mes, entonces, como no tienes un gerente encima, yo seré tu jefe directo.>>

<<¿Qué bien!>>

<<Sí, ya después cuando Flavio vuelva a subir de puesto, decidirás con qué gerente quedarte.>>

Luego de esa charla, Flavio me abordó en los pasillos de la oficina para decirme, para pedirme esperarme a subir de puesto ya que la competencia por las Excelencias estaba muy cerrada. Le fui muy sincero y le dije que estaba juntando dinero para irme a vivir con Vanessa; que por el momento lo que ganaba me daba para hoteles, antros, idas al cine y cenas, que necesitaba un ingreso mayor del que esperaba para poder lograr mi meta de vivir con ella. Él se molestó un poco, contaba conmigo para asegurar la Excelencia.

<<Flavio, ahorita parece que dejarás de percibir ingresos de mi parte, y los puntos. Pero este crecimiento te beneficiará a ti. Cuando subas a la gerencia, yo seré tu subgerente más armado. Estaré en un nivel en el que podrás apoyar todo tu equipo en el mío y esto te permitirá contar con ingresos seguros en lo que desarrollas a los otros.>>

Para que un subgerente subiera a la gerencia su equipo debía generar 5 Subgerentes; dos de los cuales los daba en tributo a su jefe directo y él ascendía con 3.

<<Cuando suba, ¿no te quedarás con Anuar?>>

<<Quiero mucho a Anuar, lo admiro. Pero tú me enseñaste todo lo que sé, Flavio. Me quedaré en tu equipo, siempre. Y, de cualquier forma, él será nuestro director.>>

Esta plática afianzó nuestra amistad y Flavio y yo comenzamos a salir juntos, como los buenos amigos que nos íbamos formando, en parejas.

Al principio, con mucho recato, ya que Flavio había sucumbido ante su pasado.

Cuando debutó en Pumas, en su segundo partido profesional, en el Estadio Azteca, Pedro Santana, un seleccionado nacional, de la misma generación de Flavio, integrante del Club America, le entró con todo en una barrida de tarjeta roja, directa al lado externo de su rodilla, lo que hizo que le estallara el liquido sinovial de la rótula, impidiendo amortiguar la caída posterior al impacto. Una caída aparatosa donde los tacos de Santana se le encajaron en su entrepierna y el empeine de Flavio se encajó en el césped. Por la inercia del trancazo, el cuerpo del novato giró

de una manera antinatural separándole el tobillo un centímetro, rompiendo los ligamentos y dislocando la rodilla, y quebrándosela después con la caída. Dicen que hubiera sido mejor, clínicamente, que Pedro le hubiera roto en dos la tibia y el peroné; porque lo que no rompió con dicha entrada, lo destrozó de maneras peores.

Durante un año recibió las mejores atenciones médicas, pero, pasado ese punto, Flavio era más un gasto médico que una pieza clave en el club, así que recibió la noticia por parte del gerente de la franquicia y con cincuenta mil pesos de indemnización, le despidieron.

Tomó clases de Dirección Técnica Deportiva, pero nadie contrata Directores Técnicos de 19 años.

Después de quemarse las pestañas estudiando lo que había amado estudiar, terminó dando clases de deporte en distintas escuelas hasta que la frustración de la derrota y el fracaso profesional en su sueño de ser futbolista, le hicieron sucumbir ante las drogas y cuando tocó sus primeros fondos, la familia Ajuria, en su totalidad, lo internaron en diferentes granjas y anexos para que escarmentara y detuviera su autodestrucción.

Pero la depresión fue mayor que los sustos y las experiencias en aquellos centros, y no fue sino hasta que otro miembro de la familia se recuperase de las garras de la adicción y triunfara de manera radical que Flavio no detuvo su consumo.

Por su parte, un poco antes, Anuar se había vuelto adicto a la cocaína y, justo durante el último trimestre de embarazo de su esposa con su segundo bebé, él descuidó a su hijo mayor quien cayó por las escaleras y se encajó un lápiz en el ojo, perdiéndolo. Sólo así Anuar se dio cuenta de lo peligroso que se había vuelto a los suyos y decidió unirse a un grupo de A.A. que le ayudó a dejar de beber y de consumir drogas. Al mismo tiempo, luego que su socio en la correduría de seguros lo cachara con unos manejos alevosos de dinero que Anuar robaba para pagar su droga, lo corrió sin darle un céntimo y diciéndole que no lo acusaba a la policía por el cariño que se tuvieron en el pasado.

Por su edad, por no tener concluida una carrera y por sus pésimas referencias laborales, Anuar no consiguió empleo sino seis meses más tarde, ya nacido su bebé y sin que Anuar fuera capaz de comprarle pañales o pagar la leche de fórmula que requerían; hasta que leyó en el periódico un anuncio donde reclutaban vendedores para una importante editorial.

Tal cual él reclutó posteriormente, Anuar fue reclutado. Y con la desesperación y el hambre de los que lo hemos perdido todo, él comenzó a vender sin detenimiento.

Cita que iba, cita que cerraba.

A veces por su labia, otras veces por su capacidad de definición, unas veces se les imponía a los clientes, era agresivo, les argumentaba con hostilidad que debían comprarle sus cursos para salir del hoyo en el que se encontraban, para ser mejores; y si sus interlocutores estaban bien posicionados, se jugaba la carta de la lástima para vender. <<Por favor, cómpreme el curso, a usted le interesa y a mí me va a ayudar a llevar a casa la leche de mis hijos.>> Cuando la gente dudaba de ello, Anuar sacaba la foto de su hijo tuerto cargando al recién nacido y no había marcha atrás, venta segura.

Al principio, los fines de semana, Anuar agendaba citas y se llevaba a Ricardo para inspirar lástima; no sé que tenemos la gente que con tal de evitar las carencias y dolores que bien podríamos sufrir, incluso pagamos para evitar siquiera su conocimiento. De esta forma, cubrió su cuota de ventas en tres meses y el dinero comenzó a correr sin parar por su hogar.

La abstinencia lo enfocaba en el trabajo, el dinero en una prosperidad desconocida y ésta lo redimía de sus fallas. Nada como un adicto recuperado y exitoso para olvidar cualquier falla. Anuar se volvió el héroe de la familia Ajuria y, claro, cuando Flavio sucumbió, la mano firme de

su tío, desde la sobriedad y con el éxito en los bolsillos, lo sacó de la autodestrucción.

Cuando Flavio y yo tuvimos nuestra plática y le expliqué que subiría de puesto y que armaría un equipazo de ventas que le ayudaría a ser el mejor gerente, él, al ya no ser mi jefe directo, comenzó a fomentar, aún más, nuestros lazos. Yo pensé que la sinceridad de mi plan nos unía en amistad, pero el muy cabrón estaba asegurándose de que yo lo preferiría siempre. Organizaba fines de semana en Cuernavaca con Vanessa y Luisa, su novia, con quien yo me llevaba pésimo. Luego, me invitaba a cenas y comidas familiares. Antes de ir a la cena de Navidad o año nuevo, por ejemplo; era casi-casi una obligación pasar a casa de los Ajuria, ahí en Mitla, para dejar regalos, tomar un cafecito y darles el abrazo. Cuando mamá me comenzó a regañar por salir diario de fiesta, Flavio me consiguió un apartamento en renta, justo en el mismo edificio donde su novia vivía, en el departamento de enfrente a donde Luisa y su madre vivían; de manera que me pudiera ir a vivir solo.

Cuando rompí con Vanessa, por primera vez, un día antes de la convención a Cuba, fue por Flavio, quien en la madrugada fue a asomarse a mi depa para asegurarse de que estaba bien, que se dio cuenta que estaba ahogado en el alcohol y me cuidó hasta que la borrachera se me bajó para luego, junto con Luisa, armar mi maleta y llevarme con ellos al aeropuerto.

Flavio hizo todo eso no por amistad, no por camaradería, sino para asegurarse de que yo no me le fuera de las manos.

Salía conmigo a bares y antros y se llevaba a Luisa. Habló con ambos para dejar de rechazarnos mutuamente y ser amigos. Nos encerró en su automóvil y nos dijo: <<Vengo en dos horas.>> <<¡QUÉ!>> Contestamos ambos al unísono. <<Tú eres mi mejor amigo y tú mi vieja, no sé por qué se cagan, pero no mamen y ya llévense porque yo no puedo no estar bien entre los dos.>> Se fue y nos dejó solos. <<Este cabrón nos hubiera dejado las llaves para, de menos, bajar las ventanas.>> Levanté el seguro de la puerta del auto de Flavio y la abrí y el aire fresco entró. <<Mira, si no eres tan pendejo...>>

Ambos echamos a reír.

Resulta que Luisa estaba celosa y preocupada por mí. Flavio sólo hablaba de mí, como buen adicto; era, yo, su tema de conversación principal, por muchas cosas.

Yo era la muestra clara de que él estaba volviendo a ser una persona responsable, de sí mismo y de los demás, que podía volver a ser exitoso y ser para los demás un buen guía. Que su derrota vital sólo era una pequeña caída en la carrera de la vida y yo era la muestra clara de ello. Era su mascota bien entrenada, el Tamagotchi que no moría, el resultado de su recuperación. Por otro lado, Luisa se preocupaba ya que yo era fiestero y bebedor y, según ella, en cualquier momento iba a arrastrar a Flavio de vuelta al consumo.

Y fue tal cual.

Aún así, Luisa y yo, después de varias pruebas, nos hicimos mejores amigos.

Flavio saliendo conmigo, vivía el infierno de la tentación.

Al final, comenzó su regreso al consumo a través de las cervezas sin alcohol, luego, una cosa lo llevó a otra y terminó bebiéndose en mi depa una botella de Black Label y minutos después y tras una estúpida plática, terminamos partiéndonos la cara en la calle de afuera del edificio donde Luisa y yo vivíamos.

La depresión de haberme golpeado, aunque nos perdonamos mutuamente, lo llevó a meterse unas líneas de coca y luego a comprar piedra y a fumársela a escondidas en un hotel con su primer sueldo de gerente.

Luisa me echó la culpa.

<<Si no le hubieras dado chelas sin alcohol, esto no hubiera sucedido.>>

Aquel día, el primero en que Flavio tomó cervezas sin alcohol, él me había invitado a un fin de semana en Cocoyoc con su subgerente Bruno y su ejecutivo Memo. Antes de tomar la carretera, nos detuvimos en una tienda de conveniencia y compramos o que cada quien bebería. Él había cogido una Coca-Cola de dos litros y se me quedó mirando con envidia cuando cogí mi *sixpack* de cervezas; yo le pregunté por qué no tomaba cervezas sin alcohol. Y él, casi casi ofendido me dijo que eran una mamada, que eran como hacerse el idiota y que era más fácil recaer porque al no obtener el alcohol que quisiera recibir, con el sabor de la cerveza cero se sentiría envalentonado para tomar una de verdad. <<Pero pues no tiene alcohol. Son para gente que no puede beber alcohol, ¿no?>> <<¿Por qué no tomas una y pruebas qué tal?>> Le dijo Bruno Sodi. En ese instante cogió un six de cervezas sin alcohol y nomás salir, destapó una y la probó, pero el primer trago lo arrastró a terminarse la lata completan sólo unos segundos. La separó de sus labios, a penas, y eructó con sonoridad estridente.

<<¿Todo bien?>> Le pregunté.

Me sonrió con perversidad.

<<Tenía tres largos años sin paladear ese sabor.>>

Destapó otra y se tomó la mitad de un jalón. Volvió a eructar y nos fuimos. Flavio parecía ebrio de verdad, al cabo de un rato. Miré la lata y las cervezas sin alcohol tenían, 0,05 grados de alcohol; supuse que no era nada, pero en el fondo sabía que lo era todo.

Cuando meses después de eso, seis meses para ser exacto, Flavio sucumbió, Luisa y yo fuimos en pareja a buscarlo por las calles, hasta encontrarlo en un hotel de Tlalpan, drogándose, y avisamos a su familia.

Anuar lo convenció de dejarse de estupideces, lo metió en aquella clínica para famosos y políticos en San Miguel de Allende y le dijo a la dueña de la empresa que le permitiera a él recibir los sueldos de Flavio para poder pagar de su bolsa su recuperación.

Sobra decir que Anuar le robó dinero a su propio sobrino; pero, además, nadie lo iba a recoger al salir, dos meses después, de la clínica. Me ofrecí y Anuar se negó profundamente, argumentando que él debía ganarse el cariño y el respeto de la gente a la que le había fallado. Le pedí, entonces, cartera de clientes de San Miguel y me fui de foráneo esa semana, cuadrando fechas para pasar a recogerlo, en taxi, a la clínica e irnos del hermoso pueblo en camión a la Ciudad de México. Al verlo lo vi mejor que nunca, ejercitado, bronceado y con una sonrisa Colgate que me pareció ofensiva dadas las circunstancias.

Primero me ofreció disculpas por su recaída, luego me preguntó por el equipo y por el trabajo. Después me platicó sus aventuras dentro de la clínica y me enseñó una carta de amor de una actriz a la que enamoró allá dentro y con quien se acostó prácticamente diario.

Sin duda alguna, y a pesar de todo, claro que me sentía culpable por su recaída.

Aún ahora podría jurar que si no lo hubiera incitado a probar aquella cerveza sin alcohol, probablemente nunca hubiera vuelto a consumir nada.

Luisa, en un principio, me lo dejó claro.

Por supuesto, después, cuando Flavio fue ingobernable, agresivo y pobre; fui yo quien la rescato una y otra y otra vez. A veces de él, otras tantas de la pobreza. Sé que fue por el gran cariño que le tengo, el amor; pero también sospecho que la culpa me atormentaba, la culpa silenciosa me atormentaba desde lo más profundo de mis pensamientos y, ahora, Luisa yace tras las rejas y yo frente a la tía de Flavio tratando de saber qué pasó y cómo sacar libre a Luisa.

—Claudia, tú sabes que Flavio fue una bomba de tiempo, acusarme a mí es igual de ilógico que odiar el fútbol porque si no hubiera jugado y perdido la oportunidad de ser profesional no hubiera terminado en donde acabó.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

—Claudia, me sé la historia. Y tú también. En esta casa aprendió a drogarse. Lo aprendió de su propio padre y de sus tíos.

—¿Luisa te lo dijo?

—Me lo contó él, me dijo que dejaban en la caja del inodoro, en una bolsa, la coca y que iban al baño a aventarse sus pases, que entre su padre y Anuar le enseñaron a meterse droga.

—...

—Pero tampoco creo que ellos sean los culpables, Flavio fue un poco perturbado, quienes lo conocimos y lo aprendimos a amar, lo sabemos.

—Antes de morir, se peleó con mi nene.

—¿Se peleó con Rodri?

Rodrigo, el hijo de Claudia era un niño cuando yo lo conocí.

—Sí, Fede. Tienes razón. Al final, era ingobernable...

—Clau, ¿por qué Luisa está en la cárcel? —Claudia peló los ojos.

—Ella intentó matar a Flavio.

—¿Cómo? Tengo entendido que él murió después de unas complicaciones que fueron causadas por una sobredosis.

—Ella lo envenenó.

—¿Cómo que lo envenenó?

—Lo hizo drogarse hasta la inconsciencia y, luego, lo drogó más.

En ese momento, el sonido estridente de una Harley Davidson Road Glide, nos perturbó y el pánico emblanqueció la faz de facciones toscas, pero hermosas, de Claudia Ajuria.

—Vet/

Demasiado tarde.

A menos de dos metros, con una agilidad envidiable, Anuar descendía de la moto, a la entrada de la casa y, tras poner el caballete, dar un par de largas zancadas hasta llegar a mí y prensar mi cuello entre sus dedos, estrangulándome contra la pared, me amenazó de muerte.

—Anuar —suplicó Claudia—, ¡déjalo!

—¡Cállate, pendeja!

Mis ojos enrojecidos por el esfuerzo se iban desorbitando mientras notaba cómo Anuar sacaba su pequeño mini-revólver norteamericano calibre 22 y aflojaba mi garganta mientras que yo tosía.

Él, entonces, me apuntó con su arma, justo debajo de la mandíbula.

—No te quiero volver a ver. Tú ocasionaste todo. Eres la maldición de nuestra familia. Si te vuelvo a ver, te mato.

Me soltó y, cagado de miedo, eché a andar a mi auto mientras notaba que ambos Ajuria me miraban recelosos en mi escapatoria.

6

<<Luego de los buenos días, o las buenas tardes, rompes el hielo.>>

<<¿Rompo el hielo?>>

<<Sí. Rompes el hielo. ¿Sabes lo que eso significa?>>

Jamás había escuchado tal cosa.

<<No. La verdad, no.>>

<<¿Cuántos años tienes, Fede?>>

<<Veinticinco.>>

<<Ya...>>

<<Calma, calma, señor; que tú sólo tienes dos más.>>

<<Dos y medio, Fede. Dos y medio. Pero no es cuestión de tiempo, es cuestión de vida. Mientras tú estabas en casa de mamá, estudiando o de visita con tu novia, yo viajaba por todo el mundo con la selección sub-17 y la sub-20. Jugaba a lado de Rafa Marquez, Campos y todos ellos, antes de su fama internacional.>>

<<Ya, y con ellos aprendiste lo que era “romper el hielo”, ¿no?>>

El río, y yo terminé por romper en risas también.

<<Pues sí, pendejo. Nos aconsejaban, para las entrevistas, romper el hielo y así que no fueran tan densas. También te llevo siete meses de más en la empresa, y, aunque no es mucho; pues es más experiencia que no tienes y que te estoy compartiendo —lo miré atento y respetuoso—. Romper el hielo ayuda a crear una atmósfera donde puedas desenvolverte mejor. No llegas con tus clientes y les empiezas a vender, o a presentar los cursos. No. Platicas con ellos de cualquier cosa>>

<<¿Cualquier cosa?>>

<<Lo que sea. El calor, la lluvia, el tránsito... Conforme vas viendo sus reacciones, empezarás a familiarizarte con lo que le gusta y lo que no, lo que le llama la atención y lo que le es inclusive. Usa lo que sientas que le late para crear afinidad y, una vez montado un puente de comprensión; ¡ataca!>>

<<¿Ataco?>>

<<¡ATACA!>>

Luego del éxito aparentemente no obtenido, pasé a casa de mamá a cenar.

—¿Te vas a quedar, amor?

—No, ma. Necesito ir a la casa.

Mamá, nada convencida de dejarme ir, me mandó comida congelada y refrigerada para que tuviera qué comer durante la semana. Quedamos, como cada semana, que iría el domingo a comer con ella y a ver Game of Thrones. Nos despedimos con cariño y partí.

Al salir, un extraño sentimiento de acoso me invadió. Volteé a todos lados, pero la calle parecía vacía. La oscuridad de la noche engullía los últimos vestigios solares y las nubes arreboladas daban paso a los grises más perversos que mi abyecta imaginación auguraba como terribles.

Subí al auto y me marché a Guerrero.

Durante el trayecto puse Spotify y escuché mi playlist de rock en español y me fui manejando en la oscuridad de la carretera, mientras mis ideas revoloteaban como fantasmas por mi cabeza.

Llegué a Buenavista bien entrada la noche y encontré las notificaciones de entrega inconclusa de Liverpool que había intentado dejarme el refri y el microondas.

—Mierda...

La vecina de al lado se asomó.

—Buenas noches, vecino.

Yo traía un par de bolsas ecológicas recién descargadas del Aveo.

—Buenas noches —saludé con una sonrisa y caminé hacia ella para darle la mano.

Mientras nos estrechábamos en un cálido abrazo, ella me ofreció guardarme en su refrigerador mi comida y, gustoso, acepté más por cordialidad que por no quererlo dejar en el refri viejo de la casa.

Entré hasta el comedor y dejé mis alimentos en la mesa.

Su esposo, un señor ya grande, unos diez o quince años más que ella, me saludó desinteresado desde la sala, donde veía un capítulo de El Señor de los Cielos.

La vecina me hizo la plática por unos momentos más, me convidó unos panes dulces, para la

cena, y me recomendó unas nieves caseras a la vuelta de la cuadra. Nos despedimos, me despedí de lejos de su marido, y entré a mi casa.

Debo confesar que aún estaba sacado de onda por el ataque tan violento de Anuar. En el momento, por supuesto, no pensé por qué me había tratado tan mal y por qué me había amenazado tanto. Claro, entiendo que en el pasado cuando me salí de su organización de ventas, él recibió la noticia como un ataque directo y fulminante a su negocio; por más que me hubiera ido al descubrir que nos robaba dinero. Nomás irme yo de su equipo, la vida laboral de Anuar comenzó a colapsar vertiginosamente. Por supuesto, no gracias a mí, sino a sus tranzas y a la forma como descubrí después, que nos usaba a todos a su alrededor. Nos robaba dinero o energías o paz o ganas de vivir. Era un puto vampiro emocional y un avaro de primera que, detrás de su carisma dulce y agradable, escondía el virulento monstruo chupa sangre que era. A decir verdad, a ese infortunado momento en que me amenazó, le debo el haber vuelto tan de prisa a casa. Si algo tenía como certeza, era que nadie sabía de mi nueva ubicación.

Un espantoso vacío en la boca de mi estómago, me advirtió del miedo que seguía mordisqueándome el alma.

Me asomé por la ventana y sólo pude ver la calle cuyos adoquines alumbrados por las farolas, resplandecían mientras el verdor de los árboles en los cerros se adivinaba casi de manera subconsciente.

Casi olvido que me he matado.

Casi me olvido que yo debería estar muerto.

Miré la sala de la casa, miré la mesita de lectura y, con un *tupper* con albóndigas abierto, y otro con arroz, me dispuse a cenar mientras veía en Youtube técnicas de ventas.

Cené rápido y, preparándome un café negro, mientras pellizcaba los panecitos dulces de la vecina, abrí mi computadora y empecé a teclear sobre lo que había averiguado de la situación de mi amiga.

¿Por qué demonios la acusaban de sobredosificar a Flavio...?

*

Desperté, a mitad de la madrugada, sobre mi teclado.

Por alguna razón que no recuerdo, había comenzado a escribir el manual de ventas, pero, justo en el capítulo cuatro: el rompimiento de hielo, me llevó a recordar el pavoroso encuentro con Anuar y, sin entender muy bien, cómo, e hilando la pregunta de mamá sobre si escribiría una novela sobre lo que le estaba sucediendo a Luisa, había escrito todo un capítulo sobre cómo Anuar, Flavio y yo, nos peleamos sin reconciliación aparente.

A mediados del 2007, en Los Cabos, en una convención de la compañía, Luis Roberto, mi querido primer ejecutivo y yo, bebíamos alcohol como si no hubiera un mañana. Nos encontrábamos en el *jacuzzi* de la terraza del hotel, una muy hermosa volada sobre el mar. Habíamos despertado completamente crudos, con una resaca espantosa y con una sed de náufragos. Toda la ropa desperdigada fuera de las maletas. Roberto estaba en el suelo, al lado de su cama, vomitado y en calzones y yo, no con mejor aspecto, estaba sobre mi cama en una posición tan extraña, como imposible ahora, a mis cuarenta y pocos años. Sin entender cómo ni de quién, descubrimos pistas de la noche que pasamos, ropa interior de mujeres que ya no estaban con nosotros, pero que dejaron su aroma, y un par de bragas, en nuestros aposentos.

Luego de un ardiente baño, y un par de aspirinas, Luis Roberto y yo nos fuimos, como *zombies*, andando descompuestos hacia el restaurante que servía el desayuno.

—Yo...

—¿Qué...?

—Yo no sé... yo no sé si pueda desayunar, jefe.

Le dediqué una mirada de hastío y con total indiferencia continué mi camino hacia el desayunador, mientras él corría al bote de basura más cercano para volver el estómago. Sólo eso casi me incita al vómito a mi también, pero pude contenerme y proseguir.

La cabeza me dolía como si me la taladraran con dolor punzante que atravesaba mi ojo, no sé por qué, e iba hacia la frente y por atrás, a repiquetear la nuca al tiempo en que la náusea me daba escasos momentos de tregua. Nos hemos de haber sentado unos instantes en la mesa que, en realidad, probablemente fueron quizás unos veinte minutos. Un compañero se nos acercó y al comprobar nuestro terrible estado, nos sugirió desayunar unas mimosas. Nunca las habíamos tomado, pero nomás las descubrimos, cogimos dos botellas de champaña y tres jarras de jugo de naranja y nos las llevamos a la mesa.

No pasó mucho tiempo cuando nos revitalizamos y sabiendo que no podríamos ingerir comida como seres normales, nuestro instinto más primitivo se abalanzó sobre las grasas y nos servimos, cada quien, un plato atestado de tocino y nada más. Montañas de tocino.

Salimos del restaurante con toda la actitud fiestera ostentada, un par de sonrisas latinas puestas en la cara y dos botellas de champaña en las manos. Ni cuenta nos dimos que ya traíamos los trajes de baño y nos dispusimos a beber, otra vez, como si no hubiera un mañana.

Vimos el *jacuzzi*, uno gigante como para unas 30 personas, vacío y nos decidimos instalar ahí mero. Nomás pasó una camarera y le llamé.

—Te voy a pedir dos cubas libres y dos micheladas, por favor —la señorita asintió—; y lo mismo para mi amigo —ella peló los ojos asombrada, pero asintió.

Tan pronto volvió y nos trajo las bebidas, le puse un billete de \$500, mojado, en el bolsillo de sus shorts y le dije que cuando mi vaso estuviera con el líquido en el último cuarto, me trajera dos más.

Estuvimos horas ahí.

Horas...

Hasta que, de pronto, en plena borrachera, unos chicos de otra organización se acercaron a nosotros.

—¿Tú eres Federico Bouzas? —Roberto y yo nos miramos y luego volvimos la vista a ellos.

—Sí —respondí, con la voz medio barrida —igual, los chicos no se dieron cuenta, estaban peor que nosotros.

—Pues mi jefa te va a sacar de las Excelencias —nos volvimos a mirar, y luego los miramos a ellos.

—¿Y...? ¿Quién es tu jefa?

Ahora ellos se miraron, voltearon a verme y luego a Roberto. Ambos, Luis Roberto y yo estábamos con los brazos abiertos, reposados sobre el filo del *jacuzzi* con el cuerpo sumergido del pecho para abajo. Ellos estaban en pie, con el agua a la cintura.

—Pues Paulina Soto.

—...

—¡Paulina Soto! De Chacales. Ella va justo arriba de ti.

Me bajé los lentes oscuros hasta recargar el puente sobre la mitad de mi nariz y, ciñéndolos por sobre el armazón, les contesté.

—Me encanta tener a tu jefa arriba.

Roberto se llevó las manos a la boca, reprimiendo unas carcajadas.

Ellos, con el orgullo destrozado, pero respetando la jerarquía que me salvaba de su ataque, se

dieron la media vuelta mientras amenazaban y soltaban improperios.

—Creo que la mitad de las organizaciones nos ha comenzado a odiar y la otra mitad son las que aprecian nuestras gracias —dijo Roberto.

Yo, habiéndose ido ellos, eché a reír con suma desfachatez mientras continuaba mi bebida.

Al poco rato, una tipa se me acercó y con un tono de voz *snob* pero autoritario nos preguntó a Roberto y a mi:

—¿Quién es Federico?

Sobre sus hombros, justo detrás de ella, los ejecutivos que vinieron a molestarnos un rato antes nos miraban expectantes.

Me levanté y quedé frente a ella. Me quité los lentes oscuros y, viéndola directo, atravesando la mica de sus lentes de sol con la mirada, le contesté que yo.

—¿Qué le andas diciendo a mis niños? —volteé a ver al par de cavernícolas detrás suyo.

—¿Niños?

—¿Que les andas diciendo que yo arriba de ti qué? —miré, divertido a Luis Roberto y él soltó una carcajada.

—Mira, guapa; a lo mejor tus hijitos cavernarios no te supieron contar bien la historia, pero los dos tarados vinieron, sin que les llamáramos ni nada, a molestarnos diciéndonos que tú me ibas a sacar de la terna de Excelencias y no sé qué tantas tonterías.

Ella balbució algo; los volvió a ver, constató que fuera verdad lo que le dije y ellos lo confirmaron.

Apenada, volteó a mí a ofrecerme disculpas y a regañar a sus ejecutivos por estar de amarranavajas. Los mandó a sus camastros y volvió a mi para ofrecerme disculpas de nuevo.

—¿Quién eres? —pregunté.

—¿Cómo? —me respondió indignada.

Yo eché a reír, entendiendo mi falta de tacto con la pregunta.

—Lo siento, lo siento, no quise ser un grosero; es sólo que tus *niños* me dijeron tu nombre, pero, la verdad no lo recuerdo...

—Tal vez si tomaras menos... —yo sonreí.

Tomé uno de los varios vasos que nos iban trayendo cada veinte minutos y se lo alcancé.

—Tal vez si tomaras más...

Ella tomó el vaso, chocamos nuestras copas y me dijo que se llamaba Paulina, que era de la Organización Chacales y que estábamos muy cerca en números globales en los resultados del año.

—¡Pero vamos a mitad de año!

—A mitad de año —respondió ella— es justo cuando las Excelencias se empiezan a perfilar para alcanzar sus primeros puestos en el cierre anual.

—¿Y en qué puesto estás?

—En el 7, y tú en el 8 —le sonreí—. ¿De qué te ríes?

—Pues de que es verdad que estás arriba de mí —le dije coqueto.

Ella, contra todo pronóstico, se rio nerviosa y se dio la media vuelta.

La detuve.

La volteé.

Me acerqué a su cara y le susurré, sin que Roberto me pudiese escuchar:

—Te voy a chingar.

Ella peló los ojos, por detrás de sus lentes.

—¡¿Qué?!

—Te voy a chingar, en todos los sentidos —dije sonriendo —cuando estaba esperando la bofetada ella se me acercó y me dijo al oído.

—Puede ser que en muchos, pero yo te voy a ganar las Excelencias.

A partir de ese día pasaron tres cosas.

La primera, Paulina y yo, al encontrarnos en el antro del hotel, terminamos acostándonos juntos en su habitación. La segunda, justo después de entregarnos mutuamente, apostamos sobre las Excelencias; el regalo del perdedor sería una postal, la más hermosa que el ganador pudiera conseguir, del destino donde nos mandaran. Y, la tercera, comencé a preguntar, semana a semana cómo iba con respecto al resto de subgerentes que competían para las Excelencias.

Durante los desayunos de la empresa, el Desayuno de Campeones, mes con mes, donde nos celebraban a todos los comerciales que manteníamos un promedio de ventas de, al menos, 250 puntos como vendedor, 700 como subgerente, 1,400 como gerente y 4,000 como director, nos vimos y ella no desaprovechaba cada oportunidad para tomarme de la mano y en el más absoluto secretismo, arrastrarme a los baños del hotel donde nos encontráramos y hacerlo ahí. Lo hicimos en el Meliá, en el Barceló, en el Emporio, en el University Club, en el Piso 51 de Torre Mayor y, finalmente, el día de mi gloria, mi primera Excelencia, lo hicimos en en Hotel Camino Real, donde fui nombrado uno de los tres mejores líderes de equipo.

La verdad de las cosas es que, a penas gané.

Paulina cerró en el año, con 30,215 puntos y yo cerré con 30,599. Una cosa de nada. Para números de Excelencias, eso era nada.

Además, lo terrible fue que no pudo ser un viaje que disfrutáramos juntos porque ella quedó en cuarto lugar y yo en tercero. Mientras ella ya no alcanzó el viaje, yo quedé en tercer lugar.

El viaje de Excelencias fue una maravilla, la dueña de la empresa nos consintió en un crucero por las islas griegas. Volamos de México a Nueva York, de ahí a Venecia, donde estuvimos 5 días y cuatro noches; después zarpamos en el Splendour of the Seas y fuimos disfrutando del maravilloso paisaje, la excelsa cocina y las instalaciones de ensueño del navío.

Ahí, precisamente ahí, en el Splendour of the Seas, comenzó mi ruptura con mi gran y admirado Anuar Ajuria.

Aún ahora que lo recuerdo, aún y a pesar de todo, me sigue maravillando la potente personalidad, la gran estafa que nos hizo y, claro, el profundo cariño que aún le tengo.

Es decir, me alejé de su vida por *rata*, por tramposo, por ojeté; pero el muy manipulador tiene el poder de haberte clavado el dardo envenenado de su aprecio y aún lejos, y aún cuando te ha fallado, no puedes sino recordarlo con una puta sonrisa en la boca.

Ese güey no tenía el don de gentes, tenía la magia simulada de los prestidigitadores de las ferias.

Te engañaba, te robaba, lo sabías y tú sólo aplaudías como foca.

Justo en aquél barco estábamos los tres mejores directores, gerentes, subgerentes y ejecutivos de la compañía. Éramos de diferentes Organizaciones. Las Organizaciones eran oficinas de ventas, una especie de franquicias de la compañía donde cada director estaba a cargo. La dueña de la empresa, Miranda Carrasco Montemayor, aportaba el 4% de lo que generaba cada equipo: cada Organización, para la manutención de la misma. Le llamaban, la partida presupuestal. Dentro de la compañía había al rededor de 33 equipos comerciales, cada una de estas Organizaciones, tenía su propio nombre, su cultura organizacional y su sistema de ventas. Yo estaba en Antares, la estrella más brillante de Escorpio —Anuar era Escorpio—. Y cerrábamos ventas en un sistema que denominábamos el Sistema de Cortesía; llamábamos a los clientes y les explicábamos que eran ganadores de una cortesía dos por uno de nuestros materiales o diplomados, les pedíamos una cita, los íbamos a ver, les presentábamos unos 5 o siete de nuestros cursos, negociábamos,

les dábamos el más costoso de regalo si pagaban el más económico.

También estaban los demás equipos con sus distintos sistemas de ventas, los Chacales, por ejemplo, uno de los equipos más perros para las ventas. Ellos salían cada domingo a las ocho de la noche de sus oficinas, montados de 8 a 13 en cada una de sus camionetas y manejaban hacia Saltillo, Tuxtla, Monterrey, Guadalajara, Villahermosa... Llegaban a donde fuera y, tras desayunar cualquier cosa en puestos ambulantes, se colaban dentro de las dependencias gubernamentales y se iban, cubículo por cubículo, a ver a la mayor cantidad de clientes potenciales posibles, en frío, antes de que los sacaran por andar vendiendo en las oficinas públicas, luego, se colaban de vuelta. Estaban muchos otros más, como los Mexicas, que organizaban conferencias masivas en cuarteles del Ejército y la Naval, platicaban, en una muy pequeña y rápida conferencia, sobre los cursos y les pedían alzar la mano a los interesados y entonces los vendedores se les acercaban e iban a tomarles los datos en el llenado del contrato. Estaban, también, los Alacranes, que cambaceaban como los Chacales, pero en hospitales de gobierno y les vendían, básicamente, a las enfermeras y médicos residentes. También estaban los más grandes y apantallantes de todos, los Cóndores. Su director, el argentino Norberto Alonso, estuvo, durante un mes, insistiendo hablar, diario, con Miranda Carrasco. Ella no lo recibía y él se presentaba, de nueva cuenta, a la mañana siguiente. Su último día de insistencia, Norberto ocupó sus últimos pesos en el microbús que lo dejó a tres cuadras del corporativo. Aquel medio día de sol, Miranda lo recibió, Norberto le explicó que él vendía masivamente en las escuelas argentinas con la editorial Oceánica, le explicó a groso modo su sistema, le pidió una oportunidad y salió de ahí con trabajo. Caminó de la colonia Granada hasta la colonia Roma, donde vivía y al día siguiente se presentó con el director de la Organización Tigres. Dos meses después, traía un Z4 y tres meses más tarde era el flamante director de la Organización Cóndores. Él, Norberto, en el *jacuzzi* del crucero, junto a Facundo, su mano derecha y Anuar, compartían conmigo historias de guerra de las ventas, casos de éxito, enseñanzas y mucho más. Para mí era impresionante porque, así como admiraba sobremanera a Anuar, reconocía el éxito de todos ellos; ¡éramos las putas Excelencias, por Dios Santo!

A unos veinte metros de nosotros, en los camastros de una de las albercas, estaba José Miguel González, el director de los Chacales, otro admirable de la empresa. Él, después de ver el anuncio de empleo en el periódico y abandonar su puesto de trabajo como portero del edificio donde vivía, se puso a vender cursos y enciclopedias hasta ser el mejor de todos los vendedores y luego, el mejor de todos los subgerentes, y luego el mejor de todos los gerentes hasta convertirse en el mejor de todos los directores...

Después, llegó Norberto Alonso a quitarlo de su pedestal.

El día que la fractura comenzó, el día que, viéndolo todo en perspectiva pudo organizar la secuencia en cadena que culminó con el encarcelamiento de mi amiga, estábamos tomando a gusto en el *jacuzzi* sobre un crucero navegando sobre el mediterráneo, cuando Norberto, condescendiente con quienes íbamos arrancando, tras felicitar me por mis resultados y aplaudirme estar en ese viaje, me preguntó como iba en el aspecto financiero.

Era una pregunta simple y bien intencionada, ya que a ese nivel hablaban de inversiones y negocios aleatorios a la empresa; pero que causó un terrible malestar en mí. Si bien es cierto que yo comenzaba a ganar más de lo que imaginaba, unos \$45,000 pesos mensuales, en promedio, a mis 25 años; descubría que el éxito cobra cuotas constantes, que el dinero come dinero y que la única forma de mantenerse a flote en las mieles del triunfo y la prosperidad era invirtiendo mucho de lo que se generaba.

—Pues, para ser honestos —le dije—, siento que me rendía más mi sueldo de becario, mis seis

mil pesos al mes, que mis 45 mil de ahora.

Facundo y Norberto echaron a reír, pensando que era broma. Cuando me vieron serio, se arrebujaaron bajo el agua. Norberto bebió de su trago y me miró fijo, sonriente pero expectante:

—¿Pero qué decís, nene? ¡Estás ganando una fortuna!

—La gano, pero no me queda nada.

—Ah bueno —dijo arrastrando la frase en el tono dramatizado característico de los argentinos—. Si vos no guardás la guita, si no invertís la guita; se va, boludo... ¡S va!

—No, bueno, es que no hay qué guardar. Para que veas: de los 45,000 pago 5,000 de renta, 3,000 de super, unos 1,500 de viáticos. Luego, si nos vamos de foráneo, y salimos cada semana dos veces a dos lugares distintos, yo, como líder de equipo, pago al rededor de 2500 a la semana, o sea, 10 mil al mes. Y a eso, réstale los teléfonos, que también los pago yo, el mío y lo de los chicos, los fijos y los celulares/

—¡Pero que pelotudeces decís, pibe! Sí la empresa te da la partida presupuestal para eso.

—¿Partida presupuestal? Partida de madre —dije, emulando los comentarios de mi subgerente, de Flavio —Anuar puso una cara pálida y desencajada y, de una forma súper extraña, se sumergió haciendo un bucito en el agua.

—¿De qué hablas?

—Pues a mí, la partida presupuestal —dije un tanto encendido por el ridículo que sentía que hacía frente a ellos, que se incorporaban, confrontándome como si les estuviera diciendo que su madre no los alimentaba; porque eso era, les decía que la empresa, que Miranda no nos brindaba los recursos básicos necesarios para trabajar—, lejos de ayudarme me parte la madre. Sólo de partida tengo que pagar 17,000 pesos al mes; entre teléfonos y gastos de oficina —encabronados, los argentinos me trataron como un idiota.

—Pará, boludo; estás diciendo estupideces... La partida —dijo Norberto— es un dinero que la empresa te da; no te la quita.

Yo bufé, haciendo una trompetilla con los labios en total desaprobación.

Tanto los argentinos como yo volteamos a ver a Anuar, buscando cada quien la ratificación a su verdad y fue entonces cuando todos, todos nos dimos cuenta que Anuar, de alguna forma, durante todos estos años, nos estaba robando dinero a nosotros, los de su equipo, los elementos de Antares, pidiéndonos cooperación para que su Organización funcionara, al tiempo que él recibía dicho apoyo, más la sobrecomisión de director de toda la organización, más la sobrecomisión como gerente de los tributos que los gerentes le dejaban.

Yo lo miré con dolor y desconcierto.

Él, Anuar, balbuceó algo; Norberto entendió que la había cagado y se reacomodó en el respaldo dentro del *jacuzzi*, junto a Facundo quien también se arrebujoó ahí, sumidos todos en un completo silencio.

De pronto, los ruidos de los niños jugando en las albercas, las risas de los ancianos bebiendo en las zonas de bar, los golpes de las bolas de voleibol de las canchas y el bufido del océano se volvieron ensordecedores para mí y, ofreciendo unas estúpidas disculpas, me salí del agua y me fui, dejando mi toalla y mis sandalias.

Saliendo del elevador, el la cubierta 13, una de las más bajas, me alcanzó, yo no sé cómo, Anuar, con mi toalla y chanclas y me preguntó si estaba bien.

—Sí..., sí...

—Acuérdate que cada organización es diferente y ellos se manejan de una forma y nosotros de otra, ellos tienen ciertos gastos por ser de venta masiva y nosotros otros. No podemos medirnos con la misma vara.

Siguió justificándose y yo hacía un esfuerzo sobrehumano para no llorar frente a él.

Mi ídolo, mi mentor, me había estado robando.

Cada palabra de aliento, cada impulso, cada palmada en la espalda, cada sonrisa eran sólo un puto maquillaje, una argumento, un mecanismo en su mentira, en su fraude montado hacia mí, hacia nosotros.

Esa noche no subí al restaurante, ni la siguiente.

Al tercer día llegábamos a Atenas y yo no pedí el tour que estaban rentando todos. Varios compañeros de otras organizaciones, Anuar, Norberto, incluso Miranda se acercaron a tratar de convencerme, yo argumenté que quería conocer la ciudad en metro y caminando y todos me decían que estaba loco.

Anuar cada noche me fue a buscar a mi camarote, trayéndome refresco y algo de cenar. Al final, hicimos las paces, por así decir y me pidió que bajara en Atenas, que no desperdiciara la oportunidad de conocer esa emblemática ciudad.

Tenía razón, estaba encerrado con ese cabrón en el mismo barco y yo lo podía hacer tan grande o tan asfixiante como pudiera.

Bajé del Splendour, con unos sandwiches en la mochila que preparé en el bufet y dos litros de agua. No tenía ni idea, si quiera, si había metro en la ciudad.

Abajo y en tierra, me encontré a toda la convención esperándome.

—¡Ya llegó Fede, Miranda! —dijo José Miguel y yo dejé caer mi boca hasta el suelo por el asombro de ver que sabía si quiera quién era yo —caminé hacia ellos y me enteré que el *tour* los había dejado colgados.

Todos me miraban expectantes.

—Fede —dijo Facundo—, Anuar nos contó que tú ya tenías planeado qué hacer. Íbamos a rentar taxis, pero él nos comentó que tú tenías planeado turistar en metro; ¿te podemos acompañar?

Con un inglés muy rudimentario, poco menos que tarzanezco, pregunté a la gente por el metro más cercano, en el subterráneo pregunté cómo podíamos ir al punto turístico de la forma más rápida y así me fueron guiando de un lado al otro. Del puerto a los estadios olímpicos, al viejo y al nuevo; al templo de Hércules, a muchos otros y culminamos, de manera espectacular, en el Partenón.

Fue uno de los días más triunfales de mi vida, todo salió mejor de lo esperado. Norberto me obsequió un yelmo de Aquiles en miniatura y José Miguel, una espada espartana para abrir cartas.

Una vez de regreso, hablé con Flavio y le expliqué lo que me enteré que su tío nos hacía. El complot comenzaba. Nosotros, los amigos de entonces, estábamos a punto de revolucionarnos y, como en toda batalla revolucionaria, sólo quedarían sobrevivientes.

Nos reunimos en mi depa Flavio y yo para planear cómo emanciparnos de Antares. Al parecer, él claro que sabía, o de pérdida sospechaba que su tío nos robaba dinero.

7

<<Si no sabes cómo presentar tu producto, estarás perdido. No hay muchas posibilidades para una venta exitosa.>>

<<¿Cómo debo presentar mi producto?>>

<<¡Exacto!>>

<<...>>

<<No se trata de enumerar beneficios ni explicar cómo te cambiará o mejorará la vida; debes presentar el producto de tal forma que hables de él, pero dejes que el cliente llene los huecos.>>

<<...>>

<<Para vender un curso de inglés, por ejemplo, Fedé; no dices: “Y con este curso, usted hablará inglés en 6 meses...” Hay que hacer que el mismo cliente se imagine lo que estaría haciendo si ya hablara inglés. Hay que ir más allá del resultado, más allá de la experiencia. Hay que ir a un supuesto donde la necesidad ya se ha resuelto. Nadie quiere problemas; nadie quiere resolver los problemas: todos queremos los problemas ya resueltos, ni siquiera nos interesa saber cómo se arreglan las cosas. Tú no quieres entender que te debes quemar las pestañas frente a una plataforma virtual para aprender inglés...>>

<<Ah, ¿no?>>

<<¡No! Tú quieres saber que una vez que lo hables, te podrás ligar a la gringa en el *spring break*; que una vez que lo domines tendrás ese trabajo bilingüe mejor pagado; que ya habiendo resuelto tu carencia, serás un nuevo tú. Un producto no es un producto, es un empoderador de tu yo.>>

Me desperté de mañana con más capítulos de un manual de ventas y con el arranque de la novela criminal que no debería, ni siquiera, pensar en escribir. La situación de Luisa no era un producto literario, no era un trampolín de mi narrativa, no debía ser la idea fresca que requería para aferrarme a una carrera de escritor que jamás despegó y que ya nadie quería empoderar. Pero el respeto que yo debería tener por mi amiga, la ciudad no lo tendría.

Sonó mi celular.

Era muy, muy temprano para ello; aún así, el sonido repiqueteó la callada atmósfera de una mañana de bruma, entre los cerros, y un calor desmedido.

Era mamá.

—¿Bueno...?

<<Amor, ponle en las noticias...>>

—¿En cuáles?

Mamá hizo una pausa.

<<En todas.>>

Miré la pantalla de la salita de la casa y, aún con la baba nocturna escurrida por mi barbilla, decidí, mejor, desplegar la pantalla de mi computadora y activar el servicio portátil de la tele por cable que compartía con mamá.

En la pantalla, unas fuertes imágenes de una mujer amarrada a una camilla, con paramédicos y policías a su alrededor, descendiendo de una ambulancia y siendo ingresada al hospital Xoco, eran transmitidas una y otra vez.

<<¿Ya viste?>>

—¿Quién es?

<<Oh, ¡por Dios! ¿Estás escuchando?>>

Subí el volumen.

<<Tras la visita de su amante, el escritor emergente Federico Bouzas, Luisa Zaragoza ha intentado quitarse la vida. Luisa purga una condena por intento de asesinato en primer grado. Al envenenar a su marido, meses atrás y provocarle un derrame cerebral que lo llevó a padecer sus últimos seis meses de vida en un estado semi-catatónico, para luego mejorar un poco y terminar muriendo ahogado en su propio vómito; mientras la familia del occiso, con mucho esfuerzo, logró obtener la patria potestad del bebé que tuvo durante sus primeros meses en prisión...>>

Mierda, ¡no!

Si Luisa se suicidaba, quizás pasaría por el sin fin de muertes y reencuentros con su pasado como yo. Debería confesarle lo que yo mismo he pasado; debería sincerarme y decirle que no vale la pena morir, puesto que todo se complica de la forma más dolorosa. Debería decirle que, hasta

ahora, no he encontrado forma alguna de tocar la inexistencia. Quizás me tire de a loco, o quizás comparta conmigo la loza pesada, sobre la espalda, de que el existir es tal vez infinito; que si es verdad que he muerto y mientras mi cuerpo se descompone, los últimos resquicios de mi consciencia rememoran a velocidades aterradoras mi vida con la capacidad de torcer el pasado en recuerdos discrecionales para bien y para mal, que si sí estoy muerto, no cambio el futuro, ni vivo lo que hubiera pasado en una última oportunidad para vivir, sino que, quizás, la vida, ya al final, me brinda concluyendo ahora, después de mis recuerdos más trascendentales, un último sueño donde puedo ser reparador o condenador de la cualidad de mi alma en su existir...

Maldita sea... ¿Eso es?

A esto ha llegado mi razonamiento sobre lo que me sucede...

Carajo, ni yo mismo sabía lo que había, lo que estaba elucubrando en este dilucidar sobre mi vida después de mi muerte.

No. No podía decirle eso a ella, ni a nadie.

Si esto era un sueño o no, una simulación o un purgatorio, tendría que ser mejor que nunca, luchar por algo más que mis propios intereses.

Todo va a estar bien, papi. Escuché en mis propios pensamientos.

La pantalla mostraba una serie de transiciones de la camilla, del hospital Xoco, del penal femenino, de mi cara y mi libro; de Flavio en pañal sin nada más de ropa, balbuceando algo mientras intentaba levantar la mano al tiempo que su madre, que sostenía la cámara que lo filmaba, le decía, <<Saluda a tus hijas, Flavio, presúmeles que ya puedes saludarlas...>>

—Putra madre... —musité.

<<¡Fede!>>

El teléfono me dio el tono de llamada entrante, despegué la bocina y vi que mi agente me llamaba.

—Ma, está entrando una llamada; tengo que colgar.

<<Ay, hijo... ¡te lo dije!/>>

Colgué y lo primero que escuché fue:

<<¿Qué carajos estás haciendo?>>

—Buenas tardes, Manolo...

<<Aún son días, pero entiendo que para ti esté siendo una mañana eterna.>> Miré el reloj: no eran ni las diez de la mañana.

—Estoy escribiendo...

<<Dime que no estás escribiendo una novela...>>

—No estoy escribiendo una novela, Manolo; estoy escribiendo un manual. El manual que me pediste y que acordamos.

<<¿Te pueden implicar en el intento de suicidio de tu novia? ¿Hay forma en que estés en riesgo de perder tu libertad? ¿Quieres que te busque asesoría legal?>>

—Las respuestas a tus preguntas, en el orden que lo desees son: no, no, no.

<<¿Estas seguro?>>

—...no. Y no es mi novia; nunca lo fue.

Nada más colgar, enfurecido, traté de dilucidar qué hacer.

Marqué ocho veces el teléfono de Virgilio, para pedirle ayuda; pero colgué al instante previo a que me diera el primer tono en cada llamada. Quería que me ayudaran, ¿pero a qué? No podía visitar a Luisa. No podía proteger a su hija ni al bebé de los Ajuria. No podía liberarla. No podía escribir mi estúpido manual. No podía escribir mi puta novela.

Me puse unos pants de chándal y salí a correr por la vereda que llevaba del pueblo hacia el cerro;

a las faldas de la montaña, un camino natural se abría serpenteando hacia la cima, cerrada por unos alambres de púas que delimitaban un área que resguardaba las antenas celulares y de televisión y radio que le rentaban suelo a una de las mujeres más ricas del pueblo, y de ahí, de vuelta hacia abajo por la parte de atrás, para dar un último rodeo y volver al punto de partida, calle abajo hacia Buenavista. El recorrido total no debía sumar más de siete kilómetros, pero con el ascenso y el campo traviesa, era suficiente para cansarme, relajarme y darme mi buena dosis de satisfacción como para poder continuar una mañana pesada de una semana terrible de un mes desastroso dentro de un año de película de terror.

No salí a correr; oh, no...

Corrí a salir de mí mismo.

Huía a cada zancada, sin lograr siquiera mantener un tramo de separación entre lo que pensaba, lo que quería hacer y lo que tendría que realizar.

Una vez bañado y cambiado, me fui al mercadito del pueblo y me senté en la encimera del local de doña Pelos.

—¿Qué te sirvo, Fede?

Doña Pelos me conocía por mi padre, quien desayunaba diario en su local, pero la enfermedad lo consumió y ya después no pudo ir al mercado; entonces ella le enviaba el desayuno hasta que los médicos le prohibieron casi todo lo que ella preparaba y luego, sólo de vez en cuando, iba a llevarle verdura al vapor o pescado a la plancha para comer hasta que un buen día se enteró que nos lo habíamos llevado por la noche y lo pretendíamos ingresar en Hospital General de la Ciudad de México, a donde nunca alcanzó a llegar.

—Unos huevitos divorciados, doña Pelos.

Ella me sonrió.

—¿Con frijolitos y arroz?

—Sí, por favor.

Mientras doña Pelos preparaba mi desayuno, yo pensaba qué hacer. Un jugo de naranja recién exprimido me atrajo a la realidad justo cuando había decidido escribir, más que como novela comercial, una narrativa sobre lo que iba sucediendo de tal forma que, como en una crónica, me pudiera ayudar a entender qué carajos había pasado con Flavio, Luisa y todo lo demás.

No lo haría por temas comerciales.

Por otro lado, respecto al manual de ventas, le dedicaría los fines de semana, forzándome a escribir 10,000 palabras los sábados y 10,000 el domingo, de tal forma que, después de un mes, pudiera presentar un primer borrador para tranquilizar a mi agente y a los editores.

—Está delicioso, doña —dije, levantando el medio vaso de jugo.

—A tu papá le encantaba —comentó feliz.

Luego, me sirvió un plato con cuatro huevos estrellados, dos bañados en salsa roja y dos con verde, acompañados de frijoles refritos, un poco de arroz y un bolillo para sopear las yemas.

—Doña Pelos, son muchos huevos...

Ella rio por el doble sentido de mis palabras y luego me explicó que estaba muy flaco y que hasta no verme mejor, ella se encargaría de tenerme bien alimentado.

—No me vuelve a pasar lo de tu padre —me dijo determinante—, quizás si yo le hubiera seguido cocinando como siempre, él se hubiera recuperado.

—Muchas gracias, doña; pero papá tenía mal los riñones, probablemente nada lo hubiera salvado.

Ella no creyó mi argumento y, más bien, tomó como consigna asegurarse de mi alimentación, para saldar una deuda de culpa infundada. Llegando a la casa, me puse manos a la obra con la

computadora portátil.

Primero el manual.

Primero lo que deja; después, lo que apendeja. Pensé.

Decidí que, aunque era fin de semana, arrancarí­a con mi plan, el siguiente; este día sólo escribiría los títulos de los capítulos. Que serían, en lo más básico, cada uno de los pasos del proceso de ventas, tal como me lo enseñaron a mí, sin tapujos, pero escrito de forma socialmente aceptable; luego unos cierres y, por último, manejo de objeciones.

Quería, a pesar de todo, rendirle a mi subgerente un homenaje y cada lección que Flavio me hubiera enseñado la transmitiría para quien pudiera estar interesado en su proceso y, luego, el desarrollo del tema lo desmenuzaría. Sí, aquel libro, sería mi homenaje a ese cabrón que de ser mi jefe, se convirtió en mi mejor amigo y de mi mejor amigo en un enemigo declarado.

Mi homenaje a él, a pesar de todo. A pesar de todos.

Sin dudas recordaba lo impactante que había sido mucho de mi relación con él.

*

Cuando pienso en Flavio vienen tres momentos decisivos, definitivos entre nosotros a mi mente. El primero, cuando por fin lo encontramos en el motel, la primera vez que lo vi recaer, hablaba todo acelerado, con las pupilas dilatadas, ojos de tiburón, mientras estiraba y soltaba, estiraba y soltaba el resorte de los cordones de su pantalón deportivo.

A Flavio lo habíamos encontrado fumando piedra, a través una lata cortada de Coca-Cola, mientras sostenía una pistola contra su sien.

Cuando entramos a su habitación nos apuntó directo, exigiéndonos irnos. Luisa y Anuar dieron un paso atrás, porque sabían que Flavio no era él, estaba como poseído.

Yo, no por valiente, sino por idiota, por crédulo, avancé hacia él diciendo que iba a pasar una de dos cosas, o me disparaba o me acompañaba afuera. Si me disparaba, la policía vendría y sería un problemón. Si me acompañaba, lo peor que podría pasar es que lo metieran a rehabilitación y que si de todas formas él quería seguirse drogando, lo acabaría consiguiendo.

Hubo un momento en que todos, incluso él, según me dijo más adelante, pensamos que me dispararía; pero luego desapuntó, bajó en arma y, por último, estalló en un llanto contenido hasta entonces y ambos nos abrazamos, deshechos, mientras Luisa y Anuar nos miraban perplejos. Algo nos unía demasiado; quizás era mi culpa, tal vez era la profunda amistad que nos profesábamos y que, por desgracia, no aguantaría todas las pruebas con que la íbamos a medir en los siguientes años.

El segundo momento, después del viaje de Excelencias, Anuar empezó a decirle que yo estaba enamorado de Luisa. En el barco, antes de descubrir que nos robaba, Anuar sabía que yo estaba teniendo muchísimos problemas con Vanessa, que cortábamos y regresábamos, incluso le habían dicho que ella había regresado a casa de sus padres y yo me había quedado sólo.

<<¿Y nunca te ha tirado el pedo Luisa, mijito?>>

Yo no entendía, entonces, la pregunta; hasta que Luisa, después, me confesó que la familia Ajuria, de puertas para dentro, era un puto infierno donde entre hermanos le tiraban el pedo a sus cuñadas; se drogaban y, justo cuando la madre se subía a descansar, durante las fiestas, hacían orgías donde los que quedaran consientes después de tanta droga, abusaban de las mujeres, mientras los que quedaban inconscientes estaban idos a sus lados.

<<Es un puto infierno, Fede.>> Me decía Luisa. <<Estos locos esconden todo tipo de droga en la caja del excusado, en el contenedor del agua para jalarle. Dentro, en bolsas herméticas, guardan cocaína, mota, ácidos, éxtasis, agujas y, también, heroína.>>

<<¿Y tú cómo sabes?>>

<<Ay pues no mames, güey, después de ver cómo cada fiesta entre más se metían al baño, más cambiados salían, fui adivinando que algo dejaban ahí. Luego se metían al baño de dos en dos y salían como arañas fumigadas; o todos súper acelerados. Flavio, al principio, fingía que no pasaba nada. Pero una vez nos quedamos hasta tarde en una reunión y todos los Ajuria terminaron hasta las manitas; ahogados en alcohol, bueno, eso fue lo primero que pensé. Flavio se había picado hablando con su tío y sólo quedamos nosotros tres sobrios cuando la abuela de Flavio se subió a descansar. Nomás se fue, los hermanos de Anuar empezaron a manosear a sus cuñadas. Incluso llegué a ver al padre de Flavio agarrarle los pechos a Claudia, a su propia hermana.>>

<<No jodas, no te puedo creer.>>

<<Te lo juro, güey. Yo me metí al baño y empecé a buscar qué había dentro, para ver por qué salían cada vez peor. Levanté la tapa de la cisterna del retrete y vi la bolsa. Justo cuando la tenía en mis manos, entró al baño Anuar.>>

<<¿Entró al baño cuando tú estabas dentro?>>

<<Sí.>> Dijo llorando. <<Abrió con una llave, porque yo había puesto el seguro y se me acercó con una mirada de deseo. Flavio había subido al baño de la planta alta, sabiendo que yo estaba ocupando el de visitas. Pero justo cuando estuvo a punto de tocarme, entro él y le preguntó a su tío que qué hacía. Anuar me arrebató la bolsa y se la mostró a Flavio. Él me agarró de las manos y nos fuimos. Claudia nos miraba como suplicándonos no abandonarla.>>

<<Y, ¿qué te dijo Flavio.>>

<<Nada.>>

<<¿Nada?>>

<<No, pero esa misma noche salió de la casa y cuando regresó era otro. Tenía rojo al rededor de los ojos y de la nariz. Se había quemado la boca y las pupilas dilatadas. A huevo quería coger conmigo, pero a mi me daba miedo y me negué. Fue cuando me refugié en el baño y te llamé.>> Aquella noche, Luisa me había marcado y la oí llorar al otro lado del teléfono. Se oían también los golpes que Flavio le daba a la puerta. Le dije que iba por ella. Me dijo que no, que ya le había hablado a Anuar, el único capaz de contener a su sobrino, y que estaba por llegar. En eso, empezamos a oír gritos y se escuchaba que ambos, tío y sobrino, se pegaban sin tregua. Luisa lloró como nunca y yo me decidí a ir por ella. Al entrar al departamento de Luisa, vi a Flavio en el suelo, sobre lo que quedaba de la mesa de la sala, mientras Anuar tomaba una Coca-Cola, echado en el sofá, hecho una piltrafa, la ropa convertida jirones y con el labio partido. Me vio y, en vez de inmutarse, me señaló con la vista el baño.

Toqué y le avisé a Luisa que era yo.

Ella abrió, me cogió de la mano y salimos corriendo de su departamento mientras Anuar nos miraba impertérrito.

Luisa se quedó en mi depa.

Después, antes de descubrir que él nos robaba el dinero de la partida presupuestal, que nos cobraba lo que con ella debería pagar, Anuar me preguntó si alguna vez había sentido atracción por Luisa. Como éramos vecinos, como siempre estábamos juntos, pues claro que podría prestarse a confundir las cosas.

Yo le respondí, tajante, que no.

Él no me creyó, con ademanes de camaradería, me comentó que entre dos personas del sexo opuesto, en una convivencia profunda y larga, siempre se despiertan las pasiones.

<<¿A poco nunca has visto a Luisa y has dicho “Sí me la daba.”?>>

<<¡No, es la novia de Flavio! Es/ no/ ¡yo no podría!>>

<<Ya sé que es su novia, pero me refiero a que, ¿haciendo a un lado eso, no la has visto, tú que convives tanto con ella, en una de sus minifaldas, o en shortsitos, o, no sé, en pijama y has pensado en que, si no estuviera de novia con él, te la darías?>>

<<No.>>

<<¿No!?!>>

<<¡No! ¿A poco tú sí?>> Anuar rio.

<<Ay, claro. Digo, es mi sobrino, pero está linda. Si no fuera la novia de Flavio, yo claro que le hubiera tirado el perro. ¿A poco tú no? O sea, si no hubiera sido novia de él. ¿Nunca la has visto y la has deseado?>>

Recordé aquella ocasión, justo, en que la saqué de su depa, mientras ellos dos se recomponían de la madriza que se habían puesto.

Una vez que estuvimos en mi departamento, le curé los golpes que traía y le presté unos *pants* y una playera mía para que pudiera dormir en el sofá. Mientras se cambiaba, sin querer, alcancé a verla sin blusa y me volvió loco.

Inmediatamente después de vestirse, corrió a mí y me dio un abrazo con total sentimiento y echó a llorar entre mis brazos.

Yo no lo pude evitar y comencé a desearla. Dormimos juntos en mi cama, sin hacer nada; pero la proximidad de su cuerpo al mio, y su vulnerabilidad, despertaron en mí al depredador que, con fuerza extrema, pude contener.

<<Una vez, mientras lloraba por haber terminado con Flavio, fue a mi depa y lloró entre mis brazos. Me pareció hermosa y sí, pensé que si no estuviera él de por medio; podría haber estado yo.>>

<<¡Ves! Te digo, es normal.>>

Nunca más tocamos el tema, pero esta confesión la usó en mi contra para sembrar la duda entre ambos; para decirle a Flavio que yo, en Grecia, le había confesado que había deseado desde hacía mucho tiempo atrás a Luisa y que justo cuando ellos se separaron, yo aproveché para acostarme con ella. Nunca le dijo, de manera explícita, las cosas; así que su mente delirante llenó los huecos con sus más retorcidas fantasías de autodestrucción.

Meses después de ello, recibí una llamada de Luisa.

<<Cuidado, Fede, ¡va para allá!>>

<<¿De qué hablas?>>

<<Flavio va para tu casa, está hecho una furia, me dijo que te iba a matar.>>

<<¿Por?>>

Sonó el timbre.

<<...>>

<<¿Por qué me quiere matar?>>

Sonó el timbre, frenéticamente.

<<Anuar le dijo que tú y yo nos acostamos la noche que ellos se pelearon. Qué tú se lo confesaste en Grecia; que por eso se pelearon.>>

La puerta, empezó a tamborilear la puerta.

Colgué y abrí.

Nomás hube abierto la puerta, Flavio se abalanzó sobre mi y me tacleó como liniero de la NFL. Caímos sobre mi mesita de lectura, rompiéndola con mi espalda y el estúpido neandertal comenzó a golpearme una y otra y otra vez a la cara. Yo cogí la pata de la mesita que tenía a la manó y, sin dudarlo, se la sorrajé. Flavio cayó a mi lado y me le monté a horcajadas.

<<¿Qué te pasa, pendejo?>>

<<¿Cómo pudiste, Fede? ¿Cómo pudiste...?>>

<<No digas mamadas, Flavio. Claro que no tuve nada qué ver con Luisa. Tu pinche tío te está envenenando la mente.>>

Se volvió a poner violento, moviéndose convulso, amenazando con golpearme desde su posición debajo de mí y alcé la pata de la mesa y, con todas mis fuerzas la estrellé justo a lado de su cara.

El impacto lo asustó y se detuvo en todo intento por continuar la pelea.

Pasados unos segundos, me levanté. Flavio me miraba con ojos anegados y una mueca de dolor que le desfiguraba la cara. Le tendí la mano para que se levantara, pero él la rechazó. Se incorporó y se fue amenazándome con matarme si se enteraba de que le había mentado.

Flavio se fue, de mi casa, a drogarse por ahí, me enteré que la familia lo estuvo buscando y que si no lo encontraban pronto, me acusarían por homicidio.

Pinches enfermos. Pensé.

Luego me enteré que, como era de esperarse, Flavio fue hallado de nuevo en un hotel, hasta las manitas de droga y apuntando su pistola hacia la puerta, disparándole a quienes intentaron entrar. Anuar sobornó a los del hotel para no denunciar los hechos a la policía.

Dentro, en casa, desde el pasillo, después de que irrumpiera para golpearme, me miraban horrorizadas Vanessa y Anastasia, mi hija.

El tercer momento fue cuando, aún después de todo, Flavio me buscó para pedirme perdón, para ver si podía trabajar en mi equipo. Vanessa me acababa de dejar después de que mi nena, Anastasia había fallecido en el terrible accidente. Yo había caído por unos meses en el alcoholismo y las drogas. Nadie me lo reclamó. Luis Roberto me cubría las espaldas en el equipo y yo, a pesar de mi estado, era capaz de cerrar negociaciones así que en la empresa ni cuenta se dieron. Era un alcohólico funcional.

Estaba en un bar de abogados, después de una cita para vender un curso de inglés y un diplomado de liderazgo y alta dirección, me encontré con Amelia Zucker, una chica que siempre me sonreía en la Mexicana Americana, pero que por andar con Iris Guardiola nunca vi como una posible pareja. Ella me vio deshecho y se despidió de sus acompañantes, puros compañeros de trabajo en un despacho de abogados cercano al bar, y estuvo a mi lado mientras me emborrachaba con una sed malsana.

Sin recordar muy bien cómo, amanecimos juntos.

Cuando me vio sospechando si habíamos tenido algo, me aclaró, con suma magnanimidad, que no. Y al ver mi expresión triste me propuso que me bañara, desayunar juntos y que si después queríamos intentar algo, probáramos un beso en la boca.

<<Amelia, si después de este caótico encuentro yo te invitara a salir... ¿A dónde te gustaría salir conmigo, a otro bar o al cine?>>

A partir de entonces salimos y nos fuimos enamorando sin detenimientos.

Una pendejada total porque yo no lo pude manejar, no estaba listo para una relación de amor verdadero, y mi entorno me estaba arrastrando a una tormenta de traiciones.

En la chamba, al separarme de Antares, con mucho trabajo logré hacerme de una gerencia, ya había subido a ese nivel en la escalera jerárquica de la compañía cuando le di trabajo a Luisa en mi equipo y él y ella volvieron luego de una tremebunda ruptura.

Flavio se peleó con su familia y me pidió trabajo, yo tomé la estúpida idea de descender para darle mi puesto a jefe cuando él acudió a mí.

Un terrible error.

No sé cómo fui capaz de hacerlo todavía que él me traicionó frente a todos y deshizo mi equipo

de excelencias al dejarme botado en el momento más crucial de nuestro complot.

Resulta que cuando Flavio y yo planeamos el salirnos de Antares porque yo descubrí que Anuar nos había estado robando dinero y Flavio lo corroboró con el departamento de liquidación y con los de crédito, nos empezamos a reunir en mi depa para planear cómo irnos, con quiénes, cuándo. Poco a poco le fuimos diciendo a mis ejecutivos, a los otros subgerentes del equipo de Flavio y a sus ejecutivos. Nos fuimos llevando, poco a poco la cartera vieja, las bases de datos usadas. Y un buen día, me dijo Flavio, hartado de todo, que iba a hablar con Anuar.

Le dije, nervioso, que aún no.

De todas formas, fue hasta su oficina y luego de unos 30 minutos la asistente del director nos pidió a todos ir a la sala de juntas. Mientras llegamos, el ambiente era tan tóxico que pensé que se nos caería el pelo en el camino y nos burbujearía la piel en ámpulas radioactivas.

Llegamos a la sala de juntas y ahí estaban Flavio y Anuar con la cara desencajada.

<<Tengo entendido que Federico les ha estado inventando cosas de mí.>> Dijo con los ojos ardientes en furia hacia mí. <<Yo, desde que ustedes han entrado a mis oficinas los he apoyado, guiado y ayudado. No voy a detenerme a discutir con perros malagradecidos como este tipejo a quien tanto le di y en quien, para mi mal, tanto confié. Hablando con mi sobrino tomamos la decisión de que si Federico se quiere ir, que se vaya. Flavio y yo no lo necesitamos para continuar siendo el exitoso equipo comercial que éramos antes de él y que seguiremos siendo después. Quienes quieran irse con este... Federico.>> Dijo con llanto contenido, como si estuviera soportando el dolor de la traición. <<Quédense aquí, en la sala de juntas, los que no, regresen a sus oficinas..>>

Hubo un instante sólido donde nadie nos movimos, ni Flavio, ni los chicos, ni Anuar ni yo; luego, Flavio me miró, desvió la vista al suelo y salió de la sala de juntas. Detrás suyo, sus subgerentes, detrás de ellos, los ejecutivos de esos subgerentes, luego, todos los chicos de mi equipo, incluso el tío Pipis a quien había rescatado de las filas del desempleo años atrás. Todos salieron menos Luis Roberto, su ejecutiva y yo. Nos dejaron encerrados en la sala de juntas por dos horas hasta que, con miedo, debo confesar, abrí la sala y salí. Fui a la oficina de Anuar y le dije que ya nos íbamos.

<<Haz lo que quieras, pendejo.>>

No caí en provocaciones. Fui por los dos fieles que se mantuvieron de acuerdo a lo planeado y salimos sin la posibilidad de pasar a nuestras oficinas por nuestras pertenencias. Sabíamos que algo así podía sucedernos y ya no teníamos nada de valor dentro.

<<¿Qué hacemos?>> Preguntó Roberto.

No sé, pensé; pero dije: <<Nos vemos mañana en mi casa.>>

Miranda estaba fuera de México por lo que nos comunicamos vía correo electrónico. Anuar ya le había comentado que yo había querido boicotear su equipo y que intenté un golpe de estado laboral. Estaba furiosa conmigo y se notaba a cada línea de *mail*. Acordamos que trabajaríamos desde mi casa en lo que ella volvía al país y platicábamos qué hacer.

La ejecutiva, Luis Roberto y yo trabajamos desde el departamento y dimos excelentes resultados; no como los acostumbrados, ya que nos faltaba la infraestructura de la que gozábamos antes, pero sí que vendíamos y vendíamos bien.

Luego, Miranda volvió y la convencí de que lo que Anuar le contaba era información falseada, le platiqué cómo habían pasado las cosas y le expliqué la traición de Flavio para nuestros planes. Al final, me puso una oficina con el resto de gerentes sin director. Aquellos que, como yo, por diversas razones, no pertenecían a ninguna organización y formaban parte de los directos; es decir: los gerentes directos de Miranda.

Desde entonces ella fue mi jefa directa.

En ese lapso, Flavio y Anuar mantuvieron una racha de guerra fría donde aunque no peleaban directamente, sí se recelaban en todo y, claro, ello no tardó en estallarles a la cara y convertir, de nueva cuenta, esa oficina, en un ambiente laboral insostenible.

Flavio me buscó, meses más tarde, para pedirme disculpas por haberme dejado colgado con el plan de armar nuestra propia Organización. Me platicó de lo mal que se habían puesto las cosas con Anuar y me pidió unirse a mi equipo como mi subalterno. Yo, simplemente, no pude rechazarlo. Era mucha mi admiración y, a pesar de todo, mi agradecimiento por todo lo que me enseñó que acordamos que yo me bajaría de la gerencia a la subgerencia, él tomaría la gerencia de mi equipo y que, juntos, crearíamos la mejor de las organizaciones.

Obvio, nada pasó como lo dijimos.

Flavio ya no trabajaba, se encerraba en su privado a ver videos en Youtube; yo estaba en campo de lunes a viernes, debutando novatos y Luisa había regresado, contenida en su casa, encerrada, esclavizada a las tareas domésticas y cuidando de su bebita. La que decían las malas lenguas que era mi hija.

No pasó mucho tiempo para que Flavio renunciara y se fuera definitivamente de la empresa, volvió a tomar, volvió a drogarse a escondidas y no tenían para la renta ni para la comida.

Luisa me llamó llorando. Me pidió doscientos pesos prestados. En esa época no había transferencias por lo que quedamos de vernos en la tarde.

Después de mis citas, pasé por ella en taxi y nos fuimos a cenar unos taquitos al pastor y me dio rabia y pena verla no pedir como siempre, por no traer para pagar. Si ella pidió 3 tacos, yo le pedí tres más y otros tantos para mí; luego le pedí más para llevar. Cenamos y me empezó a contar lo mal que la estaba pasando, lo terrible que Flavio la trataba, el cómo se metía al baño de su casa a drogarse y que no podían comprar ni pañales, ni leche ni comida. Yo le di \$500, que era lo que traía en efectivo y la pobre se me echó a llorar.

La abracé y le juré que siempre estaría para ella.

Unos días más tarde, llegó por la noche a mi departamento y, cuando le abrí, se echó a mis brazos llorando porque Flavio le había pegado al ver la leche y la comida. La tachó de puta y la increpó para que confesara con quién se había acostado para llenar el refri. Ella le dijo que no se había acostado con nadie, que el dinero se lo había dado yo, porque él no tenía ni para la leche de su hija.

La golpeó en la cara con el puño cerrado y, mientras se metía al baño a drogarse, Luisa cogió a la nena y se la llevó. Fue a casa de su madre, dejó a la niña, y, luego, decidió visitarme a mí, para advertirme lo que había pasado con el fin de no exponerme porque Flavio quería matarme, jurando que yo me acostaba con Luisa.

<<No mames, Luisa. Tanto pedo y ni hemos cogido.>> Le dije a modo de broma para hacerla reír; pero Luisa no reía, lloraba.

Lloraba mientras yo le ponía un trozo de bistec helado en el ojo morado que le había puesto aquel imbécil. No reía, pero de pronto apartó el bistec y me jaló hacia ella y me besó con ternura; luego con desenfreno.

Ese día pusimos en juego la amistad, la cordura, el futuro.

Los besos desenfrenados escalaron a una pasión desmedida, nos arrancamos la ropa, nos besamos cada rincón de nuestros cuerpos, la penetré de pie y en un momento inusitado estábamos en el suelo, jadeando, gimiendo, llorando.

Ni siquiera cerramos la puerta del departamento y cuando ambos nos arqueamos en el clímax de nuestro encuentro, vimos la sombra que nos observaba al umbral de la puerta.

Era Amelia.

Con el corazón destrozado que dejaba caer una pizza y una botella de vino tinto.

Nos separamos al instante, desnudos, deshechos, desde el piso y la vimos irse. Luisa me miro, con la respiración agitada y la vergüenza también por los suelos. Yo la veía, con la baba escurriéndome desde la boca y los ojos anegados porque sabía todo lo que habíamos perdido en esos instantes.

Ella se recompuso y me ofreció disculpas, tímidamente.

Amelia juró que Luisa y yo teníamos algo de meses; la golpiza con Flavio, las acusaciones, y la abrupta ruptura con mi amigo y su familia la hicieron entender que yo la engañaba con mi mejor amiga, la esposa de mi mejor amigo, la compañera de oficina con la que mejor trabajaba desde hacía mucho.

Eso no importaba, porque de todas formas, una o mil veces, al final sí que la había engañado con ella; y pagaría el precio.

Lo pagaríamos todos.

8

<<Una vez que has terminado la presentación, le preguntas a tu cliente si le gustaría ver algún otro curso; mencionas un par más adicionales a los ya presentados. Si te dice que no, pones todos los desplegados publicitarios sobre la mesa, todos los que le presentaste, como un abanico de opciones frente a él y, ligeramente, te echas hacia atrás, dándole su espacio para que tu cliente potencial elija. En ese momento, no se habla, no se respira, no se piensa. Sólo hasta que el prospecto va a decir algo, ¡Atacas! Le vas a preguntar, textualmente: “¿De estos programas, cursos y diplomados que le mostré, cuáles llamaron más su atención?” Parece algo sutil, pero es un ataque directo, es matar o morir>

<<¡Matar o morir?>>

<<Dime, Fede, de que lloren en casa de tu cliente a que lloren en la tuya, ¿tú qué prefieres?>>

Desperté con la insoslayable idea de que debía solucionar esto, debía ayudar a Luisa; ella me pedía que me hiciera cargo, que recuperara a su hija y al bebé, pero yo no tenía vela en ese entierro; no había forma de intentar decirles a los Ajuria que Luisa prefería que fuera yo quien los cuidara.

Por otro lado, yo no podría.

Al haberme arrebatado la capacidad de criar a mi propia nena, la vida reconvirtió en mí la parte afectiva que me hacía ser quien era como padre, en un amargado que lo odia todo con respecto a los niños, a los hijos más bien.

Al haberse reconfigurado la imagen paterna que tenía yo mismo de mí por las acusaciones de Vanessa, la figura paterna que tenía de mí mismo se había suprimido. Anastasia, mi hija, no me había rechazado, no me había negado, no me ignoraba, no me hacía groserías ni me repudiaba como padre; ella, solamente, había muerto por una estúpida decisión mía y su madre me dejó, me excluyó de forma sutil pero contundente de su existir abandonándome con el resultado de mi brillante decisión de que la nana la llevara sola a la escuela. Parecería cualquier cosa, hasta que la fatalidad llegó.

Y yo poco a poco pero vertiginosamente había perdido definitivamente mi cualidad de padre.

Dos veces la vida intentó darme descendencia y las dos veces fui incapaz de lograrlo.

Eso lo decía todo.

Y lo peor es que nunca me di cuenta de ello sino hasta que la vida, o mejor dicho la muerte, me restregó el aprendizaje a la cara.

Porque si por un momento hube pensado que moría por el dolor de perder a mi hija, o por la insostenibilidad de una vida con Amelia, la luz de mi oscuridad, el faro de mi mar embravecida; todo aquello eran sólo patrañas que simplemente ocultaban mi verdadera incapacidad para poder amar; no me amaba, ni siquiera, a mí mismo. Y yo me volví como un barco a la deriva tan, pero tan alejado de la costa a donde deseaba regresar, y tan, pero tan falto de recursos, que fluir hacia otro lado, más bien naufragar era lo mejor, lo más, lo único.

Al principio, con la separación, el fantasma del recuerdo de Anastasia me acosaba, como una herida que comienza a curarse sola pero que a la menor flexión, la costra se rompe y una pus salía sanguinolenta de mi interior haciendo cada vez más imposible la cura.

Luego, vino mi relación con Amelia que fue, tan solo, una tabla de salvación en un iracundo mar que arremetía contra mí sus más agresivos oleajes.

Después, la ruptura con ella me sumió en un andar autómatas del que sólo me anclaba con mi madre y a través de Manolo, más por el hecho de haberle salvado que por en verdad quererle como un amigo.

Al menos eso lo pienso ahora.

También pienso, debo confesar, que es él quien respira y no mi hija. Que en este puto mundo surrealista para mí es él a quien logré salvar y no a mi bebé nonato, Guan-Yin, o a Anastasia.

Y esos pensamientos no dejan nada bueno; esos pensamientos no los tiene alguien bueno.

Hubo puntos de quiebre, seguro, tanto los que recuerdo en estas como en todas las vidas y todas las muertes. Porque en todo este disparate sólo hay una puta constante, yo y mi miserabilidad. No soy bueno. No he aportado nada a favor de nadie. He vivido, no lo mejor que he podido, sino más bien de un modo en el que la supervivencia marca el ritmo de mi existir. No he defendido ninguna causa importante. He traicionado la confianza y el amor de todos los que me rodean, he hecho trampas, he acosado y molestado a mis amigos y compañeros, he abusado del cariño y la confianza y el amor de las mujeres en mi vida... Si no existiera, nadie perdería nada importante y, sin embargo, si decidiera matarme, quién sabe con qué episodio de mi existir tuviera que lidiar.

Me maté, es más, y en vez de la inexistencia, tuve que repetir mi vida no sin enredar más las cosas.

Sólo he salvado a los Guerrero de una forma que, incluso a mí, me sorprende. De ahí en fuera, nada de valor hay en mi vida. Hubo puntos de retorno seguro, pero quizás yo no he logrado descifrar mi vivir. Cuando Amelia y yo comenzamos a salir y a formar una pareja, “a escondidas” porque parecía reciente la muerte de Anastasia; Vanessa se enteró y estuvo en contra de manera fulminante, si nuestra hija había muerto por mi culpa, yo no debería tener posibilidad alguna de volver a ser feliz en esta vida (o en la siguiente). Así que Luisa al pedirme que vele por los intereses de su maternidad, me ponía a mí en un estado imposible de manejar. Yo no podía intervenir en la educación de la hija de Luisa ni de su bebé, porque no había sido capaz de cuidar de mi propia hija. Por otro lado, los Ajuria ya habían intervenido en mi vida amorosa, después de todos los desencuentros y todas las sospechas y todos los chismes y todas las muertes y traiciones y las infamias, ellos me habían arrebatado, si es que eso se puede, a mi ex mujer.

Anuar se cobró la peor de las venganzas.

Mientras yo estaba buscando ayudar a Luisa, Anuar ayudó a Vanessa a superar nuestra pérdida.

Mientras yo intervenía protegiendo a mi amiga de su marido violento; Anuar consolaba a Vanessa por el esposo asesino de su hija que, probablemente, siempre la engañó con su “mejor amiga”.

Ciudad de México 2006.

Vanessa había perdido su trabajo. Laboraba en un emprendimiento digital publicitario que se llamaba rompetucabeza.com que, literalmente, creaba rompecabezas digitales, *puzzles* publicitarios que al ser resueltos en determinado tiempo le daban al usuario jugador un cierto número de estrellitas que, posteriormente, podrían cambiar por productos y premios patrocinados de las marcas a quienes Rompetucabeza les vendían sus servicios. Vanessa fue la ejecutiva comercial de la compañía. Una compañía con un *headcount* de únicamente 4 personas, una secretaria, novia de uno de los fundadores, los dos dueños y Vanessa.

A mí, inmediatamente, me dio mala espina ese emprendimiento y no tardé mucho en comprobar mis sospechas.

Con la excusa perfecta del trabajo, los dueños hacían quedarse hasta muy tarde a la secretaria y a Vanessa para trabajar en el lanzamiento de su compañía. Eran tardes y noches irrefrenables donde planeaban estrategias, conseguían proveedores, incursionaban en expos y ferias, y pedían comida a la oficina y pasaban 12, 13, 15 horas juntos sin detenimiento mientras yo estaba de foráneo en el interior de la república vendiendo cursos, programas y diplomados mediante las citas que agendaba. Después, algo pasó que Vanessa perdió, de un día para otro ese amor al arte, esa pasión en el trabajo y esas ganas de estar al pie del cañón.

Por su puesto yo no era ningún imbécil; entendía que algo había sucedido, a nivel personal, entre su jefe y ella.

Yo me quería imaginar que el tipo le tiró la onda y ella lo rechazó y el muy cabrón empezó a cambiar para con ella y esto la defraudó a tal punto que ella ya no quería ir a la oficina ni trabajar con ellos ni nada.

—¿Y si, más bien, tenían una aventura y cortaron?

Tanto Flavio como yo miramos a Luis Roberto con una mirada fulminante. Luego, cuando estuvimos solos, yo me sinceré con Flavio y le confesé que también eso me había cruzado por la mente una y otra y otra vez.

—No investigues, porque te vas al pedo.

—¿Qué?

—En mi grupo de alcohólicos anónimos tenemos esta frase: “No investigues, porque te vas al pedo.” Me sirve para este tipo de cosas. Las cosas que yo no puedo conocer ni manejar, de una u otra forma es mejor mantenerlas distantes. Si intento saber lo que mi vieja hace cuando yo estoy de viaje, probablemente me vuelva loco y eso me haga volver a la bebida. Recaer en el alcohol. Por eso no investigo, porque me voy al pedo.

Hacía sentido, en aquel momento, todo ello. Mejor —continuó Flavio— tráetela a trabajar aquí, con nosotros.

—¿A nuestro equipo?

—Nah. Anuar jamás nos lo permitiría, cuando traje a Luisa, la puso en el equipo de Claudia, para que no nos distrajáramos; ni nos hartáramos.

—Seguro que la pone en el equipo de Claudia o de algún otro subgerente que no seamos nosotros.

Hablé con Anuar. Le expliqué que estaban sucediendo cosas raras con mi novia y su jefe. Él lo entendió perfecto y nos dio cita para ir a hablar con él, juntos.

Dos días después, ahí estábamos Vanessa y yo sentados de un lado de su escritorio de caoba y Anuar del otro lado. Le brillaban los ojos, la boca le sonreía y yo lo atribuía al mucho aprecio que siempre me había mostrado.

—Entonces, ¿te quieres venir a trabajar con nosotros, mijita?

—Sí, licenciado. Si usted me da la oportunidad, no lo voy a defraudar.

Anuar le sonrió y me miró a mí.

—A mí lo que me da miedo es que luego tengan problemas ustedes, que corten y que, de pronto, se me caigan ambos. Es decir, si eres la mitad de buena cerradora que Federico, seguro serás una de las mejores ejecutivas de la empresa. Así que si ustedes rompen, muy probablemente les afectaría trabajar en la misma oficina.

—No pasaría así. Nada nos puede separar, nos amamos y deseamos construir nuestro futuro juntos —dije.

Ambos me miraron.

—Y, si algo pusiera en riesgo la estabilidad laboral de Vanessa, yo mismo me iría con tal de no perjudicar ni la operación ni a ella.

Como un resorte, Anuar brincó en su silla, mientras Vanessa me regalaba una sonrisa enamorada.

—¡No! No va por ahí, Fede —soltó Anuar—. A leguas se ve que se aman mucho. Vamos a apostarle al amor. Que el lunes entre a trabajar, estará en el equipo de Claudia, pera no te pongas celoso si un cliente le sonríe y que mi hermana le explique como manejar todo tipo de prospectos, de ventas de cierre y, de esta forma, trabajaran juntos, pero no revueltos.

—Gracias, Anuar. ¡Gracias de todo corazón!

—Sí, licenciado, muchas gracias!

Anuar le dio un cariñoso beso en la mejilla a Vanessa y un muy fuerte abrazo a mí, diciéndome que me apreciaba, que creía en mí y que no lo defraudara.

Esa misma noche rompimos todos los protocolos familiares, ella habló para avisar que no dormiría en casa y yo hice lo mismo.

Pasamos la noche, juntos, en el hotel Oslo. Y la noche se volvió el fin de semana completo y ambos supimos que así deseábamos vivir nuestra vida.

Estuvimos encerrados en el hotel, pidiendo comida y bebidas al *room service*, viendo series en la televisión y fascinados con nuestra compañía, con el acompañamiento que nuestro amor nos brindaba. Nuestros respectivos padres, los padres de Vanessa y mi madre hablaron con nosotros, no es que no tuviéramos edad para hacer aquello, sino más bien nos instaron a hacerlo de la mejor manera. Con un enamoramiento protocolario, una propuesta de matrimonio, una pedida de mano, una ceremonia de unión y una vida marital como Dios manda.

Dijimos que sí por poder continuar juntos sin obstáculos.

Pero, los fines de semana nos inventábamos trabajo, viajes, fiestas fuera de la ciudad y nos encerrábamos en el Oslo y vivíamos nuestros fines de semana conyugales. Íbamos juntos al supermercado que estaba a unas cuadras, salíamos, caminando, a comer a las fondas o a cenar a los puestos de comida circundantes y volvíamos y nos hacíamos el amor por tercera, por cuarta, por quinta vez. Nos deseábamos mucho y nos entregábamos tanto.

En el trabajo nos iba increíble.

Nos sentíamos tan cercanos, tan potentes. Vanessa, como era de esperarse, fue un *crack* de ventas. No tardó en estar en el top 10 de cerradores de la empresa a nivel nacional y yo, al mismo tiempo, arrancaba mi sugerencia, con Luis Roberto como mi primer ejecutivo, con pasos firmes, igual, en el top 10.

Anuar no podía estar más orgulloso de la pareja del año.

Flavio no podía estar más feliz con nosotros. Juntos nos íbamos de fin de semana a Tepoztlán, a Cuernavaca, a Puebla, a Pachuca, a Querétaro. Él, junto con Luisa, me acompañaba a recoger a Vanessa con sus padres y daba la cara con nosotros argumentando que teníamos ferias de trabajo

y exposiciones en tal o cual ciudad del interior de la República y ellos, tranquilos, nos daban su venia. Nosotros nos íbamos a nadar, a pueblear, a trepar cerros, a antrear y pasaba que entre los cuatro nos íbamos uniendo más y más, nos encariñábamos hondo, hondo y nos conocíamos mejor, mejor.

También, por la misma convivencia, comenzamos a pasar por alto señales, problemas y obviamos ciertas cosas como la repentina apertura de Flavio hacia las cervezas sin alcohol, que nos llevaron a aceptar, gradualmente a las cervezas de verdad que nos llevaron a pasar por alto las cubas de ron, los *vodka tonics* y los whiskys en las rocas:

<<Mi problema no es el alcohol, yo el pedo que tengo es con las drogas.>> Nos decía Flavio, vendiéndonos la idea de que no había problema.

Y, ¡vamos! Ese cabrón me había enseñado a vender a mí y había ayudado a Luisa a mejorar su manera de vender. Ese era de los tipos que si te quiere convencer de volverte transexual, lo hace con un poco de tiempo en el bolsillo y saliva en la boca. Salimos los cuatro, salimos los dos, nos recluíamos en el hotel y, lo más importante, nos dedicamos meses a sólo entregarnos de mente y cuerpo el uno a la otra.

Durante un foráneo a Guadalajara, Vanessa me llamó llorando.

Había quedado embarazada.

No pude, claro, evitar volver a recordar mi experiencia con Kyoko, la chica que abortó mi primer bebé.

—No te preocupes.

<<Cómo que no me preocupe, Fede.>>

—No te preocupes, Vane. No hagas nada. Espérame. Vuelvo el viernes, platicamos y vemos cuáles son los siguientes pasos.

<<...>>

—Vanessa, te amo y quiero tener este bebé contigo. No importa lo que pase, pero juntos podremos con todo.

<<Pero es que no entiendes, mis papás me van a matar —como deseé que lo hubieran hecho—, te van a odiar, todo, todo, todo...>>

El llanto ya no le permitió continuar. Por lo que continué yo:

—Todo, todo se va, solamente, a adelantar.

<<¿Cómo?>>

—Sí, claro. Yo te amo, yo siempre pensé que tú serías la madre de mis hijos. Yo siempre supe que tú y yo nos casaríamos. Esto sólo adelanta nuestros planes.

Por media hora más y mucho llanto, de ambas partes, seguimos hablando. Al final la terminé convenciendo de que era algo bueno, de que no había nada de qué preocuparnos y que todo saldría mejor de lo que esperamos. Colgué con ella, no sin antes pedirle que no hiciera nada.

<<¿Cómo que no haga nada?>>

—Nada de lo que nos podamos arrepentir.

Luego, intenté dormir, pero no pude pegar el ojo en toda la noche.

Era miércoles.

El jueves no cerré en ninguna cita. Eso jamás me había sucedido.

<<Tienes que fluir, trata de no querer vender, enfócate en tu proceso.>> Aunque Flavio intentaba calmarme vía telefónica, yo estaba hecho pomada. <<¿No te habrán hecho brujería?>>

—¿Brujería, Flavio?

<<Claudia dice que encontró en la entrada de su oficina y en la entrada de la tuya unas plumas negras ensangrentadas, amarradas con cordones. ¿No has visto plumas?>>

—No mames, Flavio. Estoy en Guadalajara, aquí hay pájaros, plumas, árboles en todos lados.

<<No, pero me refiero afuera de tu hotel, o en tus citas...>>

Flavio era mucho más supersticioso que yo; supongo que haber acariciado la gloria para luego perderla te da una visión del destino descomunal.

Pero eso sí, con tan sólo haberlo mencionado, comencé a ver decenas de plumas negras a mi alrededor; cientos. Venían con las ventiscas, aparecían arremolinadas por el aire en la entrada de mis citas, al bajar de los autobuses, en la calle, me caían encima como la caca de las palomas cuando te cae del cielo. Abría mi portafolio y había una atorada en él. Me subía paniqueado a un taxi escapando de los remolinos de plumas negras que aparecían a mi entorno y al bajar, más plumas negras.

Al final del día, como dije, no vendí nada. Nunca me había pasado. Comí cualquier cosa y me fui a mi hotel. Era, también, la primera vez que viajaba solo de foráneo.

Después de una romántica plática por teléfono con Vanessa donde le prometía que todo iría bien; que aunque todo se hundiese prevaleceríamos, me duché y me dormí. Soñé cosas febriles y sin sentido. La última ensoñación fue mi hija. Soñé a mi hija. La soñé de unos 17 años, frente a mí, linda, hermosa, inteligente y yo rompí en llanto. Desperté llorando con la clara conciencia de que ella, mi niña, mi bebé en gestación estaba en camino.

A la mañana siguiente, mis primeras dos citas fueron un fiasco. Y las plumas negras no pararon de aparecer por todos lados, en los lugares más inverosímiles. Pero, justo en mi tercera cita, arremolinadas por el viento en la entrada, un bonche de plumas blancas chocaban contra la puerta del lugar donde había agendado con un señor que se notaba muy interesado en el curso de Historia del Arte.

Toqué el timbre.

Nada.

Lo volví a tocar.

Nada.

Lo iba a tocar una tercera vez y me gritaron desde unos 20 metros adentro del patio de la casa.

—¡Voy!

Era una voz cansada, frustrada.

Se entreabrió la puerta y las plumas blancas, antes que yo dijera algo, accedieron al lugar. La señora que abrió levantó con hartazgo la mirada y luego me vio a los ojos con desesperación.

—¿Qué quieres?

Ah, va a ser una de esas citas. Pensé.

Pero dije:

—Vengo con el señor —miré mi agenda— Castañeda. Tengo una cita con él.

—Imposible.

Contestó y, con la peor de las formas, me cerró la puerta a la cara y se escuchó echar a andar hacia el interior. Yo, molesto y ya a tope de frustración, toqué con fuerza el portón de la entrada con los nudillos. Se veía que había activado ciertos estímulos, actos reflejos en ella quien pareció correr hacia la puerta y, esta vez, la abrió con una rudeza innecesaria y me increpó con hostilidad:

—¿Qué quieres?

—Vengo —contesté molesto— con el señor Castañeda, desde la Ciudad de México y no me voy a ir hasta que me atienda, como quedamos, o me dé alguien una educada explicación de por qué no nos vamos a reunir como convenimos el martes por teléfono.

—No pudiste hablar con él.

—Y, entonces, ¿cómo es que vine, desde la ciudad hasta aquí? ¿Le puedes preguntar si me va a recibir o no, por favor?

—¿Dices que hablaste con él?

—Pues claro, si no para que vendría a esta casa, en esta ciudad...

—Espera...

La señora se adentró en la casa para luego salir por mí.

—Dices que hablaste con el señor Castañeda, ¿verdad?

—Sí.

—¿Padre o hijo?

—Pues eso sí no sé. Se escuchaba ya grande.

—¿Cómo de cuantos años?

—Señora, yo no soy adivino —ella sonrió—. No le puedo decir de qué edad es la persona con la que hablé; pero sí le digo que hablé con el a principios de semana y le expliqué que lo contactaba ya que tenemos, en el corporativo, una cortesía cultural, que tengo unos cursos y que uno de los que elija podría ser sin costo. El señor Castañeda me dio cita, interesado en Historia del Arte, y acordamos vernos el día de hoy a esta hora, en este lugar.

La señora me dio acceso, me hizo entrar a través de un patio donde la maleza salvaje se había hecho paso entre los adoquines y el piso de concreto, donde las enredaderas superaron el área de las paredes y donde un inmenso verdor y un penetrante olor a humedad y vegetación predominaron sobre la civilización local de aquella extraña familia. Me adentré a su cocina, donde tomé asiento en una mesa rectangular con capacidad de unas doce personas, un mantel a cuadros, blanco con rojo con un plástico protector encima. Unas ollas silbaban mientras cocían algo en su interior. La señora me puso enfrente un vaso de agua, pero con huellas dactilares en toda su superficie y un par de basuras, pequeñísimas flotando que con sólo verlas me revolviéron el estómago.

—¿Quieres café?

Sólo de pensar lo mugrosa que estaría la taza me negué.

—El señor Castañeda, hijo, tiene únicamente 19 años y vive en el extranjero. Por lo que asumo que te refieres al padre cuando dices que has hablado con él.

—Seguramente —afirmé.

Al final volví a explicar que yo no conocía al señor y le repetí para qué estaba ahí y cómo había agendado aquella reunión. Ella me explicó que en unos instantes notaría por qué tanta desconfianza o, mejor dicho, escepticismo con respecto a mi visita.

Minutos más tarde, un enfermero trajo, en una silla de ruedas a un anciano que, prácticamente, vivía sus últimos instantes de vida. Apenas se sostenía a sí mismo, sentado en aquella silla. Balbuceó algo y la señora interpretaba su respuesta.

—Que dice que no te recuerda, que él no da citas, que no te conoce.

A todo lo cual yo decía exactamente cómo había sucedido todo y, entonces sí que me recordó el anciano.

—Dice que es verdad, que le llamaste apenas para venderle un curso. Dice que no le interesa que le muestres tus cursos.

Así, eso fue lo que tradujo la señora mientras el viejo balbuceaba y susurraba frases ininteligibles para mí. Yo me levanté ofendido por la broma de pésimo gusto y me despedí completamente molesto.

—No te vayas —pidió la mujer, casi angustiada, mientras el señor Castañeda se comunicaba, a duras penas, a través de aquellos estertores, susurros y bramidos ahogados, con ella.

—Lo siento, no quiero ser maleducado; pero ya he perdido mucho tiempo en este sinsentido.

Y, mientras cruzaba la cocina, me dijo casi con desesperación la mujer:

—Castañeda dice que vas a ser papá.

Me frené al umbral de la puerta, sin voltear. No quería asentir, no quería que me vieran sorprenderme. El viejo hacía ruidos y ella mencionaba:

—Dice mi maestro que tu esposa está embarazada, que serás padre y que tendrás una hermosa hija.

Impactado, sólo por negarlo, por contradecir, solté mostrando mis dedos.

—No estoy casado.

Mis manos, sin anillo ni argollas ni nada que ratificara mi unión a Vanessa interpelaban al viejo moribundo.

Él farfulló.

—Castañeda dice que tú ya sabes que tu esposa, novia o lo que sea te ha avisado que serás padre

—negué, categóricamente.

Él balbució algo.

—Pues, entonces, dice mi maestro que muy pronto ella te dará la noticia. Hay un espíritu de Luz, un alma que te ha acompañado muchas vidas, muchas veces y que te ama y le amas. En esta ocasión será tu hija, de hecho ya ha estado a punto, ya ha intentado volver a unirse a ti, en esta vida, pero no se ha podido. ¿Ya estuviste a punto de ser padre? ¿Tu novia ha perdido algún bebé?

>>

Pensé en Kyoko y en Guan-Yin, el nombre chino que mi ex japonesa le hubiera puesto a nuestra hija.

Lo negué todo, en vano.

Ellos, por no renegar, me dijeron que probablemente mi mujer estaba por darme la noticia. Al salir de esa casa, con un espíritu a cuestas, con una hija confirmada y con un pasado revelado, volví a vender. Hice dos últimas ventas, grandes, robustas y con paga superior a 5 ventas promedio. Me hube recuperado sólo con esas dos ventas.

<<Mi maestro dice que no te preocupes, que tú te abrirás paso una y otra vez sin importar las adversidades del camino ni las terribles confrontaciones con tus oponentes.>>

Al volver a México, le conté lo que pasó a Vanessa, ella echó a llorar y nos fundimos en la cama toda la noche, sin podernos separar para nada. Nos sentamos en la cama, con una grabadora tocando un CD que yo le había quemado y cantábamos y nos besamos y fuimos sumamente felices.

<<Llamémosla Anastasia, ¿sí?>>

Yo le confirmé.

Hablé, la siguiente semana con Anuar, me prestó dinero y me acompañó, junto con Flavio, a amueblar el departamento frente al de Luisa donde sólo tenía un colchón individual en el piso, una tele y un dvd. Esa misma semana, Vanessa ya había llevado más de la mitad de su ropa y pertenencias, por si sus padres se oponían, no tuviera temas con irse a mi lado.

Hicimos un par de pruebas rápidas que confirmaron el embarazo y, de cualquier forma, unos estudios de laboratorio. Con todo ratificando que seríamos padres, ese mismo fin de semana hablamos con su familia para notificarles que Vanessa y yo seríamos padres y que nos mudaríamos juntos.

Lo intentamos.

Fuimos muy felices los siguientes meses, los siguientes años.

Pero, cuando me separé de Antares, Anuar se inmiscuyó entre Vanessa y yo. Le llenó, como a su

sobrino, historias sobre mí y Luisa y, cuando más débil estuvo nuestra relación por la muerte de mi nena, él atacó despiadadamente.

*

Ring...

... ring.

El teléfono celular sonó.

Miré la pantalla y, sin muchas ganas de contestar, saludé al interlocutor.

—Hola, Virgilio... buenas tardes.

<<Fede, ¿estás en la Ciudad de México?>>

—No. ¿Por?

<<Con el intento de suicidio de Luisa, yo pensé que/>>

—No —suspiré, me cagaba sincerarme con aquel imbécil—, lo primero que pensé fue en ir, pero está la prensa y Luisa en Cuidados Intensivos, no pensé que pudiera verla; no es que sea una paciente regular, es una reclusa y/

<<Fede, está grave, si la quieres ver, nomás avísame. Sé que tú y yo quizás nunca... pero...

Mira, nada, si la deseas ver, me dices y cuenta con ello.>>

—Gracias.

<<Y cuídate, Fede. Esto está muy, muy intenso. Estas cosas suelen ser la punta del *iceberg*, cuídate.>>

—Gracias.

<<Bye.>>

Nomás hube colgado, pensé si en verdad debería ir a ver a Luisa.

La cosa es que no soy de los que van a los hospitales o a los entierros, o a las despedidas. No me gustan los términos, les huyo a los finales, menos al mío, que pareciera inalcanzable, y el adiós es una fuerza poderosa que me atrapa desde antes de suceder y no me suelta sino mucho tiempo después.

“Cuídate...” ¿Por qué tendría que cuidarme...?

Miré el reloj, aún no era tarde.

Pensé que, quizás podría ir a la ciudad y cómo me sintiera, ver si Virgilio era tan chingón como parecía estar siendo y me conseguía ver a Luisa. Probablemente ella no me entendiera nada, o estuviera, como según supe por las noticias, en coma, pero, de cualquier forma, si sí podía sentirme, entenderme podría confirmarle que iba a hacer lo más que pudiera para ver por sus niños.

Cogí de uno de los cajones de la recámara un aturdidor eléctrico. Me iba a cuidar, claro que sí. No sabía si servía, nunca lo había utilizado, pero me hacía sentirme un poquito más seguro.

Mientras cogía las llaves y sonreía por lo cómico de la escena, yo cuidándome de los que quisieran infringirme daño, justo mientras abría la puerta, una botella incandescente entraba por la ventana y se estrellaba, de lleno, hasta el fondo de la cocina, sobre la estufa; del otro lado de la puerta, en el jardín, mientras un imbécil encapuchado corría. Otro idiota con pasamontañas estaba frente a mí, con una bomba molotov encendida, alzada sobre su hombro y los ojos vacíos y aterrados mirándome que lo descubría. Sin pensar siquiera lo que hacía, avancé rápido mientras sacaba de la bolsa de la chamarra el aturdidor y mientras se lo encajaba accionado en la barriga, como si lo apuñalara, y al tiempo en que el *cocktail* molotov se le resbalaba de las manos, su compinche, en plena carrera nos miraba como valorando si regresar por su amigo o escapar.

Su secuaz se convulsionaba en el piso, cogí la molotov al tiempo que el otro echaba a correr

hacia mi sacando un arma de la parte trasera de su pantalón en el mismo instante en que yo le arrojaba la bomba directo al pecho. El fuego le estalló delante y lo envolvió mientras gritaba unos alaridos más de pánico que de dolor. Mientras se revolcaba ardiendo en el jardín, y el otro se convulsionaba rabioso y babeante en el suelo, también, me metí corriendo a la casa y saqué el extintor con el que bañé a mi atacante chamuscado y una vez apagado, le estampé el fondo del rojo contenedor de la espuma antiinflamable contra su frente donde, de inmediato, empezó a correr, espesa, una sangre roja, casi negra sobre él.

9

<<Después de haber mostrado el producto, ya que el cliente escoge un par de cursos, el “gratis” y el que pagará, le muestras al cliente los planes de pago a crédito y, para que escoja uno, sí o sí, le dices: De estos planes que te mostré, ¿cuál crees tú que te convendría más a ti: el de tres meses o el de 12 meses?>>

<<Cuál le convie... ¿cómo? ¿Por qué no le pedimos, nada más, que nos diga qué plan elige?>>

<<Porque no funciona así; si lo haces así, lo dejas en manos de la suerte. Tú eres un vendedor, debes de vender. Si te compran, por suerte o porque el cliente así lo quiso, no estás haciendo tu trabajo. No estarías vendiendo, estarías levantando un pedido. Y aquí no requerimos *levantapedidos*, queremos vendedores que vendan, aunque el cliente no quiera o no pueda comprar. “¿Cuál crees tú que te convendría más a ti?” La idea es que no le vas a preguntar, le vas a inducir a que, subconscientemente elija un plan de los que le mostraste. Si le preguntaras de manera estúpida: De estos planes que le mostré, ¿cuál eliges? Abres la posibilidad a que te diga que ninguno.>>

<<¿En serio?>>

<<¡Claro, Fede! Piénsalo un momento. Por ejemplo, si tú quieres invitar a salir a una chava, ¿cómo la invitas?>>

<<Me gustas, la verdad: me encantas. ¿Quieres salir conmigo?>>

<<Pfff... Dale gracias a Dios por ser guapo.>>

<<¿Está mal?>>

<<No es que esté mal, es que es improductivo. Ahí reduces tus opciones a sí o no.>>

<<Entonces, ¿cómo la debo invitar a salir?>>

<<Debes aplicar un cierre “doble alternativa”.>>

<<Ahhh.>>

<<Te le acercas, la miras a los ojos y le dices: Si te invitara a salir, ¿a dónde te gustaría ir conmigo: al cine o a un bar?>>

<<Ohh... ¡Claro! Así ella pensará entre las posibilidades que le ofrezco y no entre las que tiene.>>

<<¡Exacto, cabrón! Así ella pensará en cine o bar; y asumirá que quiere ir contigo.>>

Los metí, de uno en uno, a la habitación de la casa. Los amordacé y los amarré, extremidad por extremidad, a las patas y a los reposabrazos de un par de sillas del comedor.

Estaban hechos unas piltrafas.

El chamuscado, tenía ampollas pegostiosas que se habían fundido con su pasamontañas y con el resto de las ropas. Gemía por entre el paliacate que le había metido a la boca y sobre el que había rodado la cinta canela. El otro se había orinado encima y, salvo la mueca de dolor y el engarrotamiento que parecía ostentar, estaba más calmado.

Yo me sorprendí a mi mismo con mi determinación, con el *performance* innato con el que me

desenvolví tanto para contenerlos en sus ataques, como para someterlos. No me sabía con esta sangre fría y lo he atribuido, más para poder continuar que para tener una mejor comprensión de mi propio ser, que es por mi clara sospecha de que esto es un sueño, una simulación, o una serie de recuerdos que iba reajustando con el paso de mis ensoñaciones sobre mi propia vida. Si no sospechara de la falsedad de mi realidad, quizás no hubiera sido capaz de nada de lo que había podido hacer.

Antes, siquiera de dirigirles la palabra, le di un muy fuerte golpe a la quijada al electrocutado y luego, de inmediato, dos fuertes derechazos con los nudillos en el centro de la frente al chamuscado quien, por supuesto, quedó fuera de combate.

Mientras el electrocutado se dolía gimiendo, le quité la mordaza, con cuidado y temor de que me mordiera.

—¿Quiénes son y por qué me atacan?

—¡Chinga tu ma/

Lo callé con un golpe directo a la boca que le reventó el labio y le tiró un colmillo. Me miró con odio mientras se recomponía escupiendo el diente que le bajé y, sin decirle una sola palabra, me puse el pañuelo con que lo había amordazado amarrado sobre mis nudillos.

—¿Te duele tu manita? —preguntó burlón, mientras le daba otro golpe; está vez al pómulo derecho.

Claramente lo aturdí.

Pasaron varios minutos y ninguno dijimos nada.

El chamuscado se empezó a quejar, quizás por el ardor de las quemaduras. Le reventé una patada en la sien que lo dejó *out* de nuevo.

—¿Qué nos vas a hacer?

Una vez que terminó su pregunta, le asesté un golpe directo a la nariz. Intentó ponerme la frente, para lastimarme, pero alcancé a sesgar el golpe y con la izquierda, de refilón, le dí en el pómulo reactivando su dolor. En este punto debió entender que no le preguntaría más cosas, ni le diría nada, sino hasta que él me respondiera.

Me respondió.

—Somos del E.L.I.A. —farfulló.

—¿Son del Ejército de Liberación Insurgente Armado?

No me respondió, pero el brillo de orgullo me lo confirmó. Yo no entendía por qué los terroristas estaban detrás mío.

—No somos terroristas, somos combatientes revolucionarios —me respondió cuando lo increpé—. Hemos tenido que hacer ciertos trabajos de cobranza, o asustar idiotas, como tú, para inyectarle billete a nuestra operación revolucionaria.

—¿Por qué yo? ¿Qué quieren de mí? —él alzó los hombros, indicando ignorancia.

—Bajo tu puerta deslizamos una carta, quizás no la viste, por atacarnos de inmediato, tal vez ahí te digan la razón.

La carta era una amenaza de muerte.

Me notificaban que sabían que huí de la Ciudad de México acá, pero me daban santo y seña de Amelia, Luisa y de mi madre. No tenía la menor idea de quién había sido, pero apostando la vida que aún no había sido capaz de perder; decidí que no tenía ningún otro enemigo en el mundo, ni en mis vidas, a pesar de mis abyectas decisiones e indecisiones que Anuar.

No era, nunca fui un tipo impresionante ni un fuera-de-serie, destaqué vendiendo y en este nuevo vistazo vital, intenté algo distinto, la escritura, y al parecer destaqué al no ser nadie, al no lograr nada. No había forma de que alguien más, interesado en mí, quisiera amenazarme para nada,

salvo el desgraciado de Anuar Ajuria.

La carta me amenazaba de una manera un tanto imbécil exigiéndome que parase lo que estuviera haciendo.

Lo único que estaba haciendo, salvo el estúpido manual, era investigar lo sucedido con Luisa. Nada más.

Decidí ir directo con Anuar. Al final, si él me hacía algo y moría, volvía al punto de arranque donde todo este viacrucis inició. Si no, lograba, sin lugar a dudas, una explicación o un resultado. Y sabiendo que Luisa estaba encerrada por un crimen que no cometió; la decisión fue simple, aunque quizás no tan sencilla.

Antes, tenía un problema por resolver. Los idiotas terroristas. No quería matarlos. No le veía sentido. Tampoco quería soltarlos, dejarlos era como soltar una serpiente venenosa, dos más bien, en una habitación donde yo mismo estaba a punto de recostarme a dormir; podía no sucederme nada, pero era probable que, eventualmente encerrados los tres en este cruento mundo, yo terminase mordido.

Decidí un tercer escenario. No tomar decisiones de ningún tipo con respecto a ellos. Los volví a amordazar y los dejé amarrados.

—Voy por vendas y un kit de primeros auxilios para tu amigo. No me tardo. La farmacia está aquí cerca.

El terrorista electrocutado me miró consternado, pero no hizo ningún ademán.

Yo salí de la habitación, de la casa y justo cuando me iba a subir al Aveo la vecina me preguntó si todo estaba bien.

—Buenas, vecina. Sí, sí. Muchas gracias. Unos chiquillos estuvieron aventándome unas palomas, unos cuetes. Primero pensé que alguien quería meterse a robar, pero cuando vi que eran unos chavitos traviesos, un poco pasados de mala onda, ya no le di importancia. Lo malo es que los zoquetes aventaron una paloma y estalló en un bote de gasolina blanca. Pero nomás fue el susto.

Le di un beso en la mejilla y me disculpé ya que tenía que ir a México de improviso.

Ella se quedó insatisfecha con mi respuesta, pero verme, de una u otra forma pareció tranquilizarla.

Mientras callejeaba para salir, en el auto, unas motos, 4 o cinco, pasaron frente a mí y esquivándome fueron en la dirección donde yo venía. Fue sólo un presentimiento, una corazonada tal vez, pero sentí que iban hacia la casa, por el retrovisor miré que el último volteaba a verme, como sospechando que era yo quien estaba siendo yo mismo. Traía un pasamontañas debajo de su casco.

Tomé la carretera hacia Ciudad de México y eché a andar. Ya por las curvas de la entrada de la ciudad, decidí telefonar a Virgilio. No estaba seguro de lo que podría encontrar en esta búsqueda, por lo que quería ver a Luisa por última vez. Virgilio contestó. Eran pasadas las siete de la noche.

<<¿Cómo estás, Fede?>>

—Buenas, Virgilio. Estoy, que ya es ganancia. Oye, disculpa que abuse de tu apoyo, pero quiero ver si sí te es posible que me permitan ver a Luisa unos minutos.

<<¿Ahorita?>>

—Pues si Luisa no tiene ningún plan; me parece que puede ser más fácil a esta hora que en otro momento. Dando por descontado que nadie sabemos lo que pueda pasar después.

<<...>>

—...

<<Es verdad. Sí, sí. ¿En cuanto llegas?>>

—Entre media hora y 45 minutos.

<<Ah, vas llegando a la ciudad, ¿no?>>

—Sí. Entonces, ¿se puede?

<<Todo en esta vida se puede. Dale, querido Fede. Yo lo arreglo, sólo déjale unos doscientos pesos al policía que te dé acceso al cuarto donde la tengan.>>

—Hecho.

Tomé Viaducto Tlalpan y me fui por Tlalpan hasta Churubusco y subí por ahí hacia avenida Universidad y di las vueltas pertinentes por el pueblo del Xoco hasta el hospital. El coche, lo dejé estacionado en una de las callecitas detrás de la Cineteca Nacional. Virgilio me llamó nuevamente y me explicó que, al llegar, dijera que iba con el comandante Juárez, que estaba de guardia en la unidad de cuidados intensivos. Crucé avenida Cuauhtémoc y me identifiqué. Me anuncié tal como me dijo Virgilio y el policía de la entrada del hospital radió a la UCI para confirmar mi acceso con el comandante. Llegando a cuidados intensivos, el comandante Juárez se presentó y sin más me guió hasta la habitación donde tenían a Luisa.

Le di, discretamente los doscientos pesos y entré.

Y ahí estaba, completamente ausente.

Un bipido tras otro, la habitación más oscura de lo que realmente estaba, un respirador conectado a través de sus fosas nasales, unas vendas con manchas de sangre en la parte de la cabeza que tenía el cabello más corto, donde se hubo disparado meses atrás y que no había notado en mi visita anterior. Las muñecas vendadas, con dejos, también de sangre.

Se cortó las venas.

Sus párpados, cerrados.

Bip...

Bip...

Bip...

Me acerqué y la acaricié el dorso de la mano, expectante, por alguna extraña razón imagino, sin pensarlo siquiera, que ella despertaría o volvería en sí al contacto con mi piel.

No sucedió nada.

Bip...

Bip...

Bip...

Me caga hablarle a la gente en coma. Cuando mi abuelo materno estaba en coma y mamá lo iba a visitar, ella me pedía que pasara y que le dijera cosas, que eso lo estimulaba. Me sentía estúpido. Sentía que los doctores y las enfermeras me miraban y en silencio se burlaban de mi idiotez.

Bip...

Bip...

Bip...

Aún así, le hablaba; luego, cuando me daba cuenta que no tenía nada que decirle, rezaba una y otra vez el padre nuestro. No sé por qué, pero supuse que era mejor que mirarlo en coma quince mi/ Bip... Bip... bi/nutos. Me acerqué a Luisa. No tenía idea de qué decirle ni para qué carajos estaba ahí, ¿para qué carajos, en verdad estaba ahí? La miré y me gustó más que nunca, y no como mujer, sino como amiga, como persona, como ser humano. La miré y no pude evitar saberme que estuve dentro suyo. Saber que pudimos tener una vida juntos, un amor juntos, una historia juntos y que, sin entender bien bien por qué, decidimos que no éramos el uno para la otra. Pensé decirle que vería por sus hijos, que estuviera tranquila y que si en verdad se quería ir,

que soltara, que se fuera, pero que ellos estarían cuidados. Luego pensé que yo ni siquiera había logrado cuidar de mi hija, estar para mi nena, contener a mi pareja...

¿Cómo podría decirle a Luisa que se fuera en paz, si yo mismo había perdido lo que a ella le representaba toda la razón de su existencia, sus hijos?

—Sabes, Lu. Yo me suicidé hace tiempo. No sé cuánto, pero ya tiene tiempo —Bip... Bip... Bip...— No es nada del otro mundo, morir. En mi experiencia es como una pesadilla de la que no puedes despertar bajo ninguna circunstancia. Pero, con todo, tiene sus momentos hermosos, sus encuentros cargados de felicidad, sus instantes emotivos y altamente significativos —Bip... Bip... Bip...—. No sé si estés pasando lo que yo, pero si es así espero que tu incursión por la reiteración de tu propia vida sea un deleite, que disfrutas el ir y venir dentro tuyo, la película de tu vida, y que mientras haya un impulso dentro de tu mente, algo que eche a andar unas células con otras, tu vida sea más alegre de lo que me ha parecido a mí. Me incliné sobre ella y la besé en los labios, ligeramente, más con cariño y nostalgia anticipada que cualquier otra cosa.

Bip...

Bip...

Bip...

La miré una vez más, sin parpadeos, sin muecas, sin despertares. Volteé hacia la puerta y salí.

Vi mi celular y tenía veinte llamadas perdidas de mi casera.

Decidí priorizar mis acciones y no contestarle; no había nada más importante en mi existir, en aquellos precisos instantes que confrontarme con Anuar.

Manejé hasta Paseos de Taxqueña, donde Anuar tenía su casa.

Me estacioné relativamente enfrente a su puerta, me bajé y caminé directo.

Pensé en brincar la barda, en hacer un escándalo, en destrozar la entrada; pero levanté la mano y toqué el timbre. Clarito escuché que descolgaban el interno y que me veían por la cámara de seguridad de la entrada, sin embargo nadie dijo nada. Y esperé.

Esperé.

Esperé.

Pasados unos instantes más, toqué de nuevo.

Nada.

Nada...

Volví a tocar, enérgicamente. Luego de más tiempo y cuando me disponía a tamborilear la puerta, ésta se entreabrió y una cara familiar me miró con desconfianza, con incredulidad, con lo vergüenza disfrazada por la molestia de los traicioneros.

—Ay no, Fede, ¿Qué haces aquí?

—Hola, Vanessa.

*

Yo, sin lugar a dudas, amé con todo mi ser a Vanessa.

Desde que comenzamos.

Desde que platiqué por la vez primera con ella, desde que le hice el amor, desde que me imaginé a su lado, desde que me enteré que sería el padre de sus hijos y hasta que me lo confirmó por teléfono el día más feliz de su vida, y el de mayor temor para ella. Yo la amé como jamás fui, como jamás creí ser capaz de poder amar a alguien. Vanessa me volvió loco, me robó el alma, me hizo perder la razón. La puse siempre por encima de mis prioridades y ella gobernó, desde el principio, mis deseos, mis sentimientos, mi ser. Cuando ella comenzó a trabajar en Antares, yo

estuve más que nunca entregado al trabajo, cada cita, cada venta, cada ascenso fueron, siempre, un peldaño más, conquistado, para contar con una mejor economía para nosotros, para los tres. Salía de viaje lunes a martes para vender en determinadas ciudades aledañas a la Ciudad de México, regresaba el miércoles para entregar ventas y salía el mismo día por la noche a otros destinos más alejados de la capital para cerrar ventas jueves y viernes. Llegaba tarde o hasta el sábado en la mañana, hecho pomada, y pasaba el fin de semana ahí, con ella. Nos encerrábamos en el hotel Oslo, o en nuestro mini departamento y bebíamos todo el fin de semana, poniéndonos cd's con nuestras canciones favoritas, conociéndonos a fondo, o nos encerrábamos a ver capítulo tras capítulo de LOST y nos daba la madrugada o pasábamos la noche completa sin dormir sólo haciendo pausas para hacernos el amor y pedir comida, o ir por algo a algún restaurante de comida rápida o a alguna taquería. Vanessa, en vez de acompañarme, propuso un juego que se volvió tradición. Encendíamos un cigarrillo y lo poníamos bocarriba, con cuidado le fumábamos uno a uno guardando el equilibrio, evitando tirar la ceniza, quien, tras casi el consumo total del cigarro tiraba la ceniza, perdía y tenía que ir, solo, a comprar la comida. Yo siempre perdía. Me vestía a prisa y salía disparado del departamento para comprar algo y regresar tan pronto me fuera posible. Estar lejos de casa, con ella en el interior, me producía un sentimiento de tortura, yo la deseaba cerca, yo la quería conmigo, yo la amaba tanto. Llegaba y la miraba asombrada por mi rapidez, dejaba el celular con el que mandaba mensajes a quién sabe quien al lado y me recibía con los brazos abiertos, con el cuerpo dispuesto y el corazón palpitante de deseo. Hacíamos el amor, comíamos algo y veíamos nuestra serie favorita. Eventualmente, mi ritmo de trabajo nos fue alejando y una cosa llevó a la otra. Hacer el amor se fue espaciando hasta el fin de semana, y el fin de semana terminó por ser más de descanso y de ausencias que de series y desnudos.

Vane luego tuvo a nuestra hija y sólo Anastasia nos unía y nada más.

Yo enloquecí de dolor, de deseo, de recuerdos y ella, poco a poco perdió la felicidad y el ánimo. Rompíamos y volvíamos, rompíamos y volvíamos...

Nos volvimos una pareja de autómatas que sólo compartíamos el mismo techo y nada más.

Alienado en mi propia casa y de mi propio amor, bebí fuerte, empecé a frecuentar los bares donde hubiera borrachos que quisieran aguantarme mientras les invitaba tragos al tiempo que me desahogaba contándoles cómo me había distanciado de la mujer de mi vida. Ella en un principio se molestó al verme llegar de manera constante tarde y luego de madrugada y luego por las mañanas. Me retiraba el habla y, eventualmente, por necesidad, aburrimiento o, simplemente, por convivencia, sin hacer nada que lo ameritara, me volvía a hablar y me pedía que fuéramos con la nena a tal plaza o a aquel parque o a este restaurante infantil. Funcionamos así hasta que un día, un sábado, hecho pomada porque le había encontrado unos mensajes de amor donde con absoluta claridad pude entender que mi mujer y alguien más se habían estado frecuentando, besando, teniendo sexo. Esto me deshizo por dentro y, en vez de confrontarle, me fui de copas y un bar me llevó a una discoteca y una discoteca me llevó a una *tabledance* y el *table* me llevó a un *after* y el *after* a la misa de domingo y justo al llegar el mero domingo después de estar de farra desde el viernes ella caminó impertérrita hacia mí y con una rabia contenida en unas lágrimas que nunca vertió frente a mí, me anunció que terminábamos. Discutimos en la cocina y de todas formas no hubo forma de no terminar.

Me fui con sólo dos maletas, ella se quedó, le dejé: el depa, el auto, el refri, la cocina, los muebles, el *playstation*, todo; yo salí de ahí con sólo dos maletas.

Mientras quise recomponer mi vida, ella recompuso la suya y cada vez se le vio mejor. Acordamos, fuera de la ley, una pensión justa y ella me juró que pasara lo que pasara, no me

impediría ver a mi nena.

Poco a poco Anastasia me comenzó a hablar del amigo de mamá, comparándome con él. Y luego me contó de la fiesta familiar a la que no podíamos ir ni yo ni nadie de mi familia pero que sí que iban a ir las familias de su madre y la del amigo de mamá. Pero, antes de esa fiesta, Anastasia murió atropellada. Después, la boda se postergó, pero ella, Vanessa abandonó el que fuera nuestro departamento. Y un buen día Vanessa sólo me dijo que tenía tres días para recoger los muebles que quisiera del “viejo” departamento, porque si no, los tirarían a la basura. Fui a ver el departamento vacío, sin ella, sin Anastasia y sin mí; miré la pantalla de 52 pulgadas que con mucho esfuerzo había comprado para ver nuestras series, para cuando maratoneábamos ella y yo; o las películas de Anastasia, Barbie, Highschool Musical, Frozen y todas esas que me aprendí de memoria, el refrigerador, la sala recién comprada por capricho suyo y todo lo demás. No se llevó nada; no necesitaba nada más. Me senté en la sala. Miré la tele apagada y, sin saber ni cómo ni de dónde, un gatito se me postró sobre las piernas.

<<Miau.>>

Lo acaricié con la ternura que sólo los derrotados podemos manejar.

A lado de la tele, había una foto de Anuar, Vanessa y Anastasia.

Mi mundo colapsó, de nueva cuenta, en mi interior.

<<Miau.>>

*

—Fede, ¿Qué haces aquí?

—Hola, Vanessa.

—¿Qué haces aquí? No puedes venir.

—Ya lo sé, eso está más que claro.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar con Anuar.

—¡Estás loco!

—Vane, Luisa está en coma, está detenida y sabes muy bien que ella no tuvo nada que ver con la muerte de Flavio.

—Yo no sé nada.

—Pero Anuar sí.

—¿Tú cómo sabes?

—Vanessa, a estas alturas tú ya debes saber muy, muy bien quién es Anuar y qué es lo que hace. Ella estuvo a punto de cerrarme, indignada y dolida, la puerta en la cara pero un automóvil se detuvo justo detrás mío y una hermosa adolescente se bajó del auto. La miré y el mundo se me detuvo. Por un momento pensé que era mi hija.

—Hola, mi amor... —farfullé.

—¿Mi amor? —preguntó sacadísima de onda Vanessa—. Es Larisa, la hija de Luisa y Flavio.

—Oh...

—Hola —saludó incipiente. Me saludó de beso —Eres el amigo de mamá, ¿no?

Yo quedé perplejo.

Era como si mi paternidad se activara; no para ella, sino por mí, por el padre que no había logrado ser.

—Vino por unas cosas, pero ya se va —justificó Vanessa.

Contra todo pronóstico, Larissa volteó al auto, brindó una mirada cariñosa y el automóvil se arrancó, luego me miró a los ojos, como con reproche, exhaló y se despidió, como si supiera toda

la urdimbre entorno a mí que su vida, directa e indirectamente había tramado.

De todas formas me dijo:

—Te cuidas, Fede.

Luego, sin saludar a Vanessa, la esquivó e ingresó, así, sin más, a la casa. A la casa de Anuar. Vanessa, derrotada, se recargó en el marco de la puerta y me empezó a explicar que estaba imposible, que no obedecía, que no era participativa en las dinámicas familiares y una sarta de estupideces que no sólo me iban asombrando, sino que además de innecesarias, para mí, me parecían insultantes. Ella tendría, prácticamente, la misma edad de Anastasia.

—Federico, tienes que irte.

—No, hasta que hable con ese imbécil.

—Fede, no lo entiendes. Deja a Anuar en paz. No te metas en problemas.

—Vanessa, no puedo creer que no te des cuenta del tipo de cabrón que es, de todo lo que nos ha hecho a Flavio, a mí, a ti, a todos. Es un puto depredador. A Luisa la obligó a tener relaciones con él, eso es lo que destruyó la relación entre Luisa y Flavio/

—Pensé que ese milagrito era tuyo. Que tú y Luisa destruyeron su relación acostándose y perdiendo el cariño y la confianza de Flavio.

No pude manejar la situación.

Un rechinado rompió la calma que el ambiente disponía para nuestra discusión. La moto de Anuar frenó, otra vez, tal cual la vez pasada, justo detrás nuestro y como activado por un *cue* de pesadilla histriónica se puso justo frente a mí, mientras le ordenaba a mi exmujer meterse. Los vecinos se asomaron; Vanessa nos indicó, a ambos, entrar y dejar de hacer un espectáculo en la calle. Ahí estaba ella, doblegada ante el qué dirán y subyugada por las apariencias por mantener. Nos abrió la puerta. Anuar me miró recio y soltó un bufido de resignación, se dio media vuelta y activó la alarma del mando a distancia de la moto. Por entre el brazo extendido de Vanessa sosteniendo la puerta vi, en la segunda planta, a la hija de mi amiga que nos miraba impertérrita. No tenía ni una mueca de consternación por lo que pudiera pasar en estos momentos, por lo que pudiera pasar con su mami en el hospital.

Luego un pensamiento vino a mí.

Si Luisa tiene a su nena y a su bebé; no debería, por nada del mundo, desear la muerte; ni siquiera encarcelada, ni con todos los problemas del mundo. Su maternidad le debería impedir desear la muerte. Abajo, detrás de los ventanales de la sala, el bebé de Luisa jugaba con una sirvienta que la estaba cuidando.

Anuar siguió mi vista y Vanessa también y, al unísono, ambos, me indicaron que hablaríamos en el *hall* del patio. El patio era una cancha de basquet a lado de un jardincito y, detrás de una de las canastas, una especie de *bungalow* en el que ingresamos los tres.

—Guarda esa pistola, amor —la frase me fulminó, Anuar había sacado su pinche pistolita, me fulminó quizás más de lo que las putas balas pudieran haberlo hecho. No porque amara a esa mujer, o porque ya no admirará a ese hombre; sino más bien por la misma razón por la que uno pasa afuera de una casa donde vivió y mira con desánimo los cambios que los nuevos inquilinos han hecho con el lugar.

—Lo voy a matar, Vane. Lo voy a matar. Ya... ya...

Sin saber qué impulso cavernícola hizo acopio de mi estúpida valentía y mi pésimo *timing*, solté un rechazazo que mandó de nalgas al suelo a Anuar y me le eché encima. Él me recibió con dos rechazazos seguidos al pómulo y yo, jalándolo de los hombros, lo giré y la inercia me tumbó dejándome debajo suyo con la pequeña pistola apuntándome con la cacha para asestar un golpe a mi cara. Mientras nos decía cualquier clase de improperios, Vanessa se coló entre ambos, nos

separó a golpes y bofetadas y terminamos los tres sentados en el suelo como si estuviéramos a punto de arrancar un proceso iniciático super zen.

—Deben dejar de pelear. Federico, ya no soy nada tuyo; quizás nunca lo fui. Anuar, soy tu mujer, no tienes que convencer a nadie que no seas tú.

—¡Yo no vine a recuperarte, Vanessa! El pendejo éste me mandó matar con unos guerrilleros.

—No digas idioteces, Federico. Y ya sé que no me vienes a recuperar, imbécil; pero te comportas como si así fuera. Dinos qué chingados quieres y déjanos en paz.

Quise reclamarle, cómo que en paz, Luisa temía que sus hijos estuvieran ahí y yo sabía por qué, no podía dejarlos en paz, debería de hacerse lo que Luisa quisiera que se hiciera con sus hijos...

—Vengo —dije mirando a Anuar—, porque Luisa está presa por culpa de Anuar. Luisa no intentó matar a Flavio. Luisa no es una suicida. Y tú, cabrón, tú, hijo de puta, sabes que es verdad —miré a Vanessa—. Este pendejo se acostó con Luisa, es padre de su hija/

—Y tú eres padre de su hijo, idiota. ¿No te lo dijo tu amada Luisa? —me preguntó Anuar.

Miré sorprendido a Vanessa; ella, ecuánime.

—¿Tú lo sabías?

—Qué Anuar es el padre de la hija de Luisa, claro. Y también que tú eres padre del bebé.

—Pero...

—Luisa no te dijo lo que pasó, ¿verdad?

Mi silencio lo dijo todo.

Ellos se miraron y Anuar se puso en pie, ayudó a levantarse a Vanessa y, luego, dudando, me tendió una mano que no quise tomar, pero que, sin embargo, cogí.

Nos sentamos en la sala, una pantalla gigante nos devolvía nuestros reflejos frente a nosotros.

Vanessa nos trajo té.

Té, ¿desde cuándo carajos se tomaba té en México como un acto social? Supongo que no quiso alterarnos con café. Por no ejecutar nada, hice del movimiento circular de la cucharilla, derrotadísimo, mi invitación a sus explicaciones.

—Lo que te vamos a decir —comentó Anuar— no debe salir de esta casa. Mira, Flavio había vuelto a recaer y se estaba drogando mucho, coca, piedra y comenzó, después, a inyectarse. Él sabía que ninguno de los hijos de Luisa era suyo, porque jugando fútbol lo lesionaron no sólo en la pierna, sino en los testículos; le reventaron una patada en la entrepierna que lo dejó estéril. Como Luisa siempre quiso ser madre, me pidieron que yo donara mi esperma/

—Y tú muy chingón, mejor te la diste, ¿no?

—Mira, güey, me parece que eres el menos indicado para asumir esas cosas. Por supuesto que no. Fuimos, los tres, a un laboratorio especial para esas cosas. Doné el esperma de la manera tradicional, con su bote de plástico y todo tal y como lo indican los procedimientos médicos y un doctor fue quien realizó la inseminación. Pero, de todas formas, Flavio siempre se sintió desplazado y afectado por no poder brindar su semilla a Luisa. Eso nos alejó al haberme pedido a mí que fuera yo y luego, cuando descubristes lo que pasaba con la partida hicistes una revolución. Flavio se quería ir contigo, pero era más lo que nos unía que lo que nos separaba; aunque lo que tu desvelastes lo afectó demasiado y, como adicto, decidió que eso fuera su nuevo estandarte para su recaída. Empezó a comportarse de manera errática, se volvió violento, paranoico y más temprano que tarde, el consumo lo volvió loco. En un principio Luisa intentó seducirme, pero yo estuve perdidamente enamorado de Vanessa desde que la conocí; y lo siento mucho, Fede. Es lo único que te puedo decir, de verdad lo lamento, pero el amor y el cariño y el deseo que siento por mi mujer es superior a todo. Así que no caí. Como no funcionó conmigo, se fue hacia ti, con quien tenía historia, cariño y compartían la carga y la culpa de la recaída de

Flavio. Esta parte de la historia la sabemos, no por ti, sino por Luisa. Ustedes empezaron un romance por la injusticia de las acusaciones de Flavio y, sabiendo que de todas formas todos asumíamos su aventura, decidieron hacerla realidad para que valiera la pena. Por supuesto se les fue de las manos. Tú perdistes a tu vieja porque los cachó. Luisa se enamoró no de ti, sino de la idea de escapar de Flavio, y qué mejor que hacerlo contigo, su amigo. Flavio la chantajeó y amenazó para obligarla a quedarse con él. Mientras, Flavio se consumía en su adicción, abriendo más y más la caja de Pandora; las celdas donde la locura de su mente mantenía a sus demonios encerrados se resquebrajaron y todo comenzó a estallar. En ese tiempo, sin saberlo, tu habías embarazado a Luisa. Por cierto, buena puntería, campeón —Vanessa le dio un golpe leve—. ¿Qué? —increpó a su mujer— Lo que tanto me acusó, el muy imbécil es lo que hizo —se lo dijo a Vanessa y luego me miró a mí—. Y fue después que legalmente amenazamos a Luisa para dejarse de idioteces e intentar vivir mejor con Flavio, hacerse cargo de Larisa o perderla para siempre. Ella cedió ante nuestras amenazas e intentó, una vez más, vivir con él, pero aquello fue imposible y su hija, sospechando y confirmando que no era hija de Flavio, extrañando la armonía de un hogar real y temiendo la violencia de quien se supone era su padre en contra de su madre y de ella misma, vio, espío a Flavio el suficiente tiempo para descubrir cómo se drogaba y esperar que lo hiciera y, justo en pleno viaje, repetir la dosis que se suministraba tres veces más. Al instante Flavio se convulsionó y empezó a echar espuma por la boca; Larissa se espantó, porque no se moría, ni tampoco parecía estar bien; y me llamó. Llegué al departamento y lo que vi y lo que me dijo ella me hizo atar cabos de manera inmediata. Me llevé a Flavio a un hotel, después de dejar a la nena en mi casa y llamé a Luisa. Al alcanzarme en el hotel, acordamos que le suministraríamos una dosis más. Le dimos una muy buena lana a su *dealer* para que dijera las cosas tal cual queríamos que dijera, tal cual planeamos y así nuestra coartada funcionara. Sólo había un problema.

—Que era imposible que Flavio se suministrara toda esa droga por sí mismo.

—Exacto. Luisa, haciendo cálculos rápido, entendió que tendría que haber un culpable, uno de los dos. Acordamos que sería ella la que se sacrificaría en dado caso de que la policía descubriera el homicidio; fingiendo defensa propia ante un ataque mortal de Flavio. Le pusimos el arma en la mano a Flavio y le apunté a Luisa de tal forma que la bala sólo le rosara; pero Flavio, quien se supone estaba perdido ya, tuvo un nuevo ataque de convulsiones justo al momento del disparo y le volé parte de la cabeza, o eso creí, a Luisa. Cambié la estrategia de todo, pensando que Luisa estaba perdida por completo y le puse el arma en la mano. Así sí habría homicidio y suicidio y se cerraría el círculo. Volví a hablar con el *dealer*, quien no quería reajustar la historia y fue cuando le clavé el cuchillo y le prometí, mientras lo amenazaba, tres veces más dinero que el que había aceptado en un principio. Al final, todo cuadró y llamé a la ambulancia y justo cuando creí que todo mejoraría, Luisa volvió en sí y llegaron los paramédicos y no le pude explicar nada, ni cambiar a la versión original del plan.

No pude decir nada.

No pude reclamar, ni justificar aquello.

Miré a Vanessa y ella simplemente me dijo que estaban haciéndose cargo de los niños, de la situación, de todo.

Anuar me miraba aliviado, como si este terrible tormento, compartido ahora, nos uniera en aquella amistad perdida.

No pude decir nada.

Me levanté y me encaminé a la salida.

—No vas a decir nada, ¿verdad? —inquirió con temor Anuar, el mismo hijo de puta que me

había mandado amedrentar con los putos terroristas.
No le respondí. Volví a andar sobre mis pasos y salí de ahí.

*

Me fui al Hotel Oslo, sabiendo que en Buenavista, seguro, la revolución mal encaminada me estaría esperando. Me registré bajo el nombre de Bruno Díaz y cogí la habitación de siempre. Me recosté en la cama, abrí la laptop y comencé a escribir un *thriller*, inspirado en Luisa, en Flavio, en mí.

Con los meses, Luisa se mejoró, pero yo fui incapaz de volver a estar con ella, ni física ni moral, ni emocionalmente. Tanto Anuar como yo pagábamos para que la protegieran, para que la alimentaran bien y para hacer menos terrible su estancia.

Anuar y yo nos vimos un par de veces más; pero sólo eso. Cuestiones legales para la novela, cambiando nombres y cosas así, él, a cambio, me pidió lo que ya tenían; mi ausencia total. Sólo hice algo diferente a lo acordado con ellos: El final, no dudé en adjudicarle el ataque terrorista a Anuar, quien estaba seguro, los contrató como sicarios para acallarme.

Decidí continuar viviendo esta vida, sabiendo que tenía a mamá, sabiendo que era incapaz de pelear por mis hijos, por mis amigos, por nada que no fueran mis libros.

No fui feliz, pero tampoco miserable.

Eso sí tomé la firme resolución de no morir, de no suicidarme bajo ninguna circunstancia y que si, de pura casualidad, al morir reencarnaba nuevamente en mi vida, no sería escritor, no salvaría lo insalvable ni recuperaría a quienes se alejaban de mí, o a quienes hubieran perecido ya. Me olvidaría de Guan-Yin, de Anastasia, del bebé de Luisa. Me haría pasar por un hombre normal, un vendedor sin más triunfos que las ventas del mes, un gerente de ventas que capacitara a su gente y cobrara por sus cierres comerciales y las de su equipo, que me enfocaría en cerrar negocios, para nunca perder el anonimato que la escritura me robó. Decidí que si al morir de causas naturales, o por lo que fuera, volviera a repetir mi vida lo más fielmente al inicio, ahorraría para no necesitar trabajar con mi amigo Chaga y trabajaría fuerte, para nunca perder mi empleo y ser, simplemente, un vendedor más.

Al salir de los estudios Churubusco, después de una entrevista contundente con Olga Ricci, una motoneta se frenó justo frente a mí, con dos encapuchados con pasamontañas.

—¡Saludos de Anuar y del E.L.I.A.!

Detonaron sus pistolas contra mí.

Ocho balazos.

Quisiera decir que morí al instante, pero los desgraciados me dispararon al torso y tardé quince largos y tormentosos minutos en morir.

Una señora con su hija iban pasando por la calle y, una vez que los terroristas se fueron, corrieron hacia mí. Traían su comida para llevar en unas bolsas que se volcaron en torno mío mientras la madre llamaba a la ambulancia desde su móvil y la hija intentaba contener la sangre que se me salía a borbotones. En la fuga de mi existir, alcancé a manotear sobre su comida derramada por el suelo, era comida china. El chop suey salía de su contenedor mientras los rollitos primavera se mezclaban en el suelo con mi sangre. La chica que seguramente era médico, o enfermera o paramédico, no entendía qué buscaba como un obseso en la bolsa de su pedido, pero al verme más preocupado por alcanzar algo dentro que por no morir, desistió de su intento de prolongar mi vida, cosa imposible, y me acercó la bolsa, casi casi hablándome como un niño.

—¿Qué quieres?

Yo no respondía, no podía, tenía un buche de sangre contenido en mi boca que pareciera ser el tapón que le impedía a mi alma desalojar mi cuerpo. Con el dedo índice y el de en medio, como tijeras, cogí con torpeza una galletita de la suerte.

—¿Quieres la galleta? —me preguntó la chica.

No le respondí, pero el brillo de mis ojos lo dijo todo.

Ella no supo qué hacer o cómo hacerlo, pero me la dio. Con las pocas fuerzas que aun me quedaban, estrellé la galleta contra el pavimento.

—Ya viene la ambulancia, mijita —dijo la señora.

Pero su hija sólo me miraba a mí, tratando de entender lo que buscaba. Vio, de nueva cuenta que batallaba intentando alcanzar algo. Me quitó la bolsa con la galleta destrozada, la abrió y me acercó un trozo de galleta a la boca. Negué con la cabeza. Ella, en un estupor extraño no supo cómo continuar, hasta que vio el papelito entre las migajas.

—¿Quieres la fortuna de la galleta?

Asentí frenético.

Me pasó el papelito y lo puse frente a mí, enmarcado por un cielo azul rey que me encantó, por un hermoso cielo azul rey profundo que me fascinó. Agucé la mirada, como un borracho eligiendo las llaves en la puerta de su casa. Ella entendió mi dificultad y con mucha amabilidad me quitó el papelito, lo puso frente así, leyó en silencio y comenzó a sollozar.

—No puedo —me decía, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Yo la insté con la mirada y, entonces, ella leyó lo que la fortuna de la galleta vaticinaba: <<Quizás en otra vida.>>

Ella lloró y yo no pude evitar una pequeña sonrisa por la que se me comenzó a escapar la sangre de la boca.

Nota del escritor: Acabas de leer Sin daños a terceros, novela corta que, de cualquier forma, es parte de una novela más robusta titulada La Muerte y el Tiempo. Espero que te haya gustado; si quieres leer la novela completa, te dejo el link:

<https://amzn.eu/d/6MTz0h7>

A continuación, más relatos.

Gracias.

POR NADA DEL MUNDO

Ciudad de México, día de su muerte.

Toca el timbre.

La calle, vacía, denota que aquellas viviendas son parte de un conglomerado habitacional. Por la hora, sólo se escucha el sonido típico de las casas al medio día. Una olla *express* silbando por allá; el collar de algún perro que choca contra los barrotes de las rejas de su casa para ver quién profana la cotidianeidad de aquel jueves lluvioso, de este lado; el paso de un coche en la esquina de la calle de atrás; la campana del camión de la basura a dos cuadras; el murmullo de la llovizna incansable; y un timbre.

Toca el timbre. De nuevo.

Ella está al pie de la puerta.

La casa duplex, enfilada junto a otras casas igualitas, sólo se distingue de las demás por los rasgos que la enmascaran dándole una personalidad, quizás, de acuerdo a su habitante.

La mujer, con la mirada, dispara vistazos y nota la canasta de básquet empotrada sobre la puerta de un garaje sin auto, un par de muñecas empolvadas en el suelo de la cochera le dan mala espina.

Toca el timbre una tercera vez. Sabe que él está ahí. Ella mira una sombra que se desplaza por detrás de la cortina de la ventana, de lo que parece ser la sala, y que da hacia el estacionamiento de su casa, que, a su vez, da directo a la calle, sobre donde ella espera.

Y espera.

Paciente.

Impávida.

Impertérrita.

No busca más que respuestas a los cómo, los qué, los sabe; no es ninguna tonta. Además que, por supuesto, una madre que sabe que su hijo ha muerto, lo intuye; o eso quiere creer. Que intuye la verdad que está buscando confirmar.

Piensa si tocar una cuarta vez, aunque aquello se le hace estúpido o, quizás mejor dicho, frustrante; estúpidamente frustrante. Alza la mano y se dispone a insistir con el timbre cuando se abre la puerta.

—¡Voy! —dice él, molesto; más bien, incómodo.

Sale de su casa y voltea, como con temor, a todos lados para cerciorarse que no hay nada más, nadie más que la señora que se ve tan miserable bajo un cielo plomizo de un gélido octubre de lluvia tardía y frío que se adelanta a su tiempo; y la mueca de dolor que intenta disimular con aquellas gafas grandes, adicional a ese vestido color turquesa que lo rompe todo en contraste con su entorno y con la tristeza que denota, le hacen dulcificar su tono.

—Ya voy, ya voy —cambia, si no a una cordialidad, sí a una tregua tácita.

Parece que está a punto de abrir, pero se frena de golpe para quedar frente a frente a ella, sólo separados por una reja que no serviría de nada si alguien viniera a acabarlo. Vestido con unos pantalones gris claro de chándal, con una sudadera gris oscuro, de gorra y tenis negros, la mira al tiempo que le pregunta con una autoridad que pareciera prestada.

—Si, ¿dime?

—¿Maty? pregunta, aunque su tono es más bien de súplica.

—¿Quién eres? —responde con las alertas disparadas y mira instintivamente hacia todos lados.

—Eres el hijo de Miriam, ¿no?

—Sí. ¿Tú quién eres?

—Soy la mamá de Octavio —Mateo pone un gesto inquisitivo.

—De tu hermano Octavio —Mateo pela los ojos.

—¿Mily...?

Ella le sonríe como si el pasado que los unía, los resintonizara de nueva cuenta.

—Sí, Maty. Soy Milagros. La ex de tu padre.

Después del estupor, Mateo da, de forma inconsciente, un paso hacia atrás y ella, viendo que pierde su oportunidad, arremete.

—Maty, a tu hermano lo mataron; ¿necesito saber si tú sabes algo?

—No veo a Octavio desde hace muchos años.

Milagros coge con ambas manos la reja, implorante.

—Maty, ¿sabes algo?

Mateo voltea a ambos lados de la calle, desde adentro, y la mira, desplaza sus ojos de arriba a abajo, analizándola; respira hondo y, con resignación, da, de nuevo, aquel paso hacia el frente, saca la llave del bolsillo de la sudadera y abre. Milagros le dedica una sonrisa agradecida y él levanta el brazo invitándola a adentrarse en su hogar. Mientras ella pasa a su lado, él no puede evitar aspirar su esencia; un dulce perfume mezclado con su propio aroma que desata conexiones con su pasado, rememorándola veloz sin poderlo evitar, alegre, risueña y en brazos de su padre. No muchas, pero sí significativas, fueron las veces que Mateo y Octavio pasaron días, tardes e incluso fines de semana juntos, cuando su papá los reunía. Al tiempo que su aroma echa a andar la máquina del tiempo de su mente, verla le hace recordar el excelente gusto y la mucha suerte que su padre siempre tuvo con las mujeres.

De inmediato se arrepiente de darle acceso a su casa, porque es un verdadero cuchitril.

Y con eso, con la distracción por la belleza de la exmujer de su padre que le saca quince años de edad y la vergüenza de su vida derrotada, Mateo no ve el coche que, lento, pasa fuera de su casa mirando aquella escena. De haberlo hecho, hubiera puesto en marcha una huída que tenía tan ensayada en caso de que vinieran por él como tanto temía; o más bien, como tanto fantaseaba que podría ocurrir.

Ella, con absoluta educación, no repara en las condiciones del lugar y, tras haber ingresado, permanece expectante a un lado de la puerta, a la espera de las indicaciones de su joven anfitrión, al menos más joven que ella.

Mateo la rebasa, levanta la ropa sucia de los sillones, las cajas medio vacías de pizza y las torres de platos sucios de la mesita que lleva directo al fregadero sólo que, sin lugar dónde poner un plato más, tiene que ponerlos a un lado de la tarja.

Se disculpa por el desorden y la invita a tomar asiento.

Milagros se sienta obviándolo todo. A ella sólo le importa una cosa y el resto es accesorio.

—A tu hermano lo mataron, Mateo. Y vengo a preguntarte si sabes quién pudo ser.

La mira fijo a los ojos.

La escena, la plática, son perturbadoras, pero él está encantado como una cobra que le baila desde la cesta a una flauta que lo enajena.

—No..., no tengo ni idea —balbuce.

—¿Has vuelto a ver a tu padre?

—...

¿No lo sabía?

Mateo calla y ella interpreta su silencio sin otra intención que hacer una charla fluida y fructífera.
—A Octavio lo asesinaron de una forma espantosa. Y desde que el Chiquis salió de la cárcel, me aterra saber que pudo meterlo en alguna de sus tranzas o/

—No fue papá —desvela.

—Entonces, ¿quién fue?

—Papá también estaba muy consternado, quiso averiguar por su cuenta y me dijo que fueron unos güeyes de una secta o algo así.

—¿Entonces sí sabías que Octavio murió?

—Sí. Papá me dijo cuando pasó.

—¿Tu papá te dijo eso, que fue una secta? En sus locuras a mi también me habló de una sociedad secreta, pero ya ves que es un mitómano compulsivo/

—Esta secta, parece que sí existe; parece que es real.

—¿Por qué lo dices?

—Papá sabía bien-bien quiénes eran; o sea, no ellos, sino la secta. Decía que él había sido uno de ellos.

Milagros ríe triste.

—No le creíste, ¿verdad?

—Al principio, no. Porque yo ya no sabía qué creerle y qué no; pero luego...

—Mateo, tu papá/

—No, no, no. Espera. Papá me dijo que esta secta eran Los Hijos de la Viuda de Naín; y ellos sí existen. De hecho Octavio y yo teníamos un amigo en común y él también/

—No creo que él pertenezca a una sociedad secreta, Maty. Tu papá echa todo a perder. Ya lo hubieran corrido, o lo habríamos sabido, porque él presume todo. En el momento en que el Chiquis entrara a una sociedad secr/

—¡Exacto! —interrumpe—. Si papá hubiera pertenecido a una secta, él lo hubiera pregonado a los cuatro vientos, pa'todos lados; pero él siempre aseguró ser un miembro, porque conocía de ellos. Porque conocía a uno de ellos.

—A Héctor.

—Claro. Yo recuerdo que una vez en Cuernavaca, de niños, estábamos Amaia, Ainara y yo en la mesa de la cocina y me preguntaron mis primas si ya tenía firma; como iba a cumplir los dieciocho y pronto tramitaría mi credencial para votar, nuestras firmas eran todo un tema familiar. La hice y se burlaron, Amaia hizo una y yo me burlé, pero hubo algo que me llamó la atención: firmó con tres puntos/

—Como los masones —dice ella.

Mateo alza la mano, pidiendo que le dejara continuar.

—Le pregunté por qué firmaba poniendo tres puntos y me dijo que ella iba a ser abogada como mi tío y que así firmaban los abogados. Yo le dije que no, porque mi mamá era abogada y yo nunca le vi firmar con tres puntos. Mi prima Ainara, que claro que ya tenía firma y credencial para votar, se rio de mi mamá y me dijo que, quizás, sólo los abogados exitosos firmaban con tres puntos. En eso llegó mi tía y dijo que era por los Hijos de la Viuda. Los tres nos quedamos boquiabiertos, más que nada porque sonaba misterioso todo eso. Entonces, entró mi tío y se quedó perplejo. <<¿Qué dices?>> <<Que firmas con tres puntos por Los Hijos de la Viuda.>> Él se puso molesto, yo pensé que la golpearía frente a nosotros. Nunca lo hizo, pero quizás habría sido mucho mejor que el terror que le infundía algunas veces; que nos infundía. <<¿Quiénes son los hijos de la Viuda?>> Preguntó Amaia. <<Son como los masones.>> Dijo Ainara. <<¿Y tú cómo sabes de los masones?>> Preguntó mi tío, ahora más intrigado que enojado. <<Nos lo

enseñan en la escuela.>> Añadí y él me miró fulminante, como si yo hubiera sacado el tema. <<Por Benito Juárez y todos los presidentes, hasta Fox; él ya no fue de los masones.>> Mi tío volteó a ver a mi tía con una mirada letal y, justo antes que él dijera algo, Amaia dijo riendo, inocente: <<Ah, como los Magios de los Simpsons.>>. Yo le dije que sí, riendo. Evitando la tempestad que se aglomeraba sobre nosotros y Ainara, Amaia y yo les contamos, mientras cenábamos, el capítulo tan divertido de la sociedad secreta de Homero y todos todos reímos.

—Dios Santo...

—Sí, Héctor es uno. Por lo tanto papá supo de ellos y decía ser uno. Algo sabía.

—¿Un Masón o un Hijo de la Viuda de Naín?

—Pues no estoy muy seguro, pero es de los ojetes —dice.

—¿Y tú qué sabes? ¿Por qué me dices esto?

—Papá me dijo que... —Mateo recuerda que era su madre, la madre de Octavio quien estaba ahí y se contiene.

—Que le arrancaron la lengua y lo degollaron... —finaliza ella.

—Sí —responde Mateo con pesadez, compartiendo su dolor.

—Dime lo que sabes, Maty —pide ella haciéndose hacia él y tomándolo de las manos.

Esto le eriza la piel y crea un puente de comprensión entre ambos donde Mateo, siempre falto de cariño y atención, no puede sino doblegarse ante ella. Más que por su belleza, ella lo tiene cogido de la mano, por la necesidad que le muestra y eso, Mateo, no lo controla.

Sentir que lo necesitan lo vuelve un autómatas. Es suyo.

—Te diré todo lo que sé, Mily; ya que viniste hasta aquí, te lo debo. De entrada, me parece que no lo sabes, pero mi papá murió.

En ese preciso instante, se escucha el rechinido de la puerta y unos pasos que tropiezan con el coche de juguete de una de las Barbies de sus hijas.

—¡Putas madres, Mily! Los trajiste —susurra.

—¿A los Hijos de la Viuda? —pregunta consternada, está perdiendo la información que tanto desea obtener.

—¡No!

Mateo se suelta, se incorpora y, agachado, sale de la cocina seguido por Milagros que hace ruidos innecesarios a cada paso.

—¿Qué pasa, Mateo? ¿A quiénes traje?

Mateo, agazapado, da vuelta y la encara.

—A mi tío. ¡A sus pinches matones! —Susurra determinante—. Me van a matar, Mily, no mames, me van a matar.

Perpleja, Milagros lo sigue, igual que él, agachada, mientras Mateo abre la puerta de atrás y le indica que salgan. Ambos evacúan instintivamente encorvados, intuitivamente a prisa; y echan a correr hacia el andador que conecta los patios traseros de varias de las casitas en un andador interno que recorre la cuadra de punta a punta. Corren por ahí a toda velocidad hasta estar a punto de salir a la calle; pero, justo a la salida, aparecen dos tipos con pinta de mafiosos y echan a correr hacia ellos. Milagros y Mateo emprenden una vertiginosa carrera hacia el otro lado y del patio trasero de su casa, un tipo sale, pistola en mano, y, sin poder dar alcance a Mateo, la atrapa a ella y la tumba con una tacleada contundente mientras Mateo, de reojo, los mira y analiza, veloz, si regresar o no; pero los de la calle de atrás se les acercan y uno se queda con Milagros y el que la tumbó se incorpora y junto con el otro continúan su carrera hacia él. De su casa salen dos tipos más, todavía, a toda velocidad y se suman a la persecución mientras Mateo sigue dando zancadas a toda prisa hacia la salida de la calle.

Ya a punto de llegar, se repite la escena anterior y aparece un tipo que le apunta con una pistola directo a la cara.

—¡Quieto ahí, Hermano Lobo! —le grita autoritario.

—¿Pegaduro? —inquire Mateo a gritos, sin bajar la velocidad de la carrera.

Como para protegerse, o por miedo, Mateo alza los brazos en plena persecución, cubriéndose la cabeza, mientras escucha una detonación.

¡PUM!

—¡No mames, Pegaduro!

—¡No fui yo!

Mateo, corriendo y cubriéndose la cara, voltea a ver a los tipos que están con ella y cree ver una pistola humeante que desapunta la cabeza de Milagros quien yace en el suelo inerte. Al tiempo que otros gandallas están por darle alcance.

—¡Pinches ojetes! —le grita al Pegaduro mientras lo esquivo.

El Pegaduro deja escapar a Mateo, quizás por distraerse con lo que cree ser la ejecución de Milagros, quizás porque siempre ha sentido un afecto fraternal por el hijo de su amigo. Pero eso no importa, llegando a la esquina, Mateo es abatido por otros sicarios.

Nota del autor: Este pequeño relato, es parte fundamental de la novela Un crimen familiar, novela cuyo título pensé que sería Por nada del mundo.

Si quisieras leer la novela completa, no dudes en darle click a este enlace:

<https://amzn.eu/d/ixJ5umC>

LA INICIACIÓN

Era viernes. Por fin.

Cogí el cheque que me había dado la asistente del general y que, por alguna causa, no había llevado a la oficina aún. Lo desdoblé y vi la cifra, con agrado. \$7,700. Sonreí y, a pesar de eso, seguía sin sentirme chingón. Todo porque, de entrada, no comprendía qué herida le habría hecho a Maya. Y, pese a mi naturaleza, me arrepentía a cada instante de haber ido y haber hablado con ella y de haberle abierto mi corazón; era como si resultara que hubiera sido mejor sólo jugar a besarnos y avanzar más y más sin tanta formalidad; sin profundizar sobre sentimientos y expectativas. Y odiaba las frases empoderadoras de mi maestro que decía cosas como: <<Si no nos arriesgamos al amor, a qué carajos nos podemos arriesgar.>>

Pero, resultaba un riesgo fatal, al final.

Fui a la oficina, dejé el cheque, me di la media vuelta y salí por la puerta hacia la calle, a buscar de nuevo mi hogar. Me encerraría en mi cueva hasta que tuviera que ir a ver a Valentín.

Llegué al edificio y, por primera vez, el portero me indicó que tenía a una persona esperándome. Seguro Hugo me acompañaría en la iniciación; o, conociéndolo, me haría una iniciación a la iniciación. Pensé en volverme y encerrarme en un hotel el resto del día. No tenía humor para nada ni nadie; pero subí al elevador. Llegué a mi piso y, al salir, la vi a ella en la puerta. Ella estaba de espaldas al elevador. Vi su cuerpo por detrás; tan sensual, tan deseada por mí. La vi, la sentí hermosa. Sexy. Provocativa. Y, ahí. ¡Ahí! Tan próxima. Tan cercana, ahora. Ella volteó hacia a mí y me desequilibró por completo.

Impacto total.

—Hola —dijo seria.

—Hola —respondí.

Pasé a su lado y no sabía si besarla, fingir demencia o darme la vuelta y salir corriendo.

Abrí la puerta del departamento y le pedí que pasara.

Pasó.

Le pedí que se sentara en la sala.

Se sentó.

Fui a la cocina, tomé de la cava de la alacena una botella de tinto y la descorché, tomé un par de copas y me senté frente a ella. Serví el vino y, mientras le daba la suya, pensé en que en ese mismo instante había la posibilidad de no volverla a ver. Pensé que, quizás esa misma noche podría ser mi última noche. Que yo no contaba con la promesa de un mañana. Pensaba que había una probabilidad de que esa fuera la última vez que nos veríamos. Pensé que, quizás, ella venía a pedirme que nunca más la intentara buscar; y, ese instante, sería la última vez que nos podríamos ver; así, tan próximos y con las mismas posibilidades tanto del fracaso como del deseo consumado.

—Vine a que acabáramos de platicar —dijo.

¿Puede haber algo más complicado y atractivo que una mujer complicada y atractiva?

Sin miedo a perder nada; lo aposté todo.

—Me gustas. Me has gustado desde siempre.

Iba a decirle tantas cosas, pero sabía, en el fondo, que ese tren ya había partido y callé. Di un trago a mi copa. La puse en la mesa. Me levanté y me senté a lado de ella.

Ella quedó estupefacta, nerviosa en demasía.

Tomé su copa, la dejé en la mesa a lado de la mía y la besé con todo mi deseo desbordado. La besé con una profunda necesidad de suspendernos en el tiempo. La besé con quince años de deseo que se consumaba en sus labios, en ese aquí y en ese ahora.

Y ella me besó.

Nos besamos con una necesidad mutua de liberarnos del peso de más de una década de platonicidad pura. Nos besamos para borrarlos de los labios los besos de quienes nos besaron cuando, sin saberlo, o reconocerlo, nos pertenecíamos el uno a la otra. Nos besamos entre un abrazo infinito y un instante de nada. Un beso en un abrazo con sabor a eternidad, pero con el presupuesto de la fugacidad. Con la sensación de la vida misma y sus sueños materializados que siempre, siempre... se van.

Nos besamos, después, con desenfreno.

Podía sentir su piel que se erizaba y eso erizó la mía. Podía sentir cómo nuestra temperatura subía y subía al tiempo que parecíamos fundirnos en un beso lacerante pero hermoso. Doloroso pero bañado en éxtasis. Era mi vida y la suya jugándose en toda la sexualidad, en toda la sensualidad de un beso que se había estado fraguando tantos años atrás y que hoy, en aquel momento, había alcanzado, por fin, su existir.

Después, nos separamos.

Y me miró.

Me miró con la mirada de una mujer que se rinde. La besé de nuevo y la vida, para mí, se volvió una cosa nueva. La besé y la besé y la besé y la seguí besando con toda mi psique, mi química, con todo mi cuerpo, con toda mi razón, con el mayor de mis sentimientos y con mi deseo infinito de no parar de besarla. De la boca, pasé a besar sus deliciosas mejillas, como si la quisiera devorar y, de ahí, pasé a lamer y chupar su cuello. La besé mientras, poco a poco, le fui desabotonando su blusa blanca, sus *jeans*, su sostén y la besé mientras le quitaba los calcetines y recorría con mis manos su piernas trémulas mientras le quitaba los calzones. Me separé sólo para desvestirme. Y, una vez desnudos, nos miramos para conocernos al fin sin ropas ni barreras; yo la veía como queriendo memorizar cada pliegue y cada curva de su cuerpo, ella me miraba y abría más y más los ojos al descubrir mi cuerpo tan próximo y dispuesto para el suyo. La tomé entre mis brazos y la recosté sobre el sofá mientras me acomodaba sobre ella y le abría con mis piernas las suyas, me agarré el pene, como empuñándolo y rodeándole con la punta la vagina, iba humedeciendo con sus fluidos mi glándula y la penetré. Le hice el amor con todo el cuidado que el deseo permite en un momento de éxtasis absoluto. Podía sentir cómo la conquistaba, física y mentalmente. Cada empujón dentro de ella me hacía más poseedor de sus gemidos, de su aliento, de sus pujidos que me hacían temer terminar antes; bastaba verla para que una explosión de hormonas y pensamientos me derritieran por dentro y me rogara mi cuerpo dejarme llevar por la explosión sexual que tanto anhelaba. Continuamos haciéndonos el amor. Y es que eso era. Estábamos haciéndonos el amor. Nuestros cuerpos en perfecta comunión compartieron sudores, respiraciones, movimientos, espasmos y besos febriles. Y yo no perdía oportunidad alguna para besarla mientras me meneaba dentro suyo. La besaba mientras la hacía mía y ella me besaba mientras me miraba con la mirada de un soldado en el frente de batalla a quien le informaban que la guerra había terminado, con la expresión húmeda del paciente del hospital a quien, tras meses y meses de agonía, le informan que se ha curado...

En ese momento éramos uno solo.

Fue, entonces, cuando supe que, ese día, no podría morir.

La besé.

La besé y le hice el amor y me entregué y supe que no podría morir.

Su cuerpo hermoso era conquistado por mi ser. Mi cuerpo invadía el suyo una y otra y otra vez. Me encantaba sentir el fondo suyo, penetrarla hasta llegar a no poder avanzar más y escucharla gemir, luego retroceder y mover la cadera para encontrar un ángulo distinto y empujar a tope para encontrar sus uñas clavándose en mi espalda.

Empapados y temblorosos, ella explotó mientras descarnaba mi piel y gritaba, al tiempo que yo perdía cualquier contención explotando de manera desbordada dentro suyo, golpeando con la cabeza de mi pene el interior de su cuerpo que había aprendido a necesitar en ese preciso instante. No nos separamos ni un milímetro; al contrario, nos apretábamos más y más.

Hacia las seis de la tarde, le besé mientras dormía y me metí a bañar.

Cuando salí y comencé a vestirme, ella despertó y me miró desconcertada.

—Voy a salir, preciosa. Pero vuelvo más tarde y me gustaría encontrarte de vuelta.

—Puede ser —dijo.

Yo hubiera querido negociar esa posibilidad; pero sabía que no tenía nada a cambio mas que lo que le acababa de decir, que, en resumidas cuentas, era, nada más, que iba a volver y que, al hacerlo, me gustaría encontrarla de vuelta. Así que callé. Me despedí, subiéndome a la cama, subiéndome sobre ella y besándola con todo mi enamoramiento y toda mi ilusión.

*

Me fui todo el camino pensando en cómo la vida puede, de pronto, involucrar historias suspendidas, encuentros entre no correspondidos, o definiciones a través de pequeños enlaces que lo cambian todo en fracciones minúsculas de tiempo.

Llegué al café. Todos los comensales me miraron, como si me esperaran; o al menos eso me parecía a mí.

Me senté y vi el reloj.

7:30pm. Ordené un americano y esperé.

8:00pm Ordené otro americano. La hora de la verdad. Me llegó un mensaje de Hugo:

<<¿Ya estás en el café?>>

<<Ya.>>

<<¿Ya llegaron?>>

<<No.>>

<<Ok. Avísame cuando salgas.>>

8:10pm Cada minuto que pasaba sin que ellos llegaran, era un minuto que me impacientaba. Era un minuto sin Maya.

Ordené otro americano.

8:15pm

<<No llegan, Hugo. No se supone que tendrían que ser muy puntuales.>> <<Tú espera. Seguro es una prueba.>>

8:20pm Ordené otro americano. Pasé al baño. Regresé y mi café estaba servido. <<Hugo, si a las 8:30 no han venido, me voy.>>

<<¡No! Es una prueba, estoy seguro.>>

<<Pues no me importa.>>

Estaba muy molesto. ¿Qué estaría haciendo Maya? ¿Me esperaría? Me dolía pensar que al volver, ella no estuviera en casa.

8:30pm. Fui al baño. Ordené otro americano. La gente del café, los comensales, todos Hermanos, comenzaron a irse poco a poco.

8:45pm

<<¿Ya llegaron?>>

<<No. A las nueve me voy.>>

<<¡No! Te están probando.>>

9:30pm. Pedí un americano más, y la cuenta.

Fui al baño. Regresé y sobre la mesa estaban el café y la cuenta. Empujé el café a fondo, dejé el dinero, la propina y me levanté.

A la chingada. Pensé.

Salí del café y comencé a caminar hacia Insurgentes.

A media calle, sonó mi celular. Valentín. Dudé. Tomé la llamada.

—Hola, Valentín.

<<Hola, Octavio.>>

—¿Qué pasó? —Pregunté molesto.

<<Octavio, te voy a ser sincero —al decir esto, me detuve— hemos tomado la decisión de no seguir más con tu proceso.>>

Pasaron por mi mente muchas cosas: quise reclamar a gritos la pérdida de tiempo; quise, también, tan solo agradecer y continuar mi viaje hacia casa, donde había la posibilidad de encontrarla a ella.

—¿Cómo?

<<Sí. Así es. Así es esto.>>

—...

<<En fin, te agradecemos el interés y tu acercamiento a la Orden.>> Quise gritar. Quise insultarlo.

—Híjole, Valentin...

<<¿Qué?>>

—Buenas noches —dije y colgué.

¿Qué demonios había pasado? ¿Era una prueba? ¿Había reprobado la prueba al no seguir esperando? Pensé en marcarle a Hugo y contarle. Estuve cerca de un minuto, detenido, de pie en medio de la calle, a punto de marcar su número y, sin embargo, decidí guardar mi iPhone. *Tú no eres de los que se rinden.* Escuché a Hugo decir en mis pensamientos. Saqué un cigarrillo de la cajetilla y lo encendí. Miré hacia avenida de los Insurgentes y, justo al soltar la bocanada de humo, y levantar mi pierna para dar el primer paso que me llevaría, quizás, a los brazos de Maya, sentí una oscuridad que, de golpe, me dejó en unas tinieblas que me desconcertaron por completo. Una bolsa de tela me cubría la cabeza.

*

No sabía si gritar o no. Esto era parte de la iniciación, ¿o no? Si sí, pues qué enfermos; pero, si no, todo estaba comenzando a valer madres. La calle, sabía, estaba desierta y oscura. Dos tipos me sujetaban de los brazos con fuerza y, al escuchar la puerta corrediza de lo que parecía una camioneta, opuse resistencia. Mojaron con algo la bolsa de tela que me cubría y perdí el sentido. Una cubetada de agua helada me despertó. Seguía cubierto. Oía voces, pero no distinguía nada aún. Un zumbido comenzó a bloquear mi escucha. Un zumbido interno que empezó bajo y que comenzó a incrementarse hasta lo insoportable y de pronto, con una especie de chasquido, me permitió volver a escuchar con normalidad. Intenté incorporarme y noté que, ahora, estaba amarrado de pies y manos. Mi única esperanza, era pensar que esto era parte del proceso.

—¿A quién traen ahí, Hermanos? —dijo una voz grave y escalofriante, para mí.

—Un saldo.

—¿No pasó la prueba?

—Dijo Valentín que no.

En ese momento me sentí minúsculo.

Todo se estaba yendo, alejándose de mis suposiciones que, solo, comencé a entender que con mucha seguridad nunca más vería la luz del sol de nuevo. Me alegré de haber tenido aquella tarde con Maya, sin dudas, mi última voluntad.

—¿Dio alguna instrucción Valentín?

—Hay que preguntarle algunas cosas.

Eso me sonó a fatalidad.

Me sacaron del vehículo, agarrándome de los pies y me arrastraron fuera. Caí en seco sobre la tierra. Tierra. Ya no estaba en la ciudad. La falta del inconfundible ruido de autos y la tierra sobre la cual me arrastraban me hacía pensar que esto era sólo el comienzo; pero, ¿de qué? Estaba superando lo soportable; o eso creía. Dejaron de arrastrarme e, instintivamente, me senté en el suelo. Ni una voz. Tuve la ilusión de que me hubieran botado en medio de la nada. Entonces, de golpe, me sacaron la bolsa de tela negra y pude ver, borroso.

—¿Quién te mandó?

—Nadie.

Un pié me empujó el pecho y caí sobre mi espalda. Tumbado en la tierra tenía dos opciones, levantarme de nuevo y quedar sentado hasta que me volvieran a tumbar; o, quedarme así y ver qué sucedía.

Me incorporé.

Y, cuando estuve de vuelta sentado, arrastré mis pies debajo mío quedando hincado.

—Va a empezar a suplicar —dijo uno.

Una vez hincado, con todas mis fuerzas intenté pararme; pero otra vez el pie me empujó y decidí quedarme sentado.

—Mira, te voy a dar un consejo: dinos quién te mandó y en una de esas hasta la libras.

Decidí no hablar.

—Cuélguenlo, Hermanos —dijo el de la voz grave.

De pronto, un pánico tremendo se apoderó de mí y es que nunca imaginé morir ahorcado y el hecho de asfixiarme, colgado del cuello, me parecía, en aquel momento, la peor de las muertes. Me agarraron de las amarras de las manos y, jaloneándome con una fuerza absoluta, me pasaron una especie de gancho de grúa entre las amarras.

Una grúa comenzó a levantarme.

A unos 10 o 15 metros, la grúa me movió hacia una especie de construcción que no había notado, y me acercó a una viga. Un tipo que estaba en el edificio en construcción me tomó por las axilas con dificultad, al mismo tiempo otro cortaba las amarras de mis manos.

—Sujétate de la viga —dijo el que me cortó las amarras.

—En cinco segundos te voy a soltar —dijo el otro, el que me sostenía.

No había llegado al dos cuando yo ya estaba aferrado con todo mi ser a la viga. Colgando de ella. Me soltó.

Por más que lo deseara, no tenía las fuerzas suficientes para jalarme hacia arriba. Los dos tipos tomaron el cable de la grúa que me elevó hasta ahí y, poniendo un pie cada uno en el gancho, la grúa los bajó.

Me di cuenta que me habían dejado solo a merced de mis manos.

Mi desesperación fue total.

—¿Quién te mandó? —la voz grave lo preguntaba desde el suelo, a través de un altavoz.

Ratifiqué mi decisión de no hablar, ni una sola palabra.

—¿Te das cuenta que es una estupidez el haberte acercado a nosotros. Cómo pudo ocurrírsete presentarte en nuestra puerta y pedir entrar?

Buen punto.

Entonces, parecía una buena idea. En ese preciso instante, sin embargo, todo era diferente. Igual, no perdería mi dignidad que, al parecer, era lo único que me quedaba.

Pensé en soltarme y poner fin a todo esto; pero mi instinto de supervivencia me lo hizo imposible.

No había cansancio ya.

No había miedo, tampoco.

Poco me faltaba, lo sabía, para perder, incluso, la ilusión de volver a ver a Maya, de besarla, de hacerle el amor.

Lo único que había, y mucho, eran mis ganas de vivir y, por ende, mis manos que no se soltarían tan fácil. Dejé de prestar atención a la voz del megáfono y sólo me concentré en la vida y en cómo no, por nada del mundo, soltarme.

No sé cuánto pasó. No sé si fueron minutos u horas; pero sí sé que el esfuerzo que hacía era mayúsculo y que ellos podían ver mis ganas de vivir. Pero el tiempo rindió frutos, amargos, para mi mal, y tuve que comenzar a negociar con mi cuerpo. Comencé por soltar mi mano izquierda y depositar toda mi confianza en mi mano derecha. El tiempo pasaba. Después, cambié de mano. Después, cambié de mano. Después, cambié de mano. A cada cambio de mano, la otra volvía herida, ensangrentada. Después, resbalándome, tuve que volver a sujetarme con ambas manos, peladas y con la carne viva; me resbalaba de una y de la otra y, de pronto, me di cuenta, con desesperación, que el final había llegado y ambas manos se soltaron.

Mi pensamiento fue directo a imaginarla a ella en mi sala, tendida, desnuda, mía.

Al caer, sentí una gran liberación. Una especie de satisfacción. La victoria en la rendición...

Había llegado al final de mi vida y, pese a todo, creí poderme ir con una sonrisa en la boca.

Acepté mi muerte. La abracé.

Hugo decía que la muerte siempre está frente a uno, en cada paso, en cada movimiento... y que nosotros sólo podíamos sonreírle a ella, esperando, y nada más, a que ella nos sonría de vuelta. La Muerte, mi muerte, pensaba, me estaba sonriendo ahora...

*

Entonces, sentí un tirón de un dolor insoportable en mi vientre y en mis muslos.

Reboté.

Reboté en el aire, colgado de un cable en un arnés.

Me empecé a reír como un tarado. Y la muerte, mi muerte, me pareció, no sería entonces todavía... Conservaba mi sonrisa estúpida y la gloria de haberme agarrado a cachetadas con la muerte y, sin embargo, seguir con vida. Ellos me la quitaron, para después regalármela de vuelta. Un renacimiento cruel. Una carcajada siniestra salió de mi alma.

Comencé a reír sin parar y, abajo, ellos reían a carcajadas también.

—¡VAN Y CHINGAN A SU MADRE!

Ellos reían aún más.

Otra grúa me bajó. Y cuando toqué el suelo se me acercaron aquellos cabrones, eran como veinte. Por lo menos ese fue mi cálculo ya que en realidad sólo veía sombras. El del megáfono me preguntó, a unos dos metros de distancia, a través del aparato a todo volumen: Que quién me había mandado.

—Tu puta madre —dije, y habiéndolo dicho, me desmayé.

Desperté en una completa oscuridad. Instintivamente me traté de incorporar tan rápido como pude; pero golpeé mi cabeza con algo.

Madera acojinada.

Mis pies estaban desamarrados y moví mis piernas para todos lados. Mis rodillas y pies golpeaban todo.

Madera, acojinada. Un ataúd. Estaba encerrado en un ataúd.

Me quedé paralizado, con los ojos bien abiertos. Igual no servía de nada, porque estaba en una completa y asfixiante oscuridad.

Afuera, se escuchó cómo prendieron el megáfono.

—Tuviste tu oportunidad. Reconocemos tu coraje al no decirnos el nombre de tu amigo, pero lo hemos encontrado en los mensajes de texto de tu celular y ya mandamos por él. Y queremos que sepas que no vamos a ser tan misericordiosos con él como contigo.

—Hugo... —musité.

Al tiempo de decir su nombre, pude escuchar algo que golpeaba la superficie de mi ataúd. Algo ligero que se escurría por la superficie.

Tierra.

Me sepultaban vivo.

Escuché cómo las palas raspaban la superficie de la tierra con rapidez, varias palas, y depositaban sus pequeñas cargas sobre la tapa de mi ataúd. Luego, los sonidos eran más y más sordos hasta que sólo eran un leve murmullo. Unos golpecitos huecos me señalaban que estaban aplastando lo último de la tierra sobre mí. La desesperación se apoderó de mi ser, una vez más, y fue entonces, sólo entonces, cuando rompí en llanto. Volví, entre sollozos, a pensar en Maya.

Oscuridad total.

De nuevo, estaba inmerso en la oscuridad y, justo cuando volví a aceptar mi muerte, cuando abracé el pensamiento de morir solo, en la oscuridad, sepultado, la base del ataúd se abrió y me dejó caer hacia una habitación iluminada.

Caí de la altura de un banquito. Mis ojos se cerraron de inmediato y un gran dolor se encajaba en ellos. Pude escuchar los pasos de alguien. Se aproximaba a mi, pero no pude ni intentar abrir mis ojos. Él me tomó, con amabilidad y cortesía, del brazo y me levantó, al tiempo que otros movían un carrito, una especie de camilla que, de seguro, contenía el ataúd.

—Vamos, lo estás haciendo muy bien.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas, y, sin embargo, ya no estaba ni triste ni preocupado. Estaba. Y seguía estando.

—Escucha, te tengo que volver a vender los ojos, ¿ok?

Asentí, sumiso.

Una vez vendados mis ojos, caminamos largo tiempo, idas, vueltas y, al parecer, anduvimos por muchos pasillos. Parecía estar adentrándome en un laberinto. Nuestros pasos hacían eco y la humedad del lugar, una humedad fría, se impregnaba en mis fosas nasales.

Escuché, por fin, el rechinido de una puerta. Me introdujo a una habitación helada.

Me quitó la venda de los ojos.

Era una habitación oscura, pero, poco a poco, mi vista comenzó a habituarse.

—Estás en La Cámara de Reflexiones. Sobre aquella mesa, hay una hoja, responde a las preguntas que se encuentran ahí. Medita sobre todo cuanto ves. Te dejaré solo. Una vez que termines, toca tres veces sobre la mesa —se acercó a la mesa, donde entre otras cosas, había una vela apagada. Con un chasquido de dedos sobre el pabito, pero sin tocarlo, lo prendió.

¿Había sido sólo mi imaginación, o había prendido fuego con sus dedos?

Él me miró, me guiñó el ojo y se retiró.

Vi una silla frente a la mesa y me senté. Pasó por mi mente el tratar de escapar; sí, lo admito, pero empecé a ver todo cuanto me rodeaba y quedé perplejo. Además de estar todo oscuro, salvo por la vela de la mesa, las paredes eran negras y habían calaveras pintadas en ellas; y huesos humanos de verdad, en el suelo, amontonados en los rincones. Había, también, piedras en el piso. Sobre la mesa, un cráneo, papeles, la vela, un reloj de arena/

Un ruido, de pronto, me sobresaltó, alguien, o, mejor dicho, algo estaba en La Cámara de Reflexiones conmigo.

Volteé y vi un gallo.

Desconcertado, volví de nuevo mis ojos para escrutar la habitación. Sobre la mesita, había también un pan y un vaso de agua. Había un frasco con algo con olor a huevo podrido. Otro con lo que parecía mercurio. Había sal o azúcar. Había ceniza. En el rincón más apartado, había un sarcófago con un esqueleto adentro. En las paredes, comencé a notar, además de las calaveras pintadas, habían frases escritas en tinta blanca: <<Conócete.>> <<Si te trae aquí la mera curiosidad, ¡vete!>> <<Naciste para morir.>> y muchas frases de este tipo. Tomé la hoja que tenía en la mesa y leí las preguntas. Debajo de esas preguntas, una leyenda que decía, <<HACED VUESTRO TESTAMENTO.>> Cuando terminé de responderlo todo, me levanté con dificultad y noté otra leyenda, cerca de la puerta, que brillaba con una blancura sobrenatural: <<SI SIENTES MIEDO O TIEMBLAS ANTE LA VERDAD ¡ABANDONA ESTE RECINTO! SI ERES DÉBIL O NO TIENES VOLUNTAD PROPIA ¡RETÍRATE! AÚN ES TIEMPO.>>

Tomé asiento de nuevo, me volteé y toqué sobre la mesa tres veces.

Un rechinido y la puerta, de nuevo, se abrió.

—Ahora —dijo—, te voy a pedir que te quites las alhajas que traigas encima, llaves, cartera, dinero... todo lo que traigas —lo hice—. Firma tu testamento —lo hice—. Espera aquí. Esperé.

Minutos después, volvieron, ahora, dos de ellos.

—Quítate el saco —lo hice. Estaba rendido—. Te volveremos a vendar los ojos.

No respondí más. Uno de ellos desabotonó mi camisa, desnudó mi brazo izquierdo y colocó una cuerda en mi cuello. El otro, me hacia dobladillos en la pierna derecha del pantalón hasta la rodilla. Me descalzaron. Y echamos a andar. Iba cogido de ambos para no tropezar.

Al cabo de un minuto, más o menos, nos detuvimos y uno de ellos tocó una puerta de manera frenética.

—¡ALARMA! ¡A LA PUERTA DEL TEMPLO LLAMAN PROFANAMENTE!

—¡ALARMA! A LA PUERTA DEL TEMPLO LLAMAN PROFANAMENTE.

—ALARMA, VENERABLE MAESTRO: ¡A LA PUERTA DEL TEMPLO LLAMAN PROFANAMENTE!

—¿Quién es el temerario —dijo una voz serena pero poderosa, carraspeante— que se atreve a interrumpir nuestros trabajos y trata de forzar la puerta del Templo?

Yo iba a intervenir, pero uno de ellos me dio un codazo.

—Cállate.

Me callé.

Escuché, perfecto, cómo abrieron la puerta y, de pronto, tenía la punta de lo que parecía una espada contra mi pecho.

—¿Quién es el temerario que se atreve a interrumpir nuestros trabajos y trata de forzar la puerta del Templo?

En ese mismo instante, una voz familiar y amada, gritó mientras empujaba la punta de la espalda

lejos de mi pecho:

—¡DETENEOS! Soy yo, que vengo a presentar a este profano a nuestra respetable asociación.

—Pinche Hugo; te mamaste, cabrón —susurré.

Pequeñas risas ahogadas me rodearon.

—Venerable Maestro, es nuestro querido Hermano Experto que conduce a un Profano que desea iniciarse en nuestros Augustos Misterios.

Yo no podía ver nada, pero sentí, de pronto, el calor intenso de una llama que, dentro de aquella habitación donde todos parecían encontrarse, comenzaba a arder de manera descomunal.

—¡HERMANOS! Empuñad vuestras espadas, un profano está a la puerta del Templo.

Un ruido descomunal de acero me hizo dimensionar lo gigante de aquella habitación. Eran decenas, pero para mí eran como cien espadas que fueran levantadas de repente. Sentí vergüenza por la forma maltrecha con que me presentaban frente a todos.

—Querido Hermano Experto, ¿cuál es vuestra intención al hacerlo llegar hasta aquí?

—Que un hombre de honor, aunque profano, sea admitido entre nosotros.

—¿Con qué derecho se ha servido esperarlo?

—Con el derecho de ser hombre libre y de buenas costumbres. ¡YO RESPONDO POR ÉL!

*

Llegué a casa con el amanecer.

Unos militares en una camioneta negra me regresaron después de la ceremonia de Iniciación, aún ahora no podría decir con certeza en qué lugar me iniciaron. A punto de abrir la puerta, sólo podía pensar en el gran deseo de ver a Maya, pero sabía, estaba seguro que ella no iba a estar. La vida, muchas veces, parece darnos una pequeña probada de lo dulce que puede ser; y nada más. No para hacernos miserables, si no porque las cosas son así. Abrí la puerta del departamento y aún podía sentir su perfume en la atmósfera; no sé por qué, pero los ojos se me nublaron.

Caminé directo a mi habitación, sólo pude encontrar el fantasma de la imagen de ella. Ese fantasma que, sabía, siempre me acompañaría cuando ella estuviera lejos.

Sin siquiera quitarme la ropa, me eché sobre la cama y, llorando sin detenerme, me dormí.

Horas más tarde, desperté, adolorido.

Me bañé y, mientras me bañaba, me di cuenta que lo hubiera dado todo por verla esa tarde. Me vestí con el teléfono en mano, todo el tiempo. Esperando que, de pronto, sonara; o me llegara un mensaje de ella.

Nada.

Pensé en llamarla, pero, no sé; quererla llamar parecía no bastar. Era como si en toda la confusión de lo que había pasado con ella, con la Orden, con mi soledad de esos instantes, hubiera algo que tuviera que esperar. Pensé en salir a cenar, pero mejor hice un pedido a domicilio. Le mandé un mensaje: <<¡Hola! Te quiero ver.>> Respondió: <<¡Hola! Hoy no sé.>> Debo confesar que me estaba volviendo adicto a ella, a sus besos y que, sin lugar a dudas, ella tenía todo el control sobre mí. Después llegó otro mensaje de ella que, antes de leerlo, sabía me daría un poco de esperanza; un poco y nada más: <<Pero veo al rato, ¿sí?>> <<Ok.>> Había esperanza, como he dicho; pero, sabía también, que eran esperanzas vanas, de alguna forma. Llegó la comida y, para mí, el timbre de la puerta era una balacera directa a mi pecho; por esa esperanza; y la consciencia de antemano de saberla inútil.

Cené.

Parecía que era muy pronto para necesitarla cerca; y por más que me lo decía a cada minuto, entendía también que no es que la hubiera conocido apenas. La vida la tuvo en estado de latencia

por tantos años que, ahora que todo parecía poderse alinear, era como si yo quisiera recuperar los días, las noches, los minutos que en tanto tiempo nunca pudimos consumir nuestro cariño. En algún momento, dormí de nuevo.

Nota del autor: Este es un fragmento de la obra finalista del Premio Amazon Storyteller 2022: La Dislocación de los Deseos. Por esta novela me di a conocer, afortunadamente, a nivel hispanoamericano como autor independiente. Si me gustas honrar con su lectura, ésta es la liga:

<https://amzn.eu/d/gt6fGlb>

Espero que te guste.

PIEL DE LOBO

Orich es una volva, una bruja, una hechicera.

Ella es baja de estatura, es tuerta del ojo derecho, tiene el cabello gris y corto hasta el cuello, mugroso por las semanas sin baño; es gorda y, por sus labios, la saliva le escurre espesa hacia la barbilla. Se viste con harapos que huelen a inmundicia y hierbas. Vive lejos, en un paraje desolado, en un bosque encantado, según dicen. Fue ella quien, tras haber leído el destino mostrado en el corazón palpitante, recién extraído, de una loba, se dio cuenta de lo importante que sería conservar la vida de aquel niño. Por eso, ahora Orich camina por los pasillos en penumbras de un castillo. Los guardias pasan a su lado, aprisa, sin siquiera mirarla; y no es que no reparen en ella por algún embrujo; la situación, ahora mismo, es delicada: una batalla voraz se está librando en los alrededores, por lo que tienen que resguardar las entradas. Ella sigue caminando por los corredores hasta llegar a una puerta que conduce a la torre este del castillo. Dos gárgolas resguardan la entrada; pero son sólo piedra custodiando el camino hacia la torre de los sabios. Atraviesa las dos gárgolas, cruza por un pasillo a oscuras, y llega hasta las escaleras que conducen a las alturas de la torre; las sube. Son escaleras de caracol. Sube un peldaño, luego el otro, luego otro y otro y otro... hasta que por fin llega, apurada y en extremo fastidiada por el esfuerzo, al portón de roble. Detrás de la entrada cerrada, se encuentran los astrólogos, quizás una nodriza y un pequeño bebé. Es por él por quien ella viene. Entra con disimulo y magia, atravesando el umbral de la entrada, inadvertida. Es una estancia con olor a viejo y a leche. En las paredes se encuentran pieles con mapas astrales. Hay un mueble, también, en el que se encuentran todo tipo de gemas y piedras preciosas, polvos y trozos de minerales. Se desliza con la agilidad de una serpiente por entre las sombras que atiborran la estancia, sombras ora grandes, ora estrechas, pues son debidas al pequeño y danzante fuego que manan las antorchas de la pared. Son cinco, las antorchas, fuentes de luz, que rodean a los astrólogos, y, en sus mesas, donde están trabajando, hay varias velas encendidas también, derritiéndose; como todo, hacia la inexistencia, hacia la consumación. Ella trata de hallarle; el bebé sin duda está ahí; sin embargo, sólo logra vislumbrar a los astrólogos que se encuentran perdidos entre una carta astral y varias revoluciones solares, tratando de descifrar una vida, tratando de descubrir sus secretos.

Lo ha visto.

Orich ha visto al bebé.

Está detrás de una especie de jaula de hierro oxidado, en una esquina, entre la luz de dos antorchas, bajo llave; pero esto no es problema para la bruja, además, ahora la nodriza no se encuentra, seguro, los sabios le mandaron salir y esperar, pues algún descubrimiento habrán hecho.

Saca de sus ropas un utensilio de hueso tallado y se encamina para allá.

Abre con cuidado la puerta de la jaula, se ha acercado lo suficiente a la criatura como para tan sólo tomarla y largarse; pero es imposible, algún movimiento en falso o un sonido que emita el bebé y ella perdería, al instante, la vida. Orich, entonces, derrama una sustancia sobre la cara del niño, sustancia que lo mantendrá inconsciente; después, arroja al centro del cuarto un trozo de planta ardiente, dejando todo en penumbras. El humo salido de esta planta es impenetrable, tan denso que, incluso, el mismo fuego se pierde de vista rápido: el fuego de las antorchas se vuelve inservible; además, el humo afecta a quien lo respire, atrofiando momentáneamente los músculos; por lo que los viejos sabios, los astrólogos, quedan inmóviles.

Ella está bajando ya, a toda prisa, las escaleras.

Baja toda la torre en tan sólo un instante; luego, cruza los pasillos del castillo, dando vueltas por aquí y por allá. Los sonidos de la batalla se van acentuando. Cómo quisiera poder ver la batalla; con suerte, quizás, alcance a ver a algunos luchando.

Las campanas suenan, lo que significa que los salvajes han entrado y vienen hacia el castillo.

Ella sale de ahí pero, apenas tocan sus pies descalzos la tierra húmeda, su deseo se le cumple y tiene que agacharse por completo esquivando flechas y, arrastrándose hacia los matorrales como un reptil, se refugia por unos momentos bajo los arbustos.

Orich alcanza a mirar a dos vikingos que despedazan a hachazos a los guardias, entrando por donde ella acababa de salir.

—¡BERSERKERS! —grita un guardia, desgarrándose la garganta desde el pánico; después, la cabeza le es cortada con un golpe seco de metal afilado.

Mira, también, a lo lejos, a otros tantos en plena lucha; observa cómo, a pesar que las hojas de metal de las espadas de los guardias se entierran en la piel de uno de los vikingos, de El Vikingo, éste sigue en plena lucha como si nada. Destrozándolos, atacándolos con un hacha en cada mano. Trabado de esa tristeza que, segándolo todo a su paso, como la mismísima muerte encarnada, mata asquerosamente; desde la ira.

Orich aprovecha el instante en que nadie, al parecer nadie, la está observando y se levanta un poco y se apresura hacia el bosque, corriendo sin escatimar en fuerzas, desvaneciéndose de la realidad, como si desapareciera, esfumando su cuerpo, apareciéndose metros más adelante.

Consigo, ella lleva al niño, alternándolo de un brazo al otro, ya que por la velocidad en que se desplaza pierde el equilibrio y se ve obligada a sostenerse de alguna rama o de alguna piedra, quizás del suelo, al tiempo en que sigue la carrera hacia su guarida, como si anduviera a cuatro patas.

Sus movimientos, ahora, son simiescos.

Es sinuoso y complejo el camino que lleva del castillo al bosque y de éste a la cueva. Es oscuro en demasía, la tierra se vuelve resbalosa, las raíces de los grandes árboles se elevan por el fango incrustándose después bajo las hierbas; las ramas se entrecruzan, los troncos se alzan como muros y las fieras esperan a la primera criatura que se atraviere por su camino para devorarla. Sin embargo, no es ésa la preocupación de Orich, ella maneja a las bestias a su antojo; lo que más atormenta a la bruja es que tienen que llegar a la cueva a tiempo para que el antídoto le sea suministrado al niño.

Los sonidos de batalla se van aligerando al pasar de las distancias; los olores a guerra, en cambio, se le van acentuando en su mormada nariz.

Llegan, por fin, a la guarida, entrando por unas gigantescas fauces de tierra, entre la nieve que espera, con ansia, la llegada inevitable del invierno.

Dentro, en la cueva, los primeros metros parecen ser un cementerio de animales; huesos humanos y esqueletos de fieras por todos lados. Charcos de sangre putrefacta y lodo. Casi al final, en un recodo un tanto escondido, se encuentra la verdadera entrada al hogar de Orich. Apresurada, la volva corre hasta el centro mismo del corazón de la cueva, donde están sus pertenencias más preciadas, donde está su comida y utensilios. Ella deja al bebé en su lecho, que es, tan solo, un montón de hierbas y paja, corre a prisa para encender el fuego en una especie de chimenea que deja salir el humo por uno de los conductos del techo; y, nerviosa, enciende tres antorchas.

La guarida se ve iluminada al instante, es un lugar asqueroso; escarabajos y gusanos se arrastran por los suelos, comiéndose unos a los otros; manojos de hierbas y raíces están almacenados en

los rincones; ollas y odres se acumulan por docenas en las pequeñas piedras a manera de mesas. Orich busca entre los aceites el remedio para que el niño no muera. Lo encuentra, corre hasta su lecho y, con la punta de una raíz venenosa, embarra al niño con el ungüento. Al instante empieza a llorar; no hay más peligro.

Por primera vez, Orich repara en lo bello que es.

El bebé, con su piel blanca, sonrojado por el frío, yace allí en contraste con su entorno. Es hermoso, de facciones finas, cabellos blancos y ojos color azul-violeta. La bruja se le queda mirando y él estalla en pequeñas risas. Orich busca, de otro frasco, algo para que el niño coma, leche de loba es lo que encuentra, el bebé la acepta gustoso, bebe y duerme.

*

La tercera noche después de la batalla, Orich deja al niño y sale de la cueva. Camina, lento, hacia el castillo; pasando por el suelo fangoso, entre ramas y raíces. Camina por horas y horas hasta que por fin regresa a aquel lugar.

Devastados, la aldea y el castillo, se han convertido en un cementerio gigantesco; no hay un solo cuerpo humano con vida. Sólo los animales carroñeros se mueven entre el desierto de esta aldea fantasma.

Cruza el lúgubre paraje, para el otro lado, y sigue por entre la playa hacia la costa; es una pequeña bahía que se derrama en las aguas que le lamen con las olas a su encuentro. Los dejos de sangre muestran los senderos de los cuerpos que fueron arrastrados hacia la embarcación. Rastros que narran que la lucha llegó hasta la mar.

Ella se entristece, pues logra ver en esas runas del universo, en esas señas que la naturaleza deja sobre sí para dar cuenta de lo que le acontece, la historia de aquellos tristes combatientes de la vida.

Corroborar la ausencia de los berserkers.

Regresa, entra a su guarida y descansa. Pasado un ciclo lunar desde la batalla del castillo y el rapto del niño, que más que rapto fue su salvación ya que si no lo mataban los sabios astrólogos, lo hubieran matado los vikingos salvajes, saca al niño; se lo lleva entre los brazos, cruzando el bosque; sólo que ahora lo hace hacia el otro lado, en dirección opuesta al camino que lleva hacia el castillo y su aldea; y lo hace, de nuevo, con toda calma.

Por este sendero, si es que en verdad se le puede llamar así, las cosas se complican ya que la nieve es espesa y las ramas afiladas como navajas, por lo que Orich cuida sus movimientos a fin de no resbalar y encajarse nada.

La tarde ha muerto ya y las aves de la noche contemplan el nocturno andar de la bruja con el pequeño bebé.

Después de un largo camino, Orich se encuentra, descalza como siempre, caminando sobre un desierto de afiladas piedras marinas y corales. Camina hacia la costa, hiriéndose profundo los pies; sin embargo, sabe que es necesario todo esto, por lo que no repara en el sufrimiento y anda hasta el final de esa tierra.

Las olas, entonces, comienzan, frías, a tocarle los pies.

Ella se arroja hacia la mar, con cuidado de no mojar en el acto al bebé, lo carga sosteniéndolo con sus dos brazos sobre sí, nadando a flote sólo con sus piernas.

La marea helada le llega hasta el cuello.

Es ridículo y grotesco cada movimiento de esta miserable alma, sin embargo, después de algunos instantes de sufrimiento, la bruja alcanza a llegar al casco de un gran barco vikingo.

Las nubes comienzan a condensarse y, bajando, cubren en totalidad al snekkja.

La bruja, ya en cubierta, se desliza con movimientos, ora rápidos, ora lentos, hasta llegar a un lugar apropiado para dejar al bebé. Al centro, los vikingos duermen entre sacos de comida y armas. Pone al bebé sobre uno de los sacos, entre dos arcones. Lo mira, con dificultado por la neblina, y alcanza a ver a un niño feliz.

—Pronto, será pronto cuando nuestros espíritus se reencuentren de nuevo.

Ella le besa en los labios y desaparece como si fuera parte misma de la neblina que, en segundos, se eleva al cielo pronunciándose más y más en esa acumulación gaseosa entre las estrellas y la mar.

En un punto de la noche, cercano al amanecer, los vikingos levantan anclas y comienzan, con la vela desplegada, a alejarse mar adentro.

El rocío nocturno se vuelve más espeso, convirtiéndose en brisa y ésta, al poco tiempo, discretamente, se vuelve lluvia; la lluvia, por su parte, trae consigo relámpagos y truenos, así que el bebé, con sensatez en demasía, hace lo que debe de hacer; y llora.

Apenas se escucha su llanto, ya que la terrible tormenta comienza a azotar la embarcación.

El snekkja navega feroz por entre la tormenta; sin miedo; de hecho, es una embarcación tan poderosa que ni siquiera en tormentas como esta, tan voraz y rabiosa, se abate con temor; al contrario, basta que una tormenta se vislumbre a lo lejos para ir hacia ella, adquiriendo su fuerza para continuar, con mayor potencia, hacia su destino.

Era un gran navío, café y verde.

Al frente de la proa se halla una sirena tallada en madera, y, más que una sirena es, para ellos, una guía, una mujer fuerte que les ayuda en los momentos de tempestad. Es, por ella, por quien ellos se sienten seguros y se adentran por entre las tormentas, aventajándose de sus vientos e iracundas mareas. Ella, la sirena, está teñida en verde, enmohecida por tanta agua de tormenta. La lluvia no hace grandes estragos; son las tormentas las que destruyen a los seres y los reconstruyen más fuertes, si logran aguantar dicha transformación; más fuertes, pero con cicatrices, cuales estigmas que portan quienes han traspasado sus furias. Es, incluso, de ese tono de verde que sólo las aguas marinas pueden mostrar; sólo las lágrimas marinas pueden mostrar. Un verde medio dorado, al día; y verde plateado, por las noches. Es una sirena de mirada triste y belleza indescriptible, con los ojos hacia el horizonte y el brazo derecho estirado, señalando con mano firme hacia delante; el otro brazo, el izquierdo, cruzándose hacia su costado derecho, imitando el movimiento previo de quien saca una espada para atacar al instante. En el casco, alrededor del snekkja, yacen, vistas desde fuera, las runas que narran las leyendas de Aegir, el dios de los océanos; son runas que cuentan la admiración y el temor de los tripulantes por aquel dios, ya que él es el causante de los innumerables hundimientos; así que piden, con sus runas talladas a la perfección, que, cuando les llegue el momento de caer derrotados a la marea — porque en cada acción existe, de antemano, el presupuesto de la derrota—, él, Aegir, les mande a su esposa-hermana Ran; con sus redes ultramarinas para rescatarlos.

La tormenta se fortalece, adquiriendo la furia irrefutable de la voracidad marina.

Los vikingos, tratando de estabilizar el navío, quitan la vela y la alzan más adelante, remando un poco. Logrando estabilizar el barco, conduciéndolo hacia la tormenta.

Al poco tiempo, como en un murmullo y, después, como entre gritos de auxilio, el llanto del bebé es descubierto.

Las gotas gigantescas de lluvia azotan la embarcación y, escurriéndose por el snekkja, regresan a la mar; como una promesa de amor que se cumple.

Poco a poco los vikingos se van acercando a la criatura; lo ven como un demonio, un hermoso demonio blanco, pequeño y frágil.

—A la mar. Arrojámoslo a la mar —dice Styrmir.

*

—No, de ninguna manera.

—Pero, Gardar, ¿quién se hará cargo de él? —pregunta el más antiguo del clan, el maestro, apodado como "El Viejo".

Todos ven a Gardar con miradas inquisitivas.

La tormenta comienza a dificultar el habla y todos deben de gritar para hacerse escuchar.

Gardar, un guerrero vikingo de unos veintitrés años, todo un hombre ya, tiene el cabello rubio y la piel muy blanca, tanto que con los fríos se le colorean las mejillas destacando más la albura de su piel.

—¡Yo! —grita el vikingo.

—¡Gardar, él no es del clan! —alza la voz Thorsteinn mientras le sostiene de sus ropajes para encararlo y decirle aún más, lo suelta para sostenerse de Styrmir— ¿Cómo llegó aquí? ¿Quién lo trajo y con qué fines? No puedes dejarnos a merced de su destino, Gardar.

"El Viejo", jefe del clan, era el más antiguo y, aún así, él participaba en los saqueos y en las batallas. Los vikingos se caracterizan por respetar a los ancianos, ya que ellos eran los que transmitían los conocimientos a los más jóvenes, los que los entrenaban; y, por ello, cuando las batallas eran inminentes, a ellos era a quienes se les refugiaba en primera instancia, protegiéndolos de la muerte. Pero no a él, no a Thorsteinn; él lucha con la misma velocidad que muchos de los jóvenes.

—¡Fue Odín quien lo trajo a nosotros, estoy seguro! —dice Gardar.

—¿Y cómo sabes que no fue mandado a nosotros esperando después que él traiga la desgracia de los tiempos y, con esto, el fin del mundo, el Ragnarök. Los dioses no nos lo perdonarían? —inquieta Styrmir.

—¡Lo sé por ellos! —todos voltean a donde el dedo índice de Gardar apunta.

Pronto, como por un embrujo, al estar en su corazón mismo, la tormenta cesa y se siente sólo el vaivén silencioso del navío; la luna deja caer un rayo de plata, sobre el snekkja, que alumbra a dos criaturas inesperadas; dos cuervos que, como traídos por los elfos, reposan sobre el barco.

Ellos, los vikingos se sienten reconfortados; pero, de igual forma, se angustian al tiempo en que se dan cuenta de lo comprometedor que se ha tornado todo.

Todos miran a Thorsteinn.

—Son ellos, ¿cierto? Son Hugin y Munin, los cuervos de Odín, ¿verdad, Thorsteinn?

Por su parte, la figura de la sirena, golpeada por el agua de la tormenta, en combinación perfecta con su mirada triste, la hace parecer que llora, un llanto fluido y eterno; un sollozo que, con disimulo, deja gotear la lluvia por sus mejillas. Esto lo hace cada vez que el barco atraviesa una tormenta, no cada vez que llueve, no; sólo cuando se trata de una tormenta verdadera.

En su corazón...

En el corazón de la tormenta.

Se acerca el invierno, por lo que deben navegar a toda prisa para llegar pronto a la aldea y preparar las cosas, ayudar a las mujeres y a los jóvenes que se quedaron a almacenarlo todo. Se adentran hacia tierra firme por entre las dos montañas que parecen abrirse a su paso por el río que surcan, a contracorriente, hasta llegar a las cercanías de sus hogares.

En el camino se encuentran a los tripulantes de un knar, un barco mercante de su misma aldea. Remando, encallan ambos navíos en las orillas de un gran lago, destino último de ese río que viene desde las montañas hacia el océano. Se saludan con júbilo y andan juntos hacia la aldea.

Al llegar, justo después de acomodar todas las cosas en la carpa almacén, Gardar corre hacia su

esposa y le presenta al niño.

Ella al principio no entiende la decisión de su esposo, el quedárselo; sin embargo, le ama y decide apoyarlo.

—¿Ya lo revisaste? —pregunta.

—¡Por Odín! Lo olvidé.

Los vikingos padres tienen la costumbre de revisar a los recién nacidos, si estos no presentan ningún defecto, pasan la prueba; por otro lado, si ellos están con algún problema físico, se dejan a la intemperie, a morir.

—A mí me parece que este niño está ciego —musita la esposa de Gardar.

—¿Por qué lo dices?

—Ve sus ojos.

—Tiene los ojos color violeta, ¿y qué, mujer?

—¿Violeta? ¡Por todos los dioses, Gardar, pero si están casi transparentes!

—Mujer, es natural. Ya se le oscurecerán al crecer.

—"Natural..." —refunfuña ella.

Varios vikingos yacen afuera de la carpa donde viven Gardar y su esposa, tratando de escuchar la conversación de ambos.

—Bueno, ¿ese niño está sano o no?

—Claro que está sano, míralo qué juguetón —Gardar alza al bebé y éste, riendo, le orina encima.

Todos, dentro y fuera de la carpa, se echan a reír; el matrimonio sale y, riendo todos juntos, hacen de la noche una alegre algarabía. Al día siguiente Gardar, frente a toda la aldea, toma en brazos al bebé y le vierte agua encima; después, le hace en la frente la señal de Thor y todos rezan una imploración general para que aquel dios lo proteja.

—Yo, hijo mío, te llamo con el nombre de Ulf Gardarson.

Al terminar el nombramiento ante la aldea, Gardar comienza a recibir presentes de todos los aldeanos, el primer peine para el bebé, pieles para cobijarlo por las noches y para vestirlo, aceites para asearlo y otras cosas. Por su parte, Thorsteinn le regala su primera espada, espada de madera. Espada para su entrenamiento al convertirse en aprendiz de guerrero.

Nota del escritor: Este fragmento, a manera de cuento corto, es una parte de la primera mitad de mi libro de vikingos El Cazador de Tormentas. Una novela que disfruté mucho investigando y escribiendo sobre esta fantástica sociedad de antaño. Te dejo el link de su libro, por si te interesa leer la novela completa:

<https://amzn.eu/d/2BbT8II>

Estaré encantado de saber si te gusta.

LA CONVERSIÓN DEL BUENO

—¡Corte! Protecciones.

—Protecciones, señor.

Las cámaras se acercan al rostro de Ricardo y él hace gestos y miradas.

—Listo, señor.

—Muchachos, es todo. Ricardo, ven.

—¿Sí?

—Lo hiciste muy bien. Te garantizo que te va a ir muy bien. ¿Lo puedes sentir? Ya lo estás logrando. Te felicito. Y esa frase improvisada: "Se me terminó el miedo" ...excelente. No pierdas eso que tienes, ese talento. Ahora, vete a la escuela.

—Sí, señor. Gracias.

<<Ese chico tiene futuro>> Comenta para sí mismo el director.

Ricardo se cambia de volada en el baño, le da la ropa a la señora del vestuario y le sonríe. Pasa a lado de los campers y, quizás sin querer, envidia a la gente que, ahí dentro, descansa y se cambia y tiene privacidad y no se cambia en los baños públicos.

—Ya tendrás el tuyo, camarada.

Ricardo voltea y mira Eduardo, un utilero de la productora que lo cacha ensoñando. Ricardo le sonríe y continúa su andar, justo cuando el actor principal abre su puerta y lo mira de frente. Sus miradas se cruzan, Ricardo le dedica una sonrisa en vez de saludo y el actor alza la cara. Reajusta sus pasos y sale de la locación.

Camina, como huyendo, con las manos en los bolsillos de su sudadera y mira la parada del camión.

A la chingada. Piensa.

Y para un taxi.

—A Insurgentes Sur 1931.

—¿A dónde?

—A Plaza Inn.

—Cámara, jovenazo.

Ricardo llega, se anuncia en la recepción y le dice la chica que pase.

Putra madre...

Él no quiere subir; pero es el cumpleaños de su madre y, seguro, lo presumirá con toda su oficina.

Y así es.

Ricardo va saludando, cubículo por cubículo, a todos los amigos de su madre; algunos ya eran sus amigos de fiesta. Y luego, ella le presenta a otras personas que no conoce.

—¿Que estás filmando una película?

—Le pregunta el jefe de su mamá.

—Sí, ¿Cómo ve, señor?

—Contesta, siguiendo la conversación.

—No dejes los estudios, Rich. Por cualquier cosa...

Quién sabe por qué en las oficinas los nombres se agringan: Charlies, Richies, Alberts...

—No, señor. No los dejaré.

Sú mamá y él salen y cruzan la avenida, toman un taxi y se bajan en el restaurante.

Después de una linda plática y el desahogo de su madre con las vicisitudes de un trabajo en la función pública, terminan.

—¿Comiste rico, ma?

—Delicioso, amor.

Los meseros llegan cantando las mañanitas con una rebanada de pastel de chocolate. La madre de Ricky, sonrojada, henchida de orgullo, le sonrío fascinada por el pequeño pero significativo gesto.

—Pida un deseo, señora —dice la mesera más joven, mientras le sonrío y luego, de soslayo, mira cautivada a su hijo.

—¡Listo!

La madre de Ricardo pone su anillo sobre la velita rosa, dejándolo caer para rodear la vela dentro mientras que con una sonrisa bellísima en el rostro ve agradecida a su hijo. Cierra los ojitos con ilusión, con esa ilusión que tienen los cansados, con la ilusión de hacer estos artilugios sabiendo que el deseo no se cumplirá, pero que de igual forma, cual deber propio, uno tiene que seguir soñando con aquella posibilidad. Sopla feliz y todos le aplauden; incluso los demás comensales de las otras mesas.

Ricardo paga la cuenta, evitando que su madre saque la cartera de su bolsa.

—Ay sí, como ya soy actor de cine, yo pago —bromea orgullosa su madre.

Él le sonrío.

—Aún no me pagan, ma.

—Ya se tardaron, ¿no?

Ricardo se encoge de hombros.

Deja el 20 de propina, mira el ticket que de lado de atrás trae el nombre de la mesera y su teléfono y, tomando a su madre del brazo, agradeciendo a los meseros y deseándoles provecho a los demás, salen de los Pollos Río.

—Me encantan estos pollos —dice Tony.

—No, ma; te encantan las papas de estos pollos.

Ríen y, cuando van a encaminarse hacia la avenida de los Insurgentes, ella lo detiene.

—Amor, déjame aquí, yo me cruzo y tomo el pesero que me deja afuera de la oficina.

—No, ma. Te acompaño. Vámonos caminando.

—Ay no. Estoy muerta. Además aquí enfrente pasa el micro.

—No, ma... —dice en reproche.

—Ay ya, vente; nadie te va a ver subirte al micro.

Antonieta voltea a ambos lados de la avenida Barranca del Muerto y ve hacia Churubusco; un microbús de los que dan vuelta en la avenida de los Insurgentes está por llegar a la parada.

—¡Corre, Ricky! ¡Es ese!

—Putra madre —farfulla y ambos cruzan corriendo la avenida, logrando llegar, justo a tiempo, para abordar el camioncito.

Ricky mira a la mesera que lo ve desde los ventanales de la rosticería y, avergonzado por viajar en transporte público, ignora la sonrisa que ella le brinda con ilusión.

Su madre saca de la bolsa el monedero y, haciendo a un lado los billetes enrollados para pagar la renta, coge las monedas con los que paga ambos pasajes.

Su hijo, con asco, trata de tomar lo menos posible los tubos pegostosos del microbús y camina por el pasillo buscando un par de asientos. Cuando su madre se sienta a la mitad, Ricardo la levanta del brazo y, con un gesto, un movimiento ligero de mandíbula, le señala que se sienten hasta atrás.

—No me gusta aquí —dice sentándose a espaldas del medallón del autobús—. Luego dan muchos brincos en los topes y me duele la espalda.

Ricardo le sonríe, un poco distraído y desea no tener que viajar más en camión.

Atrás están sólo ellos dos.

En la antepenúltima fila de asientos, tres viejitas y ya hacia adelante el resto de pasajeros, de todo tipo y edades.

El microbús no está lleno; pero, salvo la parte de atrás, cuenta con casi todos los asientos ocupados.

—¿Qué?

—Que muchas gracias por la comida.

—No, de nada, ma. Con mucho cariño. Me hubiera gustado más llevarte al Suntory, pero/

—No, no, no, mi amor. Los Pollos Río me gustan mucho más que el Suntory —miente.

—¿Apoco esas papitas grasosas te gustan más que el teppanyaki de ahí?

—Sí, claro —sostiene su madre.

Ambos echan a reír.

—Esta semana tuviste llamados, ¿verdad? Además de la película.

—Sí, ma —están filmando una nueva telenovela y me dieron una secuencia con otros extras.

—¿Cómo se llama? Igual y la veo.

Ricky tronó la boca.

—Tú sólo ves las de tele de paga.

—Oh..., ¿cómo se llama, mi amor?

—El País de las Mujeres.

—Órale. ¿Y quién sale?

—Plutarco Ha/

—¡YA SE LA SABEN, BANDA! —Grita un asaltante que se acaba de trepar por la puerta delantera al micro; al tiempo que otros dos se suben por la puerta trasera.

—¡CIERRA LAS PUERTAS, CHOFER, O TE REVIENTO EN CORTO!

El chofer, con una pistola encañonándolo, cierra la puerta de atrás.

—¡LAS DOS, PUTO!

—La de adelante no cierra, carnal.

—VALES VERGA, CULERO. NO TE VAYAS A PASAR DE LISTO PORQUE TE REVIENTO, EH.

Uno de los asaltantes que entraron por atrás empieza a quitarles celulares, carteras y monederos, mientras que el tercero se mantiene de espaldas a la puerta cerrada, apuntándoles, de manera indiscriminada a todos, de uno en uno.

—Ya se la saben, culeros —dice—. Teléfonos, carteras y monederos. Todo lo que les sea de valor, banda. No queremos llevarnos sus vidas; sólo sus pertenencias. Si no nos dan motivos; no liquidamos a nadie, carnales.

La gente, hechos todos unos manojos de nervios, miran hacia el suelo para no provocar ni la ira ni los nervios de los delincuentes.

—Esta ruca está bien chida —dice el tercer asaltante, el de la puerta de atrás—. Una *milf* bien pinche buena —comenta lascivo.

Ricardo, temiendo lo peor, levanta la mirada queriendo constatar que no se refiere a su madre. Tony, anticipándose, le coge del brazo en un lenguaje mudo para pedirle que no lo mire a los ojos. Ricardo, pensándolo un poco, acepta y, sin mirar al perpetrador, baja de nuevo la mirada.

—¿Qué pinches gomotas tiene tu jefa, carnal!

Ricky aprieta la quijada y cierra los puños. Cuenta números en su cabeza.

—Ora... —dice indignado el asaltante que recoge las pertenencias dedicándole una mirada reprobatoria a su colega. —A LO QUE VINIMOS, VALEDORES —grita el de hasta adelante.

El de la puerta de atrás continúa:

—Ve nomás que labiecitos tan hinchaditos y esas tetotas... Con todo respeto, estás bien pinche buena, güera —dice tocándose el paquete mientras las señoras sentadas en el medio ahogan un grito de terror.

—Ya, carnal, a lo que vinimos.

—¡Tu haz tu pinche trabajo y deja de chingar!

—¡ÓRALE, CABRONES, YA ESTUVO, LOS DOS!

—Les insta el de adelante.

—¡A lo tuyo, carnal!

Los delincuentes vuelven a sus puestos. Uno va basculeando a los pasajeros mientras el otro somete al chofer. El de hasta atrás, con una respiración agitada por la emoción que le desborda el alma, se saca el miembro, erecto, y, acercándose a la boca de la madre de Ricardo, le dice:

—A ver, pinche güera, pégame unos mameyes o me los quiebro ahorita.

Ricardo voltea con asombro, miedo y rabia y se incorpora al ver que el asaltante se la ha sacado y se la acerca a la boca de su madre quien intenta apartarse con repugnancia. Pero, justo al incorporarse, el malandro lo recibe con dos cachazos en el pómulo derecho que le hacen perder el conocimiento de manera instantánea; desplomándose a los pies de su madre quien del susto abre la boca sollozando, permitiéndole al asqueroso delincuente consumir su violación:

—Chúpamela o te lo mato —y al decir esto, le apunta a la nuca a Ricardo desfallecido.

La madre de Ricardo trata de obedecer al asaltante y, éste, con un empujón de caderas, se la mete a la boca mientras Tony contiene el vómito e intenta dominar sus arcadas.

—Oigan, no se pasen —dice un señor de en medio cuando nota lo que sucede atrás, indignado y haciendo ademán de empezar a levantarse.

El delincuente que los basculeaba, sin saber aún lo que hace su compañero de atrás, le proporciona un trancazo con la pistola, en la cabeza, que lo obliga a agarrarse, con dolor, de la nuca y desalienta a éste y al resto de pasajeros de meterse para defenderla.

Como corderitos, todos evaden las miradas de los delincuentes esperando que todo pase lo más rápido posible y sin mayores repercusiones que los objetos robados y el inolvidable crimen que se lleva a cabo en la parte posterior del camión.

Los dos asaltantes se miran entre sí, voltean a ver a su compañero de atrás y se miran de nuevo sin saber qué hacer.

Esto no era lo que habían planeado.

—Que rico... Qué rico —dice el abusador, mientras le apunta a Ricardo a la nuca y le agarra la cabeza a su madre para impedirle detenerse—... Qué rico...—dice y con un ruido asqueroso sorbe la saliva que se le escurre de la emoción y el éxtasis.

Los otros dos continúan su chamba; uno despojando de sus pertenencias a los pasajeros y el otro apuntándole al chofer.

El violador no se contiene y, cuando está a punto de venirse, desapunta la pistola de la nuca de Ricardo mientras le mete, con suma violencia, una mano a los pechos y con la mano de la pistola la jala de la cabeza atragantándola con su pene que le eyacula espasmódicamente. Ricardo, que acaba de recuperar el conocimiento, ve la terrible escena por el rabillo del ojo y, descubriendo una cubeta y una serie de herramientas debajo del último asiento, toma un desarmador y se lo encaja al asaltante en la pantorrilla. Con un alarido se echa para atrás dejando a la pobre Tony

con la boca abierta que, sin más presión, desatora un vómito compulsivo que le dejará una sensación latente de asco por el resto de su vida. Mientras, una bala perdida de su pistola impacta en la parte posterior de la cabeza del pasajero que habló segundos antes; el profanador intenta no caer accionando, otra vez, sin querer, el gatillo y, soltando un nuevo proyectil, que esta vez da justo en el corazón de su compañero de en medio, quien cae fulminado al instante, cae de nalgas hacia las escaleras de descenso.

El violador trata de atacar a Ricardo, pero demasiado tarde. Ricky se le avienta y le encaja, sin dudarle ni por un instante, el desarmador en el ojo; mientras éste se desgüanza sin vida.

El último asaltante, el de adelante, valora si alcanzar las cosas que su colega ha recolectado o si será mejor saltar fuera de la unidad. Y, como entendiendo sus pensamientos, el chofer hace un par de maniobras rápidas que desequilibran al asaltante que no suelta su arma y, con un jaloneo, catapulta al delincuente fuera de la unidad estrellándolo al instante con un poste de cemento que lo desnucan, dejándolo, también, sin vida.

La serie de maniobras a alta velocidad le imposibilitan el control del microbús que, a todo lo que da, desemboca en el cruce de Barranca del Muerto con Revolución y, durante un volantazo del chofer, quien no pierde la esperanza de recuperar el control, se topa de frente contra otro automóvil, que va cruzando a unos 95 kilómetros por hora.

El impacto parece rebotar la unidad contra otro automóvil más haciendo una carambola que hace que el tercer automóvil gire descontrolado para luego volverse a impactar estallando en llamas, al tiempo que el microbús se voltea sobre sí, rodando y escupiendo pasajeros por el camino.

Una lluvia torrencial comienza; y luego se convierte en un agresivo granizo.

Segundos después del aparatoso choque, una horda de gente, comienza a llegar corriendo, tratando de brindar ayuda. Se meten a rastras a la unidad volteada y sacan en cadenas humanas a los pasajeros malheridos; mientras otros cuantos auxilian a los del segundo choque; en el tercer auto, un adulto y una niña pequeña de unos diez años, se queman vivos mientras la gente intenta brindarles su ayuda. Las ambulancias llegan y comienzan a brindar sus maniobras de rescate. Una televisora y dos reporteros independientes toman fotos y videos del accidente. Cuando las ambulancias se van y el tránsito se desvía y los peritos fotografían el lugar de los hechos y las aseguradoras se retiran y los testigos rinden sus declaraciones, una serie de grúas de la Delegación comienzan los operativos para levantar los cacharos del importante cruce y despejar las vías.

*

Mientras Ricardo espera sentado en la parte trasera de la ambulancia a que terminen de atender a su madre, quien sufrió, además de todo, una fuerte contusión en la cabeza, costillas fracturadas y un sin número de cortaduras de cristal, se acercan un par de agentes de la policía.

—¿Ricardo Spitalier?

—Eh..., sí.

—Quedas sujeto a investigación por el homicidio de Cristian Coronel López.

—Putan madre...

Los oficiales lo miran y, dándole la mano, uno de ellos lo ayuda a incorporarse.

—Voy a avisarle a mi mamá.

Los oficiales asienten y, sin quitarle los ojos de encima, miran cómo el joven se mete a otra de las ambulancias donde su madre espera resultados de una serie de pruebas médicas y es atendida y suturada por los paramédicos y doctores que atienden a los pasajeros y demás accidentados. La madre de Ricky desenfaja las facciones de su rostro en un gesto de tristeza y repugnancia. Mira a

los policías quienes, a pesar de todo no le esquivan la mirada y, a punto de desmayarse, es acariciada por Ricardo quien le dice que está bien y que sólo tiene que ir a rendir su declaración. Los paramédicos y doctores lo miran con vergüenza; saben muy bien a dónde va a dar.

En la patrulla, en la parte posterior, Ricardo va fumando mientras platica con los oficiales. Él no puede terminar de procesar todo lo ocurrido cuando, ahora, tiene que preocuparse por su libertad y, por qué no, por su vida. Entiende perfecto los riesgos que correrá si lo llegan a encarcelar y, en un país como México sabe, desde siempre, que el homicidio es homicidio; que aquí no es como en el gabacho donde la defensa propia está legalmente justificada, donde es legítima. Aquí recuerda, de golpe, todos y cada uno de los comentarios a lo largo de su vida, desde clases en la universidad, pláticas casuales, noticieros y charlas con abogados donde, al unísono, todos siempre confirman que en este país si matas a un maleante, vas a la cárcel.

Punto.

No hay más.

No hay más.

No.

Hay.

Mas.

—Y, ¿me van a encarcelar?

Los policías se miran, y luego uno lo voltea a ver.

—Mataste a una rata, Ricardo. ¿Qué te digo?

—¿Sabe cuánto tiempo puede ser, oficial?

El policía que va conduciendo le pide que no se preocupe.

—Lo hecho hecho está, Ricardo. Y tú te rifaste defendiendo a tu jefita. Lo que venga, ¿a poco no lo vale?

Ricky asiente; pero ya no está tan seguro. Al final, ni siquiera pudo detener el crimen atroz contra Tony.

—Ahorita te vamos a remitir al MP y ellos van a determinar si llevarte con el juez o no.

—¿O sea que podrían no llevarme ante el juez?

—En efecto, Ricardo.

—¿Me podrían mandar directo a la cárcel?

—No, no, no. A ver, podrías salir en libertad en menos de lo que crees.

—¿O sea que sí me van a encarcelar?

—Nomás lo estás espantando, pareja. Mira, Ricardo, al final del día privaste de la vida a un occiso, y pues ya está. Pero, el Ministerio Público determinará tu culpabilidad de acuerdo a las declaraciones y pruebas.

—Verga...

—Está duro, Ricardo, pero lo hecho, hecho está. Ahorita trata de no pensar en ello.

—No, mames, pareja, ya cállate. Estás bien pendejo; nomás dices puras mamadas. Mira, Ricardo, si conoces gente influyente o de dinero, es momento de hablarles. Si tienes a quién pedirle paros, ahora es cuándo.

Ricardo le sostiene la mirada al policía y, convencido, le pide el teléfono.

—Oficial, ¿me permite hacer dos llamadas desde su celular?

—Con gusto, canijo. Y puedes usar el tuyo.

Titubea.

—Es que me lo robaron en el asalto.

Los policías se miran entre ellos y uno se baja en un semáforo, abre la puerta de atrás y le presta

su celular.

Ricardo contempla el celular del oficial y, tratando de recordar, marca.

<<Bueno.>>

<<Señor director, lamento molestarlo. No sé a quien más recurrir.>>

Él le explica lo sucedido, todo.

El director, lo escucha contarle su historia, con una real empatía y creciente cariño por el joven actor, le dice que va a mover cielo mar y tierra para liberarlo.

<<Nomás que cuelgues, mi niño; y echo a andar a toda la industria.>>

<<Gracias, señor director.>>

<<Dime por mi nombre. Dime Hernando>>

<<Gracias, Hernando.>> Dice y echa a llorar como Magdalena.

—¿Ese era Hernando Escorihuela?

Ricardo, pudoroso, asiente.

—¿Quien, pareja?

—El director de Amor en la Plaza, pareja.

—¿Quién?

—Ay, pareja, te hace falta más séptimo arte. El papá de la niña esta que canta, la bonita; la que también es actriz de novelas.

—Almudena Escorihuela —dice Ricardo sonriendo.

—¿Quién? —Insiste con comicidad el policía.

—La que canta la de Vidas Alternas.

—No manches, me cae que sí estás bien pegado, pareja...

Y los tres se rien.

—Mira, mira, va así: “Cuántas vidas alternas quieres que tengamos antes de poder... ser...! Turutú tutú tú” —y el oficial se la canta a su compañero mientras mueve los brazos replegados y la parte superior del torso al ritmo de lo que canta.

—Exacto —dice Ricky un poquito más alegre.

—Y, ¿a quién más vas a llamar, Ricardo? —Inquieta el otro oficial—. Porque ya estamos por llegar a la delegación.

Ricardo aprieta los labios.

—A mi profesor de la universidad.

—Ricardo, no me lo tomes a mal, pero quizás debas apuntarle más alto. Un familiar metido en la polaca o algo así.

—Él me sabrá ayudar, oficial.

Ricardo marca, da tono y contestan:

—Bucéfalo al habla, allá quién.

*

Al llegar, las risas y el confort terminan. Si bien no lo tratan como una escoria, se le recuerda, de forma constante, que está dentro del término de 72 horas; el término constitucional, a disposición, por el presunto homicidio del señor Cristian Coronel, el asaltante y violador.

La primera noche en los separos la pasa sólo.

—No te vamos a poner con ningún otro asaltante ni malandro, Ricardo. No sólo porque se nota que no eres como los demás —Ricky lo mira inquisitivo—. Si no para salvaguardar la integridad de ellos, y la tuya. Tú por asesinar al delincuente y ellos porque son delincuentes y se podrían tomar como ofensa personal el que le hayas dado baja a uno de los suyos.

Esa noche no le ofrecen nada de comer ni de beber ni de nada.

Sólo, en una hora indeterminada de la madrugada, o de la noche, cómo poder saberlo si le quitaron agujetas, cinturón, y, por supuesto, su reloj, le bajan a dar un cobertor, delgadísimo, para amortiguar el crudo frío que le calaba hondo.

La celda era como un cubículo gubernamental adaptado.

Ricardo se deprimió por encontrarle parecido a la oficina de su madre. Sólo faltaban los muebles, y sobraban el vidrio reforzado y la puerta de seguridad, el excusado metálico a lado de la puerta, de la reja de entrada, y la banca de acero empotrada a lo largo de la pared.

Luego mira las paredes grafiteadas, recordándole los baños de su secundaria, sólo que aquí las paredes estaban rayadas con caca; y sonrió al encontrar las firmas de El Gone y El Rago; compañeros de la prepa abierta.

<<Los han de haber agarrado pintando el metro.>> Piensa. Siempre le contaban cómo burlaban a los policías cuando grafiteaban.

Se cubre con el cobertor, parapetándose, ocultándose, alejando toda luz de sí e intenta dormir. Pero la pesadilla no es onírica. La pesadilla es ahí y es ahora.

Echa a llorar.

Dormita y despierta.

Se quiere asomar, pero le da miedo confrontar la realidad que se le avienta a cada paso.

El hambre arremete en su contra; luego, con más ferocidad, la sed le golpea con todo. Nunca había sentido la sed. La verdadera sed.

La tristeza por su encierro lo consume; y, luego, el terrible recuerdo del asaltante perpetrando el innombrable crimen en contra de su linda madre. Lloro, pero también aprieta los dientes de pura rabia y, después, después de todo ello; la conciencia lo acosa, de manera contundente.

Asesino. Ricardo negocia con su espíritu.

Negocia la defensa propia.

Negocia la defensa de su madre.

Asesino. Le contesta esa pequeña voz interna que no puede acallar.

Asesino. Ricardo es consciente, hasta entonces, que él es un asesino.

Asesino. Durante la noche, Ricardo escucha cómo van llegando borrachos, ladrones y prostitutas.

Que se mueran todos. Piensa.

Los deberían matar a todos. Concluye.

Asesino. Le dice su conciencia y él, con una sonrisa malévola piensa que sí; que si no los matan las leyes, los matará él. Si ya es un asesino, matará a todos los pinches delincuentes que se atraviesen por su camino.

—No te preocupes, Fernando Colunga, no te vamos a encerrar con otros presos —le repetían los celadores cuando se asomaba, muy discreto, a ver a quiénes traían.

Aún así, cada que escucha que llega un nuevo inquilino; Ricardo se aprieta al cobertor, que en cualquier otra circunstancia le daría asco nomás de olerlo y ahora representaba la total protección contra un contexto disociado a él, y reza aún habiendo perdido toda la Fé en el Señor.

Gritos.

Gritos de los encerrados.

Madrizas dentro de las otras celdas.

Prostitutas mentando madres.

Borrachos arrojando excremento dentro de los separos.

Y Ricardo enclaustrado en su cobertor.

—Estense, hijos de su pinche madre o les echamos al asesino de criminales —dicen los celadores

y Ricardo teme por sí mismo.

Silencio.

Los criminales se callan por unos momentos, como recalculando qué hacer ante tal amenaza. Luego, el puto jolgorio retoma su locura.

*

Ya es de día y se oye un mitote afuera, a primera hora de la mañana.

Pasa un celador y le grita.

—Ricardo. ¡Ricardo Spitalier!

Él se incorpora y se acerca a la puerta.

—Acompáñame —dice el oficial.

Se lo lleva y, a pesar de que pudo dormirar, él esta exhausto.

Le toman fotografías de frente y de perfil con un número sostenido.

—¿Me van a fichar?

La policía se le queda viendo y no da crédito a su pregunta.

—Mataste a una persona. ¿Tú qué crees?

Termina la sesión fotográfica y Ricardo pide agua.

—¿No te han dado nada de tomar?

—No oficial. Ni de comer.

La policía le dice que ahorita le manda algo. El otro oficial lo escolta a su celda y lo deja ahí.

Ricardo mira el excusado. Es como un retrete normal, pero metálico. Sin tapa en la caja y, claro, sin asiento. Lo mira y, con un sufrimiento clasemediero se da cuenta que tendrá que defecar ahí.

Se asoma a la caja y ve que no tiene agua; ni palanca, y la tubería esta cortada. Posterga el llamado de la naturaleza lo más que puede, pero la biología de su ser es más insistente y, rindiéndose ante todo y encontrando un nuevo límite a sus mínimos aceptables se baja el pantalón y los calzones, mientras alguien, del otro lado de la estructura, le chifla y los demás le gritan piropos:

—Con esas tortas, ni chescos pido.

—¡Qué nalguitas, “Mata-lacras”.

—Yo sí te genero esas pompitas de príncipe —dice otro.

Mata-lacras. Piensa Ricardo. *Vale verga.*

—¡Ya, ya! —Insta un policía—. ¡Ricardo Spitalier!

—Putra madre —farfulla Ricky.

—Si no quieres, no te doy tu té, cabrón.

—No sí, sí, oficial.

—¡Ya déjalo cagar, pitufo!

—¡Te voy a partir tu madre, pinche ratón! Y, tú, ¿vas a querer el puto té o no?

—¡Yo quiero té!

—¡Que te calles, pinche rata!

—¡Yo también quiero té!

—¡Y yo!

—¡Cállense, pinches putas —dice el celador—. Ustedes ya mamaron toda la noche —concluye y todos ríen, hasta las prostitutas.

Todos ríen menos Ricardo.

—¡ÓRALE, PINCHE TIGRE! DE SANTA JULIA ¡YA PARA DE CAGAR Y TOMA TU PUTO TÉ O SE LO DOY A LAS PINCHES GÜILAS!

—Es que no tengo con qué limpiarme —dice avergonzado viendo cómo todo el mundo lo ve defecar.

El celador mira, de reojo las paredes grafitadas con caca y Ricardo entiende la indirecta; pero desiste y, tan sólo, coge sus calzones y pantalón y se los sube así sin más.

Toma el té de manzanilla, hirviendo, y le da las gracias.

Lo bebé.

—Aguas, que está muy caliente —aconseja el policía, tocado por la lástima que el actorcillo le inspira.

Ricardo escucha el consejo y trata de soplarle, pero su sed es tal que lo bebé, poco a poco, pero tan rápido como es capaz, quemándose los labios, lengua y garganta.

El te más rico de su vida.

*

El relajo allá afuera desata todo tipo de temores; tanto para los presos como para los celadores. Cuando uno de los policías hace su rondín, Ricardo se acerca a la puerta, conteniendo lo más que puede la respiración porque las heces ya comienzan a hacer del ambiente un aroma insostenible y pregunta:

—Oficial, disculpe. ¿Qué pasa?

El policía se detiene, voltea, y se regresa a la altura de la puerta haciendo un gesto de desagrado por el olor.

—Pasa que tus pinches amiguitos famosos están haciendo un cagadero acá afuera.

Todos en el resto de los separos empiezan a reír y a burlarse.

—Oh, no chilles, pinche pitufo.

—Ya cálmate pinche cuico, si bien que quieres salir en la tele.

—Pero, eso es bueno, ¿no?

—Pues podrían adelantar el proceso.

—¿Para salir?

Los reos dejan de reír y molestar al policía.

—¿Para salir? —repite el gendarme—. No, señor. Tú mataste a una lacra, y por muy lacra, eso es homicidio; te van a encerrar.

—Oh, ya déjalo, tecolote; no lo estés chingando.

El oficial se voltea hacia todos y les sonríe con sarcasmo:

—Sólo hay alguien que lo pasa peor que los policías en prisión: Los mata-lacras.

Ricardo, perturbado, se va a la banca y se encierra a sí mismo dentro del cobertor.

—No le hagas caso, mi Oscar Winner, el cuico te está chingando.

Ricardo no sale de la manta; pero agradece el gesto en voz alta.

Tiene los días contados y la sombra de su cobertor le brinda un refugio inconmensurable.

Unas horas después, vuelven a llamarle la atención a Ricardo.

—Spitalier, tienes visita.

Ricardo, asombrado, emerge de su cobertor y ve, en la reja, a Hernando Escorihuela.

—Puedo pasar, le pregunta éste al policía.

—Ay no mame, don —y se va—. Tienen diez minutos.

Todos los reos se incorporan a las respectivas puertas de los separos para atender el chisme de manera imperdible.

—No mames, Ricky. Huele bien culero.

Ricardo se abochorna y, apenado, baja la mirada con absoluta vergüenza. El director entiende y

cambia luego luego el tema.

—Hey, ánimo, campeón. Te tengo buenas noticias. Los abogados de la Asociación de Actores están allá arriba, con el Ministerio Público y con el juez.

Ricardo sonrió desesperanzado.

—¿Qué, no estás contento con la noticia?

—Es que el policía me dijo que de cualquier forma voy a acabar en la cárcel.

El director, de manera involuntaria, se sobó la calva.

—Sóbame ésta —grita un presidiario.

—Oh, cállate cabrón —le dice uno; mientras que el resto los chistaban y le chiflaban.

Hernando continuó:

—No sé muy bien como está el pedo; pero van a buscar ampliar un tiempo para que la investigación avance sin que te encierren; y luego buscarán que la condena sea lo mínimo o, incluso, que se anule.

—¿Se puede?

—¡Sí, claro!

—...

—Creo...

—Gracias. Y perdón que le haya dado lata, Hernando.

—Cállate, mijito. Ni me digas. Se está haciendo un alboroto —dijo riendo y contagió su alegría con Ricardo que le sonrió—. No, Ricky, deberías de ver. Noticieros, programas de revista, periódicos. Todos los medios están presionando. Actores, directores, ONGs internacionales. Eres una estrella, un héroe.

—¿Se corrió la voz de lo que pasó?

El director nota la pesadez que acongojaba a Ricardo.

—Sí, hijo, Tuvimos que emplearlo todo.

—Por favor dejen a mi madre fuera de esto. No quiero que se sepa que/

—Lo siento, Ricky. Tuvimos que echar toda la carne al asador y tu mamá estuvo de acuerdo. Todos saben la historia completa.

—Todos saben que soy un asesino...

—No, Ricky. Todos saben que eres un héroe. Todos sabemos que defendiste a tu mamá. Que detuviste a los delincuentes. Eres un orgullo nacional.

—Putra madre... —musita.

*

Horas más tarde, abren la celda y, exaltado, Ricardo se incorpora mientras ve que ingresa un malandro a su celda. Todo tipo de terrores recorren su mente. Como adivinando, el policía le contesta su pregunta tácita.

—Es que ya no tenemos espacio en las otras celdas.

Ricardo asiente.

Nomás se aleja el policía y el delincuente se le acerca a Ricardo y le extiende la mano.

—Ubaldo López.

—Ricar/

—Ricardo Espitalla; ¿no?, ni te presentes carnal, eres más famoso que el Papa.

Ricardo hace una mueca incierta; los otros detenidos se asoman como para comprobar las intenciones del presunto presidiario.

—Cálmate, carnal. No voy a hacerte daño. Yo me pongo el antifaz; pero no hago chingaderas,

puro bisne, valedor. La neta, al chile, sí estuvo bien que entiesaras al puto ese. No carnal, se la dejaste *light*.

Al ver el gesto de Ricardo, acotó:

—Perdona, Richie.

Se sentó a su lado en la banca y platicaron por horas.

—No compa, pu's la mera neta yo sí me la gané. Por andar de malandro me van a guardar unos añitos.

—¿Cuánto tiempo, Ubaldo?

—No, leve, carnal. Unos dos; de dos a cuatro. Porque no fue mamalón mi crimen, no; no es que hubiera enfriado a alguien.

—¡Estás bien pendejo! —le grita alguien desde otra celda.

—¡Uy, carnal; perdóname!

Ricardo le sonrió condescendiente.

—¿Cuánto crees que me den a mí?

—Híjole, mi Rich; pu's es que sí te enfriastes al puto ese...

—¿Cuánto crees?

—Pu's a mi compa El Masca-tuercas le dieron de quince a 30, carnal. Igual, por homicidio. Luego los sacan en 8 por buen comportamiento —dijo haciendo una ademán de dinero con los dedos pulgar e índice.

El color se le fue a Ricardo, comenzó a sudar frío y Ubaldo notó los signos del miedo; como depredador urbano, los sabía reconocer y, avergonzado, quiso acolchar el golpe producido.

—Pero tú eres una estrellita, carnal. La gente como tú la pasa rápido. Yo creo que te van a sacar en corto.

Ricardo trata de dibujar una sonrisa, pero ese gesto nomás no le sale.

—Además, toda la artístada anda pidiendo tu libertad. Salen actores y actrices pidiendo tu libertad, conductores... bueno hasta los pinches cocineros y maquillistas de las producciones andan haciendo ruido. Se colaron unas escenas de tu película y tu mami anda chille y chille en todos los programas de tele y la neta es que hasta los malandros queremos que la chispes

Ahora sí, Ricardo le sonrío.

La noche cae y un celador le trae un par de hotdogs del Oxxo a Ricardo.

—Te los mandan los del noticiario.

Ubaldo se le queda mirando y ríe con asombro. Ricardo también ríe y le extiende uno y él se come el otro. Traga como naufrago rescatado y Ubaldo siente pena por comerse el otro hotdog; pero igual se lo echa.

—Gracias, carnal. Me cae que sí eres a toda madre.

Ricky le sonrío y ambos se recargan e la pared.

—Te hubieran mandado unas chelitas, ¿que no?

Ambos ríen.

—Estaría chingón, mi Ubaldo.

—Descansa, Ricardo. Porque mañana van a recogernos temprá, Tipo 4am. Nos van a trasladar al reclusorio y, luego del *check-in*, nos van a poner a vestir y el resto. Ya pasado mañana, empieza lo bueno.

—¿Qué?

—La fajina. A hacer aseo. Tú tranquilo, Ya no pienses en eso ahorita.

Todavía está oscuro cuando empiezan a llevarse a los convictos.

Cuando el policía abre la celda; Ricardo se orina encima.

—No llores, compita —le insta Ubaldo—. Que no noten tu miedo. Yo y mis vales te vamos a tirar paro.

—Órale, pinche malandro, vámonos a la jaula.

—Ya voy, ya voy, güey.

Ubaldo se para en el marco de la puerta y hace un gesto de reverencia para que Ricardo salga.

—Tú primero, Lord Mata-lacras.

Ricardo se levanta dejando mostrar al policía y a Ubaldo su pantalón meado.

—No, ratón, no andes organizando; el actorcillo se queda.

—Pero si ya lleva 72 horas.

—Ora. Eres su abogado, ¿o qué pedo?

—Le da un zape y lo empuja fuera del separo.

Ubaldo lo voltea a ver con envidia; luego, como ordenando sus sentimientos y sus pensamientos, se alegra por él.

—Ya estuvo, vale. Ya la chispaste; no vas a pisar el tambo, carnal.

Ricardo pela los ojos y recibe una sonrisa sincera de su nuevo amigo.

—Cualquier cosa que necesites; preguntas por Timón.

—¿Timón?

—Sí, carnal; como el compita del Pumba. Ese es mi apodo.

Ricardo le sonríe con una añoranza adelantada.

Pasan más horas, incluso días y nadie le explica nada.

Resulta que los abogados de la Asociación de Actores ejercieron mucha presión.

Los medios y líderes de opinión empujaron a tope el tema.

Se recabaron firmas.

Y el aparato legal se accionó a favor de Ricardo.

Después del término constitucional, el Ministerio Público realizó una narrativa de los hechos para consignar a Ricardo ante el juez; presentándolo con todas las pruebas periciales y la declaración de los hechos esperando que el juez resolviera si era culpable o no. Tras leer el pliego de consignación y tomando en cuenta la presión mediática pidiendo y obteniendo la ampliación del término constitucional, los políticos ejerciendo presión para liberar al chico... y todo esto aunado a una serie de asesinatos que comenzaron a estallar en la capital del país con las respectivas notas de <<Policía Corrupto>> y <<Juez Corrupto.>>; así como una serie de casetes de diferentes mujeres que habían grabado al juez, a ese mismo juez que tenía en sus manos el caso de Ricky, un juez a punto de volverse Magistrado, Carlos Ramón del Rayo, donde extorsionaba a las esposas de los presuntos responsables de los crímenes que él juzgaría, para tener relaciones sexuales a cambio de la libertad de sus maridos; con todo, todo eso en juego, el maestro en derecho Carlos Ramón del Rayo decide que no lo puede consignar porque las pruebas no ameritan ni son contundentes y otorga libertad por falta de elementos.

—No se acredita la probable responsabilidad y por eso queda libre —dice Carlos Ramón, ante las cámaras, para sorpresa y alegría de todos.

<<La posición víctima-victimario —dijeron los peritos— fue contundente para lograr el resultado que todos compartimos con alegría con el ex-presunto responsable Ricardo Spitalier. La prueba de balística, la absorción atómica y el radisonato de sodio probaron la culpabilidad de los occisos; incluso con las complicaciones que los choques representaron para la investigación.>>

—Si la ley no se pronunciaba a favor de nuestro héroe de telenovela, dijo Joaquín en su noticiario— Su libertad iba a acreditarse ejerciendo su derecho de legítima defensa salvaguardando un bien superior, su madre. Ricardo sale en libertad a un mundo nuevo, y distinto que el que había dejado en pausa.

Nota del autor: Este contundente relato es, en realidad, una parte fundamental de mi primera novela *Ese Breve Espacio*. Obra que desencadena a los terroristas justicieros del Ejército de Liberación Insurgente Armado, presentes en la mayoría de mis obras, y que sin dudas me hizo, como con los vampiros, probar sangre, sangre literaria, y tras escribirla, justo después del punto final, con un llanto incontenible, darme cuenta que jamás en la vida podría ser tan feliz como lo era escribiendo.

Si te interesa leer mi primera novela completa, ésta es la liga:

<https://amzn.eu/d/5XkMNUy>

Gracias.

EL PRECIO DE LAS COSAS QUE PERDEMOS

—Esto es una tontería, Alejandra.

—Ay, Ulises; ya cállate y toca.

La fachada de la casa era espantosa. La entrada, la custodiaban unas rejas blancas de metal que se iban pelando y dejaban, por aquí y por allá, huecos donde el metal se oxidaba a la intemperie. Las paredes verdes, despintadas, se parapetaban rechazando al resto del mundo, en batalla constante contra los muros y bardas de las casas contiguas. El patio estaba sucio, polvoriento y los restos famélicos de unas enredaderas moribundas se desparramaban desde aquellas verdes paredes para acabar retorcidas en el suelo cubierto de hojas secas y pasto salvaje que se apropiaba de las partes resquebrajadas del cemento del piso, y la tierra.

Una cochera, justo al lado de la puerta que daba acceso al interior de la casa, contenía un VW Caribe, automático, blanco.

—Vámonos, Alejandra. En serio. Aquí está bien culero.

—Yo voy a entrar —dijo, mientras un llanto contenido anunciaba una decisión infranqueable.

Ulises dudó si esperarla en su camioneta o, a pesar de todo lo que su entripada alma le clamaba, entrar con ella.

Tocó el timbre de manera decidida.

Nada.

Tocó otra vez.

Nada.

—Es una señal, Ale; vámonos.

Ahora fue ella quien tocó el timbre. A pesar de no emitirse ningún sonido, desde las ventanas del piso superior de la casa, alguien parecía asomarse.

—Mira. Nos están viendo.

Ella volteó a las ventanas y no vio nada.

—No seas pinche paranoico —dijo mientras jalaba una cadenita que hizo sonar, con sutileza, una campana que acababa de descubrir.

Al volver la vista a las ventanas, descubrieron, entre las cortinas, a un niño que los veía fijo.

El niño soltó las cortinas mientras que, a lo lejos, se escuchó una serie de rechinidos y un tremendo choque de autos que les erizó la piel. De esos accidentes que suenan a fatalidad. Ulises y Alejandra voltearon hacia el sonido de manera simultánea, pero de inmediato se abrió la puerta de la casa y el niño avanzó hacia ellos para abrirles la reja.

—Venimos con/

—Ajá —dijo el niño, interrumpiendo. Ladeando la cabeza les indicó que pasaran.

Se miraron a los ojos, de nueva cuenta, y entraron.

El niño cerró la reja exterior y los rebasó con el fin de entrar primero. Parecía que la oscuridad del interior lo engulliría, pero el niño brilló por sí mismo, desde adentro. Al umbral de la puerta, ambos, como por una fuerza misteriosa, se detuvieron.

—Órale, no lo piensen; si de todas formas van a entrar —dijo.

Entraron.

El niño los guió a través de una sala fea y vieja color ladrillo; con los sillones cubiertos de hule y en vez de una puerta, la cocina, que estaba a lado, tenía una tela toda cochambrosa que “impedía” mirar adentro. Sobre el rincón de aquella estancia, colgando del techo, con una mesita

de lectura abajo, una lámpara con la figura de dos ángeles peleando, uno con las alas recortadas, brillaba al tiempo que finitos alambres dejaban escurrir gotas de aceite hacia su base.

Contra todo pronóstico, la casa no era oscura; de hecho, a pesar de no haber ninguna luz encendida, salvo la lámpara de aceite, la casa estaba iluminada por la luz del sol que entraba por las ventanas; incluso siendo una tarde nublada.

El niño los dispuso en la mesa del comedor, larga, de madera, con un hermoso mantel blanco, debajo de un ridículo, pero funcional, plástico transparente.

—La señora no tarda —dijo mientras ponía una jarra de plástico sobre la mesita de la sala y tres vasos de cristal—. Ahí les dejo agua de jamaica, beban con confianza.

Voltearon a la mesa y al regresar la vista y querer agradecer, notaron que el niño ya se había ido.

—Qué tal el vaso, ¿eh? Parece de esos vasos que contienen mole.

—...

—Ya sabes, del mole que venden en los supermercados —comentó Ulises con una risita como diciendo cualquier cosa para atenuar el ambiente.

No hubo complicidad por parte de Alejandra; en cambio, desde la planta superior se escuchó la voz de una señora.

—Son vasos de veladora, Señor; no son de mole. Son de los que contienen la vela dentro para que no haya incendios.

Por las escaleras comenzó a bajar, lento, una señora y, mientras lo hacía, les dedicaba una mirada neutra y una leve mueca en el rostro, casi como una sonrisa, pero sin serlo.

El celular de Ulises sonó; pero nadie le llamaba, de cualquier forma lo desplegó y trató de captar la voz de alguien del otro lado. Pero no había nadie llamándole. Ulises quiso comentar que sonó sin querer, que nadie le llamaba; pero nada más de imaginarse la jetota de Alejandra, desistió. Ofreció disculpas mientras ponía el celular en *mute*, al tiempo que Alejandra le pedía mejor apagarlo.

Ninguna llamada. Pensó Ulises. *Estos pinches nuevos aparatos.* A pesar del sonido, no tenía ninguna llamada.

—El agua está muy rica. Deberían tomar agüita de jamaica —dijo la señora—. Estas cosas le secan a uno la garganta. Los vasos están bien lavados, de veras —sirvió los tres vasos y se llevó uno con ella. Siguió caminando hasta ocupar la cabecera de la mesa, poniendo espacio de por medio—. Lamento mucho su situación. Es terrible, terrible la situación y terrible la incertidumbre —dijo como para sí misma—. Si lo sabré yo, claro que sí...

Alejandra sintió cómo sus ojos se humedecían, pero no quería llorar; ya estaba harta de llorar, ya no tenía llanto que derramar. Era más bien una sensación tipo llanto, pero distinta.

Su completa atención estaba puesta sobre la señora pero, cada palabra era como una revelación que la hacía sentir algo nunca antes percibido.

Se sentía dentro de una película de esas angustiantes, pero de bajo presupuesto; rodeada de una falsa iluminación, una mesita y una sala pedorras, de utilería, y unos actores mediocres y derrotados representando unos papeles falsos, todos chafas y, sin embargo, ahí estaba ella buscando la respuesta a la pregunta que no le permitía estar en paz desde hacia poco más de dos años; a la pregunta que la hacía levantarse a media noche, en medio de gritos y sudores fríos, aterrorizando a su esposo quien sufría todo aquello y más, a su manera; para terminar con llantos inconsolables porque aquello que más ama, había desaparecido.

La señora bebió un sorbo y, mirándolos, esbozó una sonrisa ligera y llena de empatía. No de felicidad, sino de empatía.

Silencio.

Por unos instantes, nadie dijo nada. Luego, la señora continuó.

—Van a ser doscientos mil pesos.

Ulises abrió la boca, pero Alejandra le aventó la mirada de: <<Cállate, cabrón.>>

—Van a ser ciento cincuenta mil pesos ahorita, en efectivo, como convenimos por teléfono —dijo viendo a Alejandra y luego soltó viendo a Ulises—. Y cincuenta mil más cuando aparezca su niño. Cuando sepan dónde está, cuando corroboren que es él —corrigió.

Alejandra le dio una maleta con billetes y la señora se la pasó al niño que volvía a aparecer de quién sabe dónde para tomarla y subir rápido a la planta superior donde sus pisadas se sumaron a otras más, tres pares más, en una de las habitaciones de arriba.

¿Había más personas allá arriba?

Había más de ellos allá arriba. El niño, en la planta superior, no estaba solo y eso los intranquilizó.

—Denme la foto de su hijo; la foto y la prenda de ropa. Pónganla sobre la mesa —dijo la señora, medio ordenando.

La señora se levantó, anduvo hacia el trinchador del comedor, lo abrió y la puertecita de madera con cristal rechinó de forma tétrica, luego hizo vibrar toda la cristalería adentro; ellos notaron la cantidad de vasos de cristal, vasos vasos, no de mole ni de veladora, vasos de cristal y, claro, llamaba la atención que todos estuvieran bocabajo, alineados; tomó uno vacío que sacó de las cajoneras de la parte inferior del mueble y haciendo un hueco entre las decenas que se encontraban en la parte superior, dijo en un murmullo con los ojos entrecerrados, con firmeza, como si su vida dependiera de ello:

—Por favor, Señor, que aparezca aquello que estoy buscando, porque no lo puedo ver.

La señora depositó aquel vaso, bocabajo también, con fuerza, en el interior, junto con los demás. Luego cerró la puerta rechinante y el cajón de abajo.

Regresó.

La desconfianza, a Ulises, y quizás un poco a Alejandra también, les comenzó a aguzar los sentidos con respecto a todo aquello. Notaron, fijándose en ella, al volverse a sentar, que uno de sus párpados caía rendido a medio ojo, no se movía al compás de su mirada. Uno de sus ojos se perdía, virolo, en un espasmódico repiqueteo ocular, como si, acelerado, estuviera buscando algo allí o allá, y las lágrimas de aquella mujer se comenzaron a acumular en la comisura de sus ojos. Encendió tres velas. Le notaron, también, las uñas medio largas y mugrosas, como si le salieran garras con tierra. Mientras ella hacía un triángulo con las puntas de los dedos, pulgar con pulgar, índice con índice y el de en medio con su respectivo, sobre la foto, una sensación electrizante les circundó. Entonces, comenzó a farfullar unas palabras inteligibles y parecía envejecer con premura.

El agua de jamaica, en sus vasos, se consumía a sí misma muy poquito a poco, pero enrojeciéndose cada vez más.

Una serie de pensamientos ametrallaron sus mentes. Eran recuerdos de su pequeño que gorgoteaban en sus cabezas

Las pisadas de arriba sonaban cada vez más aceleradas y toscas, dando vueltas en la parte superior de la casa.

Ambos voltearon a la escalera a ver al chico que bajaba a prender, corriendo, las luces de la sala y el comedor y volvía agazapado a mirar a la señora mientras, cogido de nuevo del barandal y con la cara entre los barrotes de la escalera, parecía murmurar algo, también, junto con ella.

De pronto, las pisadas, arriba, cesaron, unas puertas rechinaron al mismo tiempo y tres diferentes pares de pisadas comenzaron a desplazarse, descendientes.

El celular de Ulises sonó de nuevo. Él palideció, nadie le llamaba y lo había puesto en silencio. Las luces del interior de la casa resplandecieron de manera cegadora, al tiempo que una oscuridad total envolvió el exterior mientras las luces volvían a bajar de intensidad, casi, como si la energía eléctrica estuviera a punto de irse, los focos pelones de la casa tintinearón como si fueran a fundirse al mismo tiempo.

Dos pares de pisadas rápidas y ligeras, seguidas de unas torpes y pesadas se escucharon desde los cuartos de arriba y luego corriendo escaleras abajo, por detrás del chico, que cerraba con miedo los ojos, y se oyeron salir de la casa mientras la puerta, que estaba abierta y no lo habían notado —¿o estaba cerrada?— se azotaba. Pero eran pisadas y nada más. Sin pies. Sin cuerpos. Sólo el sonido producido por tres pares de pisadas. Un relámpago acompañado de su respectivo trueno pareció arremeter contra la puerta de la casa que daba a la calle al tiempo que una fuerte lluvia comenzaba a azotarse hacia todas y cada una de las ventanas y, de pronto, el granizo se dejó escuchar por el techo de la casa en el momento en que la luz recuperaba su intensidad normal mientras, afuera, la oscuridad de una tarde de tormenta los envolvía.

—Su hijo está muerto, lo siento mucho —sentenció con la voz entrecortada, grave.

Ambos padres se echaron hacia atrás en sus respaldos.

Sabían que esto era lo más probable; pero saberlo, pensarlo y escucharlo son cosas muy diferentes. Una sed tremenda les pegó, mientras sus caras se desfiguraban al son de los diferentes sentimientos que les acometían.

Ulises iba a decir algo y ella, la señora, lo paró en seco con un gesto de su mano.

—Lo digo porque lo sé —tomó una pluma Bic de tinta azul y escribió sobre una servilleta las indicaciones para llegar a él; luego aclaró—. Aquí tengo lo que necesitan para dar con el cuerpo de su hijito; pero deben saber algo. Ustedes me pagaron ya por encontrar la paz dentro de su tragedia. Y eso les he ofrecido ya. Una paz que, poco a poco, de entrada, los irá calmando; y que con el paso de los días les ayudará a volver a tener ganas de vivir. Si ustedes se van sin esta servilleta, no les pediré los otros cincuenta mil y el precio de su búsqueda estará saldado. Pero, si esta paz no les basta y lo quieren comprobar, hay un precio adicional a pagar.

—Lo sabía, carajo/

—Señor, no es lo que usted cree; pero debo decirles cómo funciona esto: Si yo les permito encontrar lo perdido, recuperar lo robado, alguien más tendrá que perder a alguien. Yo ya les dije que su hijo está muerto, y sé que quizás esté en paz —el niño en la escalera tenía los ojos en blanco y murmuraba algo muy bajito—. Si no se contentan con eso, les daré la servilleta, ustedes recuperarán los restos de su hijo y una familia más, desconocida, sin ningún nexo con ustedes al día de hoy, perderá a un niño o una niña de manera definitiva. No será su culpa, ni la mía —dijo con pesar—. Pero es lo que pasará. Es el precio de estas cosas que perdemos y lo que estamos dispuestos a pagar por recuperarlas.

—Yo... —dijo Alejandra dubitativa/

Se escuchó un estruendo en la tarde lluviosa, de nuevo; y ambos se sobresaltaron.

Alejandra comenzó a llorar y, encogida de hombros, sumió la cabeza entre sus manos, con los brazos apoyados en las piernas.

—Denos esa pinche servilleta —exigió Ulises desesperado.

El niño volvió en sí y bajó, veloz, las escaleras. Tomó la servilleta de las manos de la señora y se la alcanzó a él mientras corría de vuelta a la puerta y la abría para que esos dos extraños se fueran de ahí.

La señora, desgastada, se humedeció los labios y se recargó en su silla. Ulises miró lo garabateado en la servilleta y rompió en un llanto silencioso al tiempo que se llevaba la mano

libre a la boca, con abatimiento. Alejandra lo volteó a ver y tomó la servilleta de su mano para gemir al descubrir un nombre conocido y unas indicaciones claras sobre dónde encontrarían los restos de su hijo.

Se incorporaron deshechos, derrotados y se fueron; sosteniéndose uno del otro, como dos mendigos sin hogar.

Al umbral de la puerta, Alejandra volvió la mirada hacia la señora, quien ahora parecía una viejecita trastornada que se mecía para adelante y para atrás, con la mirada fija sobre la mesa y tres vasos de agua, semi-vacíos. La señora parecía estar rodeada por sombras. Alejandra se despidió agradecida, pero no recibió respuesta.

Una semana después, Ulises volvió a la casa de la señora y, sin tocar el timbre ni jalar la cadena de la campana, aventó una mochila con el resto del dinero por encima de las rejas. Esta cayó al lado del VW Caribe y, sin querer, alzó la mirada para encontrar, entre las cortinas, al niño que lo veía inexpresivo.

Se marchó.

Nota del escritor: Ésta, sin lugar a dudas, es una narración que me fascinó. La escribí y fue el catalizador de mi novela más perturbadora y aterradora; aún así, disfruté mucho de su creación. La novela completa de este fragmento se titula: Lo que hemos perdido. Te dejo la liga:

<https://amzn.eu/d/eQMwulC>

Espero que te lata.

EL OJO DE AGUA

1

Nada.

...

No hay sonidos; ni el del silencio.

Una ausencia, ausencia infinita y húmeda.

Es la locura.

No más.

Es la calma total.

De pronto, sale del elevador del edificio donde estaba. Sale expulsándose por fin después de horas, quizás días de intentar abrir la puerta.

El viento le azota de repente.

No hay ni una ventana que lo proteja del frío, todas están rotas.

Baja las escaleras encharcadas.

El sonido, entonces, empieza a dejarse escuchar. Son el eco de sus pasos que retumban, al sonar de sus pisadas al rededor. Son pasos mojados, chancleando el sonido de los dejos del agua sobre las superficies; las ventanas rotas.

Sus ropas, húmedas.

Frío.

Tiene frío, mucho; es un frío que hace a su cabeza sentir estallidos de cólera; un enojo profundo por su incapacidad para el abrigo. Como no ha comido en algunos días siente que se marea. Se detiene en su andar, en su descenso, se sostiene de sus pensamientos para no caer derrotado por la nausea que le provoca la inanición.

Son muchos los pisos que tiene que bajar, así que se detiene cada seis.

Cómo deseó haber aceptado la invitación de Carlos, su mentor, a los entrenamientos para aquel triatlón al que lo invitaba con tanto ahínco; pero después de haber corrido el maratón, ya no le impulsaba, no le daban ganas de correr en ninguna competencia. Además, nah, se siente desfallecer no por la falta de fuerzas o condición; sino por el hambre. La falta de energía; de combustible.

Vuelve el silencio mortal...

No sabe qué es lo que ha pasado.

Sale del edificio...

Todo está en ruinas.

Sólo encuentra líquido encharcado por las calles; solo entre el líquido de las calles.

Los autos están volteados; son pocos, no muchos. Los postes de luz y semáforos, destrozados, arrancados. El cielo está gris en demasía, plomizo y brillante; todo resplandece por los reflejos del asfalto húmedo. Las ventanas de las casas y edificios también están rotas. Sonríe y recuerda la teoría esa del policía neoyorkino de la ventana rota.

<<El diablo está en los detalles.>> Le decía su mentor instándolo a qué tuviera más cuidado en todo y a no dejar nada sin resolver, sin componer porque eso podría desencadenar peores desavenencias.

Por algunas de las avenidas corren pequeñísimas corrientes de agua y su murmullo lacera el

silencio funesto de aquella ciudad en pausa. De aquella ciudad fantasma.

Se detiene sosteniéndose de una pared. Si no come, morirá.

—¿Hay alguien por aquí? —trata de gritar; sin embargo, sólo un cuasi-murmullo sale de su alma. Aclara la garganta y, por fin, puede gritar— ¡¿Hay alguien!?! —nada, sólo el eco de su voz que golpea en cada pared, en cada edificio destrozado hasta recorrer distancias que él mismo, en su actual estado, sería incapaz de andar.

Mira una tienda, un supermercado o una tienda departamental, no sabe en realidad, está muy muy mareado. Parece de esos clubes de los que tienes que ser socio para poder comprar, de esos que venden de todo en grandes cantidades.

Irá a ahí, entrará y comerá lo que haya. Camina despacio, con lentitud constante. Cruza la avenida y voltea, por mero instinto, a ver si no viene algún coche, pobre idiota.

Se le sale una lágrima y comienza a tiritar.

¿Acaso ya no hay nadie en esta ciudad?

¿Puede toda la ciudad desaparecer tan rápido?

La tristeza acongoja su corazón.

No hay nadie en verdad; ha entrado a la tienda y se da cuenta que no hay absolutamente nadie.

Está solo; solo de verdad.

Ya había vivido épocas de soledad, pero no esto. Antes, cuando se sentía sólo, trataba a los demás como si no estuvieran, porque sentía que los demás lo trataban así. Pensaba que su soledad era infinita; sentía que sufría de la peor de las soledades, la que se siente alrededor de todos los demás. Pero ahora, ahora estaba solo en verdad; es decir, no hay ni una sola persona a su alrededor.

¿Cómo carajos podrá sobrevivir solo?

Camina por lo que eran los pasillos de la tienda, o lo que aparentan haber sido. Hay cascajo húmedo por todos lados. Está todo barrido por una gran inundación, al parecer. Y el sonido es el verdadero y latente murmullo de la soledad; con vacuos ecos que retumban fuertes, en volúmenes estratosféricos, que hacen estremecer sus oídos y su alma.

Es angustiante que todo esté húmedo, que haya charcos por doquier.

Y luego está todo destrozado, todo en el suelo, todo; madera podrida, trozos de cemento, piezas de concreto, vidrios, fierros oxidados, tierra, arena... pero nada de comida, nada que pueda servirle.

Ni nada de gente.

Ni nada de cuerpos.

Recuerda esas teorías de las especies extraterrestres. Recuerda las sospechas de Marte, que habiendo sido habitada en su total esplendor, su raza evacuó el planeta llevándose todo. Recuerda las teorías sobre las razas maya, que desaparecieron sin dejar rastro alguno; y los atlantes y lémures y siente que su raza lo ha abandonado.

El último ser en la Tierra; así se siente.

<<Calma, calma, Gustavo. No futurices.>> Piensa.

Camina al fondo de la tienda y mira un par de escaleras eléctricas, unas que llevan a un segundo piso y otras que bajan.

Sin pesarlo comienza a ascender mientras se asoma por el costado del barandal hacia abajo, hacia las escaleras que descienden.

Las piernas le duelen demasiado; no sabe cuánto tiempo estuvo encerrado en ese maldito elevador.

Al principio, no se sorprende; pero después, le aterra lo que ve.

Está toda la planta inferior, a la que las otras escaleras dan, inundadas hasta el tope. El agua alcanza a salir desbordándose hacia la planta baja. En ella, en el agua que parece manar de abajo, salenajos lamosos y verdes, como babas espesas. No sabe si son plantas o algas. Un mareo casi lo tumba; recuerda que estaba ascendiendo y lo hace para ver si halla algo que comer.

Para su sorpresa se encuentra con un área gigantesca, donde todavía alcanza a encontrar restos de muebles o aparatos electrónicos; pero nada de comida.

Camina rodeando las paredes del lugar pero sólo encuentra, al final, algo que le podría servir, tres colchones que aún se encuentran plastificados, con restos de un polvo pegajoso, testimonio de que allí la inundación también pasó. Tres colchones que han sido lo único que se ha conservado de todo ese desastre.

¿Qué demonios habrá pasado?

¿Por qué se ha acabado el mundo?

¿Por qué se ha ahogado el mundo?

Se dirige hacia las escaleras de nuevo y las baja. Camina derecho hacia donde está la entrada de la tienda y encuentra que está lloviendo afuera.

Escucha el sonido de la lluvia, escucha cada una de las gotas que caen golpeando el suelo o las paredes.

Es un olor especial el de esta lluvia, no es el preticor de siempre, no es aquel delicioso olor a polvo o tierra mojados; es un olor diferente, podría jurar que jamás lo había oído y, sin embargo, le es familiar, es como el olor de la escarcha en los congeladores antiguos, pero con una muy pequeña esencia, un gusto metálico o de sal, no sabe bien.

¿Sangre?

2

Quiere salir, pero sabe que, lo más probable es que se resfriará así que da media vuelta y regresa hacia las escaleras eléctricas.

Mira el ojo de agua que parece formar la bajada a la planta inferior. Está en constante movimiento, como con oleadas.

Se abstrae quién sabe cuánto tiempo observándolo.

Parece que la noche, por fin ha llegado, y sus horrores lo alcanzan; ya que todo se oscurece de pronto y su sensación de soledad le acompaña ahora con el miedo.

Sube, poco a poco, las escaleras eléctricas, las escaleras oxidadas; se detiene, pues el murmullo de la lluvia se apaga. De pronto una gran luz ocupa todo el espacio y después un estallido se deja escuchar, es el sonido de un relámpago, es un trueno y Gustavo voltea hacia la entrada, pero todo se ha oscurecido de nuevo; sin embargo, aún en la oscuridad, alcanza a ver algo, alcanza a ver algo que escucha. Escucha ese objeto que le ha llamado la atención porque alguna fisura de tubería, o del techo, deja caer una serie de gotas: seis gotas, se detiene y comienzan otras seis a caer de nuevo.

Baja dos escalones preguntándose si sería bueno ir a investigar.

No tiene muchas fuerzas, por lo que lo más prudente sería irse a acostar a alguno de los colchones que encontró; sin embargo, la idea de que quizás mañana no despierte, ya por la falta de fuerzas, ya por la carencia de alimentos, le hace no derrotarse e ir a verificar.

Otro estallido lumínico, relámpago, aprovechado pues ahora ha notado que quizás eso que escucha y que mira perfecto desde la imaginación, desde el corazón —desde donde se ven las cosas importantes— es una lata de comida.

Trata de no ponerse demasiado ansioso, pero la idea de que ha encontrado alimento le hace

emocionarse.

Es una promesa; si es una lata de alimentos, es una promesa de subsistencia.

Baja las escaleras olvidando su estado actual carente de fuerzas, por lo que, al intentar correr hacia abajo, se desploma hasta el suelo. No se ha herido demasiado, sin embargo le ha costado mucho trabajo levantarse.

Con ironía, al ponerse en pie ha podido reconocer, desde la oscuridad, un cartel de sugerencias para casos de siniestros. Otro relámpago y lee: <<No corro. No grito. No empujo.>> Se siente adolorido, como si tuviera fiebre y el cuerpo cortado, aun así no se piensa enfermo, no se siente así.

Tras algunos momentos de recuperación, se encamina hacia la lata prometida.

Llega poco después y la ve.

Sí, sí es una lata; y quizás sí sea de alimentos.

Se agacha un poco para tomarla, agarrarla le cuesta trabajo; está atorada entre dos maderas.

Por fin la saca y se alegra. <<Una victoria para el equipo.>> Diría Andrea, su jefa, la Doctora en Derecho. La Senadora. Sonríe imaginándose estrechar palmas con ella por aquella pequeña victoria que lo es todo para él en aquel instante.

Sus movimientos son débiles y febriles; aun así, tiene lo que deseaba.

Todo parece indicar que sí es de comida; pero, justo después de una sonrisa demente que invade su rostro se da cuenta que no es abre-fácil y no tiene abrelatas.

La desesperación envuelve su alma.

Comienza a buscar algo que le sirva entre los escombros que la catástrofe dejó. No encuentra nada, nada útil. Se irrita y azota la lata al suelo; no se rompe.

Azota la lata al suelo; no se rompe.

Azota la lata al suelo; no se rompe. Azota la lata al suelo; no se rompe.

Sus lágrimas recorren a prisa sus mejillas y Gustavo comienza a sollozar.

Azota la lata al suelo no se rompe. Azota la lata al suelo no se rompe. Azota la lata al suelo no se rompe. Azota la lata al suelo no se rompe. Lloro triste al coger de nuevo la lata amorfa, hermética. La lluvia insiste en ese sonido que comienza a entristecerle de nuevo. Lloro como un niño sin su madre. Azota la lata al suelo no se rompe Azota la lata al suelo no se rompe azota la lata al suelo no se rompe azota la lata al suelo no se rompe. Grita de pavor, se vuelve loco: Azotalalataalsuelonoserompe. Azotalalataalsuelonoserompe. Azotalalataalsuelonoserompe. Es horrible, brinca desesperado, atemorizado, iracundo. Toma la maldita lata y camina a prisa hacia las escaleras.

Ahí, frente a ellas, coge la lata con las dos manos, alzando los brazos, y se hince como en un ritual cavernícola, como un sacerdote prehispánico que ofrece el sacrificio pertinente a los dioses Sol y Luna, Lluvia y Viento y, con todas sus pocas fuerzas, estalla la lata contra el filo de la escalera. Se parte por la mitad y él se corta la palma de la mano, pero no le importa; sí es comida. Es una lata de espaguetis pre-cocidos, sazonados con salsa de tomate y carne molida

Devora al instante el contenido mientras, sin querer, se abre los labios y la lengua con el filo de la lata.

Ha quedado satisfecho.

Es increíble, pero ese espagueti Le ha sabido a gloria. Y, con mucha probabilidad, le haya salvado la vida.

—Que se jodan los del Club Beachbody con su conteo de calorías y la renuncia a los carbohidratos —dice en voz alta, refunfuñando y luego con una risita frenética.

Se queda un rato sentado al pie de la escalera como pensando, pero con la mente en blanco y la

mirada fija hacia el vacío, hacia la oscuridad, hacia la nada.

Ni el frío ni los dolores le molestan por ahora, ha sido tanta su satisfacción por haber podido abrir la lata, y por haber podido comer, que no siente nada más.

Después de un largo momento lleno de intervalos de absoluto silencio, de sonido de lluvia y de los sonidos del agua que se escurre, se levanta; sus huesos le truenan al hacerlo. Sonríe pensando en que Andy le diría <<Ya sé que te he dicho que eres un alma vieja; pero tu cuerpo debería parecer de chavito de veintitantos. Déjame lo ruca a mí.>> Andrea le llevaba diez años.

Sube las escaleras, escuchando un sonido extraño; es su alejamiento, quizás.

Camina entre los restos de muebles y llega hasta la zona del naufragio de los tres colchones. Abre el plástico con los dedos, abre dos de ellos; y el otro lo pone en el suelo húmedo, encharcado. Después, encima uno de los colchones abiertos y luego el otro. Se desnuda y extiende sus ropas mojadas entre los tubos que salen de las paredes retorciéndose a su alrededor. Sube al tercer colchón con los plásticos en la mano y ya arriba se envuelve con ellos. Pronto comienza a sentirse tibio; un poco más caliente y así duerme sin soñar. Sudando miedos y angustias.

3

Despierta descansado ya.

Sin embargo aún es de noche y todo sigue envuelto en una completa oscuridad.

Su ropa aún no se ha secado, pero igual se la pone. Ha recuperado las fuerzas, pero aún se siente adolorido. Su mano no tiene costra y le arde demasiado; cree que eso es bueno pues al parecer no se le ha infectado. Piensa en ponerse un trozo de plástico que sujete su herida a manera de venda, pero lo piensa con detenimiento y al final decide no hacerlo; no sabe si el hecho de tener una herida envuelta en plástico sea peor que al aire libre, cree que el plástico serviría perfecto para crearle un cultivo de bacterias.

Baja las escaleras y sale del supermercado.

Sigue oscuro, pero ya no llueve.

Las calles, vacías; no hay ninguna persona alrededor, no hay ningún sonido, sólo ve charcos silenciosos por todos lados; el cableado de la ciudad, en el suelo; trozos de semáforos; cristales; paredes destruidas.

Hay neblina.

Camina por las calles.

Todo está igual, en todos lados: destrozado.

Comienza a darse cuenta que no encontrará algo de utilidad si sigue por esa avenida; sólo hay edificios de oficina. Se mete, entonces, por una de las calles contiguas. Sigue habiendo pequeñas oficinas, bancos, papelerías. Camina hasta que se cansa. Decide, entonces, regresar a la tienda, a su guarida.

De vuelta empieza a amanecer.

Se mete a la tienda y ya ahí se pone a buscar qué comer, ya le está dando hambre de nuevo y no queda nada de la lata. Comienza su monótona búsqueda, quizás encuentre otra lata entre los escombros.

Donde hay una, debe haber más; deben haber muchas. <<Principio de abundancia.>> Acotaría Carlos y, sintiendo su cercanía a través de sus pensamientos, del recuerdo, Gustavo sonríe.

Mueve maderas y trozos de lámina y fierros, no encuentra nada.

Ya ha buscado desde los escombros más alejados hasta la puerta; casi está en ella, a la entrada de la tienda.

Levanta una gran lámina y parece que ve algo brillante abajo; algo que refleja la luz del día que llega desde la entrada.

En eso, escucha un rugido.

No hace nada, como si ya se hubiera desacostumbrado a todos los sonidos menos a los del silencio; y los del agua. No se mueve, como para razonar mejor lo que sucede. Su mirada está fija en el objeto resplandeciente que de súbito se ha vuelto opaco; que de súbito ha dejado de reflejar la luz del día.

Oye otro rugido, ahora más intenso y más cercano; más real.

Oye el rugido y los trozos de escombros que crujen bajo los pies de alguien.

O algo.

Tras de sí, siente un tibio y húmedo aire; un putrefacto aliento respirándole por detrás. Voltea por instinto y no por convicción, y ve a un gran oso negro detrás suyo. Un gran oso negro que se alza y vuelve a rugirle por tercera vez, con las fauces abiertas, la baba escurriéndole entre los dientes. Menea la cabeza iracundo de un lado a otro.

Él no reprime ni uno sólo de los sonidos desordenados que el pánico mana desde su garganta temblorosa.

Grita aterrorizado.

El oso se deja caer sobre sus patas delanteras y suelta un zarpazo hacia Gustavo.

Él se echa a correr, rapidísimo, hacia el fondo del lugar mientras voltea de reojo y observa cómo la bestia lo sigue. Cincuenta kilómetros por hora, o algo así, vio que corrían esas bestias. Malditos programas de NatGeo. Su expresión de terror, sus facciones alargadas por la adrenalina, le desfiguran la cara; su boca hace una mueca espeluznante de miedo, mueca que pareciera ser un medio círculo hacia abajo; amorfo, desdibujándole la cara. Se siente cómo si estuviera llorando de dolor, pero el pánico indescriptible ha tensado tanto sus lagrimales que le es imposible soltar una sola lágrima. Su cara está paralizada mientras que sus piernas se desgarran en aquella carrera. Voltea y ve al enorme animal, a la fiera que se le acerca más y más y sabe que su final está cerca. No sabe si está gritando de veras o si su pensamiento está construyendo un alarido de miedo en su interior. No sube las escaleras, arriba no hay donde esconderse; en cambio, rápido se echa un clavado hacia la planta inferior, la inundada.

El agua está helada.

Al aventarse, el choque, aunque con inercia, detuvo su huída.

La desaceleró.

La garra del oso le ha rasgado la pantorrilla.

Sufre, pues ahora recuerda que los osos nadan y se sumergen perfecto. Voltea de soslayo, desde abajo del agua, hacia la entrada, mientras nada rápido, y ve que el animal no ha entrado; lo ve y sólo ha sumergido la cabeza, y lo ve.

Le ruge.

Le ruge de nuevo, debajo del agua, y, aunque ahí el sonido de su rugido no es tan estrepitoso como afuera, lo espanta en demasía; ve las burbujas de agua que se le salen por la boca, esquivando grandes y amarillentos dientes, afilados. Y él, en pleno terror, ha dejado también escapar valiosas burbujas de aire de su boca.

<<Ahora qué voy a hacer; dónde respiro.>> Piensa.

El oso parece intentar sumergirse, pero no lo hace. Quizás, más inteligente que Gustavo, se preocupa por el hecho de que quizás ya adentro no haya dónde respirar. Cerciorándose, de manera constante, que no venga para donde se encuentra; voltea, con desesperación, alrededor suyo y ve que es demasiado amplio el lugar. Gracias a que ya es de día no está oscuro, tampoco

muy claro, visible. Nota que al fondo parece haber una gran burbuja de aire.

Nada hacia allá.

El oxígeno comienza a faltarle y la desesperación lo consume; sus movimientos se vuelven bruscos y torpes.

Por fin llega a lo que es una especie de cápsula de aire atrapado y respira.

<<Putra madre.>> Piensa.

Se tranquiliza poco a poco.

El aire le sabe a viejo, a humedad. Una nausea arremete contra él pero su instinto de supervivencia aflora y vuelve, sin reparos, a respirar más de ese aire. Ve que el oso no lo siga y respira más y más. Comienza a mirar alrededor y descubre una sección más lejana. Nada, sumergido, hacia ella; atraviesa el umbral de separación entre una y otra sección, entre el ala del ojo de agua y el ala del fondo. Es genial, ahí, en aquel lado del supermercado, hay un tragaluz, ahora destrozado, que da hacia la planta de arriba, hacia el lugar donde se encuentran los colchones.

Respira amplia y profundamente, ahora sabe que no hay por qué preocuparse del oxígeno.

Se asoma a la otra ala de nuevo; mira a lo lejos, a ver si el oso no ha intentado ir por él, y sólo ve su cabeza, difuminada por los litros de agua que se interponen entre ellos. El oso se asoma, buscándolo, y se sale para respirar. De cuando en cuando intenta meterse, sumergirse, pero su instinto le ordena no hacerlo.

Pasa el tiempo y se siente atrapado.

¿Qué carajos hace un oso en la ciudad?

Un oso que es, aparte de él, el único sobreviviente que ha visto.

—Sólo sobrevivimos los dos y el idiota pretende matarme —piensa en voz alta.

<<Si hay uno y luego otro; seguro habrán más; Principio de Abundancia, ¿verdad, Carlos?>>.

Piensa en silencio; reflexionando.

Tiene sed y bebe del agua en la que nada.

Cree que lo mejor será dormir un poco; allá, al fondo de esa ala, ha visto una especie de ropero de madera flotando.

Se dirige a él y lo trepa; trata.

La inclinación que produce al intentar subirse a él hace que todo lo que tiene dentro se corra hacia su lado; también escucha un rodar extraño encima...

—¡Ay cabrón! —Grita.

¡Un cuerpo!

Un cadáver cae sobre él. Debido al asco, comienza a toser, y las arqueadas arremeten con repugnancia. Comienza a volver el estómago, pero por fortuna ya ha digerido el espagueti así que vomita pura bilis. Se aparta, rápido, del cuerpo; mejor dicho: aparta rápido el cuerpo de él, pateándolo hacia el ala de la burbuja. Se logra montar en el mueble por completo; se levanta y, ya parado, trata de alcanzar el techo. El suelo del piso de arriba. Pero es imposible; está muy alto, incluso para brincar.

Se recuesta y se duerme.

A pesar del frío, se duerme.

4

El meneo del mueble le hace despertar.

Está nervioso, angustiado; está oscuro de nuevo, cree que ya es de noche. Le da miedo el movimiento del agua, quizás el oso se haya decidido. Después de todo, en cualquier momento

podría lanzarse a su cacería.

<<El hambre es canija.>> Decía su abuelita.

Se angustia demasiado, comienza a llorar preocupado; no quiere morir devorado por una bestia. Quisiera ir a buscarle, asomarse para ver si sigue ahí, si ya se fue, o si ha entrado a cazarle; pero no lo hace, le da mucho miedo.

Recoge sus pies hacia él, alejándolos de las orillas del mueble. Le da pavor pensar que lo pudiera jalar de las piernas y comérselo. Lloro. Lloro mucho.

¿Dónde están todos?

¿Qué pasó?

¿Por qué está así?

¿Por qué está así?

Despierta de nuevo tras un largo sueño; al parecer, puesto que ya es de día de nuevo.

Verifica que no esté el oso cerca, en esa ala. No, no hay rastro de él. Tampoco ve el cadáver; era una mujer, joven al parecer. Quizás el meneo sí era porque el oso se aventuró; pero, tal vez, se quedó satisfecho con el cuerpo de aquella mujer. Él ha sabido, por los programas en los canales de reportajes de la vida salvaje, que los osos también son carroñeros; según.

Nada y no ve nada qué comer.

<<¡El zoológico!>> Se ríe. <<¡El puto zoológico está cerca! De ahí es de donde ha venido ese animal.>> Piensa alegre de haber descifrado el enigma. <<Si no, de dónde más.>>

Se sumerge hasta el fondo del ala.

Quizás quizás las latas y demás comida se encuentren ahí.

Recorre a conciencia todo el fondo del lugar. No ve nada de utilidad, solo monedas, una caja registradora, muebles, estantes...

De pronto, ve algo que llama su atención; es un bonche de refrescos de lata emplayados. Los toma con las dos manos y, mientras asciende de nuevo hacia el aire, ve que son de cola. Los pone encima del mueble donde durmió; se sostiene de él con una mano mientras su cuerpo flota. Abre la caja y saca una lata de refresco, la abre con una sola mano y la bebe toda. El refresco inunda su boca viajando hacia su garganta, dejando una película de caramelo sobre su paladar, sobre su lengua y la frescura de las burbujas le hacen sonreír con satisfacción; el refresco se desparrama por entre sus labios, hacia el cuello, y se pierde disolviéndose en el agua. El agua, al estar helada, ha mantenido en la temperatura ideal el refresco, está frío y delicioso; pensó que jamás volvería a tomar una de esas; se había prometido no tomar más refrescos en su vida, pero bueno, esto era otra cosa.

Le da hipo.

Tras un breve reposo, después de tomar el líquido hallado, se sumerge de nuevo, sólo que fuera de esa ala; en la otra, la de la burbuja de aire. Llega hasta esa burbuja, respira y baja a explorar a ver qué encuentra.

Ahí sí nota de inmediato varias latas, no sólo de refresco.

Comienza a llevarlas al mueble flotante de al lado, a su cama.

En una de esas, en un viaje por la última de las latas que encontró, alcanza a ver, justo en las escaleras, la silueta de la cabeza del oso que se está asomando. Seguro ha de estar hambriento, ha de desear comerlo por sobre todas las cosas. Al verlo que lo mira ruge de nuevo por debajo del agua, sacando sus burbujas y meciendo la cabeza de un lado a otro, como en cámara lenta. Sus pelos se despeinan danzantes por las pequeñas corrientes que por sus movimientos se van creando. Gustavo se espanta, ahora sabe que no se ha atrevido a entrar, y que el hambre le acosa en cada movimiento. Lo sabe él que sufre de lo mismo. Se espanta tanto que prefiere no ir por la

última lata, no vaya a ser que con esta acción incite al oso y se aventure a venir por él.

Regresa al ala sin techo, la del tragaluz destrozado, y toma una lata con la mano.

De nuevo: ¿cómo demonios la abrirá?

No hay nada con qué abrirla.

Nada hasta la pared más próxima y golpea la lata contra ella.

Nada.

Es imposible.

Se sumerge a ver si encuentra algún fierro o algo qué enterrarle, algo con qué abrirla, pero no, nada parece servir. Por horas y horas busca objetos, intenta abrir la lata y se desespera. Parece ser que ha hecho demasiado ruido, porque escucha en el agua los rugidos del oso. Rugidos y ecos opacos. Se asoma para ver qué es lo que pasa y ve que lo ha alarmado porque ahora se atreve a meter las patas delanteras, la cabeza y un poco del pecho. No sabe si se deba al constante ruido que está haciendo con las latas o a que su hambre ha ido aumentando, pero lo que sí sabe es que poco a poco irá acercándosele más.

Desiste abrir aquella lata abollada y oxidada, la pone con las demás, se trepa de nuevo al mueble flotante, su cama y su despensa, y abre una lata de refresco y la bebe; después, el sueño de nuevo.

5

Ha vuelto a despertar.

Todo está oscuro.

Su estómago que se le aprieta desde el interior le implora bocado, es sólo eso lo que hace ruido y nada más.

Bebe otra lata de refresco y vuelve a dormir, con un vacío en el estómago medio disfrazado con el espacio cubierto por el líquido ingerido.

Aullidos.

Aullidos o rugidos, no podría decirlo con seguridad.

Vienen del tragaluz; no cree que el oso esté arriba, más bien es que está igual de desesperado que él, quizás más hambriento; y sus súplicas las aulla desde donde sigue estando, sólo que tan alto y fuerte que el sonido alcanza a subir las escaleras, adentrarse por la planta de arriba y arrojarse desde ahí por el tragaluz; avisándole, tal vez, que ya no está dispuesto a esperarlo más. El oso aulla y Gustavo sabe que es de hambre, de hambre de él.

Aullidos, suyos también; es su corazón a coro con su estómago.

Su corazón aulla como un oso herido porque ya no quiere, ya no puede estar ahí, atrapado, cautivo; su estómago aulla desgarrándosele por comida.

Intenta, de nuevo, abrir la lata.

Sigue siendo de noche; sigue siendo imposible abrir la maldita lata.

El cadáver de la mujer, sin saber cómo, está a su lado, abajo del mueble, flotando como siempre, bocabajo.

Una idea insana cruza su mente.

Una idea malsana que descarta en seguida.

<<¡Dios, qué horror! Muero de hambre, alucino.>>

El cadáver comienza a golpear a discreción el mueble.

Oscuridad; total...

Una idea cruza por su mente; idea insana; idea malsana; instinto demoníaco; morboso, asqueroso, vil, sacrílego...

De supervivencia.

Va a comer del cadáver, al pensar esto su corazón se le aprieta y se tensa, como preocupado; como herido y resignado a su naturaleza.

Salta al agua gélida.

Salta y tiembla; el frío le carcome, le tuerce, se le incrusta.

Ella ya no le da asco; por el contrario, se le antoja.

Una gran excitación recorre su cuerpo, sus impulsos.

Le animan más los lloriqueos del oso; pobre bestia, infeliz y hambrienta. Comienza a ver la belleza del cadáver, sus formas, sus pliegues, su andar a flote, a su lado. Desliza su mano sobre aquel cuerpo seco de vida e inerte y que, sin embargo, danza por el agua, sobre el agua, para él. En el estómago, una voz le exige a gritos lo que le corresponde.

<<La deseo.>> Se dice desde el hambre.

Su hambre y él.

Su hambre suicida y su yo anhelante...

La comerá.

Es un puto hecho.

El hambre comienza a ahogarle a golpes secos de terror.

Debe comenzar a comer.

Los febriles alaridos del oso, que más que alaridos parecen ahora sollozos, no se dejan de escuchar.

Voltea el cadáver boca arriba y la contempla. Contempla su magnificencia. Su hermosura. Contempla su belleza; seguro fue una mujer bella cuando vivía.

Un frío fantasmal hiela el aire que respira, el vaho sale blanco y visible de su boca al respirar.

Un silencio fantasmagórico se apodera de todo, el oso ha callado, o ha muerto. ¿Cómo saberlo? No lo sabe. Su hambre le invita a asestarle la primer mordida, pero su locura le invita a seguirla contemplando. De pronto, un retortijón horrible dentro suyo lo empuja a reaccionar. Es el momento. Ahora lo sabe. Es el momento de comerla o de morir. Sus tripas suenan como oso; gruñen por el bocado. Le toma de la pantorrilla y la muerde.

Ella, boca arriba, se flexiona hacia él, le mira con sus ojos nublados de una blancura lechosa y le grita, le grita un dolor horrible.

—¡AHHH! —Grita aterrado mientras se despierta.

Uf...

Todo no ha sido más que un simple sueño.

Duele.

Duele soñar así. Intenta, durante todo el día, abrir las latas de comida, pero nada funciona.

Duerme; despierta.

Duerme despierta.

Duerme; despierta...

6

Ha pasado casi una semana; quizás más; quizás menos.

Cada vez que duerme sueña con la muerta que le grita o ataca mientras come su cadáver. Al principio, en los sueños, él se alejaba al instante en que ella hacía el menor movimiento, se alejaba temeroso, llorando de pavor; ahora, en los últimos sueños, la muerta le suplica que no siga, que no la devore o su alma no va a descansar.

Se asoma para ver si el oso sigue ahí.

Su silueta se ve más delgada; eso le preocupa porque sabe que llegará el momento en que lo arriesgará todo por comérselo; está desesperado, como él; desesperanzado; no se ha ido en busca de algo más porque simple y sencillamente no hay más qué comer; sólo están él y el oso; él, el cadáver y el oso. Sin duda alguna, el oso no repararía en alimentarse del cadáver, por lo que ha estado a punto de ir a botárselo para que le deje en paz, pero si no lo hace es porque sabe que aún comiéndose el cadáver, le esperará hasta devorarlo a él. Y dárselo sólo le brindaría más energía, más fuerza.

Son, ahora, enemigos declarados.

Pasa otra noche más y un nuevo día que aparece con la luz deseada por Gustavo.

Los bramidos del oso son desgarradores, los refrescos se han acabado, las latas están todas abolladas, no ceden, no se abren y él, flotando, no puede ejercer la presión necesaria para reventarlas contra nada; ya no puede más; el dolor del hambre es insoportable, quisiera sacarse las vísceras y comérmelas.

Va hacia el ala de la burbuja.

A lo lejos ve al oso casi metido por completo, ya no lo ve con terror, sino con odio, nada hacia el cadáver y lo jala a la otra sala.

Mira que aún no esté en descomposición y, por primera vez, se alegra de que el agua esté helada, más fría cada vez; aunque no deja de sorprenderle el nivel de conservación que tiene. Coge el cadáver de la mujer y nota, como en su maldito sueño, que en definitiva ella había sido alguna vez una mujer muy hermosa.

Está irrealmente conservada.

Comienza a morderle la pierna.

Es asqueroso, es inhumano.

Su carne, desgastada por el agua, está flácida; pero sus músculos están tensos aún, firmes, quizás por la temperatura del agua. No está hinchada. Le da un asco profundo, pero el instinto de supervivencia hace lo suyo. Su carne cruda le intoxica de sabores extraños. Pronto el hambre acude, retumbando a cada mordida, a su rescate y elimina cualquier remordimiento, cualquier repugnancia.

<<No es un sabor desagradable en realidad.>> Piensa como para reconfortarse. <<Sabe a lo que olían las charolas de carne que compraba en los supermercados.>>

Un poco de sangre, espesa, sale del cuerpo, de su comida.

Al parecer el oso la percibe pues ahora emite sus alaridos y rugidos más alocados, aunque con menos fuerzas que al principio. Emite rugidos convulsos y arrítmicos; como carentes de sentido, de cordura.

Gustavo traga un poco, luego otro poco más, luego hasta saciarse.

Tiene la mirada perdida en el vacío, clavada en la ausencia..., y duerme.

Le despiertan los lloriqueos del oso; sus súplicas.

Está tentado a darle un poco de su comida, pero no se convence, no cree que se satisfaga; además, él la consiguió; y, luego, no hay como dividirla; y seguro que esa bestia querrá acabársela toda.

No.

No lo permitirá.

Es suya, es su comida.

Vuelve a dormir.

Duerme hasta que el crujir de las maderas y estructuras suenan, hasta que el meneo del mueble se pronuncia. No escucha a la bestia, sin embargo sabe que el movimiento no es porque esté

rondando en el agua, es un terremoto. Caen, desde el tragaluz, varios objetos, parte del techo, al rededor del hueco, se desmorona y él se refugia como puede a lado del ropero flotante; y cuando se da cuenta del peligro, se sumerge debajo del ropero al cual le caen escombros y objetos, entre ellos sus colchones.

<<Maldito oso,>> Piensa.

Cree que por su culpa lo ha perdido todo.

Que se ha quedado sin su patrimonio post-apocalíptico.

Ahora sólo encuentra un sentimiento en su mente venganza.

Por fortuna para él, cae, también, un tubo un tanto largo y un cuanto afilado de una de las puntas. Pasado el terremoto lo toma y se sumerge directo del mueble flotante hacia la entrada, hacia las escaleras.

Tras su estancia cautiva ha logrado aguantar su respiración hasta por tres minutos, o más. No ve al oso.

Golpea el tubo al suelo para emitir ruido, pero la bestia no se asoma.

Está un poco nervioso.

Saca la punta del metal, pero no pasa nada.

Se da cuenta que el aire comienza a faltarle así que, a punto de salir a las escaleras para a respirar, le asalta la prudencia y echa a nadar hacia la burbuja. Ahí respira cuatro veces y, sosteniendo el aire, regresa. Toma con fuerza el tubo. Lo menea fuera del agua pero no sucede nada. Con sigilo, se asoma poco a poco y en completo silencio. Comienza a sacar la cara desde el ojo de agua. No ve nada, está todo oscuro. Se mantiene así, sin sacar ni meter más de lo que ya está fuera, con sólo los ojos y la nariz asomados, en modo cocodrilo y, sutil, sonríe satisfecho.

Se atreve a respirar, discreto.

Las sombras comienzan a tomar forma, comienza a descifrar los enigmas de la oscuridad; sonríe de nuevo.

Se atreve a respirar otra vez, nervioso, ansioso, cree que la bestia ya no está.

Eso cree cuando, de pronto, un silbido se le escapa de la nariz y nota cómo, de inmediato, una sombra se le avienta a gran velocidad; es una de sus garras. Alcanza a sumergirse fugaz y se echa a nadar hacia atrás, hundiéndose sin dejar de mirar hacia las escaleras.

<<Él vendrá.>> Se dice seguro.

Lo hará.

De pronto, se deja caer hacia él, zambulléndose, y alza el tubo y se lo entierra, hondo; le clava la punta; sin embargo, lo hace en el hombro, por lo que no es una herida de muerte, sino de castigo por haber entrado a sus dominios; a su ojo de agua.

<<¿Quién es el cautivo ahora, infeliz?>>

El oso sale asustado y adolorido de su morada; y él se retira al ala de atrás, al dormitorio; a celebrar.

Abre las latas con la punta del tubo. Come su comida y bebe del agua en la que nada, agua sabor a sangre y victoria; a temor de oso.

Ríe, ha conquistado la cadena alimenticia.

Duerme, en paz.

7

La luz lo despierta.

Ha decidido ir a espiar a su vecino, ir por el oso; ir a los dominios del oso. Nada hacia él, con su tubo puntiagudo como arma. Comienza a asomarse, lo ve casi a la entrada de la tienda, hacia la

calle. Ahora le parece que hace más frío ahí que en el agua, que en su guarida. Hay mucha luz, por lo que puede ver perfecto al oso, lo ve bien, no difuminado como cuando lo mira a través del agua, bajo el agua.

Está dormido.

Regresa de un clavado y nada hasta el mueble flotador. Arranca las vísceras de su comida y las lleva hacia los dominios del oso, del hermano oso.

Sale, con prudencia, del agua y se cerciora de que el animal siga donde lo vio la última vez.

Ha traído suficientes kilos de carne y vísceras como para satisfacerse a sí mismo durante dos días, no sabe si le vengán bien al oso. Se acerca a él y le arroja la comida, el sonido lo despierta y lo ve parado; lo ve a él quien antes era su presa y tal vez llegue a ser su verdugo. No repara en la comida, si no que se sigue hacia Gustavo en una carrera desenfrenada por su supervivencia, él se echa a correr y se clava al agua. Recién entra se voltea para cuando se arroje a él.

Se ve, por lo que tarda en entrar, que lo piensa.

Se acerca un poco, como incitándolo.

Lo ve, el oso le observa y lanza un rugido y un manotazo.

Un chasquido acuático, el sonido de un manotazo lo alerta.

Entra por fin al agua.

Entra al agua y él lo hiere de nuevo, no de muerte.

Lo hiere pero no de muerte, ahora ya por convicción y no por defensa, no por descuido.

El oso, herido, sale del agua gruñendo y él se ríe; se dirige, no a la burbuja, si no directo al ala donde se encuentra su comida.

<<Eso le enseñará, por conductismo, a base de estímulo y respuesta, que no debe, nunca, entrar en mis aguas; no es su territorio, es mío, sólo mío.>>

Ahora no come, solo se trepa al mueble flotante y, sin dormir, descansa victorioso, con una enigmática sonrisa de oreja a oreja que no logra cautivar a nadie.

Se le ha ocurrido una idea, toma un trozo de lámina y retira los pocos restos de inmundicia que hay por ahí, por donde come y duerme, en el fondo.

Al principio se veía en la necesidad, por miedo, de hacer sus necesidades cerca, poco a poco comenzó a alejarse; pero, ahora lo que hará será sacarlo todo del agua, desafiando al animal.

Sale a cumplir su cometido, el oso sigue al fondo, ha comido lo que le ha dado.

Regresa, por hoy no quiere volver a enfrentarlo.

8

Han pasado ya nueve oscuridades.

No son noches, son oscuridades; el hermano oso y Gustavo han notado que no duran lo que durarían las noches, lo que deben de durar. A veces duran más y a veces duran menos. Las oscuridades tranquilizan su alma, ora son mejores, ora son magníficas.

Se ha convertido en el amo del ojo de agua y el hermano oso lo ha reconocido, ya no mete su oscura cabeza burbujeante de gruñidos, ya no la mece mojada en su territorio. Ya sabe, y por mucho, que por cada vez que él entre, una herida nueva le hará. La última vez en sumergirse él no lo había provocado; esto lo encolerizó y nadó hacia él con su lanza de fierro y le enterró la punta en el cuello, no hondo, sino leve; sólo un escarmiento.

El hermano oso ya no ruge aullidos por las noches; ya no llora su desesperación. Magnánimo, Gustavo le ha lanzado de comer, ya una pierna, ya la cabeza de su comida... lo ha mantenido con vida.

Al final de esas últimas oscuridades y luminiscencias, han comido de las latas que halló en el

suelo, las ha abierto con su lanza, perforándolas; le ha abierto algunas también al oso, al hermano oso y se las ha acercado. Parecieran en tregua, pero el hermano oso no dudaría en matarlo y devorarlo, no lo dudaría ni por un instante, por eso él no baja la guardia, por eso él no se deja crear demostraciones afectivas.

Es el hermano oso, pero es su verdugo; así como lo es él también.

Durante las luminiscencias celestes, justo después de la oscuridad, Gustavo se recrea nadando, sumergido, por el fondo de la planta baja de la tienda, su hogar. Ha logrado aguantar hasta la cuenta de trescientos. La comida se ha acabado y él en una de sus inmersiones ha encontrado la lata que no había tomado la primera vez que las encontró a todas, la vez que la abandonó por temor al oso. Es una lata abre-fácil, de esas que tienen arillo para jalar. Se sorprende, si hubiera sido más valiente en ese entonces, no hubiera pasado tanta hambre como aquellos días en los que no comía de las latas ni de la mujer flotante; sin embargo, sabe que eso sólo hubiera postergado su canibalismo, su destreza; su verdadera naturaleza.

Come la lata sin convidarle al hermano oso; es la última y sabe que la debe aprovechar pues, después, vendrá la batalla; uno de los dos alimentará al otro. La lata contiene una masa pastosa, es una crema preparada, de las que sólo se le debe de agregar agua caliente y ya está. No tiene agua caliente, sin embargo come un cuarto del contenido y le parece deliciosa, es una crema de flor de calabaza; exquisita. No come el resto, sino que lo deja en el mueble flotante; se prepara para la cacería, para la guerra contra el hermano oso.

Se sumerge y nada hasta las escaleras, el hermano oso está donde siempre, por la entrada de la tienda, está echado.

Él descansa todo el tiempo, ahorra sus energías para Gustavo, para cuando llegue el momento de la batalla que ambos entienden insoslayable. Vaga por el fondo acuático de su ojo de agua.

Él no ahorra energías, él se pone a entrenar. Sumergido, practica movimientos de ataque hasta hacerlos veloces debajo del agua. Sabe que si son veloces ahí, bajo sus aguas, en la superficie, en los terrenos de la bestia, serán mejores. Se ha acostumbrado al frío del agua y se ha acostumbrado, también, al agua misma; al principio su piel se arrugaba por la humedad, por el líquido en el que vivía, como envejeciéndolo. Pero ahora tarda mucho, el agua, en producir en él ese efecto; ahora, a pesar de que su piel es más seca, a pesar de su resequedad, le afectan menos los largos ratos sumergido, en su entrenamiento.

Se sale, subiendo al mueble y come otro poco de la crema.

La ha administrado bastante bien, apenas va a la mitad y ya el hermano oso ha vuelto a rugir desesperado, por hambre.

Él se enorgullece de su inteligencia, de su capacidad de controlarlo a pesar de su salvaje fiera. Quiere que esté desesperado, lo quiere muerto de hambre, quiere que no razone ni uno solo de sus movimientos, que todo sea impulsivo al momento del ataque.

Pasan tres oscuridades más y él sólo cuenta con un cuarto de la lata para comer.

Ya llega el momento, se asoma desde lejos y el hermano oso le vuelve a desafiar sumergiendo sus fauces en su territorio.

Esto lo pagará caro.

Se sumerge hasta el fondo de su guarida, hasta el fondo del ala trasera de la tienda, abajo del mueble, toma uno de los huesos de su comida y emerge.

Es un fémur, el fémur.

Se trepa al mueble y con la punta de su lanza metálica lo corta y talla uno de los extremos del hueso; lo hace filoso, puntiagudo.

Come el resto de la sopa, de la crema de flor de calabaza y espera.

Ha llegado el momento.

Ha nadado, como buzo, por horas y horas sin asomarse hacia los dominios del oso, tomando aire de la burbuja del techo.

Se desliza, suave, hacia las escaleras.

Parece un lagarto a punto de atacar desde su pantano.

Saca los ojos, primero.

No ve al oso, pero no se mueve; cuenta hasta trescientos y saca la nariz para respirar.

<<A ver si no se murió este cabrón, porque no creo que se haya ido.>>

Comienza a salir del agua y no lo ve.

Se decide a buscarle.

Está atardeciendo.

Se acerca, sigiloso, hacia la puerta del supermercado.

Su barba deja escurrir gotas que caen hacia el suelo aún encharcado. El agua de su barba y del cabello empapado se mezcla con el encharcamiento; este tiene dejos de sangre. No sabe si sea la sangre de las vísceras y los restos de la mujer, o los rastros que las heridas que le hizo dejaron.

De pronto, como llamado por el tintineo de su goteo, la entrada se oscurece, Gustavo reconoce esa sombra; es la misma sombra que se le apareció aquel día, el día en que le conoció mientras hurgaba entre los escombros.

Es el hermano oso que se acerca para entrar.

Él se echa a correr gritando frenéticamente hacia la bestia; se echa a correr con su lanza en alto y hacia delante, con su cuchillo óseo que él mismo hizo con parte de los restos del cadáver, su hueso-cuchillo entre sus ropas, en su cintura.

El oso aparece, lo mira y se echa a correr en cuatro patas, rugiendo, hacia él.

Gustavo también le ruge.

Corre rápido, corre hacia él; frenético, iracundo, volátil y enfermo.

El oso se para en dos patas, ruge y manotea el espacio.

Él no se detiene y grita ensordecedores sonidos jamás escuchados por él mismo, jamás emitidos hasta hoy, oraciones inconexas, retazos guturales animales que surgen desde los ecos más profundos de su ADN animal.

Se le estampa clavándole en la panza la lanza.

El oso ruge de dolor; y ruge de odio.

Ruge hacia él mostrándole las fauces abiertas.

De un manotazo lo tumba y se apresta a atacarlo.

Gustavo cae al suelo y a su lado cae también la lanza, la toma, se levanta a prisa y se la vuelve a clavar mientras la bestia intenta caer sobre él. Gustavo se hace a un lado, el hermano oso se ha quedado con la lanza que le encajó atravesándole el cuerpo. Pronto coge el hueso-cuchillo y se lo encaja en la parte posterior del cuello. El arma le atraviesa hasta el gaznate, la sangre mana de su boca y de sus heridas. Sus ojos aún contienen vida y su nariz expulsa un silbido funesto.

Después, breves instantes después, no más, tras algunos gorgoteos nefastos, muere...

Ha triunfado.

Lo demás es silencio.

Ha cazado su nueva comida y su piel le abrigará.

Con el hueso-cuchillo corta la pesada piel del oso, le arranca la grasa y la extiende. entre los escombros.

Trata de arrastrar los restos del hermano oso; los restos de su comida, pero es imposible, está muy pesado. Trata de arrancarle trozos de carne, lo logra con el hueso-cuchillo y los arroja al ojo

de agua, para que se conserven. Lo demás de su comida lo sepulta bajo los escombros, también debajo del agua, en un rincón; no quiere que nadie venga a quitarle lo suyo, lo que se ha ganado. Sin poderlo creer, escucha a lo lejos una especie de gritos o chirridos que se intercomunican entre sí.

9

Lo primero que le viene a la mente, gracias también a NatGeo, son hienas; pero estos ruidos no parecen risas y se multiplican al instante en la gélida noche. Gustavo, se asoma por la entrada del supermercado y ve, corriendo por las lejanas calles, siluetas humanas.

No lo puede creer.

¡NO LO PUEDE CREER!

—¡AQUÍ! ¡AQUÍ! —Grita con fervor.

Las sombras corrigen el rumbo y emiten alaridos espantosos.

Esos no son humanos.

En definitiva no son humanos.

Las criaturas entre las sombras empiezan a correr en dirección a su refugio a toda prisa. Mientras unas adoptan una postura simiesca y se desplazan rápidos a cuatro patas; otros echan a correr como humanoides embriagados que, sin ningún control, se arrojan veloz hacia adelante. Completamente aterrorizado, nota, con el resplandor de la luz de la luna que se filtra entre las nubes que, aquellos seres espantosos, famélicos, han perdido toda su humanidad.

Son como espectros.

Son como bestias.

Y corren a toda prisa hacia donde él les indicó que se encontraba.

Gustavo echa a correr hacia las escaleras, aterrorizado, y se zambulle nadando directo hacia el fondo de su guarida. Completamente desganado por el terror, mira hacia las escaleras para ver si aquellas criaturas se adentran en su ojo de agua, o asoman la cabeza. Se escuchan ruidos por todo el lugar, pero no entran ni se asoman por el tragaluz.

Sisean y emiten sus alaridos.

Gustavo cae en cuenta que si esas criaturas rondaban en las noches; no se habían acercado debido al hermano oso.

Ahora entendía por qué siempre resguardaba la entrada o rugía con desesperación.

La carne del hermano oso no es tan sabrosa como la de la mujer, aun así es carne, su carne. Y con esas hordas allá afuera, no piensa en salir hasta no tener otra opción.

Nota del autor: Este fragmento es parte de mi novela postapocanítica A gritos de soledad. Espero te haya llamado la atención, si es el caso, pulsa click aquí y el enlace te lleva a la obra completa:

<https://amzn.eu/d/ibqkxBm>

Gracias.

LA SOMBRA

En medio de una inusitada tempestad, la noche se vio aún más violentada por la figura fantasmagórica que iba bandeando por la avenida a tientas y trompicones.

Una mujer.

Una mujer en camisón.

Iba trastabillando a toda prisa por sobre la calle de un lado al otro, desde una de las aceras hasta la otra, pisando descalza sobre el asfalto sorteando los automóviles que no alcanzaba a ver y que a duras penas la podían ver a ella.

Así deambulaba, espectral.

Luego, se detenía como si recibiera una orden precisa, alzaba los brazos queriendo poseer algo perdido y gorjeaba:

—¡Mi hijo...!

La mujer, activada por un mandato ulterior, tras su miserable lamento, emprendía de nueva cuenta su errar frenético de un lado al otro del Eje Central lamentándose de forma desgarradora.

—¡Mi hijo...! ¡Ay mi hijo...!

Y aunque sus lamentos, sus berridos más bien, eran desgarradores y a los gritos, la tormenta que batía la ciudad desde la tarde, impedía entender bien bien qué ocurría, qué hacía, qué quería.

—¡Mi.../ ¡Ay.../ ¡Ay mi hiiiijo! —se repetía, se lamentaba...

El centro histórico, por las noches, suele tener una atribulada concurrencia; sin embargo aquella velada en particular, con el plúmbeo cielo destellando truenos y relámpagos, y con un granizo que convertía las calles en rápidos donde un aluvión que no daba tregua barría a quienes se veían en necesidad de salir, la martirizaba mientras gritaba yendo como alma que se la llevaba el diablo en contra flujo.

¡Biiiiiiip!

Apenas de último momento, el automóvil alcanzó a esquivar a la mujer que daba palos de ciego a través del tormentón que parecía quererla ahogar.

Un par de indigentes cobijados en un abrazo bajo un cobertor enmohecido en la parada del autobús frente a la mujer, se incorporaron al verla que gritaba algo toreando sin darse cuenta a los pocos automóviles que circulaban bajo tales condiciones.

—¿Qué carajos...? —dijo uno.

—... —no dijo la otra.

Ella, con el camisón empapado, manchas de sangre y los brazos extendidos hacia la nada —para coger el todo —cualquier cosa —algo—, gritaba y gritaba y parecía más bien invocar con alaridos a su hijo.

¡BUUUUUUUUM!

Un tractocamión que aprovechando el diluvio había acertado su trayectoria tomando Eje Central, pitó tan largo y fuerte su claxon al estar a nada de arrollarla que logró hacer que la mujer se detuviera y, con cara de perplejidad, se fuera poco a poco retrayendo, plegando los brazos hacia sí, protegiéndose de lo que con claridad parecía ser un gran vehículo a punto de arrollarla.

El rechinido de las llantas, con el humo del plástico quemado a pesar de lo mojado del asfalto, daba una clara señal de la fatalidad que estaba por suceder.

Irónicamente, el tractocamión alcanzó a frenar a tiempo sin atropellarla deteniéndose justo a unos 45 centímetros de ella, quedando alumbrada por los faros del vehículo industrial mientras

que la caja del tráiler, por la inercia, se volcaba como un brazo que se retorció sobre la avenida hacia el camino, deslizándose como una barra de mantequilla gigante, hacia uno de los costados ocasionando que un automóvil particular, evitando colisionar con el contenedor a la deriva, se subiera aparatosamente a la banqueta arrollando a los pordioseros al pie de la parada del autobús y se terminara por estrellar contra un poste.

El impacto fue estruendoso.

El estallido del poste, espectacular: chispas y golpes y llamas.

Y los pasajeros del auto, proyectados por el golpazo a través del parabrisas que explotaba; expulsados, arrojados a la pared de un edificio, como huevos aventados, se desparramaban hacia el suelo tras estamparse contra el muro.

La mujer en camisón, tras el colapso, dándose cuenta que había sobrevivido a lo que fuera que hubiese ocurrido, se incorporó retomando una postura más recta y menos defensiva y con una gracia actoral, fuera de lugar, pareció mirar justo a la cabina del conductor del tractocamión y, en el mismo instante en que el chofer de dicho vehículo hubiera podido mirarla directo a los ojos, estiró sus brazos hacia él, la lluvia se detuvo por unos instantes, un relámpago iluminó la ciudad entera, el silencio lo colmó todo para luego dar espacio a un crujido del cielo al tiempo que ella gritaba como si la vida se le fuera en ello:

—¡MI HIIIIJOOOO!

Bramó como un espectro a quien sus demonios habían alcanzado al fin.

El trueno se dejó escuchar como un último latido de esa bestia llamada tormenta.

El conductor, aterrado, le miró a la cara sin que ella le mirara de vuelta. Las cuencas de sus ojos estaban vaciadas. La sangre le borboteaba, sutil, desde adentro y por entre los pómulos como un llanto sangriento que le teñía de rojo el camisón blanco que, a su vez, se iba deslavando de la sangre al tiempo que la lluvia iba arrastrando ese líquido carmín hacia el asfalto y, de ahí, la corriente la arremolinaba en camino a las cloacas.

Ella pareció sonreír.

Entonces, la mujer fue aplastada por el poste de luz que se venció ante el impacto del automóvil.

Nota del autor: Para ti, querido lector, que has llegado hasta aquí, quise recompensarte con esta lectura. Este es el inicio de mi próximo libro a publicar: La Sombra. Esta es la liga:

<https://amzn.eu/d/3yITXyy>

La Sombra será presentada como preventa en la feria del libro de Sinaloa FeliUAS 2024 y puesta a la venta el 3 de mayo del 2024. Ésta es la siopsis, espero te haya gustado esa probadita y te llame la atención. De ser así, espero que me honres con la lectura de la novela, ya que participará en el Premio Literario Kindle Storyteller 2024. Sinopsis: Una mujer en camisón, ensangrentada, corre por una de las avenidas principales de la ciudad durante una noche de tormenta. Grita con desesperación, llamando a su hijo. Le sacaron los ojos. Un tráiler trata de esquivarla. Aquello es el epicentro de un accidente vial. Mueren dos mendigos refugiados en una parada de autobús, dos pasajeros de automóvil y la mujer a quien la prensa no tarda en nombrar: La Llorona. A ella y a las otras dos. Al mismo tiempo, en dos ciudades distintas, otras dos mujeres bañadas en sangre, sin ojos, vestidas sólo con su camisón y bramando por sus hijos, serán las causantes de dos aparatosos accidentes de tránsito. Minutos después, en plena madrugada, el inspector Gregorio Ross será sacado de su cama y reincorporado a sus labores policiales tras una baja temporal. A partir de ahí, Ross, su nueva compañera, la inspectora Shany Ryc, y el resto del departamento de homicidios de la Agencia Nacional de Investigaciones Especiales librarán una

batalla contra reloj para detener a un asesino en masa que comenzará a aterrorizar al país con una serie de ataques virulentos que emulan leyendas terroríficas y que irán escalando en violencia y complejidad.

Tic

Tac

Tic

Tac

¿Podrán detenerlos?

Tic

Tac

Tic

Tac...

Agradecimientos

Sin duda alguna hay muchísimas personas a quienes quiero agradecer en cada oportunidad. Pero, en esta ocasión, quiero sólo dedicarme a ti, amable lector.

Gracias de todo corazón por brindarme tu tiempo y tu lectura; sin ti soy como el ruido de ese árbol que cae en medio del bosque sin nadie que le escuche. Sin ti, ¿cómo saber que esto es real?

Mil gracias.

:)

Books By This Author

[La Sombra](#)

Una mujer en camión, ensangrentada, corre por una de las avenidas principales de la ciudad durante la tormenta. Grita con desesperación, llamando a su hijo. Le sacaron los ojos. Un tráiler trata de esquivarla. Aquello es el epicentro de un accidente vial. Mueren dos mendigos refugiados en una parada de autobús, dos pasajeros de automóvil y la mujer a quien la prensa no tarda en nombrar: La Llorona.

A ella y a las otras dos.

Al mismo tiempo, en dos ciudades distintas, otras dos mujeres bañadas en sangre, sin ojos, vestidas sólo con su camión y bramando por sus hijos, serán las causantes de dos aparatosos accidentes de tránsito.

Minutos después, en plena madrugada, el inspector Ross será sacado de su cama y reincorporado a sus labores policiales tras una baja temporal. A partir de ahí, Gregorio Ross, su nueva compañera, la inspectora Shany Ryc, y el resto del departamento de homicidios de la Agencia Nacional de Investigaciones Especiales librarán una batalla contra reloj para detener a un asesino en masa que comenzará a aterrorizar al país con una serie de ataques virulentos que emulan leyendas terroríficas y que irán escalando en violencia y complejidad.

Tic

Tac

Tic

Tac

¿Podrán detenerlos?

Tic

Tac

Tic

Tac...

[La dislocación de los deseos](#)

En "La dislocación de los deseos", novela finalista del Premio Literario Amazon Storyteller 2022, acompañamos a Octavio, un joven recién separado cuya vida toma un oscuro giro cuando se ve arrastrado por un abismo de vicios y soledad. Sin embargo, en medio de su caída, un reencuentro con viejos amigos y amores del pasado desencadena una serie de eventos inimaginables.

La trama se complica cuando su mejor amigo le revela la existencia de una enigmática sociedad secreta compuesta por militares de alto rango, exjefes revolucionarios, políticos, artistas y personas poderosas. Octavio se siente intrigado y decide investigar más a fondo. A medida que se adentra en el misterio de esta sociedad, una serie de extrañas coincidencias y personajes peculiares se cruzan en su camino, advirtiéndole sobre los peligros que le aguardan.

A pesar de las advertencias, la curiosidad de Octavio lo impulsa a buscar respuestas. Pronto, se encuentra en el camino de la Orden, donde descubre secretos inquietantes y realidades sorprendentes. Mientras tanto, su vida personal también toma un giro inesperado cuando reaviva una intensa relación con un amor del pasado.

Conforme Octavio se inicia en la sociedad secreta y se sumerge más profundamente en su relación amorosa, su mundo se vuelve cada vez más peligroso. Muertes inesperadas, traiciones, conspiraciones militares y rebeliones subversivas amenazan su existencia, obligándolo a huir de la ciudad, de sus relaciones y, en última instancia, de sí mismo en busca de seguridad.

La novela sigue a Octavio en su desesperada lucha por escapar de la persecución de la Sociedad Secreta y encontrar la paz y el amor que anhela. Sin embargo, el destino parece estar decidido a atraparlo, y a medida que se adentra en un mundo donde nada es lo que parece, se pregunta si alguna vez podrá superar los desafíos que se le presentan y encontrar la serenidad que tanto ansía.

"La dislocación de los deseos" es una intrigante exploración de la búsqueda de identidad, el amor y la lucha contra fuerzas ocultas. Octavio se embarca en un emocionante viaje lleno de giros y sorpresas, donde el lector se verá inmerso en un mundo de secretos, traiciones y deseos desgarradores.

Esta novela finalista del Premio Literario Amazon Storyteller 2022, es una historia trepidante que, a través de un lenguaje irreverente y fresco, refleja la cultura mexicana contemporánea con gran intensidad y, al mismo tiempo, de forma cautivante; abordando y entrelazando las vidas de sus personajes que a pesar de ser tan dispares convergen en relaciones vertiginosas, iniciaciones sectarias, sociedades secretas, guerrillas, conspiraciones militares y, lo más peligroso: la búsqueda interminable del amor y la irrefrenable huida de la soledad; llevándolos a situaciones imprevistas, dramáticas, instigadas por el destino, aparentemente intrascendente, de una vida de fiesta y seducción.

[Un crimen familiar](#)

¿Quién asesinó a Mateo Pallás?

Tras el brutal asesinato de Mateo Pallás (medio hermano de Octavio Pallás, protagonista de la exitosa novela *La Dislocación de los Deseos*, obra finalista del Premio Literario Amazon Storyteller 2022), Carlos Podesta, un amigo de ambos hermanos, exmilitar de los US Navy SEALs, devastado por la muerte de su mejor amigo, no puede quedarse de brazos cruzados mientras la policía no avanza en el esclarecimiento del crimen. Al investigar el caso, descubre una red de verdades incómodas y peligrosos secretos que enmascaran al verdadero asesino, al tiempo que la ciudad colapsa bajo una serie de ataques terroristas liderados, al parecer, por un excompañero universitario de ambos.

Amores prohibidos, lazos traicioneros, intereses políticos, crímenes familiares y una narrativa explosiva te esperan detrás de esta vertiginosa novela que seguro te atraparás desde las primeras hojas.

Lo que hemos perdido

En un mundo donde el terror pasa desapercibido para muchos, tres historias entrelazadas convergen en una cacería desesperada tras un demonio que rapta a niñas inocentes.

Adéntrate en la historia de Joaquín y su sobrina, que, unidos por un trágico accidente automovilístico que trasciende la muerte misma, luchan por recuperar sus cuerpos, enfrentando a un espíritu maligno que posee al tío y siembra el caos en la vida de la pequeña.

Sumérgete también en la vida de una bruja enigmática, dueña de oscuras habilidades, que emplea un misterioso "don" en un ritual en colaboración con incontrolables espíritus para hallar personas y objetos perdidos. Pero cuando se ve obligada a resolver el misterio detrás de las niñas secuestradas, se adentra en una oscuridad aún más profunda de lo imaginado.

Mientras tanto, un equipo de valientes policías emprende la búsqueda de un siniestro asesino en serie de niñas, sólo para descubrir que persiguen a un enemigo mucho más aterrador de lo que jamás habrían imaginado. La investigación los conduce a los límites del mundo paranormal, donde la línea entre la realidad y la pesadilla se desdibuja en una trepidante narrativa que te dejará sin aliento.

A medida que estas tres apasionantes historias se entrelazan, los personajes se ven arrastrados a una vertiginosa persecución, enfrentando sus peores temores y luchando por sobrevivir en el acecho demoníaco de un Ente sediento de sangre.

Esta cautivadora novela explora los abismos de la oscuridad humana y desafía nuestra noción de la realidad, sumergiendo a los lectores en un torbellino de horror que los mantendrá en vilo hasta la última página. ¿Te atreves a adentrarte en su oscuridad?

La Muerte y el Tiempo

¿Crees en la vida después de la muerte?

Después del último latido de tu corazón..., ¿qué crees que siga?

¿Has escuchado esas historias donde dicen que tus seres queridos te reciben al momento de

morir? ¿Qué harías si volvieras a ver a mamá? ¿A tu abuelita? ¿A las personas más significativas de tu pasado que "se nos han adelantado"?

Tras terminar con su vida, Federico Bouzas descubre qué hay después de la muerte.

Completamente abrumado por una sucesión de derrotas fatales en los ámbitos más importantes de su vida: el amor, el trabajo, la economía personal y la familia; Federico Bouzas toma la drástica decisión de terminar con su vida. Antes, el mismo día en que lo decide, una enigmática niña asiática le dará una galleta de la fortuna que reza la última frase que su hija le dijo antes de morir: "Todo estará bien, papi." Arrojándose por la ventana de su piso en el nivel 13 del edificio donde renta, después del impacto, Federico en vez de terminar contundentemente su existir, es consciente de sí mismo en una especie de limbo mientras se pregunta qué sigue... por qué no ha perecido de forma total.

Entonces, comenzará una transición vital, una re-encarnación post mortem a su propio pasado donde con una consciencia adulta tendrá que afrontar las problemáticas de la vida que hubo tenido de niño y de adolescente. Querrá cambiar las cosas, pensando que está en una especie de vuelta al pasado, y en algunos casos logrará modificar los hechos y en otros encontrará que el destino es infranqueable. Al paso de su re-existir dudará si revive en sus recuerdos o en su pasado real. Podrá, quizás, encontrarse a sí mismo o tal vez sólo una razón que haga que valga la pena su existir.

Podría ser tentado a continuar intentando mejorar lo ya sucedido o... ¿qué pasaría si después de esta confrontación con su historia tuviera una nueva oportunidad de continuar?

¿Quién es Federico Bouzas y qué está dispuesto a hacer antes que el telón caiga definitivamente? Quizás sea sólo un hombre normal que encuentra que al final nadie puede escapar de la Muerte ni del Tiempo.

Ese breve espacio

¿Qué pasaría si, de repente, tus amigos empezaran un movimiento revolucionario?

Esta es la primera novela de Christopher Peña que narra cómo un grupo de chicos universitarios, tras un evento traumático, se dan cuenta que el gobierno tiene fallas garrafales, que la sociedad tiene elementos despreciables y que nada ni nadie hará algo por eliminar la escoria de su entorno.

En un proceso arbitrario de total confusión un grupo de amigos deciden hacer justicia por su propia mano contra políticos corruptos, funcionarios ineficientes y seres despreciables de aquella sociedad. Por supuesto, esto deja consecuencias y el futuro se dejará caer sobre los chicos y sus respectivos mundos familiares y amorosos como una avalancha aplastante de repercusiones insoslayables.

Una novela llena de acción, risas, pasión y consecuencias.

A gritos de soledad

¿Qué pasaría si descubrieras que podrías ser la última persona sobre la Tierra?

Que despertaras en una suerte de mundo distópico donde nada es como lo recuerdas; con calles vacías, criaturas acechando en la oscuridad de la noche, bajas temperaturas y un mundo salvaje que va recuperando terreno contra la urbanidad abandonada. Una sociedad subterránea y otra de supervivientes al acecho de ésta; que podrían no ser la mejor opción para continuar viviendo.

Esta nueva entrega de Christopher Peña, pone en nuestras manos la historia de Gustavo quien, volviendo a sus bases más naturales, y activando la memoria genética de cazador y superviviente, comienza un trayecto desde su yo civilizado hasta encontrar con su verdadera y más profunda esencia.

Una historia terrorífica con criaturas aterradoras al acecho, soledad, introspección y, sobre todo, la naturaleza humana en su máximo esplendor a la hora de hablar de supervivencia y la trascendencia de su propia raza.

El cazador de tormentas

—¡Berserkers! —Probablemente es el último grito que quisieras escuchar si vivieras en la época vikinga.

El cazador de Tormentas es una novela de acción, aventura, drama, romance y hechicería medieval que narra la historia de los miembros de clanes berserkers y vikingos, sus viajes por el océano en busca de aldeas donde perpetrar sus crímenes y las encarnizadas guerras que suscitan.

Dentro de este mundo medieval Ulf, un joven vikingo adoptado, buscará venganza contra Bjorn, el guerrero más poderoso de su época; al mismo tiempo, él, tratará de encontrar su muerte guerrera, desanimado por las batallas constantes y la pérdida de la mujer a quien ha amado; pero ésta sólo puede encontrarla en una batalla magistral, ante un oponente a la altura.

La piel de la locura

La Piel de la Locura es una serie de cuentos cortos que profundiza sobre los miedos, derrotas, anhelos y sacrificios de sus personajes; a través de sus historias. La venganza, el amor, la crueldad, el desafío y corazones rotos y traicionados buscan realizarse en la temática misma de las narraciones contenidas en este libro. Usted, lector, tenga en cuenta que la locura es algo que hay que temer; sin embargo, hay algo hermoso en ella que seduce, algunas veces. Este libro no es para cualquiera; hay que ser valiente si se desea acariciar La Piel de la Locura.